

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



Serie Teoría social crítica

¿LA IRA O LA ESPERANZA? EL MARXISMO EN ECUADOR

Sofía Lanchimba Velástegui
[Coord.]

 **CLACSO**

¿LA IRA O LA ESPERANZA?

EL MARXISMO EN ECUADOR

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a una evaluación por pares.

¿La ira o la esperanza? El marxismo en Ecuador / Sofia Lanchimb Velastegui...
[et al.] ; coordinación general de Sofia Lanchimba Velastegui. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.
Libro digital, PDF - (Grupos de trabajo de CLACSO)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-723-0

1. Marxismo. 2. Ecuador. 3. Socialismo. I. Lanchimba Velastegui, Sofia, coord.
CDD 320.5322

Marxismo / Pensamiento Crítico / Trabajo / Movimiento Obrero / Estado /
Democracia / Luchas Populares / Ecuador / América Latina

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO

¿LA IRA O LA ESPERANZA?

EL MARXISMO EN ECUADOR

Sofía Lanchimba Velástegui
(Coord.)

Grupo de Trabajo
Historia y coyuntura: perspectivas marxistas





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

Rodolfo Gómez - Coordinador

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Pablo Vommaro - Director de Investigación

Equipo Editorial CLACSO

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y **Marcela Alemandi** - Producción Editorial

Área de investigación

Natalia Gianatelli - Coordinadora de Investigación

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres, Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik - Equipo de Gestión Académica



**Librería
Latinoamericana
y Caribeña de
Ciencias Sociales**

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

¿La ira o la esperanza? El marxismo en Ecuador (Buenos Aires: CLACSO, Marzo de 2024).

ISBN 978-987-813-723-0



© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais Estados

Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Financiado por el Proyecto Anillo Converging Horizons: Production, Mediation, Reception and Effects of Representations of Marginality,

PIA-ANID/ANILLOS SOC180045.

ÍNDICE

Sofía Lanchimba Velástegui

Introducción. Un marxismo en el paralelo cero | 11

Inicios del marxismo | 19

Tomás Quevedo Ramírez

Lecturas e influencia de Marx en la primera
mitad del siglo XX en Ecuador | 21

Ricardo Melgar Bao

Marxismo y socialismo en el Ecuador: la cuestión de los orígenes | 51

Autores centrales | 93

David Chávez

Marxismo relacional y “tercermundización” en Ecuador | 95

Andrés Tzeiman

De Ecuador hacia América Latina: temas y problemas en el marxismo de Agustín Cueva

| 147

Víctor Hugo Pacheco

Bolívar Echeverría en la órbita de la insurgencia sindical mexicana, 1968-1986

| 177

Combates dados y por darse

| 197

Sofía Lanchimba Velástegui

A la izquierda del padre. La revitalización del marxismo ecuatoriano en los sesenta-setenta

| 199

Andrés Madrid

La enredada chispa de la pradera ecuatoriana. El sujeto histórico pensado desde la izquierda en Ecuador 1975-1986

| 217

Melissa Moreano Venegas

La naturaleza producida

| 257

Sobre las autoras y los autores

| 271

INTRODUCCIÓN

UN MARXISMO EN EL PARALELO CERO

Sofía Lanchimba Velástegui

La salud del marxismo es tan vital como la pléyade de familias que lo componen. Los espectros de Marx siguen rondando el presente, basta echar un vistazo a las consignas de la derecha o leer los títulos que lo identifican como su principal enemigo: marxismo por aquí y marxismo por allá. No vamos aquí a discutir la arbitrariedad de su uso, pero sí tomarlo como un indicio. A pesar de las múltiples declaratorias de muerte de Marx y del impulso por aseptizar sus ideas, su fantasma sigue entre nosotros y es nuestra tarea, desde el presente, recuperar su herencia. En esa línea, este libro constituye un primer ejercicio de reconstrucción general, aunque no exhaustivo, de la tradición marxista en Ecuador. La que aún es un campo por explorar y descubrir.

Para repasar esta herencia, hay que tomar en serio la misma afirmación hecha por Marx: “yo no soy marxista”. Es decir, no tomar al marxismo como un dogma y tampoco como un campo homogéneo y cerrado, sino como un campo heterodoxo. Y es en esa heterodoxia en la que se inscribe el marxismo en Ecuador. Usando la idea de Derrida (2012), no se trata de observar cómo una idea es transmitida y

conservada, sino la forma en la que sus herederos se apropian y hacen uso de esta. Una tarea que, en palabras de uno de los autores centrales del marxismo ecuatoriano, Agustín Cueva, significaba: “aprender el marxismo y aplicarlo consecuentemente al estudio concreto de una realidad concreta. Para el desarrollo de una ciencia social comprometida y progresista” (Cueva, 1976, p. 32).

Se trata de volver sobre la trayectoria y los senderos de una tradición que, como Agustín Cueva decía en su ensayo *El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales*, hace mucho tiempo adquirió carta de ciudadanía en estas tierras. Un marxismo que a su paso fue impregnando la práctica política, la literatura, las artes plásticas, la música, las ciencias sociales y la misma teología.

Este recorrido nos remite necesariamente a la historia ecuatoriana, sus preocupaciones y problemas, pero también nos convoca a discutir los *efectos* teóricos que produjo la contrarreforma liberal (Bensaïd, 2013) de los últimos cuarenta años y explorar las nuevas vías de continuidad. A pesar de los giros que imprimió el neoliberalismo a la producción intelectual desde la década de los ochenta y la emergencia de otros discursos críticos que disputaron la centralidad del marxismo, no hay duda de que hay varias herencias por rescatar y también nuevas reconfiguraciones que explorar y en las cuales trabajar. Por tanto, volvemos la mirada sobre la tradición para convocar a un marxismo crítico y abierto a los problemas contemporáneos.

El marxismo, sin embargo, no es solo una teoría, es también una guía para la acción. Es por ello, que a lo largo de estas páginas se encuentra la recepción, circulación, usos y efectos del marxismo y también los problemas y dilemas a los que se enfrentó no solo en las ciencias sociales o en el campo intelectual sino en el político. Se trata de un pensamiento crítico que aborda el desarrollo del capitalismo en Ecuador, las tensiones entre la modernidad y la colonia -acertadamente Cueva afirmaba que la “colonia sigue en pie”-, el carácter dependiente del capitalismo ecuatoriano y también discusiones sobre la actualidad, el carácter de la revolución y el sujeto que la llevaría a cabo. Especialmente, hay que destacar la huella que dejó en la época de los sesenta-setenta

durante la formación de las ciencias sociales como una fuente para el pensamiento crítico.

Los aportes de la fecunda obra de Agustín Cueva y de Bolívar Echeverría -dos autores centrales del marxismo ecuatoriano- tienen claros contornos latinoamericanos e internacionales y, sin embargo, en ambos podemos encontrar ciertos rasgos de origen que están ligados a los dilemas ecuatorianos. Su proyección internacional ha hecho que su obra sea leída y estudiada en diferentes latitudes, por tanto, su recuperación no es para nada nueva.

La singularidad de este trabajo no solo radica en asumir, por primera vez, la tarea pendiente de emprender una visión -más o menos- global sobre los marxismos ecuatorianos, sino también por las múltiples exploraciones y nuevas lecturas que emprenden una nueva generación de autoras y autores. No se trata de ampliar el panteón de autores sino indagar una tradición que ha atravesado el siglo XX y llega a nuestros días con sedimentos y nuevas expresiones como el eco-marxismo.

Los artículos aquí reunidos dan cuenta de los primeros divulgadores del marxismo, de autores como Agustín Cueva, Bolívar Echeverría, Alejandro Moreano, Fernando Velasco Abad o de un intelectual colectivo -el partido¹. Son trabajos que, desde varios intereses, preocupaciones y perspectivas, parecen dar cuenta de una inquietud que ha ido tomando forma: ¿cuáles son los marxismos ecuatorianos, los problemas que abordaron, las respuestas que dieron y siguen dando?

El libro está dividido en tres partes denominadas: 1) inicios del marxismo, 2) autores centrales y 3) combates dados y por darse.

INICIOS DEL MARXISMO

La primera circulación de las ideas marxistas se produce a inicios del siglo XX. La referencia a Marx y Lenin son las más destacadas. Esta constelación se amplía si recurrimos a los catálogos de librerías

1 Algunos de los artículos que se recogen en este trabajo fueron publicados como parte de los Boletines 7, 8 y 9 del Grupo de Trabajo *Herencias y Perspectivas del Marxismo* de CLACSO.

en Quito y en Guayaquil en donde aparecen los nombres de Engels, Kautsky, Bebel, Lafargue y Labriola. Esta primera difusión está ligada a una coyuntura histórica signada por la crisis del liberalismo en el poder; la creación de organizaciones populares y sobre todo por la acción huelguística de 1922. Este contexto va perfilando nuevos actores políticos e intelectuales que no están representados ni por el partido conservador y ni por el partido liberal. Así surge el socialismo en Ecuador, cuyos orígenes están ligados a la revista Antorcha. En otras palabras, la circulación del marxismo está relacionada con los orígenes del socialismo y de la izquierda ecuatoriana como sostienen respectivamente Ricardo Melgar Bao y Tomás Quevedo.

En el texto *Lecturas e influencia de Marx en la primera mitad del siglo XX en Ecuador*, Tomás Quevedo indaga sobre difusión y apropiación de las ideas de Karl Marx y Frederic Engels en Ecuador en las primeras décadas del siglo XX. Con el objetivo de actualizar el debate, identifica a promotores, textos y ejes de discusión. Su trabajo logra identificar cinco temáticas que destacan en aquellos años: la revolución rusa, la definición de Marx y el marxismo, la crítica al capitalismo, la construcción del socialismo y la vía de la revolución ecuatoriana.

Por su parte, Ricardo Melgar Bao en el capítulo *Marxismo y socialismo en el Ecuador: la cuestión de los orígenes* explora los orígenes del socialismo y el marxismo a través del estudio de la revista Antorcha y el grupo que se nucleaba a su alrededor².

Ahí encuentra posicionamientos respecto al Estado, la Unión Soviética, las vías revolucionarias y reformistas, las demandas del proletariado, campesinado e indígenas y también, el papel que debía jugar la “pequeña burguesía urbana universitaria”.

AUTORES CENTRALES

La segunda parte está dedicada a los principales referentes del marxismo ecuatoriano. No obstante, como los autores de este apartado

2 Este artículo fue publicado originalmente por la Revista *Pacarina del Sur* a cuyo Comité Editorial agradecemos la autorización para su publicación en este libro.

advierten, sus obras están ligadas a preocupaciones latinoamericanas y universales. David Chávez en su artículo *Marxismo relacional y “tercermundización” en Ecuador* aborda la obra de los tres principales pensadores marxistas: Agustín Cueva, Bolívar Echeverría y Alejandro Moreano. Nombres que están ligados a la emergencia del marxismo en Ecuador. Su abordaje a través de la noción de *formación intelectual* de Raymond Williams le permite ofrecer un panorama general e identificar los rasgos comunes en autores con diferentes proyectos teóricos y trayectorias intelectuales. Estos rasgos comunes tendrían que ver con el carácter relacional y tercermundista de su marxismo.

Dado que Cueva y Echeverría son autores bastante estudiados, aquí ofrecemos otros abordajes. Para el caso del primero, Andrés Tzeiman ofrece una guía general para quienes deseen acceder a la obra o profundizar su estudio y en el caso del segundo, Víctor Hugo Pacheco ofrece una lectura de un joven Bolívar Echeverría y sus primeros años en México.

En el capítulo *De Ecuador hacia América Latina: temas y problemas en el marxismo de Agustín Cueva* el autor recapitula los principales temas y problemas abordados por Cueva y va trazando una ruta con los distintos trabajos. Así tenemos: 1) la crítica de la cultura y el arte; 2) el análisis de coyuntura, 3) el concepto de modo de producción y el desarrollo capitalista en América Latina, 4) la exasperación de las contradicciones y el advenimiento del fascismo, 5) la cuestión del Estado en América Latina, 6) la crítica de las democracias vacías de todo contenido y 7) la derechización de Occidente y la conservadurización intelectual en América Latina que lo ocupó durante la década de los ochenta. Ofrece de esta manera una herramienta necesaria para explorar la obra de Cueva temática y temporalmente.

En el artículo *Bolívar Echeverría en la órbita de la insurgencia sindical mexicana, 1968-1986*, Pacheco nos ofrece la imagen de un Echeverría poco explorado y su participación política en la insurgencia sindical en México. Durante estos años, se observa una preocupación por la actualidad o vigencia de la revolución ligada a la lucha contra el imperialismo desde los escenarios nacionales, pero que no

se agota ahí. Advierte, además, la presencia de un significado de la revolución que va más allá de su concepción política. Pacheco recupera, también la reivindicación de Lenin y de Rosa Luxemburgo en lo que respecta a la organización revolucionaria. La relación con el proceso de insurgencia sindical mexicano podría ser la experiencia que marcó el posterior proyecto teórico echeverriano.

COMBATES DADOS Y POR DARSE

El uso del marxismo como guía para la acción floreció en la época de los sesenta-setenta. La radicalización de las izquierdas encontró en el marxismo una lengua que traducía sus anhelos: son los años en los que se debate la actualidad y el carácter de la revolución y el sujeto que podría llevarla a cabo y para ello era necesaria una caracterización de la formación social ecuatoriana. El combate era claro: la revolución. Son años en los que una generación de militantes e intelectuales están convencidos de que “la revolución estaba a la vuelta de la esquina” y era su tarea llevarla a cabo. Este avance, sin embargo, se ralentizó desde mediados de los ochenta y en los noventa el marxismo pareció salir de escena. Son los años de la derrota y la contrarreforma liberal. Pero en política, ninguna victoria o derrota es para siempre. La reactivación de las luchas contra el neoliberalismo en los años dos mil en distintas latitudes del mundo reabre el horizonte para el marxismo y aparecen nuevas tareas que atender, de estas, el colapso ecológico es el más urgente.

Los artículos de Sofía Lanchimba y Andrés Madrid se ocupan de los combates dados en los años setenta y el de Melissa Moreano pone en discusión la intervención del marxismo en los debates ecológicos. A través del artículo *A la izquierda del padre: la revitalización del marxismo ecuatoriano en los sesenta-setenta* Lanchimba reflexiona sobre el papel que jugó el marxismo en el marco de la radicalización de las izquierdas de aquellos años: como arma política para la acción, como herramienta de interpretación de la realidad a través de una versión ecuatoriana de la teoría de la dependencia -Fernando Velasco Abad- y como instrumental teórico en la formación de las ciencias sociales.

En el texto *La enredada chispa de la pradera ecuatoriana. El sujeto histórico pensado desde la izquierda en Ecuador 1975-1986*, Madrid trabaja en torno al debate sobre el sujeto revolucionario para la intelectualidad orgánica de los partidos y las organizaciones más importantes de aquellos años. Encuentra cinco tipologías: el militante revolucionario, el pueblo, la población sufragante, el proletariado como clase obrera industrial y el proletariado como sujeto negativo. De este último, ofrece ejemplos en la historia ecuatoriana en la que ha existido vinculación entre lo obrero, campesino y popular; es decir, un entendimiento del proletariado como unidad vinculante de los explotados del campo y la ciudad.

Para finalizar, el artículo de Melissa Moreano *La naturaleza producida* se sitúa en la actualidad y muestra la vigencia del pensamiento marxista desde nuevas preocupaciones. La autora hace una crítica al ambientalismo tecnocrático y el ambientalismo esencialista -burgués y neoliberal- que entienden a la naturaleza como externa, intrínseca y universal. Por lo que, en la línea del marxismo ecológico, la geografía marxista y la ecología política propone entender a la naturaleza social, es decir, producida.

Entre los trabajos, hay diálogos, debates y continuidades -sin que ese haya sido el propósito inicial- que se pueden rastrear explícita e implícitamente. Sin embargo, como lo dijimos anteriormente, este aspira abrir el camino y convocar a nuevas reflexiones y debates de una tradición que tiene mucho por decirnos.

BIBLIOGRAFÍA

Bensaïd, Daniel (2013). *Marx intempestivo: Grandeza y miserias de una aventura crítica* (2a ed). Ediciones Herramienta.

Cueva, Agustín (30 de agosto de 1976). Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana. *Revista Ciencias Sociales. Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central*, 1(1), 23-32.

Derrida, Jacques (2012). *Espectros de Marx: El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional* (5. ed). Trotta.

INICIOS DEL MARXISMO

LECTURAS E INFLUENCIA DE MARX EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX EN ECUADOR¹

Tomás Quevedo Ramírez

INTRODUCCIÓN

El Ecuador de la primera mitad del siglo XX se caracterizó por el acentuado regionalismo entre la costa y la sierra, lo que demarcó diferencias radicales en las formas de organización de la economía y también en la producción de ideas. Mientras que el núcleo económico de la sierra era la hacienda y el control ideológico estaba en manos de la Iglesia, en la costa el capitalismo se consolidaba de la mano de la burguesía agroexportadora y comercial. La ciudad de Guayaquil, en su condición de puerto, se convirtió en un escenario para la circulación de nuevas ideas que calaron en los trabajadores asalariados, herederos de la Revolución Liberal (1895), proceso que permitió la multiplicación de las organizaciones populares, y también eliminó las “restricciones para la entrada de libros y permitió la libre emisión del pensamiento” (Albornoz Peralta, 2018, p. 9).

1 Este trabajo se enmarca en la investigación doctoral: “Marxismo ecuatoriano en la segunda mitad del siglo XX. Reflexiones a partir de la obra de Agustín Cueva, Bolívar Echeverría y Alejandro Moreano”.

Esto posibilitó la divulgación del anarquismo (Páez, 1986), del socialismo utópico y del marxismo. Albornoz Peralta brinda más detalles sobre la difusión de la obra de Marx y Engels en Ecuador. De hecho, ubicó una de las primeras referencias locales a Marx en la tesis doctoral Escuelas económicas de Luis Felipe Chaves –ex liberal y fundador del Partido Socialista². En este trabajo Chaves señala que:

A esta vacilación, a esta incertidumbre de la Filosofía de la Historia, pone término el genio de un hombre extraordinario, de un analizador profundo y desapasionado de la vida de los pueblos, del inmortal Carlos Marx, quien descubrió el factor-eje de la vida social; factor conocido de todos desde mucho tiempo atrás, pero cuya extraordinaria importancia nadie había apreciado antes, con la claridad y certeza de Marx; tal factor de las sociedades, el que constituye la trama íntima y eterna del Todo Social, es el factor económico (Chavez, 1912 en Albornoz Peralta, 2018, p. 11).

Esta temprana referencia a la importancia del factor económico se explica por la circulación –aunque limitada– de las obras clásicas del marxismo. Este hecho fue verificado por Albornoz Peralta (2018) en el Catálogo General de la Librería Española de 1911 a 1915, donde constan obras como: *Precio, salario y ganancias; El Capital, Manifiesto Comunista, Miseria de la Filosofía, El origen de la familia, propiedad privada y el Estado, El socialismo utópico y el socialismo científico* e incluso libros de Paul Lafargue como: *El derecho a la pereza, Idea de la Justicia y del Bien y El matriarcado*³.

2 Publicado en 1912 por la revista *Anales* de la Universidad Central del Ecuador.

3 A esto se podría añadir la labor de Leonardo Muñoz –fundador del socialismo– uno de los primeros librereros de la ciudad de Quito, quien “como librero, al filo de la década de los veinte fue el iniciador de la importación de libros sobre marxismo en el país” (Albornoz Peralta, 2018).

Las primeras evaluaciones sobre este periodo se realizaron en la segunda mitad del siglo XX, desde perspectivas militantes. Destacaron trabajos sobre la influencia intelectual de la Revolución Rusa en los precursores del socialismo local (Aguirre, 1983a; Albornoz Peralta, 2018; Muñoz Vicuña, 1976). César Albornoz recogió gran parte de esta tradición en su libro *Pensamiento crítico ecuatoriano del siglo XX* (1995), donde escribió entrevistas basadas en la obra de los principales autores relacionados con el marxismo. El trabajo de recopilación de documentos de la dirigencia comunista y el estudio introductorio realizado por Hernán Ibarra (2013) también son relevantes para la comprensión de la producción de las ideas relacionadas con el marxismo y la izquierda en este periodo.

Siguiendo esta línea de reflexión, este artículo busca identificar y actualizar el debate sobre la difusión y apropiación de las ideas de Marx y Engels en el Ecuador en las primeras décadas del siglo XX; para ello, se identificarán a los promotores del pensamiento marxista local, sus textos y sus principales ejes de discusión. Este documento también tiene el objetivo de mostrar el rol del pensamiento de estos autores en la disputa ideológica y política que decantó en la construcción de la izquierda ecuatoriana. Para ello, se ha propuesto el análisis de las problemáticas compartidas por los primeros lectores de Marx y Engels en Ecuador, como el impacto de la Revolución Rusa, la definición del marxismo, la crítica al capitalismo, la construcción del socialismo y la vía de la revolución ecuatoriana.

LA IMPORTANCIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

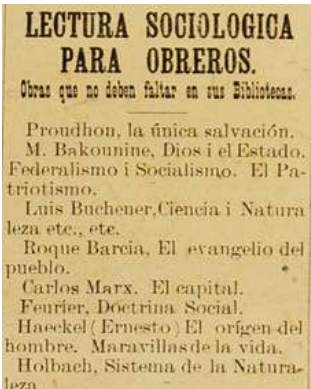
La Revolución Rusa fue un acontecimiento crucial en la dinámica política del siglo XX y aceleró la difusión de las ideas de Marx y Engels a nivel mundial. En Ecuador, las noticias de Rusia fueron reproducidas por el periódico *El Día*, donde se informa que:

En Petrograd, los maximalistas ayudados por la guarnición de Petrograd, hizo [sic] posible el golpe de Estado que se efectuó sin derramamiento de sangre; el presidente del consejo de obreros

y soldados anunció que el gobierno provisorio no existía⁴. El parlamento preliminar lo han disuelto. A última hora informan que la guarnición de Petrograd y el proletariado depusieron a Kerenzky [...] El comité militar de los soviets lanzó una proclama diciendo que gracias a la ayuda de la guarnición de Petrograd esta se halla en sus manos; la oficina directiva comprende 14 maximalistas, dos partidarios de Lenine, dos de Zinovielf, dos de Trotzky y siete socialistas revolucionarios; si los maximalistas extienden su dominio queda de hecho proclamada la revolución social en Rusia (El Día, 11 y 14 de noviembre, 1917).

Bajo la influencia de este acontecimiento, desde 1920 se publicó en la ciudad de Guayaquil el periódico obrero *Bandera Roja*, en el cual se difundieron artículos, fotografías y textos alusivos a la problemática del marxismo, la clase obrera y la necesidad de un partido revolucionario. Se pueden observar extractos del periódico, en los que se hace alusión a la Revolución Rusa y a sus líderes, en la Imagen 1.

Imagen 1. Referencias a la Revolución Rusa y a Marx



Bandera Roja, No. 15-junio de 1920



Bandera Roja, No. 9-mayo de 1920

4 *Maximalista* era una de las tantas denominaciones con las que se nombraba a los Bolcheviques; hacía referencia a los seguidores del escritor ruso Máximo Gorki.

La publicación de noticias en torno a la situación rusa tiene lugar en un contexto intelectual regional en el que la influencia de las obras de Darwin, Spencer, Haeckel y José Ingenieros son centrales, puesto que contribuyeron “a la formación ideológica de nuestros intelectuales progresistas” (Albornoz Peralta, 2018). Los personajes cuyo trabajo generó afinidad hacia la revolución (Muñoz Vicuña, 1976) fueron abogados, escritores y dirigentes obreros y hoy se consideran como precursores del socialismo.

Belisario Quevedo esgrimió una de las primeras defensas locales de la revolución bolchevique, al retomar los planteamientos de Bujarín frente a las críticas conservadoras que señalaban que el bolchevismo destruía el arte. Quevedo respondió a estos ataques y señaló que la Revolución era un proceso en marcha y que adelantar criterios y juicios era poco adecuado. Además, subrayó el papel de Gorki en el Departamento de Lenguas Extranjeras, quien además se encontraba “llevando a cabo una intensa renovación de la música; que se sostienen las academias y los museos”. Quevedo indicó también “que los muchachos de las escuelas y de las masas populares están, por primera vez, contemplando, guiados por maestros competentes” (Quevedo, 1932, pp. 82-83). Para Belisario Quevedo, la revolución había logrado difundir una nueva concepción sobre el disfrute del arte, de la mano de Gorki, quien ya era conocido por sus obras literarias, al igual que otros escritores rusos en el Ecuador (Albornoz Peralta, 2018).

Para el dirigente obrero Juan Elías Naula, en la Revolución Rusa “obraron conjuntamente elementos burgueses que defienden el privilegio democrático y socialistas libertarios que siguen la doctrina de Marx” (Naula, 1921, p. 227), conocidos también como marxistas.⁵

5 Juan Elías Naula inició la reflexión obrera sobre la problemática social, y destacó como dirigente de varias organizaciones de trabajadores del Guayas. Su obra *Principios de sociología aplicada* (1921) tuvo el mérito “de aplicar el marxismo en la interpretación del desarrollo de la humanidad” (Albornoz Peralta, 2018, p. 17) y adherirse al proceso revolucionario soviético. Para Naula “si las clases desheredadas creen que es racional y justo sufrir su estado de ignorancia, hambre y miseria y esclavitud, queremos que sepan que eso es debido sólo a la cobardía y el envilecimiento de ellas mismas, desde la antigüedad hasta nuestros tiempos” (Naula, 1921, p. 4). Se puede inferir que el marxismo tiene una arista Obrera en su ingreso a Ecuador,

El principal impacto de esta revuelta fue la demanda por la abolición de la propiedad privada, que no estaba “circunscrita a una nación o a un Continente, sino que comprende a todo el Globo terrestre. La Humanidad toda se halla dividida bajo dos banderas: la Negra de la Usurpación y la Roja de la Libertad. No hay término medio. La lucha se ha presentado concreta, grandiosa y aterradora” (Naula, 1921, p. 244) y Rusia era el gran escenario. Naula señala optimista que

La resolución de esta crisis ha ocurrido en Rusia, puede resultar ya mismo, o puede demorar algunos años en las demás naciones, pero esta resolución vendrá para todo el Mundo, en la nueva forma de PROPIEDAD COMUNISTA, aceptada mansamente por la Evolución Racional de los poderosos o impuesta férreamente por la REVOLUCIÓN SOCIAL. Los horrores de esta lucha serán los estertores de la agonía del Derecho de la fuerza que morirá estrangulado por el Derecho de la Razón (Naula, 1921, p. 247).

Para Naula, a corto o largo plazo, la revolución era inminente y significaba la realización del desarrollo de las fuerzas proletarias unidas en la búsqueda del socialismo como alternativa frente a la explotación. Uno de los estudios más detallados sobre el impacto de la Revolución Rusa fue la tesis doctoral de Antonio Quevedo titulada Ensayos sociológicos y políticos (1924), en ellos se comparte una explicación panorámica sobre los fenómenos contemporáneos del mundo. Por ello su énfasis está puesto en la explicación del fascismo y del bolchevismo que, como él mismo señaló, entraron al Ecuador mediante las noticias de cables internacionales, desde 1922.

mediante la reflexión de este dirigente sindical. Sin embargo, dicha reflexión tuvo un fuerte componente positivista, evolucionista y anarquista; las referencias a Proudhon son importantes, lo que evidencia una amplia circulación de ideas y obras y también el impacto que tuvo la Revolución Rusa en las organizaciones de trabajadores del país.

Su tesis apunta a que el bolchevismo y el fascismo son fenómenos paralelos en el país, y que la adhesión a estas ideas estaría marcada por la posición de clase de cada grupo: “el fascismo, transitoriamente al menos, ha apasionado a los burgueses ecuatorianos: así como a los proletarios, sedientos de dominar, les fascina el bolchevismo” (Quevedo, 1924, p. 1).

Esta tendencia a la bolchevización –producto de la Revolución Rusa– tomó cuerpo en la fundación de la izquierda ecuatoriana, lo cual –entre otros factores– fue posible por la acción del diplomático mexicano Rafael Ramos Pedrueza, quien dirigía la “Sociedad Amigos de Lenin” y puso su biblioteca a disposición de los jóvenes que le visitaban.⁶ Entre ellos se encontraban los fundadores del socialismo Ricardo Paredes y Leonardo Muñoz, quienes conformaron el grupo socialista “La Antorcha” y publicaron un periódico con el mismo nombre. Para ellos, “el marxismo logra conformar y sintetizar una nueva concepción del mundo y de la historia humana, ausente en la tradición socialista” (Gonzales, 2015, p. 60).

Los grupos socialistas estaban mayoritariamente compuestos por “intelectuales (poetas, abogados, periodistas), debiéndose exceptuar tan solo el de Guayaquil que, gracias al desarrollo económico de la ciudad, puede contar con una buena representación obrera” (Albornoz Peralta, 2018, p. 24). Con estos antecedentes, en 1926 se fundó oficialmente el Partido Socialista Ecuatoriano (Albornoz Peralta, 2018; Carrera Andrade, 1989; Muñoz, 1988; Rodas, 2006) como la propuesta de una joven intelectualidad y dirigencia política que se había organizado tanto en los sectores urbanos como rurales.⁷ Así, el marxismo tomó mayor relevancia en la dinámica política de

6 Afiliado al Partido Comunista Mexicano y miembro de la III Internacional. En el texto de Ernesto Miño *El Ecuador ante las Revoluciones Proletarias*, encontramos la referencia a su libro ‘La lucha de clases en Méjico’, lo que indica que fue una pieza clave en la difusión de las ideas marxistas en el Ecuador, o que por lo menos se convirtió en una referencia para la primera generación de socialistas y comunistas.

7 En la década del veinte se desarrolló una campaña por parte de núcleos socialistas de alfabetización en zonas indígenas y campesinas, en la cuales surgieron los primeros sindicatos agrarios, base para la conformación de la Federación Ecuatoriana de Indios (1944) y de donde surgirían líderes históricos como Dolores Cacuango, Transito Amaguaña o Jesús Gualavisi.

esta organización y en sus documentos fundacionales se lo “adoptó [...] como su base ideológica” (Rodas, 2006, p. 31), la cual no era exclusiva, pero su consideración inauguraba la posibilidad de una corriente revolucionaria.⁸

SOBRE MARX Y SU OBRA

Juan Elías Naula consideró a Marx como parte de la herencia intelectual y política de la Revolución Francesa (junto con Babeuf, Cabet, Blanc, San Simon, Fourier o Prodhon), puesto que “sobre esta base se estableció la lucha de clases alcanzando a todo el Mundo, y en las naciones más poderosas e ilustradas se organizaron importantes centros de rebeldía y surgieron los Marx, los Bakounine, Kropotouine, Spencer, Engels y otros muchos, para dirigir y encausar esta lucha” (Naula, 1921, p. 226). Esto indica que, para Naula, Marx y Engels eran dirigentes e ideólogos de la nueva revolución.

Antonio Quevedo –en la misma línea– consideraba que “la ideología socialista culmina en Marx, que es el filósofo positivista y el gran cerebro de la poderosa corriente. Así debe de ser cuando disputan entre Lenin y Trotsky contra Kautsky, por llamarse herederos y continuadores del ideario y de la acción de los marxistas” (Quevedo, 1924, p. 27). La particularidad de la tesis de Quevedo es que las referencias a Marx son directas y muestran una lectura sistemática de algunas de sus obras. En especial cuando reflexiona sobre el obrero, a quien define como “un moderno esclavo entregado al patrón: éste puede despedirle el rato que quiere, hacerle trabajar un día y echarlo al siguiente; y cuando no se trabaja no se come [...] el obrero, así, chupado, como por un vampiro –la expresión es de Marx– por el capitalismo industrial” (Quevedo, 1924, p. 22). La referencia a *El Capital* es directa, lo que podría indicar una lectura de las primeras traducciones que llegaron al país, o también su lectura en otro idioma.

8 Las corrientes que confluyen al interior del PSE fueron “el socialismo pequeño burgués que proviene del liberalismo radical; el anarquismo y el socialismo o ‘comunismo integral’ que promovieron la huelga del 15 de noviembre de 1922, y participaron en la revolución del 9 de junio de 1925, y el socialismo utópico o ‘feudal’ liderado por el terrateniente y coronel Juan Manuel Lasso” (Granda, 2008, p. 59).

En los años treinta, en su trabajo *El Ecuador ante las Revoluciones Proletarias* (1935), Ernesto Miño intentó mostrar el avance del comunismo como una tendencia mundial a través de citas y referencias directas a las obras de Hegel, Marx y Engels. Esto es un indicador de que la literatura marxista había logrado consolidar su entrada al país. Miño privilegió la dimensión económica como centro de la reflexión de Marx, para él, “la esencia del materialismo histórico consiste en que el fenómeno económico es la base que condiciona todos los fenómenos sociales a través de la historia. La evolución de las sociedades se debe a la lucha de clase” (Miño, 1935, p. 4).

Esta observación fue compartida también por Enrique Terán, para quien “Marx, Engels y Lenin, en el desenvolvimiento de su filosofía materialista de la historia, ya nos han demostrado hasta la saciedad, que el factor económico, es la base de toda aplicación de derechos sociales” (Terán, 2013, p. 108). De acuerdo con Terán, la revolución se articularía desde las necesidades materiales contenidas en el factor económico.

Manuel Agustín Aguirre profundizó en la importancia del factor económico y elaboró la primera reflexión sistemática sobre la obra de Marx en Ecuador.⁹ También fue precursor de la enseñanza de su obra en la Universidad Central a fines de los años cuarenta.¹⁰ Para Aguirre, “Marx sienta el principio de que la historia escrita de

9 Para Manuel Agustín Aguirre “en América Latina y en el Ecuador fuera de algunos esfuerzos plausibles, hemos vivido de ese marxismo ‘perezoso’ que se contenta con la repetición mecánica de ciertas fórmulas petrificadas, en las que se trata de encajar la realidad como un lecho de Procusto, sin comprender que la teoría debe desprender del análisis de nuestra práctica social, para comprender nuestro proceso histórico y la realidad del país en sus propias características y especificidades que no pueden identificarse con las de otros países [...] por falta de auténtico desarrollo teórico y de una visión que permita conocer a profundidad la realidad y mirar objetivos de largo plazo, nuestra izquierda no se ha constituido en una real alternativa de poder” (Aguirre, citado en Granda, 2008, p. 72).

10 Manuel Agustín Aguirre estudió derecho en la Universidad de Loja, desde 1925 formó parte del núcleo socialista Vanguardia “en el que toma conciencia de los problemas sociales y políticos del Ecuador y en el que conoce, por primera vez, la doctrina marxista [...] (a finales de los cuarenta ingresó) como profesor de la facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central a ejercer la cátedra de economía [...] funda primero la Escuela de Economía y luego, en 1950, la Facultad de Ciencias Económicas de la que fue decano” (Granda, 2008, pp. 46-50).

las sociedades es la historia de la lucha de clases” (Aguirre, 1983b, p. 3). Su trabajo se dedicó a la comprensión del marxismo y al diseño de un programa socialista que ponía como principio la lectura de la realidad ecuatoriana.

En tal sentido, el pensamiento de Aguirre estuvo marcado por el llamado a la praxis, concentrándose en la reflexión estratégico-revolucionaria, mediante la aplicación del marxismo al análisis de las condiciones coyunturales del país. Además, propuso “la aplicación de un método para el análisis social y para la comprensión y transformación de nuestra realidad nacional” (Granda, 2008, p. 57); este método –el materialismo histórico– se basa:

[...] en el desarrollo de las ciencias en el siglo XIX, el materialismo marxista concibe el mundo como un proceso, como un devenir, en constante desarrollo y transformación. Aplica el materialismo a la interpretación de la sociedad y la historia, a la comprensión de los fenómenos sociales, acentúa el papel transformador de la actividad práctica del hombre; pues ya no se trata, como hemos dicho, de interpretar el mundo, sino de cambiarlo (Aguirre, 1969, p. 19).

En esta referencia a la tesis XI sobre Feuerbach, de Marx, se muestra la importancia del marxismo para Aguirre como una teoría para la transformación y no para la contemplación; algo que resaltó en su trayectoria como dirigente socialista. En esa misma línea se refirió al materialismo histórico como una forma de estudiar etapa histórica, no sin observar

[...] inmediatamente una conexión íntima entre todos los hechos coexistente en dicho periodo, o sea que los fenómenos económicos, políticos, religiosos, artísticos, al parecer tan disjuntos y aislados, no están allí por su casualidad, por obra del azar incongruente o en forma accidental, sino que existe un hilo conductor que los relaciona con todos los demás, los une, los condiciona y los explica (Aguirre, 1969, pp. 60-61).

La unidad de análisis para ello es el modo de producción, concepto del cual Aguirre se sirve para ejemplificar las transformaciones de la sociedad y las diferencias entre un modo de producción y otro. Su uso es el de un elemento analítico, mas no como un conjunto de etapas que debería atravesar la humanidad, pues ello es considerado por Aguirre como mecanicista.

CRÍTICA AL CAPITALISMO

Para Naula, el capitalismo es una construcción histórica cuyo eje es la expropiación, que tiene lugar como una consecuencia de la colonización española de América Latina. En medio de este acontecimiento se estableció una “funesta alianza entre Imperialismo y el catolicismo”, que impuso un nuevo régimen de propiedad sobre la tierra, que dio lugar a “todas las injusticias sociales; he ahí el origen de la explotación y de la miseria en este Continente. En resumen, he ahí el origen de todas las calamidades de América” (Naula, 1921, p. 163).

En consecuencia, el origen de la desigualdad está relacionado con la expropiación de la tierra producto de la colonización, característica previamente observada por Marx como parte del proceso de acumulación originaria de capital. Ernesto Miño, por su parte, consideró a la “revolución mecánica” como un factor determinante para la consolidación del capitalismo:

La manufactura es la primera organización capitalista. La forma de producción capitalista, lo decimos de acuerdo con Marx es esencialmente distinta de las anteriores formas de explotación de las clases inferiores [...] en la forma capitalista, el hombre es libre, por lo menos así lo dicen los códigos, pero no tiene trabajo propio y, por lo mismo, no puede apropiarse de su fruto: el capitalista compra su trabajo barato, para vender caro su fruto (Miño, 1935, pp. 39-40).

En los trabajos de Miño, se aprecia el dominio de los conceptos del marxismo sobre la explotación y las nuevas dinámicas de trabajo impuestas por el capitalismo. Este es uno de los primeros textos en

Ecuador en abordar y problematizar de manera detallada los postulados de Marx en relación con el proceso de transición del feudalismo al capitalismo.

En esta misma línea, pero con mayor profundidad, Manuel Agustín Aguirre intentó demostrar la capacidad destructiva del capitalismo mediante la teoría económica marxista –y no la crítica de la economía política– de la cual explicó sus aspectos fundamentales: la teoría del valor, la plusvalía y las leyes del desarrollo capitalista.¹¹ A pesar de cierto economicismo, sus reflexiones muestran una atenta lectura del primer tomo de *El Capital* y de los clásicos de la economía política inglesa. De acuerdo con Aguirre

Marx estudia lo que pasa entre los hombres cuando producen y cambian, o sea las relaciones económicas que los unen, descubriendo que los nexos entre las cosas son una simple expresión de las relaciones entre los hombres, que se hallan detrás de aquellas. Y ahora hay que decir quien no comprenda esto perfectamente, no puede comprender a Marx (Aguirre, 1969, p. 117).

Es decir que las nuevas relaciones sociales se entienden a través de las relaciones de producción, que tienen como “razón de ser y esencia la acumulación: acumular y acumular es su divisa” (Aguirre, 1972, p. 41). La acumulación solo es posible mediante la extracción de plusvalía derivada de la venta de fuerza de trabajo libre, fenómeno a partir del cual Aguirre examinó el funcionamiento de la dinámica capitalista y sus efectos sobre la clase trabajadora.¹²

11 Es importante señalar que la obra de Marx y Engels no remite a una *economía política marxista* pues nunca llegaron a definir las formas de construcción del socialismo y mucho menos su organización. Por tanto, esa parte de la lectura tiene mayor relación con la interpretación soviética y las reflexiones de los Manuales usados para la difusión del marxismo por parte de la III Internacional.

12 “El trabajador si bien no vende su persona como el esclavo, enajena diariamente su fuerza de trabajo al empresario, como una mercancía, que al usarse produce un valor mayor que el recibido por el obrero en forma de salario, lo que constituye el excedente denominado plusvalía [...] Por eso Marx decía que el trabajador forja las

En los setenta, el capitalismo había sufrido profundas transformaciones, al conjunto de las cuales Aguirre denominó neocapitalismo –expresión de una etapa superior y última. Esta expresión tuvo nuevas características, derivadas de lo que Aguirre llamaba “Managerial revolution o revolución de los gerentes”, que consistía en que

[...] ya no son los grandes capitalistas-monopolistas, poseedores de los altos porcentajes de valores, sino más bien los administradores profesionales y técnicos, los que verdaderamente controlan los medios de producción y cuya actividad no está determinada por el interés del beneficio, del lucro, sino más bien se orienta al mayor incremento de la productividad (Aguirre, 1972, pp. 145-146).

A través de esta lectura, Aguirre dejó claro que el capitalismo perfecciona las técnicas de control y administración del capital y de la fuerza de trabajo de la mano del desarrollo tecnológico, a medida de su desarrollo. Esta mejora se expresa en la intensificación de los mecanismos de extracción de plusvalía, que solo podrían ser frenados por la transformación socialista. Para Aguirre “la realidad nos ha colocado frente a un solo dilema: capitalismo o socialismo” (Aguirre, 1983b, p. 266).

RESPUESTAS SOBRE EL SOCIALISMO

El socialismo apareció en el horizonte de la intelectualidad ecuatoriana y de las primeras organizaciones de izquierda, de la mano del desarrollo de las primeras reflexiones marxistas. Por ejemplo, Belisario Quevedo resaltó “que la explotación es la razón de ser del socialismo universal” (Quevedo, 1932, p. 84). Es decir que la expansión y adhesión a estas ideas fue posible debido a la dinámica del capitalismo y a las

cadenas de oro que han de esclavizarlo. Igualmente no le pertenece el producto de su trabajo, la mercancía, que es amasijo de sus músculos, nervios, de su cerebro, de su sangre” (Aguirre, 1972, pp. 192-193). Esto se relaciona con la idea de enajenación y la extrañeza del objeto producido con su productor.

relaciones de clases que se establecieron en un territorio. Sobre las clases dominantes ecuatorianas Quevedo escribió que:

Nuestros explotadores a la manera colonial, a la manera antigua chupan nada más que el miserable producto de la secular rutina [...] el régimen de explotación de las clases, régimen de mentira, injusticia y esclavitud no terminará en nuestro país sino en un porvenir muy lejano: pero la lucha contra él a fin de reducir su campo de acción y suavizar la rudeza de sus viejas formas es también un imperativo de la vida (Quevedo, 1932, pp. 87-88).

Lo notable del planteamiento de Belisario Quevedo es la caracterización colonial de “los explotadores”, quienes continuaban las formas de explotación “feudales”. En este extracto también dejaría sentada la necesidad de luchar –hacer algo– contra la vieja sociedad; aunque el socialismo parezca lejano, pues como señala “se nos hace difícil apropiarnos del espíritu de las masas proletarias de Europa” (Quevedo, 1932, p. 82).

Antonio Quevedo abordó al socialismo científico como un modelo de administración política que sería la antesala del comunismo, en el cual debían “socializarse, ser comunes, los instrumentos de producción; verbigracia de la tierra, las minas, las aguas, las industrias, las líneas férreas [...] la propiedad no desaparece pues, por completo, pero reside empequeñecida, sólo en los bienes muebles personales, en los bienes de consumo” (Quevedo, 1924, pp. 38-39). El socialismo recurre a la socialización de la propiedad privada de los medios de producción, pero no de los bienes privados; argumento común en la propaganda conservadora. Para entender la propuesta del socialismo Quevedo recomienda dedicarse a la lectura de Marx.

No tenemos nada más que seguir a Karl Marx y Federico Engels ambos autores del Manifiesto del Partido Comunista, escrito en 1847; el primero además autor de *El Capital*: celebradísimas producciones tan comentadas hoy, como la Biblia entre

los protestantes, entre las decenas de millones de socialistas [...] las valientes interpretaciones de Marx sobre la Comuna de París, adquieren hoy proporciones interesantísimas, gracias al nexo histórico que puede descubrirse entre la Revolución de 1871 y la rusa de 1917 (Quevedo, 1924, p. 40).

Quevedo puso en evidencia su amplio conocimiento de la obra de Marx y su relación con el socialismo. En ese sentido consideraba al marxismo como una teoría científica; para él,

El marxismo no es, pues, una teoría apriorística, un ideal de determinada verificación social, una solución pensada, sino la dirección y el objetivo determinados por la resultante de todas las fuerzas que actúan en la realidad: el marxismo, pretende ser la teoría, la interpretación científica del curso vivo de la humana evolución [...] Marx proclama el materialismo histórico: el curso de la historia trazado por la fuerza y primordial influjo de la fenomenología económica, que, en virtud de su evolución claramente delineada, a pesar de sus desviaciones pasajeras, lleva al Mundo hacia el Colectivismo (Quevedo, 1924, pp. 40-41).

Por ende, para Quevedo, el bolchevismo –en el contexto de la Revolución Rusa– es “el violento descendiente del marxismo científico” (Quevedo, 1924, p. 177).¹³

Ernesto Miño planteó que “el socialismo [...] será el único capaz de realizar el ideal pacifista. La guerra es el fruto del afán egoísta del hombre, queriendo el más completo bienestar” (Miño, 1935, p. 54). Su perspectiva era contraria a las tesis de la Internacional sobre la

13 Si bien este autor desarrolla una profunda reflexión sobre la relación entre el marxismo y el bolchevismo, él no se identificaba a sí mismo como marxista, más bien su preocupación principal era el desarrollo de la ciencia sociológica para “el estudio de la lucha inter-social [...] reafirmando la primacía de las enseñanzas sociológicas en la investigación de las corrientes socialistas, fascistas y bolchevista” (Quevedo, 1924, p. 49).

viabilidad del socialismo en el Ecuador, cuyo argumento era “que no, porque el socialismo es el sistema de organización social que surge cuando el industrialismo ha llegado al máximo de concentración de capital y trabajo” (Miño, 1935, p. 166). Miño considera que,

[...] cuando los que producen recogen el fruto de su trabajo, entiendo que habrá socialismo. Disminuirán los intermediarios y aumentarán fuerzas productivas. Desaparecerá la explotación porque ya no habrá clases privilegiadas dueñas de los medios de producción: será la sociedad, formada, entonces, sí, por hombres iguales (Miño, 1935, p. 166).¹⁴

Lo importante de este planteamiento es que el socialismo no se propone como receta, sino como la posibilidad de tejer desde abajo –con los explotados y oprimidos– una nueva sociedad; claro que advierte que para ello “se necesita conciencia de clase en los oprimidos” y la dirección política de la clase media “que tienen mayores capacidades económicas para prepararse, para estudiar los problemas sociales” siempre y cuando conserven su “conciencia de explotados” (Miño, 1935), planteamiento que confrontaba los lineamientos de la III Internacional.

Quien desarrolló la reflexión más profunda sobre cómo sería una sociedad socialista fue Manuel Agustín Aguirre. Él reconoce que Marx y Engels “no se dedicaron a especular sobre los detalles de funcionamiento del nuevo sistema [...] sino que se limitaron a sentar los principios o bases fundamentales sobre las que se levantaría esta nueva forma social del desarrollo histórico” (Aguirre, 1969, p. 209). Esta formulación la realizó tomando como referencia la experiencia

14 El socialismo “como busca la justicia social, es redención económica de oprimidos y caída económica de opresores” y que en una situación como la del Ecuador donde “tenemos desde la refinada explotación capitalista hasta la medieval explotación del feudo. ¿Si aceptamos el criterio de que el socialismo se debe implantar solo donde haya llegado a su contradicción máxima el capital y el trabajo, cabe que hagamos el socialismo por pedazos? No el objeto del socialismo, sistema científico, es socializar los medios de producción y socializar sus productos” (Miño, 1935, p. 166).

de la URSS y la experiencia cubana (Aguirre, 1972). El eje principal del nuevo sistema sería la socialización o eliminación de la propiedad privada de los medios de producción.

La supresión de la propiedad privada, de la carrera tras el lucro como el objeto esencial de la existencia, ha de salvar al hombre no sólo de la miseria material, sino también de la miseria espiritual [...] el hombre con sus sentidos liberados de la estrecha cárcel de lo individual podrá ver el mundo con nuevos ojos, compenetrarse con él y transformarlo, transformándose también a sí mismo, en algo grande y hermoso, creador y fecundo. El hombre, entonces, comenzará a ser tal (Aguirre, 1969, p. 215)

Es decir, el socialismo brinda la posibilidad de liberación de las capacidades creativas del ser humano, al quitarle de los hombros el peso de la preocupación del trabajo para vivir, lo cual sería posible mediante la planificación de la producción, donde lo importante será el valor de uso –utilidad– y no el valor económico. Con ello,

[...] la producción ya no es el resultado de las innumerables voluntades individuales y dispersas, atomizadas, en lucha cruel y permanente en el mercado, ni el resultado del azar inconsciente, sino el de una organización inteligente y pre-visiva, que ha trazado un plan previo al que ha de sujetarse esa economía, antes abandonada al azar de ciegas leyes in-controladas. Al dominio de las cosas sobre el hombre sucede el del hombre sobre las cosas (Aguirre, 1969, pp. 222-223).

Esta referencia al *Anti-Duhring* de Engels, Aguirre subraya la capacidad de planificación y control sobre la producción del socialismo, lo que suprime el poder de la “mano invisible del mercado” que será regulada y reglamentada en función de las necesidades humanas y no de la acumulación.¹⁵ Para Aguirre, una economía planificada

15 “Las decisiones en relación a lo que debe producirse, cuánto y cómo debe

y regulada terminaría con las crisis, la desocupación y la miseria (Aguirre, 1969).

El socialismo, como hemos visto, suprime la desocupación, el hambre y la miseria, convertidos en los únicos móviles del trabajo dentro del capitalismo, para sustituirlos con la ocupación plena y permanente; con una labor variada, creadora y fecunda; una vida tranquila y segura, cómoda y feliz, sin angustias ni sobresaltos por el mañana [...] al no existir las diferencias clasistas, tendrá iguales oportunidades para ocupar diversos sitios de trabajo, sin discriminación alguna, y de acuerdo con sus inclinaciones y capacidades. Aquí los móviles son la alegría de un trabajo sin explotación, de una vida fecunda y creadora, plena de bienestar (Aguirre, 1969, p. 231).

A pesar de cierto idealismo en la concepción del socialismo, es importante su trabajo por evidenciar la posible vida socialista que tiene en el centro un ser humano desenajenado y capaz de liberar sus fuerzas creativas. Esto sería posible solo con la revolución, de ahí que se desprenda una dura crítica a lo que Aguirre considera como reformismo, el cual:

es una desviación burda del marxismo, que implica una total incompreensión de la estructura del capitalismo y de las leyes que rigen su desarrollo. La doctrina marxista, en su constitución y esencia es revolucionaria, ya que sólo por medio de la revolución será posible transformar el sistema actual capitalista, basado en el lucro, la propiedad privada y la anarquía consiguiente, en

producirse, están determinadas de antemano en el programa productivo, o sea que las relaciones entre las diferentes partes del sistema, antes separadas por la propiedad privada capitalista y cuya ligazón se obtenía a través de los precios del mercado, hoy son lazos directos, conexiones e interrelaciones que forman un tejido vivo que une estrechamente estas partes y el todo" (Aguirre, 1972, p. 105).

un nuevo sistema, planificado, socialista, con fines de uso y de consumo (Aguirre, 1969, p. 235).¹⁶

El trabajo de Aguirre posicionó al socialismo como el resultado del agotamiento de la contradicción entre el capital y el trabajo. También propuso que su única salida era una revolución que diera paso a una sociedad planificada y regulada denominada “socialismo o primera fase del comunismo, y constituye la única posible, inmediatamente, luego de la transformación” (Aguirre, 1969, p. 245). Su programa de acción debía contemplar una reforma agraria, la nacionalización de la industria y la implantación del trabajo y la producción colectiva (Aguirre, 1972).

Dicha transformación solo sería posible mediante la revolución socialista que tendría que “hacer saltar nuevamente las trabas que se oponen al desarrollo productivo, a fin de armonizar la forma ya social de la producción, estableciendo la propiedad social de los medios de producción y de los productos. Y eso es el socialismo” (Aguirre, 1969, p. 97). Así plantea que el reto principal sería la abolición de la propiedad privada y la socialización de los medios de producción.¹⁷ Este principio para la construcción del socialismo científico sería “el único camino hacia la libertad integral de la Humanidad” (Aguirre, 1969, p. 105). Para construirlo “nuestra acción se ha de adaptar a la realidad viviente en la que actuamos. Ni la soberanía inútil de quien cree poder hacerlo todo, ni el renunciamiento anulante [sic] de quien piensa que nada puede hacerse. Ni acción sin teoría, ni teoría sin acción” (Aguirre, 1969, p. 105).

16 Crítica la adhesión de varias corrientes socialista a los planteamientos de Keynes, lo que les haría perder el sentido sobre la transformación y la abolición de la propiedad privada.

17 Para Aguirre “la propiedad de los medios de producción, propiedad capitalista, no es otra cosa que una forma de apropiarse del trabajo ajeno” (Aguirre, 1972, p. 32).

ESTADO, DEMOCRACIA BURGUESA Y DICTADURA DEL PROLETARIADO

Una influencia importante en la lectura sobre el Estado, en la primera mitad del siglo XX, fue el libro de Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Uno de los primeros ecuatorianos en hacer referencia a este texto, fue Juan Elías Naula. En su lectura, el estado surgió como producto del fortalecimiento de los lazos sociales, como una “institución que debía levantar a unos pocos y humillar a la mayoría” (Naula, 1921, p. 41). Esta definición difiere poco de aquella de tradición marxista, del Estado como máquina de dominación.

En el Estado liberal se pone sobre la mesa el hecho del contrato entre personas libres, en este aspecto Naula criticó la dinámica con la cual se impone dicho contrato al proletariado. Para él: “el capitalista tiene libertad de ofrecer un ínfimo salario por el trabajo del Proletariado, pero este, perseguido por el hambre y más necesidades de la vida, así como por la gran competencia, en la oferta de trabajadores, se ve obligado a vender su trabajo o esclavizarse por un mendrugo que ofrece el capitalista” (Naula, 1921, p. 194). Esto demostraría “el engaño y la farsa que representan las tales libertades públicas, y que los Derechos del Hombre y del Ciudadano son una verdadera ironía, con que nos regala la bárbara organización del Estado y del Capital, en las repúblicas democráticas” (Naula, 1921, p. 195). La crítica de Naula no fue solo crítica a la forma de organización económica del capitalismo, sino también a la expresión política del estado liberal democrático, que se convertiría en garante de los procesos de desigualdad, bajo el simulacro de la libertad.

Enrique Terán relacionó el pensamiento de Marx y Lenin, pues consideraba que este último había “sido el continuador de su obra, y Lenin ha fortalecido la teoría y la práctica de Marx, dándoles importancia en el presente” (Terán, 2013, p. 119). En 1928, Terán dictó la conferencia “La dictadura del proletariado”. Este coloquio se inscribe en las discusiones de la problemática alrededor del Estado como una instancia administrativa de la sociedad, que al mismo tiempo se coloca sobre ella y legitima la dominación de clase (Terán, 2013).

Terán recalcó como ya había señalado Marx, que en el capitalismo los antagonismos sociales son irreconciliables, mucho más con una “democracia burguesa que va día a día alejándose de la gran masa de trabajadores” (Terán, 2013, p. 107). Esta era una crítica directa a las interpretaciones de intelectuales de la clase media que creían que el Estado es “el órgano de reconciliación de las clases” (Terán, 2013, p. 98).

El dirigente comunista Pedro Saad piensa “la democracia en función de la lucha de clases”, o sea en función “de la correlación de fuerzas de las clases que operan en cada país en un determinado momento de su vida. Por eso, todos nosotros los hombres revolucionarios, afirmamos que se puede hablar perfectamente de una democracia burguesa y de una democracia proletaria, según sea la correlación de fuerzas de las clases que actúan en una sociedad” (Saad, 2013a, p. 215). Al considerar la acción política en términos de correlación de fuerzas, las formas de acción coyunturales para la disputa encuentran un lugar.

La reflexión de Saad está relacionada con la estrategia electoral del PCE que se orientó a pensar en términos marxistas las particularidades del sistema político, que justificaba la existencia de partidos políticos “que representen los intereses de las diferentes clases sociales en lucha. Creemos que los partidos políticos deben existir en nuestro país, y que esos partidos deben ser respetados y estimulados” (Saad, 2013a, p. 220).¹⁸ Como se observa, la reflexión de Saad se concentra en la política electoral y su análisis desde el marxismo-leninismo.

En cambio, para el dirigente socialista Manuel Agustín Aguirre, la problemática del Estado es parte de lo que él denomina fenómenos de la superestructura (Aguirre, 1969). De acuerdo con su visión, la base económica necesita de una instancia administrativa que garantice la permanencia y expansión de las relaciones de explotación; Aguirre considera que el Estado es la materialización política del control político de clase y lo estudia en su desarrollo histórico, al observar las formas que asume el Estado capitalista como Estado

¹⁸ Esta explicación tendría lugar luego de las continuas interpelaciones sobre el régimen de partido único en la Unión Soviética por parte de asambleístas liberales y conservadores.

monopolista, estado intervencionista o estado empresario (Aguirre, 1972, p. 137). Influenciado por *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels, Aguirre indicó que la

aparición de la propiedad privada, de la explotación, de la división de clases, hizo necesario un instrumento, que permita a la clase propietaria, explotadora y dominante, mantener subyugada y esclavizada a la clase trabajadora, que es la mayoría, a fin de apoderarse del producto de su esfuerzo creador [...] el Estado capitalista es un organismo mantenedor y defensor de la clase capitalista a la que permite mantener su hegemonía económico-política; no pudiendo por lo mismo, ser destruido sino por el ímpetu revolucionario de la clase antagónica, la clase la proletaria (Aguirre, 1969, pp. 283-284).

Para Aguirre, la estructura clasista estatal determinaba la tarea del proletariado que consistía en “la toma del poder político y la socialización de los medios de producción” (Aguirre, 1969, p. 284). Sin embargo, esta instancia era temporal, pues “como ha nacido tiene que desaparecer”. Aguirre cuestionó a la democracia emanada del Estado liberal y mostró que “las libertades políticas no llegan, en realidad a los obreros [...] en otros términos, la concesión de derechos, cuando no se da los medios económicos para ejercerlos, es una concesión inútil, quedando solo a la clase económicamente dominante, el poder de gozarlos” (Aguirre, 1969, p. 295). Es decir, que el hecho de vivir en un espacio democrático era una farsa, sin igualdad económica, dado que “la llamada democracia es un mito dentro de un Estado cada vez más autoritario. Continuamente cedulaado, registrado, fichado y refichado, el ciudadano ha dejado de ser una persona para transformarse en una cosa” (Aguirre, 1972, p. 195).

La cosificación del ciudadano –afirma Aguirre– se daba con el respaldo del clero y su control ideológico sobre las poblaciones que volvía “casi imposible toda independencia de las clases populares” (Aguirre, 1969, p. 298). Dado este entramado de control del poder por parte de la clase capitalista, la democracia daba lugar al cretinismo

parlamentario, expresión por medio de la que Aguirre critica las posiciones del PCE, que defendían la idea de “que el proletariado ha de llegar a la victoria por medio de la acción electoral y la habilidad política de los bloques parlamentarios” (Aguirre, 1969, p. 299).

Frente a esa mitificación de la democracia, Aguirre propuso que la transformación social se daría con la conquista del poder para establecer una nueva democracia. Este nuevo sistema político debía tomar como eje los fundamentos olvidados de la modernidad –libertad, igualdad y fraternidad– y construirlos desde una perspectiva socialista. Por ello indica que el “verdadero contenido de la igualdad para el proletariado está en la abolición de las clases sociales, la misma que no puede efectivizarse sin la socialización de los medios de producción” (Aguirre, 1969, p. 307). La libertad en cambio se daría cuando se garantice “a las masas humanas el salir de la esclavitud, de la explotación, de la miseria, de la dominación humillante, a fin de tener una vida segura, decente, propia de seres humanos” (Aguirre, 1969, p. 308).

Mientras que la fraternidad solo podría ser tal con el fin de la explotación, dado que “no puede hablarse de hombres-hermanos, si los unos explotan a los otros. Ni aun siquiera entre la clase capitalista ha podido establecerse una verdadera fraternidad, ya que la presa siempre disputada de la ganancia arroja, en todo momento, al uno contra el otro” (Aguirre, 1969, pp. 307-308-309). Es decir que, para Aguirre, la única posibilidad de una nueva democracia se relaciona con la supresión de las clases sociales, caso contrario se perpetúa la noción de que “la libertad termina donde el interés de clase comienza” (Aguirre, 1969, p. 359).

LA REVOLUCIÓN ECUATORIANA: VÍAS Y SUJETOS

El abogado y sociólogo, Belisario Quevedo puso sobre la mesa el arrendamiento de habitaciones en grandes ciudades como Guayaquil y Quito, como principal problema del proletariado. Así indicó que “en una y otra ciudad hay malestar obrero que se trasluce en vislumbres de socialismo” (Quevedo, 1932, p. 84); es decir que los trabajadores que empezaban a copar el espectro urbano en condiciones discriminatorias

se veían abocados a la identificación con el socialismo. En el periodo en el que Quevedo planteó esta idea, tuvo lugar el fortalecimiento de las primeras organizaciones de trabajadores, como la Confederación de Obreros del Guayas (COG) y La Sociedad Artística Industrial de Pichincha (SAIP) de Quito.

Más tarde, el dirigente Ricardo Paredes, a su regreso de la URSS en 1928, intentó bolchevizar al Partido Socialista Ecuatoriano (PSE) mediante la expulsión de los intelectuales de la dirección del partido y el alineamiento a los postulados sobre América Latina de la III Internacional.¹⁹ y ²⁰ La arbitrariedad de esta acción precipitó la ruptura del PSE y el posterior nacimiento del PCE (1930) y posicionó a Paredes como el primer dirigente comunista, para quien solo la clase obrera podría ser la dirigente de la revolución.

Por su parte, el trabajo de Miño intentó comprender la lucha de clases como una reacción de las masas desposeídas frente a la explotación. “Si echamos una mirada retrospectiva al desarrollo de las libertades del hombre, a sus diferentes situaciones en los modos de integrarse los pueblos, descubriremos cómo la lucha de clases, ida hasta su culminación en un momento histórico, ha determinado las revoluciones” (Miño, 1935, p. 19). En el mismo camino, para Enrique Terán “la liberación de las clases oprimidas no puede, pues, realizarse sin una revolución violenta y sin la destrucción del poder público. Este aniquilamiento del poder gubernamental burgués es el que perseguimos los socialistas integrales, siguiendo las enseñanzas de Marx, y del materialismo histórico” (Terán, Enrique, 2013, p. 99), es decir que la lectura de los primeros comunistas ecuatorianos sobre el Estado burgués es que el mismo debía extinguirse por la acción

19 Para Manuel Agustín Aguirre “la bolchevización, que en el fondo es la traslación del modelo soviético al Ecuador, proclama un partido eminentemente de clase, de clase proletaria” (Aguirre, 1983b, p. 31).

20 En la lectura de la segunda Internacional, América Latina es caracterizada como una formación social semifeudal, que necesita de una revolución democrática burguesa a ser realizada por una alianza interclasista (burguesía nacional, proletariado y campesinos).

revolucionaria de las masas proletarias.²¹ Terán consideraba que la dictadura del proletariado era

[...]la única [dictadura] legítima, y el único medio de defensa contra la eterna dictadura burguesa, que llevó al mundo a la hecatombe de 1914 y trata de producir guerras de intereses y opresión [...] la dictadura del proletariado no persigue, lo que los falseadores de la doctrina creen, la igualdad de clases persigue la abolición, la extinción de las clases, porque solo así podrá imperar la igualdad y la desaparición del Estado (Terán, 2013, p. 101).

En este extracto Terán plantea la pregunta por la forma de organización de la dictadura del proletariado, y remite al soviético como el modelo de organización del momento revolucionario, pues “representa la forma más amplia de la democracia proletaria” ya que solo el “proletariado organizado en clase directriz [...] podrá crear el nuevo Estado transitorio y la nivelación económica” (Terán, 2013, p. 102).

Sobre los conductores de la revolución, Ricardo Paredes había dejado claro que el PCE tenía que caracterizarse por una dirección obrera, y combatir el intelectualismo –característico del Partido Socialista. En esta misma línea, Joaquín Gallegos Lara se oponía a la tesis esbozada por los socialistas de la importancia de las clases medias y los intelectuales (Aguirre, 1983b; Terán, 2013) como “guías de los demás trabajadores”. Por ello señala que

[...] nosotros, marxistas, negamos a los intelectuales la posibilidad de dirigir la conquista revolucionaria del pan y la cultura. El dominio económico social de la burguesía puede solamente ser roto por una clase social que ejerza un papel decisivo en la vida económica contemporánea. Esa clase es únicamente la clase proletaria [...] no hay que engañarse

21 “socialistas integrales” se denominaba la corriente interna del Partido Socialista antes del fraccionamiento que adscribía a los lineamientos de la III internacional.

viendo una identidad fundamental en el hecho de que tengan tareas parecidas (Gallegos Lara, 2013, p. 141).

En esta lectura, la clase aparece como una identidad fundamental, es decir como parte estructural de la edificación de la sociedad capitalista y realiza una fervorosa invitación a los intelectuales: “si ama la cultura y sabe que el proletariado puede salvarla, si le causa alguna emoción y le sugiere alguna idea la miseria de las masas explotadas y su heroísmo de clase, venga sencillamente a su único partido: el Partido Comunista” (Gallegos Lara, 2013, p. 144). A pesar de la sobredeterminación que Gallegos Lara pone en el proletariado, él fue consciente que por las condiciones económicas y el bajo nivel de desarrollo industrial “el proletariado es una minoría entre los trabajadores del país, pero es una minoría fundamental” (Gallegos Lara, 2013, p. 142).

Ya en los años cuarenta, para el dirigente comunista Pedro Saad, la revolución tenía el carácter de liberación nacional y debía ser resultado de la alianza obrero-campesina, la cual tendría dos etapas: “de la revolución agraria-antiimperialista y la transformación de esa revolución en revolución socialista” (Saad, 2013b, p. 330). Ya que los campesinos necesitaban de la revolución para eliminar el latifundio, esta alianza podía emerger en el contexto de “la lucha y en el combate, que surge de las necesidades revolucionarias del país” (Saad, 2013b, p. 341). Sin embargo, dicha alianza también incluía a la burguesía como parte del Frente de Liberación, en especial aquella que no se había vendido al imperialismo, aunque también era cuestionada, puesto que en nuestra sociedad la burguesía estaba estrechamente vinculada a los terratenientes.

Frente a las lecturas provenientes del PCE sobre la vía revolucionaria, Manuel Agustín Aguirre acudió a la obra del peruano José Carlos Mariátegui, en especial para el estudio de las condiciones concretas de la realidad ecuatoriana –pensar con cabeza propia– y para comprender la situación particular de los pueblos y nacionalidades indígenas de los Andes. De acuerdo con Aguirre, Mariátegui se había esforzado por aplicar el marxismo “en forma creadora a la realidad

peruana y latinoamericana” y “en sus ‘Siete ensayos’, llega a la conclusión de que la burguesía es incapaz de llevar adelante la revolución democrático-burguesa en los países de América Latina”, ya que se encontraba estrechamente relacionada con el latifundismo y el imperialismo (Aguirre, 1983b, p. 9).

La formulación de Mariátegui cuestionaba las lecturas realizadas por la III Internacional sobre la vía revolucionaria en América Latina, que había planteado una receta universal de la revolución para países con desarrollos desiguales. La particularidad latinoamericana consistía en que las burguesías se caracterizaban por ser poco progresistas e incapaces de aliarse con los sectores populares. Siguiendo las críticas del marxismo peruano, Aguirre planteó

[...] que la revolución en los países neocoloniales como América Latina, la han de hacer los proletarios unidos a los campesinos, ya que estos solos no pueden alcanzar la liberación; que para ello se requiere derribar el poder del capital; que, por lo mismo, es necesario luchar al mismo tiempo contra los terratenientes y los capitalistas, o sea que se trata de una revolución proletaria con la unidad obrero-campesina (Aguirre, 2006, p. 16).

Tanto el carácter de la revolución ecuatoriana como sus protagonistas son quizá el aspecto más debatido en la primera mitad del siglo XX, entre quienes creen en la vía electoral o la vía armada y quienes les dan protagonismo a los intelectuales de la clase media como conductores de la revolución. La tarea de la revolución –en el caso ecuatoriano– consistía en eliminar tanto los rezagos feudales, como liquidar la explotación sobre los obreros asalariados, quienes, si bien tenían sus organizaciones, aún no eran una fuerza significativa de la producción; por lo tanto, su dirección se puso en duda en especial por los socialistas.

CONCLUSIONES

La Revolución Rusa fue el catalizador mundial que permitió que las ideas de Marx y Engels se diseminaran por el mundo. En un primer momento, estas aterrizaron en forma de noticia en los periódicos ecuatorianos y fueron asimiladas por núcleos socialistas y líderes obreros que protagonizaron el debate público y la difusión del marxismo en la primera mitad del siglo XX. Esto permitió ampliar el debate sobre la propiedad, las clases sociales y el socialismo. Sin embargo, se construyó una tendencia donde el marxismo convivió con el positivismo sin mayores contradicciones.

La obra de Marx y Engels fue central en la disputa ideológica y política contra los viejos liberales y conservadores y se encarnó en la construcción del Partido Socialista Ecuatoriano en 1926. En su seno, uno de los debates más importantes fue el alinearse o no a la Internacional Comunista, lo que decantó en la fragmentación del PSE y en el nacimiento –en 1930– del Partido Comunista Ecuatoriano (PCE). Ambos partidos desarrollaron lecturas propias de Marx: la apropiación que realizan los comunistas estuvo mediada por la URSS; mientras que los socialistas realizan una lectura propia representada en la obra de Manuel Agustín Aguirre. Este intelectual introdujo el marxismo a las aulas universitarias hacia finales de los años cuarenta y escribió los primeros tratados locales sobre el pensamiento de Marx y el materialismo histórico.

El marxismo fue en consecuencia, uno de los elementos que permitió la renovación del escenario político ecuatoriano y de su pensamiento en la primera mitad del siglo XX. Además, provocó la emergencia de una intelectualidad crítica que contribuyó en la lucha política por la ampliación de derechos y la democratización de la sociedad ecuatoriana, mediante la enseñanza universitaria y la organización política.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, Manuel Agustín (1969). *Socialismo científico*. Editorial Universitaria-UCE.

Aguirre, Manuel Agustín (1972). *Dos sistemas Dos mundos*. Editorial Universitaria.

Aguirre, Manuel Agustín (1983a). El marxismo, la revolución y los partidos socialista y comunista en el Ecuador. En *Carlos Marx. Homenaje* (pp. 3-66). Universidad de Cuenca-IDIS.

Aguirre, Manuel Agustín (2006). El Che Guevara-aspectos políticos y económicos de su pensamiento. En *Ensayos escogidos* (pp. 11-59). UNAP.

Albornoz, Cesar (1994). *El pensamiento crítico ecuatoriano del siglo XX*. El Duende.

Albornoz Peralta, Oswaldo (5 de mayo de 2018). Oswaldo Albornoz Peralta: Homenaje a Karl Marx en el bicentenario de su nacimiento. *Oswaldo Albornoz Peralta*. <https://oswaldoalbornozperalta.blogspot.com.ar/2018/05/homenaje-karl-marx-en-el-bicentenario.html>

Albornoz Peralta, Oswaldo (2018). *Influencia del marxismo y de la Revolución de Octubre en los intelectuales del Ecuador*. M-26-Combatiente.

Carrera Andrade, Jorge (1989). *El volcán y el colibrí*. Corporación Editora Nacional.

Gallegos Lara, Joaquín (2013). El Partido Comunista y los intelectuales. En Ibarra, Hernán (ed.), *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)* (pp. 139-144). Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos autónomos Descentralizados.

Gonzales, Hugo (2015). *El periódico La Antorcha y los inicios del socialismo en Quito 1924-1925*. Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Corporación Editora Nacional.

Granda, Víctor (2008). *Manuel Agustín Aguirre y el socialismo hoy*. Ediciones La Tierra.

Ibarra, Hernán (ed.) (2013). *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)*. Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos autónomos Descentralizados.

Importantes Noticias Europeas (11 de noviembre de 1917). El Día.

Miño, Ernesto (1935). *El Ecuador ante las Revoluciones Proletarias*. Editorial Universitaria-UCE.

Muñoz, Leonardo (1988). *Testimonio de lucha. Memorias sobre la historia del socialismo en el Ecuador*. Corporación Editora Nacional.

Muñoz Vicuña, Elías (1976). *Precursores del Socialismo en el Ecuador*. Universidad de Guayaquil.

Naula, Juan Elías (1921). *Principios de sociología aplicada*. Tipografía y Papelería de Julio T. Foyan.

Páez, Alexei (1986). *El anarquismo en el Ecuador*. Corporación Editora Nacional-INFOC.

Quevedo, Antonio (1924). *Ensayos sociológicos y políticos (socialismo, fascismo, bolchevismo el Mundo de la Posguerra)* (Vol. 1). Universidad Central del Ecuador.

Quevedo, Belisario (1932). *Sociología, política y moral*. Editorial Bolívar.

Rodas, Germán (2006). *Partido Socialista casa adentro. Aproximaciones a sus dos primeras décadas*. Ediciones La Tierra.

Saad, Pedro (2013a). La democracia proletaria. En Ibarra, Hernán (Ed.). *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)* (pp. 213-227). Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos autónomos Descentralizados.

Saad, Pedro (2013b). Sobre la alianza obrero-campesina. En Ibarra, Hernán (ed.), *Pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)* (pp. 329-361). Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos autónomos Descentralizados.

Terán, Enrique (2013). La dictadura del proletariado. En Ibarra, Hernán (ed.). *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)* (pp. 97-122). Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos autónomos Descentralizados.

MARXISMO Y SOCIALISMO EN EL ECUADOR

LA CUESTIÓN DE LOS ORÍGENES

Ricardo Melgar Bao

PRIMERA ENTRADA HISTORIOGRÁFICA

Socialismo y marxismo representan historias diferenciadas, con fases relevantes de convergencias y rupturas, que sirvieron de base para la configuración de sus respectivas identidades ideológicas, políticas y culturales. Su historia adolece de los lastres ideológicos de las versiones militantes, las cuales quedan insertas en lo que Eric Hobsbawm designó críticamente como *Historia-sectaria*, es decir, aquella que se subordinó a la pedagogía política partidaria (Saad, 1968).¹ Esta vertiente interpretativa parte de cuatro premisas discutibles: que el auténtico socialismo es marxista o marxista-leninista; que encarna y representa al proletariado, que su trayectoria es lineal o teleológica,

1 “En términos generales, los historiadores sectarios han sido revolucionarios, o por lo menos gente de izquierda y en su mayoría disidentes comunistas. (La contribución de los partidos comunistas a su propia historia ha sido pobre y hasta hace pocos años, insignificante). El principal propósito de esta investigación ha sido descubrir por qué los partidos comunistas han fracasado en organizar revoluciones o han logrado resultados tan desconcertantes cuando las han hecho. Su principal debilidad profesional, ha sido la incapacidad para distanciarse suficientemente de las polémicas y cismas en el seno del movimiento” (Hobsbawm, 1978, p. 55).

y que no existe más tradición socialista o comunista que la propia. La crítica a dicha representatividad clasista y la defensa de la diversidad de la izquierda socialista y sus varios legados ha sido sustentada por Alexis Páez (Páez Cordero, 2001). Bajo el mirador comunista, el socialismo, el anarquismo, el anarcosindicalismo y el sindicalismo revolucionario son caracterizados como equívocos y como lastres para su existencia y desarrollo. Por su lado, Lazar y Víctor Jeifets, aportan muy valiosos datos acerca de los orígenes del comunismo en el seno del movimiento socialista extraídos de los archivos de la Internacional Comunista (2010). Se suman a esta nueva historiografía los escritos de Marc Becker (2008) y Hugo González Toapanta (2015), los cuales abrevaron discrecionalmente según sus particulares perspectivas en la información contenida en la revista *Antorcha*.² Es relevante señalar que las matrices interpretativas de Becker y de Páez van más allá de la historia –social o de las ideas, en diálogo implícito o abierto con otras disciplinas humanísticas y de las Ciencias Sociales.

Existe consenso que dicha revista representa una expresión sustantiva de los orígenes del socialismo ecuatoriano. Existe también consenso que *Antorcha* fue una revista de combate y organización de carácter ideológico-político socialista y no un aleatorio medio de difusión. Discrepamos de quienes piensan que las revistas o periódicos militantes deben ser considerados con el mismo rasero con que se valora y analiza el diarismo nacional o internacional. Una revista como *Antorcha* representa una fuente primaria de calidad para el análisis de los orígenes del socialismo ecuatoriano al ofrecer los posicionamientos en torno al Estado real e ideal (socialista), a las vías revolucionarias o reformistas, a Lenin y la Unión Soviética, a las demandas y urgencias del proletariado, del campesinado, de los indígenas, así como al papel y auto representación de la nueva generación de la pequeña burguesía urbana universitaria.³

2 Gracias a Álvaro Campuzano Arteta pude acceder a una copia de la colección completa de la revista *Antorcha*, inexistente en acervos institucionales de dominio público.

3 Véase Melgar Bao, Ricardo (abril de 2011). La Hemerografía cominternista y América Latina, 1919-1935. Señas, giros y presencias, *Revista Izquierdas*, (9),

Nuestro aporte se solventa en abordar por vez primera aspectos ideológicos y culturales no considerados, presentes de manera significativa en la revista *Antorcha* como el juvenilismo mesiánico, sus representaciones acerca de la ciudad como lugar hegemónico del quehacer político y de la cultura y del progreso. Como ninguna de estas entradas fue considerada en los estudios previos, su confluencia discursiva funda la originalidad de este escrito. Por último, ofrecemos información complementaria a lo ya aportado por investigaciones recientes acerca de la real heterogeneidad ideológica de sus redactores y colaboradores, lo que dota de amplitud, pero también de cierta vulnerabilidad a la malla o red de vínculos intelectuales y políticos coyunturalmente reiterados y significativos. Todos ellos, además de colaborar en la revista *Antorcha*, concurren al proceso de constitución del Partido Socialista en 1926. Situado el proceso formativo del socialismo ecuatoriano en el contexto de los países andinos durante los años 1924 a 1926, la convergencia entre su ala reformista y cominternista fue posible. No eran todavía tiempos de ruptura. La propia Internacional Comunista siguió tolerando, aunque a disgusto, las adscripciones socialistas hasta el año de 1929.⁴

Partimos de la premisa que una nueva cultura urbana se crió durante la primera posguerra mundial reanimando a las clases medias. Uno de sus rasgos se expresó a través de una ola expansiva de corte juvenilista que se acompasó hasta cierto punto, con las secuelas de la crisis económica internacional. En el Ecuador, la crisis tradujo el agotamiento del ciclo del Cacao, sostén de su economía agroexportadora. Pesaron como plomo: el atraso de su sistema de plantación frente a la competencia emergente en el mercado mundial. En la coyuntura de crisis vino un descenso de los precios de las materias de exportación coincidente con las pérdidas ocasionadas por

Universidad de Santiago de Chile, pp. 79-137.

4 Recuérdese que Ricardo Paredes concurren al VI Congreso de la Internacional Comunista en Moscú (1928) con la doble representación socialista y comunista, algo similar pasó con la delegación colombiana. Véase: Caballero, Manuel, *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana, 1919- 1943*, Caracas: Nueva Sociedad, 1988, pp.93-94.

plagas y enfermedades de las plantas. El agotamiento del ciclo liberal de gobiernos se hizo ostensible al crecer la desigualdad social y el descontento social (Maiguashca, 2012).

La crisis económica enlazada a su vez, a una crisis de índole política y cultural redondeó el drama ecuatoriano. Sus expresiones más significativas se dieron en los contextos urbanos más importantes del Ecuador. La ciudad costeña y portuaria de Guayaquil y la ciudad serrana de Quito. Una estimación censal de población le atribuía en 1919 a Guayaquil la cantidad de 89.777 habitantes (Páez, 2001, p. 53) dejando a Quito en segundo lugar. No obstante lo anterior, Quito en poco más de un cuarto de siglo había duplicado su población, llegando en 1922 a contar con 80.702 habitantes (Kingman Garcés, 2006, p. 208). Las distancias demográficas entre ambas ciudades se iban acortando, mientras que en el plano político e ideológico se iban inclinando a favor de Quito.

En el Ecuador, de manera parecida a otros países, la crisis potenció un movimiento universitario reformista con sensibilidad política. Los universitarios reformistas demandaron además de la transformación de las anquilosadas estructuras universitarias, las de los injustos y esclerotizados órdenes políticos y culturales oligárquicos. Recusaban al Partido Liberal no solo por su acusado sesgo ideológico individualista, sino por ser el vehículo político de expresión de los intereses de la oligarquía, principalmente costeña, bancaria, comercial y terrateniente agroexportadora (cacao y banano) aliada a los terratenientes tradicionales serranos.

En ese contexto, la intelectualidad de izquierda en el Ecuador cobró visibilidad a mediados de los años veinte del siglo pasado a través de sus publicaciones periódicas y de sus quehaceres disidentes o antigubernistas en los espacios públicos. Sus integrantes se adscribieron bajo la imagen de una nueva generación comprometida con el cambio social. De otro lado, la joven oficialidad militar que participó en la Revolución Juliana compartía a su manera, ese mismo clima ideológico. Al decir de Agustín Cueva, ese sector castrense juvenil, como se sentía tan postergado como “el resto de la pequeña burguesía del país”, se avino a través de la Logia Militar, a dar un golpe de estado no

caudillista de corte reformista contra el Partido Liberal y la plutocracia de Guayaquil (Cueva, 1977, pp. 216-217).

En esa coyuntura, los jóvenes civiles y militares tejieron entre sí algunos puentes, vínculos y convergencias. Unos y otros procedían de las capas medias urbanas, las cuales tradujeron a su manera la crisis de la cultura y del orden oligárquico de la sociedad ecuatoriana, así como los movimientos de resistencia de las clases subalternas. Las lógicas culturales de la nueva generación cribaron en ellos una politicidad sensible al cambio de época y al drama de las clases y minorías étnicas subalternas. Las cuestiones sustantivas de la problemática del Ecuador mundo, desde referentes, ideológicos, morales, estéticos y políticos, se cubrieron de juvenilismo mesiánico.

El proceso de ciudadanización del sector prosocialista de la joven intelectualidad citadina congregado en torno a la revista *Antorcha* de Quito, de orientación antigubernamental merece ser tomado en cuenta en dicho proceso. La revista tuvo una existencia de siete meses, de noviembre de 1924 a junio de 1925 siendo su principal norte desarrollar su antagonismo frente a la ideología liberal y el *Liberalismo corruptor*: “Los jóvenes ya no queremos mirar el espectro del liberalismo que ha sido un tesoro ubérrimo para cófrades de la causa y burgueses bonachones de los círculos inquisitoriales del tanto por ciento” (Rialva, 1925, p. 2).

Desde las páginas de *La Antorcha*, un colaborador se reapropió del nombre de un caudillo militar romano dotando de sentido a su pseudónimo. Su escrito brindó señas inconfundibles acerca de un verosímil acercamiento entre los jóvenes oficiales y antorchistas un mes antes del golpe militar: “Queremos un gobierno social dentro del territorio nacional, que se preocupe de la felicidad popular (...) como aspiración justa de los sentimientos humanos que agitan los corazones de la juventud intelectual civil y militar” (Cincinato, 1925, p. 3).

La *felicidad* humana, popular o socialista gravitaba como ideal en la literatura de la izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XX (Loyola, 2007). Cabe la posibilidad que el autor haya podido ser un integrante de la propia Logia Militar. Existe una prueba significativa

adicional de los vínculos existentes entre los integrantes de la Logia Militar y los de Antorcha: la incorporación al gobierno de uno de los fundadores de la revista, Luis N. Dillon en calidad de presidente de la Junta Revolucionaria (Jeifets y Jeifets, 2010).

JUVENILISMO MESIÁNICO

La juventud como término relacional e identitario enunciado por los estudiantes universitarios y oficiales de incipiente graduación del ejército durante los años de 1925 y 1926 era una categoría nativa; ya estaba inserta en su habla y en su manera de configurar sus pertenencias colectivas y sus horizontes de futuro. Sin embargo, la categoría e imagen de la juventud se movía en dos horizontes de sentido. El primero y general, sintetizaba las marcas propias de época, es decir, como asunción de las coordenadas del pensamiento de la primera posguerra mundial y como reconocimiento de ser parte de las clases medias urbanas. La segunda, la juventud fue significada segmentadamente por organizaciones institucionales, movimientos y corrientes con la finalidad de enunciar sus respectivos nosotros o identidad colectiva: universitaria, militar o doctrinaria. El desencanto de un joven frente al liberalismo expresado con sinceridad, parecía sintetizar el punto de quiebre y viraje de muchos de sus pares de edad:

Recuerdo que allá, en mis diecisiete primaveras, era un romántico [...]. En cierta ocasión, un cinco de junio, hilvané algunas frases de las más redondas y sonoras sobre *liberalismo*; decía entre otras cosas que “el liberalismo indica una modalidad compresiva superior a las existentes” y que es la base del sistema republicano, el espíritu de la democracia [...]. Con el transcurso de los años, me han venido las lágrimas a los ojos al ver la triste figura del liberalismo. Esa hermosa mujer que en mis años mozos la amé románticamente, no es sino una “mujer pródiga”, una prostituta. [...] ha suprimido escuelas, la base del progreso de los pueblos, ha producido una generación de políticos desvergonzados y canallas que

en el poder han protegido a los explotadores del obrero menesteroso (Rialva, 1925, p. 2).

Los movimientos juveniles se inscribieron a favor de la profundización del proceso de secularización de los gobiernos liberales entre 1895 y vísperas del golpe militar revolucionario de 1925. Una nueva fe y voluntad generacional de acción transformadora de la sociedad cuestionaba de fondo, el quietismo que auspiciaba como forma de control oligárquico el alto clero católico. Jorge Carrera sintetizó esta postura con motivo de la celebración de la navidad de 1924 dotándola de significación socialista en una de sus lecturas para proletarios. Refiriéndose a lo que representó el socialismo a partir del siglo XIX escribió que por ese entonces se había “secado la vara del milagro. Los hombres ya no creían”. “La tierra, tierra sórdida y triste, parecía un hormiguero” bajo el peso de la expoliación capitalista y el poder opresivo de la burguesía. Y en ese siglo de invenciones notables afirmó: “El proletariado es la roca donde se elevará la Iglesia del Porvenir”, había dicho el profeta Lasalle. Y el profeta Marx: “La religión del trabajo se extenderá por todo el mundo”. (Carrera Andrade, 1924, p. 2). Por lo anterior, no fue casual que la revista se convirtiese en objeto de ataques de los políticos conservadores y del clero llamando a mantener un estado de alerta en sus filas: contra la sirena del socialismo, que invocando reivindicaciones e ilusorias mejoras, pretende agrupar en su rededor a los hijos del trabajo, para lanzarlos, tal vez un día no lejano a los abusos y violencias de una demagogia desenfrenada (Citado por González Toapanta, 2015). Es comprensible que, si los antorchistas le asignaron de manera explícita una función histórica y política al proletariado ecuatoriano, recogían un presupuesto compartido por las vertientes socialistas y comunistas. Con motivo de la realización del Tercer Congreso Obrero una nota periodística de Antorcha, muy elocuente:

Creemos que este futuro Congreso revestirá verdadera importancia aportando valiosas enseñanzas y dictando medidas útiles para el obrerismo ecuatoriano. Es de especial importancia

que para este Congreso no se elijan, viejos maestros de taller apegados a la tradición, pequeños burgueses que son los más grandes enemigos del proletariado. Vayan allá jóvenes obreros instruidos y bien intencionados (El Tercer Congreso Obrero Ecuatoriano, 1925, p. 3).

La *juventud* universitaria contaba con un organismo representativo: la Federación de Estudiantes del Ecuador la cual se orientaba ideológicamente por esos años hacia la izquierda y un vocero de nombre elocuente, Juventud. Dicha entidad y sus adherentes no fueron ajenos a la quiebra del ciclo económico del Cacao ni a la espiral inflacionaria ni a las urgencias y demandas populares. Se inquietaron frente al proceso de obsolescencia del poder y de la cultura oligárquica asumiendo posiciones a favor del cambio, entre la reforma y la revolución.

Estos jóvenes, al adherir a nuevas ideas y comportamientos en los espacios públicos, coadyuvaron a minar los esclerotizados órdenes. Su recepción de los grandes acontecimientos continentales y mundiales coincidía con la conmemoración del primer Centenario de la gran mayoría de las repúblicas latinoamericanas, salvo Cuba, Puerto Rico, Panamá y Brasil. Estuvieron alertas e interesados en las nuevas corrientes ideológicas y la emergencia de tendencias estéticas vanguardistas cuyos primeros ecos llegaban retaceados o distorsionados a través de las agencias cablegráficas que incidían en el diarismo nacional. La reapropiación del mundo dependía de la renovación del capital letrado signado por una primavera de revistas culturales y periódicos sindicales y políticos, así como por una labor editorial nativa que convergía con las novedades del circuito librero internacional. Fueron usuales las suscripciones y canjes con revistas europeas y las colaboraciones de doble vía: ecuatorianos fuera y extranjeros dentro. Reforzaban esta corriente renovadora las experiencias de los viajeros ecuatorianos y extranjeros, así como las cultivadas prácticas epistolares. El grupo intelectual Renovación constituido hacia 1921 e integrado por: Jorge Carrera Andrade, Benjamín Carrión, Pío Jaramillo, Antonio J. Quevedo, Jorge Eguez, Carlos Zambrano Orejuela y Miguel Ángel Zambrano entre otros, expresaba una búsqueda vanguardista

en el terreno literario, sensibilidad y compromiso social. Convergente era el parecer vanguardista de quienes integraban la revista *Savia* en Guayaquil, su admonición juvenilista de 1925, así lo ratifica (*Savia*, 9 de julio de 1925, s/p).⁵

En ese tiempo, no fue casual que la imagen y el pensamiento de Barbusse fuesen las expresiones más visibles de la recepción ideológica de la nueva generación universitaria. Las librerías Sucre y La Española de las ciudades de Quito y Guayaquil ofrecían en venta algunas obras de Marx, Engels, Kautsky, Bebel, Lafargue y Labriola (Albornoz Peralta, 1971, pp. 120-121). No faltaban tampoco en estas librerías las obras de autores libertarios como: Bakunin, Malatesta, Reclus (Páez Cordero, 2001, p. 108). El intercambio de publicaciones era fluido en el territorio nacional. Veamos una cartografía en clave ideológica:

Dejando a un lado *La Antorcha* y *La Voz del Proletario* periódicos francamente socialistas, anotaremos la labor de Adelante, periódico que se publica en Otavalo que manifiesta un rumbo decidido hacia el socialismo...En LCATUNGA *La Nueva Idea* se presenta como un paladín del socialismo (L.V., 1925, p. 6).

En el seno del movimiento estudiantil y por extensión entre los jóvenes antorchistas, cobraba alguna fuerza el ideal juvenilista de erigirse en la fuerza directriz del combate al orden oligárquico así como en conductores del proceso de transformación del país. Sin embargo, más allá de los claustros universitarios el ideal juvenilista mesiánico y antioligárquico también gravitaba en un sector emergente de la nueva oficialidad del ejército. Ellos se congregaron en torno a la novísima Liga Militar el 26 de octubre de 1924 y expresaron de manera explícita su adhesión al ideal juvenilista en los siguientes términos:

5 Véase: Pöppel, Hubert et al. (2008). *Las vanguardias literarias en Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela: bibliografía y antología crítica*. Madrid: Iberoamericana, p. 260.

Los grandes movimientos sociales, sobre todo cuando tienen por objeto algo más que intereses económicos de crudo y rudo positivismo personal deben ser ampliamente abordados por la juventud redentora de los pueblos; a ella pues le toca, porque las más bellas ideas culminan en el éxito (Pérez Ramírez, p.238).

Ildelfonso Mendoza Vera, jefe manabita de la Liga Militar se le atribuye haber compartido con la tropa a su cargo, la lectura de textos de Lenin, así como la formación de milicias para el control de las sucursales bancarias.⁶ Esta facción radical fue depurada pocos meses después de instaurada la Junta Revolucionaria; otros oficiales que permanecieron en activo cayeron en el pesimismo.⁷

Por su lado, los jóvenes civiles tejieron en torno a *Antorcha* una malla de redes intelectuales y políticas. Tuvieron como vocero a una revista semanal quiteña que ostentaba el mismo nombre. Su contingente fundacional, según la mayoría de las fuentes, coincide salvo un par de personajes. Figuraban: Hugo Alemán Fierro, Augusto Arias, Jorge y César Carrera Andrade (Rodas Chávez, German, 2000, p. 29), Néstor Mogollón, Leonardo Muñoz, Ángel M. Paredes, Ricardo Paredes, Julio Peñaherrera y Gonzalo Pozo, Emilio Uzcátegui y Juan Elías Naula Tamayo.⁸ Se fueron sumando colaboradores muy

6 Véase: Jeifets, Lazar y Víctor Jeifets. *Los orígenes del Partido Comunista del Ecuador y la Tercera Internacional*.

7 “A nosotros los militares jóvenes no nos queda otro recurso, que dejar hacer, dejar pasar y preparar una mortaja para nuestros ideales y los de la Nación” en Un Teniente. Para *La Antorcha*. Respondiendo a la Encuesta *La Antorcha* (Quito), (15), 21 de febrero de 1925, p. 6.

8 Hugo Alemán Fierro (1898-1983), poeta quiteño. El que fuese cofundador y redactor del periódico *Humanidad* (1923), dirigido por Jorge Carrera Andrade prueba un relevante vínculo intelectual. No fue casual que en 1926 ambos participasen en la fundación del Partido Socialista Ecuatoriano y en la edición de la revista de arte y literatura *Esfinge*. <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo10/a4.htm>

Augusto Arias (1903-1974). Poeta y ensayista quiteño. Cofundador de la revista literaria *Esfinge* (1926). <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo16/a3.htm>

Jorge Carrera Andrade (1903-1978) dirigió el periódico *Humanidad* criticando duramente al régimen liberal plutocrático de Luis Tamayo. En noviembre de 1923,

importantes como Luis Maldonado Estrada, dirigente obrero durante las jornadas huelguísticas de Guayaquil en 1922. En diciembre de 1924, figuraba como uno de los más entusiastas defensores de la idea de avanzar en el proceso de constitución de un partido socialista (Vayamos hacia un Partido Socialista, 1924, p.1). Varios de ellos, habían cultivado relaciones entre sí a través de revistas, colectivos y quehaceres intelectuales políticos.

a un año de la represión cruenta de los trabajadores huelguistas en Guayaquil escribió un texto solidario y antigubernamental por lo que fue detenido y censurado el periódico. Franco Crespo, Antonio A. *100 masones, su palabra: selección de cien personajes, su biografía y una muestra de su pensamiento*. Ecuador: A.A. Franco Crespo, 2009, p. 98.

César Carrera Andrade. Poeta y ensayista. Cofundador del Partido Socialista Ecuatoriano en 1926.

Mogollón Robles, Néstor (1900-1952). Originario de Latacunga. Estudió derecho en la Universidad Central de Quito. Después de su experiencia en la revista Antorcha ingresó a las filas del Partido Socialista y fue delegado por Latacunga en el Congreso de 1926 al lado de Luis Felipe Chávez en 1926. Fue electo delegado suplente del CEN del Partido. Un año más tarde formó parte del grupo que rompió con el Partido por disidencias políticas. En 1934, fungió como director del periódico *La Tierra* en compañía de los socialistas Hugo Larrea y Víctor Zúñiga. Entre 1937 y 1938 figuró como asesor laboral durante el gobierno del general Alberto Enríquez Gallo y redactó el estatuto de las comunidades campesinas y la ley de Cooperativas, recogiendo algunas ideas reformistas de la Revolución Juliana. Colaboró con Miguel Ángel Zambrano en la redacción del Código del Trabajo. Rodas Chaves, Germán. *Socialismo casa adentro: aproximación a sus dos primeras décadas de vida*. Quito: Ediciones *La Tierra*, 2006, pp. 57 y 144.

Leonardo J. Muñoz (1898-1987). Librero y cofundador del Partido Socialista Ecuatoriano (1926), además de formar parte de su primer Consejo Ejecutivo Central. Cofundador del periódico *Germinal* (1926), que mostraba un abierto apoyo a la Revolución Juliana. A través de su librería *Indoamérica* se convirtió en uno de los principales distribuidores de literatura comunista producida en América Latina y Europa. Véase: Rodas, 2000, p. 30; <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo11/m5.htm> consultado el 14

Ángel Modesto Paredes Romero (Riobamba, 1896). Abogado y sociólogo. Cofundador y miembro del primer Consejo Ejecutivo Central del Partido Socialista Ecuatoriano (1926). <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo16/p2.htm>

Naula nació en una localidad del Chimborazo en 1871. Fotógrafo ambulante. Dirigente sindical desde 1901. Cursó estudios básicos y se cultivó como autodidacta. Editor del periódico *Defensa Social* (1912-1916). En 1917 fundó y dirigió el Sindicato Obrero del Guayas, más tarde conocido como Liga Obrera. Fue en cierto sentido un internacionalista, combinando las labores del trabajo y la ampliación de sus redes obreristas de los países en que residió temporalmente: Perú, Panamá y los Estados Unidos (Nueva York). Es autor del libro *Principios de sociología aplicada*, Guayaquil Tipografía y Papelería de Julio Foyain, 1921. <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo13/n2.htm>, consultada el 11 de marzo de 2015.

La principal línea de continuidad con el arielismo se expresaba en el terreno moral, en el deber ser de la juventud, pero impregnado de un nuevo contenido social y político de inconfundible factura antioligárquica e inclinado a favor del ideario socialista. El juvenilismo antorchista se inscribió en la ola reformista universitaria continental de la primera posguerra. La coincidencia o proximidad de los planteamientos antorchistas con el ideario mesiánico acerca del papel histórico que debía desempeñar la juventud universitaria formulado por Víctor Raúl Haya de la Torre –el fundador de las Universidades Populares “González Prada” en el Perú– merece ser destacado.

Los antorchistas fueron muy sensibles al horizonte de la agitación estudiantil universitaria de su país y del extranjero. Lo prueban sus abiertas simpatías hacia la nueva directiva de la Federación de Estudiantes del Ecuador, y claros indicios de que compartían la misma red intelectual y en cierto sentido generacional.

La idea-fuerza juvenilista apareció en un elocuente artículo firmado por Alfonso Leal publicado en las páginas del primer número de *La Antorcha* con motivo de la celebración del triunfo obtenido en las elecciones de la Federación de Estudiantes por parte de la lista liderada por Guillermo Pólit e integrada por Eduardo Salazar, Antonio Quevedo, César Carrera y Nicolás Augusto Cañizares, frente a la de sus adversarios del grupo *La Vanguardia* encabezado por Miguel Ángel Zambrano.⁹ El autor del artículo destacó igualmente los valores de otros tres líderes estudiantiles que participaron en dicha contienda electoral aunque sin precisar los contornos ideológicos de sus respectivas banderías: Gonzalo Escudero, Miguel Ángel del Pozo y Augusto Velasco. En dicho artículo se suscribió la idea de que:

9 Guillermo Pólit fue enviado en 1925 a Colombia para desempeñar funciones de secretario adscrito a la Legación del Ecuador bajo la titularidad de Leonidas Pallares. Robalino Dávila, Luis. *El 9 de julio de 1925*. Quito: Editorial La Unión, 1973, p. 122. Miguel Ángel Zambrano Orejuela (1891- 1969) poeta, se graduó de abogado en 1925. Desde 1921 ya tenía cierta experiencia y presencia política al fungir de diputado por el Chimborazo en el Congreso Nacional durante los años de 1922 a 1923. <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo14/z1.htm>, consultado el 10 de julio de 2015.

El mérito de esta juventud, está en no torcer la línea recta que obstinadamente se traza en su sendero, en no descubrir el vericuetto poco limpio por el que se llega más pronto; en perpetuar el alba de la vida, alimentándola con la misma pura claridad, alegrándola con la misma bondad riente, alentándola con el mismo tesonero afán que saben poner en sus horas iniciales. Entonces la juventud podrá salvarnos; hará un país de hombres más generosos, sin dejarse contaminar del moho de hipocresía que daña el oro del espíritu, cuando olvidando la doctrina que se bebió en las aulas, no se vacila en manchar las páginas que pudieron ser inmaculadas, para acogerse a la paternidad de un interés creado (Leal, 1924, p. 3).

La retórica discursiva de Alfonso Leal tiene deudas con la tradición arielista considerando que fue permeada por el halo moralista rondoniano. Pero con mucha más fuerza gravitaron en sus escritos imágenes literarias como el *alba de la vida*, *la línea recta* en el sendero y *la bondad riente*, las cuales, siguiendo a Mariátegui, representarían el *alma matinal*. El ensayista peruano en agosto de 1925 recuperó la fórmula enunciada por José Vasconcelos que definía el sentimiento de la nueva generación como: “pesimismo de la realidad y optimismo del ideal”.¹⁰ Pocos meses antes, el filósofo mexicano, había publicado su mensaje de aliento dirigido a la juventud ecuatoriana:

Confío en que esta juventud idealista logrará imponer en el orden social y en el sistema político todas las reformas que necesitan nuestras sociedades, carcomidas moralmente por la pereza, la incompetencia y los vicios; y políticamente por el militarismo, el caudillaje y la injusticia (Vasconcelos, 1925, p. 15).

10 “En la nueva generación, arde el deseo de superar la filosofía escéptica. Se elabora en el caos contemporáneo los materiales de una nueva mística. El mundo en gestación no pondrá su esperanza donde la pusieron las religiones tramontadas. ‘Los fuertes se empeñan y luchan, -dice Vasconcelos- con el fin de anticipar un tanto la obra del cielo’. La nueva generación quiere ser fuerte” (Mariátegui, *Mundial*, 21 de agosto de 1925).

Las ondas expansivas de las redes intelectuales latinoamericanas insuflaban no solo el movimiento estudiantil sino que además lo orillaban a asumir una bandera unionista continental. A modo de respuesta generacional al maestro mexicano, César Arroyo (1890-1937), cobijado en las páginas de *La Antorcha mexicana*, escribió que los horrores de la gran guerra europea convertían a nuestro continente en “campo de reserva de la humanidad” y que la “unión necesaria y salvadora” será la misión de los jóvenes a los que llamó “dirigentes del mañana” (*La Antorcha*, 1925, p. 14).

En otro artículo, Jorge Carrera Andrade postuló el advenimiento de una nueva sociedad recurriendo a la simbólica imagen de la antorcha y su fuego purificador al escribir que la:

[...] humanidad se prepara a dar el salto histórico sobre el obstáculo del Estado en bancarrota y tiene ya la antorcha encendida sobre el gran bosque de los privilegios. Los espíritus libres comprenden que ha llegado la hora de dar al Trabajo el altísimo puesto tanto tiempo usurpado por el Capital y de sustituir el régimen patronal y absoluto por un sistema de cooperación en que todo hombre sea de derecho un asociado (Carrera Andrade, 1924, p. 1).

El juvenilismo mesiánico se erigió en una preocupación central de los antorchistas y los que formaron parte de sus redes intelectuales y políticas. A partir de la segunda quincena de noviembre de 1924, se sumó Ricardo Paredes a la red Antorchista anunciando desde la revista que brindará asistencia médica gratuita a los pobres (*La Antorcha*, 1924, p. 1).

Por su lado, Ricardo Álvarez, entusiasta partidario de la admonición de Romain Rolland a los jóvenes convocó a una encuesta pública lanzada por con el ánimo de sondear en el imaginario social si era compartida la idea fuerza de que la juventud poseía la voluntad de cambiar el orden social vigente.¹¹ La encuesta formulada a

11 Un epígrafe elocuente de Romain Rolland preside un artículo de Ricardo Álvarez

través de las páginas de *La Antorcha* tuvo la siguiente presentación: “Invitamos a todos los ecuatorianos que comulgan con la inquietud ideológica del momento presente, que sienten el imperativo de una definitiva reforma nacional, se sirvan enviarnos sus contestaciones [...] ¿Cuál debe ser la actitud de los jóvenes en el momento actual?” (La Antorcha, 1924, p.4). La formulación y centralidad discursiva de esta pregunta en dicha encuesta reafirma la importancia asignada a la nueva generación en los espacios públicos.

Pocas fueron las personas que como Gonzalo Pozo respondieron entusiastas a la encuesta:

La actitud juvenil debe ser altiva, revolucionaria, izquierdista, propia de espíritus nuevos, sin pretender solidarizarnos con las viejas agrupaciones políticas, causantes de todas las calamidades públicas que lamentamos. [...] los hombres jóvenes deben ser los controladores de las actitudes gubernamentales, interviniendo como prolijos espectadores en el desenvolvimiento de administrativo, a fin de que se cumplan fielmente todas las funciones del Estado, dentro de un marco de estricta justicia y sin las acostumbradas perversiones de los políticos burócratas (Pozo, 1924, p. 4).

Ricardo Álvarez retomó su ideal juvenilista proyectándolo sobre los países latinoamericanos en abierto desafío a la visión fatalista de los positivistas spencerianos. Compartía el ideal reformista universitario de asumir una posición alternativa frente al injusto panorama continental:

En la hora presente, la situación heterogénea de la Sociedad debe ser dominada por golpes inteligentes de voluntad de parte de la juventud. En la juventud hay energía suficiente y

cuya letra dice: “Hombres de hoy, jóvenes a vuestro turno. Haced de nuestros cuerpos un peldaño y avanzad. Sed más grandes y más felices que nosotros” (*La Antorcha*, 28 de noviembre de 1924, p.1).

aptitudes precisas para curvar los viejos moldes. Sobre todo, la juventud latina es la que está llamada a desempeñar un gran papel, porque hay que reconocer el atraso positivo, de ciertos pueblos latinos, la falta de muchas cualidades que impide el triunfo en la vida (Álvarez, 1924, p. 2).

El juvenilismo radical de los jóvenes antorchistas tuvo como norte liquidar la cultura y el orden oligárquico liberal que atenazaba al pueblo ecuatoriano. Pensaban que muchos otros países del continente enfrentaban parecidos lastres y problemas que ya no debían seguir hipotecando el futuro de sus pueblos. El espejo ecuatoriano reinante antes de la Revolución Juliana no contrariaba la tendencia dominante en el escenario continental. Fue la Revolución juliana la que abrió nuevos cauces a la sociedad ecuatoriana y entre ellos, a diversos segmentos de la juventud que se encontraban al margen o escaparon de los señuelos clientelares que auspiciaba el clero católico pro oligárquico. Bajo el mandato de la Logia Militar se puso un freno al capital bancario hegemónico protegido por los sucesivos gobiernos liberales creando una banca estatal. Promulgó una reforma laboral avanzada para su tiempo que suscitó varios apoyos de organizaciones de los trabajadores entre las que figuraba la Confederación Obrera del Guayas, así como sociedades mutualistas de artesanos como Unión y Progreso de Tungurahua y Artesanos de León de Latacunga. Otorgó el derecho de sufragio electoral a las mujeres (Milk Ch, 1997, p. 102). La caracterización que hizo el socialista Ricardo Paredes ante el VI Congreso de la Internacional Comunista seguía siendo de admiración y reconocimiento a la Logia Militar y la orientación que le supieron imprimir a la Revolución y el nuevo gobierno, al punto que sostuvo que su modalidad de mando y organización “tenía cierta estructura soviética” (Paredes, [Intervención], 1978, p. 182).

LA POLITICIDAD SENSIBLE DE LOS ANTORCHISTAS

Disentimos de constreñir toda sensibilidad política al ámbito del poder, por lo que preferimos significarla como otra sensibilidad

propia al movimiento antorchista inserto en la urdimbre del horizonte histórico cultural de la resistencia de las clases y grupos subalternos.¹² La otra sensibilidad política percibe la proximidad de aquellos sujetos y sus cuerpos que son objeto de dominio y expropiación, a través de sus gestos y prácticas de resistencia. Incluso, dicha sensibilidad les permite descubrir y modelar su propia identidad colectiva. Los antorchistas fueron construyendo imágenes sensibles y simbólicas del pueblo ecuatoriano y de la nueva generación de la intelectualidad de izquierda a través de sus modos de expresión.

La “*politicidad sensible*” experimentada por los jóvenes intelectuales aglutinados en torno a la revista *Antorcha* entre los años de 1924 y 1926 se encontraba atravesada por cuatro coordenadas: su cultura “tipográfica e iconográfica” (Rancière, 2009, p. 4), la ciudad como su lugar de enunciación y combate, su modo de asumirse como parte directriz de la otredad y su modo de fungir como espejo solidario de la multitud en resistencia o rebeldía. El proceso de diferenciación social entre artesanos y los obreros fabriles, aunque todavía era incipiente, se dejaba notar en los espacios públicos. Algo similar sucedía en la ciudad de Guayaquil.

La Antorcha nos permite explorar todos estos ámbitos relacionados y yuxtapuestos entre sí. Empecemos por el nombre de esta revista socialista nacida un 16 de noviembre de 1924 en la ciudad de Quito. Su elección merece algunas preguntas y sondeos acerca del imaginario social ecuatoriano conmocionado por las lecciones de la lucha obrera y popular del 15 de noviembre de 1922 en la ciudad portuaria de Guayaquil, así como por la impronta de la Nueva Rusia y sus ecos europeos, asiáticos y latinoamericanos.

La Antorcha se inscribió como un símbolo luminoso acorde con la nueva sensibilidad de la intelectualidad quiteña siguiendo canon parecido al de *La Aurora* en la tradición tanto liberal como anarquista, pero también al de la *Claridad* de inspiración barbussiana filo maximalista. La mitologización política moderna de las imágenes

12 Definida como aquella que impulsa a “sujetar cuerpos y sus impulsos sensoriales y sensibles entre sí”.

solares en las retóricas que acompañaron las grandes jornadas de lucha huelguística de Guayaquil de 1922 nutría las expectativas milenaristas de los trabajadores como bien lo ha señalado Alexis Páez. El Proletario: “Obrero... orientate hacia la Aurora del mañana que disipará la legendaria tiranía mediante la asociación” en consonancia con otras imágenes publicadas en los periódicos obreros y libertarios como Alba Roja, El Cahuero y Redención (Páez Cordero, 2001, pp.93-94). En 1926, una de las facciones de la joven oficialidad que participó en la Revolución Juliana editó la revista literaria Claridad en la ciudad de Quito, bajo el lema de “Unión, Concordia y Fraternidad” (Valencia Sala, 2007, p. 121). Tuvo como director al teniente Alfaro Augusto Pozo quien formó parte de la Junta de la Primera Zona Militar del Pichincha en las acciones del 9 de julio de 1925 (Paz y Miño y Cepeda, 2013, p. 25).

Lo acompañaron en la revista en calidad de miembros de honor a: Gonzalo Escudero, el mayor Guillermo Burbano y a los coroneles Ángel Chiriboga y Luis T. Paz y Miño, así como el poeta Augusto Arias. En sus páginas colaboraron Jorge Carrera Andrade y Medardo Ángel Silva entre otros.¹³

En la revista *Antorcha*, Barbusse está presente de manera más explícita en sus páginas, aunque enlazado al legado de Juan Montalvo. Los dos paratextos, es decir, los epígrafes de Juan Montalvo y de Henri Barbusse que flanquean el título de la publicación no resultan accesorios, toda vez que cumplen una función algo más que coreográfica al condensar la semántica propia de pensamiento de izquierda en desarrollo, que abreva en sus propias tradiciones ideológicas, pero también en las canteras de la izquierda intelectual internacional de su tiempo.

El pensamiento de Juan Montalvo fue ubicado en el campo superior izquierdo de la primera página por sus editores. Lugar preferente en la tradición gráfica visual entre finales del siglo XI y principios del siglo XX. El juicio de Montalvo fue extraído de las

13 Su obra *Poesías escogidas* (1926) fue una selección realizada por Gonzalo Zaldumbide quién la publicó en París.

páginas de *El Cosmopolita* sin mencionar la fuente, representando un llamado a la movilización libertaria con esperanza:

Los dignos de libertad bregan hasta el último Instante por defenderla; y si a pesar de su ahínco la perdieron viven para recobrarla algún día. Viven pensativos y angustiados, y sólo los anima la esperanza; si la pierden también, su alma está triste hasta la muerte (*La Antorcha*, 1924, p. 1).

Los antorchistas vieron en Juan Montalvo más de un motivo de atracción ideológica. Esta figura señera del pensamiento liberal quedó disociada de la de Eloy Alfaro a la que sí le formularon severas críticas.¹⁴

Por su lado, el sentencioso juicio de Barbusse seleccionado por los editores de la revista probablemente fue extraído de las páginas de su novela *El Fuego* con el propósito de legitimar su posición de combate: “La tolerancia frente al error es un error más grande” (*La Antorcha*, 1924, p.1).

Otra fuente de inspiración ideológica antorchista fue el pensamiento de Lloyd George, figura reivindicada por su política redistributiva y su cercanía con la política de Wilson para la primera posguerra mundial: “Liberal, en un principio revolucionario siempre George renovó la política inglesa en estos últimos catorce años” (*La Antorcha*, 1925, p. 4).

Los jóvenes antorchistas no practicaron el parricidio intelectual frente a los prohombres de la izquierda ecuatoriana, prefiriendo apoyarse selectivamente en su legado para continuar su proceso de afirmación y diferenciación. Entre noviembre de 1924 y los primeros días de 1925, avanzaron en el proceso de la configuración de su identidad colectiva, además de jóvenes, se definieron como socialistas:

14 “Queremos prevenir al pueblo de posibles manejos de este gobierno afirmar su vacilante situación; en esta vez se pueden intentar como hizo Eloy Alfaro en 1910 para que cesara la oposición a su gobierno: agitar la cuestión internacional, hacer la pantomima de preparativos bélicos con el Perú para distraer la opinión pública en ese sentido y evitar su caída, movimiento análogo al que el Presidente Leguía en el Perú con el mismo objeto que el Presidente del Ecuador afianzar su tiranía” (*Antorcha*, noviembre 16 de 1924, p.1).

Se hacía indispensable su establecimiento en esta hora urgente para la acción. Púdose creer que la gente moza que compone este semanario de, carecía de alientos para laborar más allá de las líneas de un simple periódico [...] Hoy el grupo está de pie y se muestra en su prístino fervor a todos los compañeros que desde los más apartados rincones del suelo común palpitan generosamente al llamado de la voz renovadora. (El Grupo Socialista “La Antorcha”, 1925, p.1).

A estos jóvenes socialistas los presidía un símbolo matinal. Una antorcha no jacobina, pero sí con inclinación revolucionaria y solidaria con los pueblos del mundo, en particular con los de continente. Jorge Carrera escribió con tono magisterial sus “Lecturas para los Proletarios::

Los Tiranos de todas partes son vuestros enemigos”. Y argumentó Los tiranos son enemigos natos del proletariado, de su acción humana y de sus justos fines, como productos de una sociedad individualista, levantar su baluarte con los sedimentos de la tradición ante la oleada de los derechos y reivindicaciones de la colectividad. [...] No importa que los Tiranos sean de otra nacionalidad: ellos son un peligro para el proletariado del mundo entero. [...] ya ha llegado el crepúsculo de los Tiranos en América. Ayer los Gutiérrez. Hoy, Juan Vicente Gómez (Carrera Andrade, 1925, p. 1).

La Antorcha pretendía iluminar las conciencias de las clases subalternas y encender sus voluntades. Se trataba de un símbolo de combate intelectual de la nueva generación o como dice su primera editorial: “Los jóvenes tenemos derecho a hablar, a protestar. [...] en todas partes La Antorcha, prenderá una hoguera de rebeldía, de reivindicación nacional” (*La Antorcha*, 16 de noviembre de 1924, p. 1). Se le atribuye al coronel Juan Manuel Lasso Ascasubi el financiamiento de dicha publicación por su afinidad ideológica con el ideario socialista.

Pensando en el prisma antorchista cabe una pregunta central para entender su posición: ¿Cuál era el drama que vivía el país bajo el mandato de los grupos de poder bancario en consorcio con los poderes públicos? Para los jóvenes radicales era el nepotismo de los de arriba y la pasividad de los de abajo: “[...]creadores de la miseria de obreros y empleados inferiores, cuyos gritos de justicia son ahogados por autoridad abusiva” (La Antorcha, 16 de noviembre de 1924c, p. 1). Este parecer reapareció en un artículo de Belisario Quevedo en el que parafraseando a Carlos Marx suscribió la lucha de clases como principio rector de la historia ecuatoriana y reseñó el drama del pueblo en la ciudad portuaria de Guayaquil:

La plutocracia de Guayaquil que, naciente aún, hizo el 95 por ideas liberadoras la revolución política contra las clases clericales y de grandes propietarios de la sierra, es, al presente, profundamente conservadora de los privilegios y abusos que ha llegado a crearse (Quevedo, 1924, p. 6).

No obstante lo anterior, algunos signos de la retórica positivista y del higienismo burgués se deslizaron a través de su primer editorial o manifiesto al declararle una guerra santa –cruzada le llamaban– a todo lo que representaba la patología nacional de lo mórbido y lo insano, o en su defecto el atraso y lo obsoleto. Los jóvenes antorchistas están en contra de: lo caduco y enfermizo, de la decrepitud en política, de la indiferencia malsana de los abajo. La hediondez y formas escatológicas de los de arriba justificaban las promesas profilácticas que deseaba impulsar la nueva juventud intelectual. Para ellos la plutocracia era repudiable porque ya no podían aguantar su hedor, la contaminación alienante que representaba, su modo de enmierdar a la patria ecuatoriana. La plutocracia en el imaginario antorchista era la síntesis de lo realmente mórbido, lo cochino y lo malo. El propio presidente fue considerado un claro síntoma de lo mórbido:

El enfermo presenta un debilitamiento global de las facultades intelectuales y por los caracteres que presenta podemos establecer

como diagnóstico que el Sr. Dr. Gonzalo S. Córdova, Presidente de la República del Ecuador, ha entrado en la *Demencia senil, cuyo pronóstico como es sabido es fatal* (Visconti, 1925, p. 1).

Los jóvenes antorchistas invirtieron la lógica clasista de las amenazas del positivismo y del higienismo burgués. Además de ello, resimbolizaron lo feo y lo malo como excrescencias del poder plutocrático. Hubo en estos jóvenes de la izquierda intelectual algo de ruptura y algo de continuidad ideológica, más de la primera que de la segunda.

No cabe duda que la publicación de *La Antorcha* le confirió identidad política a sus editores y simpatizantes, pero poco sabemos de su recepción, salvo algunos comentarios aislados publicados en sus páginas, aunque impregnados de entusiasmo como el siguiente:

Cuando apareció el primer número del brillante semanario *La Antorcha*, algo resucitó en mí, apático por naturaleza; una especie de emoción traducida en esperanza, en entusiasmo de la primera edad. ¡Qué hermoso es ver unos cuantos jóvenes preocupados por las cosas públicas, sembrando auroras mejores para el país! (*La Antorcha*, 1924, p. 3).

La promesa juvenilista de conducción de un cambio social en el Ecuador se fue coloreando como socialista, aunque son conscientes de que tenían que bregar contra ciertos prejuicios antisocialistas reinantes en los medios obreros:

El socialismo para que fructifique en este país profundamente político, de espíritu moral, religioso, con esa religiosidad externa, de culto, de los países latinos, deberá entrar como partido político.

[...] se protesta contra el socialismo, los obreros sienten terror solo al escuchar la palabra proletario, murmuran que la doctrina que quiere hacer su propia felicidad, que quiere redimirlos y, sin embargo, cuando se les habla de los gobiernos explotadores, los obreros adoptan una actitud francamente

socialista; hablan contra el socialismo e inconscientemente pliegan a él (*La Antorcha*, 1925, p. 3).

Si hubo un contenido que caracterizó al socialismo antorchista en esta fase de transición fue la de sostener el papel rector del estado en una política de reforma jurídica, desarrollo tecnológico y equidad dirigida a resolver la cuestión agraria e indígena:

La resolución del problema agrícola reclama, no las manos libres y fuertes sobre el indio, o cualquier trabajador, sino la protección del Estado en forma de facilidades otorgadas para la implantación de maquinaria, estudio del suelo, abonos y asesoramiento por peritos técnicos.

No soy de los que piensan o creen que, para conseguir la rehabilitación del indio, terreno casi intocado en el Ecuador, tengamos ya las leyes suficientes y nos basta y sobra con ponerlas en práctica, si es que no se llega a afirmar, tenemos superabundancia de leyes (*La Antorcha*, junio 8 de 1925, p. 2).

El socialismo antorchista no puede ser definido como marxista, aunque iba en camino de ello. Tampoco es fácilmente homologable al socialismo francés o británico, aunque existan algunos indicios que lo emparentan con aquellos. Lo relevante en todo caso es que, de manera convergente a otras corrientes, algunos de sus líderes reivindicaron una veta nativista.

EL UNIVERSO URBANO Y RURAL

Para los antorchistas la ciudad de Quito era el lugar de su enunciación cultural rebelde pero también representaba el objeto de su deseo y de sus ideas. Por su lado, Guayaquil les generaba sentimientos ambivalentes, por ser para ellos la sede del poder de lo que llamaban la plutocracia, principalmente banquera, pero también el lugar de las jornadas de lucha obrera de 1922. Criticaron duramente el proceso inflacionario, la especulación de la moneda, las obras públicas irrelevantes y la crecida e infecunda empleomanía estatal a costa del erario

nacional y reclamaron una alternativa popular. Uno de ellos, bajo el pseudónimo de Carlín escribió: “Con la vida cara, los artículos de primera necesidad en las nubes, las subsistencias en general altas, los arrendamientos caros, con todo caro y en las presentes circunstancias económicas, ¿qué le corresponde hacer al pueblo?... ¿reivindicarse?” (*La Antorcha*, 17 de enero de 1925, p. 4).

Desde otro ángulo, a los antorchistas les preocupaba el desplome cultural, literario y científico de la ciudad de Quito, al punto de hacer el siguiente juicio sumario:

Nunca como hoy la Capital de la República centro a lo menos del movimiento literario y de iniciación científica, ha visto cerrarse las puertas de toda Academia, sociedad o círculo de trabajos intelectuales y extinguirse casi la última revista de propagación cultural.

La Universidad Central es representada en la legislatura por uno de sus más respetados catedráticos, y por boca de él proclama la inutilidad de esos centros científicos. (*La Antorcha*, 23 de noviembre de 1924, p. 2).

A los antorchistas les agobiaba el papel sumiso o clientelar de los artesanos y obreros de la ciudad de Quito, a los cuales les lanzaron la siguiente admonición:

Es hora ya de que el obrero de Quito, sacuda su adormilada energía, que cese su indiferencia para sus propios intereses; que deje ese apático gesto que le hace decir: “mientras yo tenga trabajo, ¿qué me importa lo demás?” ... Obrero de Quito, reforma tus sociedades ya existentes en una forma útil, funda otras nuevas. (*La Antorcha*, 20 de diciembre de 1924, p. 5).

Si a los antorchistas el panorama cultural y sindical de Quito les parecía deplorable, otro era su parecer acerca de su Cantón. Vieron con buenos ojos y elogiaron el pago de la deuda y la eficiente gestión financiera del Consejo Cantonal a cargo de su tesorero F. M. Andrade, así como el cuidado que pusieron los ediles en materia de

servicios públicos: “La higiene ha preocupado preferentemente a los Sres. Ediles; se ha provisto de agua potable a la ciudad, se ha cuidado del aseo público, provisto de excusados, etc. Va a dársele un nuevo canal” (*La Antorcha*, 23 de noviembre de 1924, p. 6).

La impactante huelga general de la ciudad portuaria de Guayaquil realizada en noviembre de 1922 ingresó en el imaginario social dejando huella indeleble, tanto por ser la primera acción colectiva de los trabajadores en la historia social del Ecuador, como por haber desnudado la política represiva del Estado bajo conducción plutocrática liberal. Según el parecer antorchista, la ciudad de Guayaquil posrepresión de la huelga, la cuestión social se había agravado para los trabajadores y favorecido al capital comercial gracias a las corruptelas aduaneras que supo inducir. Por añadidura, dicho panorama afectó negativamente a los pequeños comerciantes o prestadores de servicios:

En Guayaquil los grandes mercaderes siguen tranquilos en su labor de usurpación y de agio, tienden a introducirse en la Aduana para cohechar a los empleados a que sus mercancías no paguen derecho defraudando al Estado.

Y a los pequeños propietarios se les molesta en toda forma; ahora en el municipio de Guayaquil se ha impartido la orden de que los pobres y honrados buhoneros y caramancheleros sean desalojados de sus sitios de venta para confinarlos a las afueras de la población donde su negocio perdería inmensamente (*La Antorcha*, enero 17 de 1925, p. 2).

Al decir de Leonardo Visconti el panorama general de la cuestión urbana en Ecuador mostraba los lastres del poder omnímodo de la oligarquía y sus aliados en detrimentos de los trabajadores y del pueblo en general:

En las pequeñas ciudades y villorios, la propiedad se reparte de manera uniforme, muy pocos sobresalen en fortuna; hay una medianía vecina a la pobreza. Hay poca iniciativa; ninguna

asociación; la tierra rinde poco, por los medios primitivos de cultura, la industria no existe.

Las grandes ciudades lo absorben todo. La riqueza está en pocas manos: terratenientes, banqueros, industriales, agiotistas absorben el capital... míseros obrerillos de pequeñas industrias: tipógrafos, sastres, zapateros, que sudan noche y día por un escasísimo jornal (Visconti, 1924, pp. 3-4).

Si este era el panorama desolador, los jóvenes antorchistas reafirmaron su voluntad generacional de asumir un papel salvacionista, civilizador y justiciero. Su mirador urbanocéntrico no les permitió comprender lo que representaba la agravación de las contradicciones entre la ciudad y el campo, entre la oligarquía y el pueblo ecuatoriano, aunque si apreciar solidariamente a los trabajadores rurales e indígenas.

La nueva generación intelectual o por lo menos, su segmento antorchista nos mostró en su revista de manera explícita los acontecimientos que fueron despertando su conciencia y animando su voluntad y posicionamiento. Se sintieron impactados por la imagen fuerte y muy moderna de la multitud urbana en resistencia. La multitud posee una carga de sentido diferente, aunque siguió coexistiendo con el uso de otros términos como el de pueblo y proletariado.

De otro lado, se puede constatar que los pueblos originarios tuvieron una tenue presencia en la agenda periodística de los antorchistas. Fueron limitados los ecos de los levantamientos indígenas en Leyto, Simincay, Pichibuela y Urcuquí en 1923 y en Azuay (1923, 1925).¹⁵

Lo relevante de ello fue el registro que realizó Pino de la Peña de la presencia indígena en las ciudades ecuatorianas, así dice: "Hemos llegado al convencimiento de que los indios tienen nobles aspiraciones y de que los efectos sociales no son generales" (Peña,

15 Véase Cueva, Agustín (1992). *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*. Quito: Planeta, p. 167; Becker, Marc (2008). *Indians and Leftists in the Making of Ecuador's Modern Indigenous Movements*. Durham: Duke University Press.

29 de noviembre de 1924, p. 2). Aunque no hubo consenso entre los antorchistas había quienes postulaban que:

La tenacidad de los indios es [...] la primera lección que deben aprovechar los políticos de oficio, y es, a no dudarlo, la primera fuerza con que contaremos para las luchas del porvenir. La raza indígena, aplastada inmisericordiosamente por todos los pulpos blancos, tendrá que ocupar su rol en la nacionalidad y en la civilización del Ecuador (Peña, 29 de noviembre de 1924, p. 2).

En lo general, el indígena en tanto “lejano próximo” (Aguiluz, 2009) ganaba presencia demográfica en las ciudades de Quito y Guayaquil, comenzó a ser visto con condescendencia por la nueva generación intelectual y política. El cuerpo y la gestualidad de esta figura nativa de la extrañidad lograron una fisura ideológica frente al estigma que le asignaron los gobiernos conservadores y liberales, en concordancia con los intereses de la plutocracia y de la clase terrateniente. Destacó en las filas del emergente movimiento socialista la figura del dirigente indígena Jesús Gualavisí originario de Llaño (Becker, 2013, p. 243), amigo y compañero de Ricardo Paredes en las tareas de organización de la lucha comunitaria antiterrateniente (Yaznez del Pozo, 2005, p. 31). La tierra ingresó a la agenda antorchista y del gobierno revolucionario. En materia de solidaridad se sintieron menos indigenistas ya que sus simpatías se inclinaron a favor de los trabajadores urbanos criollo-mestizos por su potencialidad política revolucionaria y sus emergentes luchas sindicales. Sin embargo, Ricardo Paredes dio la principal nota disidente al reivindicar el potencial socialista de las comunidades indígenas de cara a la Revolución y a la nueva sociedad.

La huelga de noviembre de 1922 en Guayaquil fue rememorada. Gravitaba en el imaginario social de las clases subalternas y ocupó un lugar en la lectura política antorchista de la problemática nacional. La necesidad y motivación de esa multitud que levantó significativas banderas de lucha en la principal ciudad portuaria del Pacífico ecuatoriano persistió de manera agravada al decir de La Antorcha: “Han pasado

dos años y la víbora ha picado en la carne del indigente; el Hambre hace sangrar [...] una cicatriz aún tierna”. La oligarquía ecuatoriana simbólicamente asumió un perfil multiforme, configurando un simbólico bestiario impregnado del mal político, gracias a la pluma de los redactores antorchistas. Tal construcción de imágenes coincidió con procesos análogos experimentados por las generaciones intelectuales insumisas de otros países. En esa misma dirección, el caso de la Venezuela del Bisonte Gómez ha sido elocuentemente referido por Manuel Caballero (1993).

El escenario de la huelga merece ser destacado. La percepción de la ciudad de Guayaquil fue presentada en un simbólico claroscuro, gracias al papel ejercido por la multitud en huelga que tiene por el momento el control de las calles y que ha suspendido como medida de presión el servicio de alumbrado eléctrico:

La ciudad duerme envuelta por la sombra; patrullas de obreros ambulan por las calles vigilantes del orden [...].

Amanece; el sol del trópico ilumina la Perla del Pacífico y la multitud marcha ansiosa a saber la decisión del omnímodo sultán (*La Antorcha*, 16 de noviembre de 1924, pp. 1, 6).

En general, los emergentes movimientos de izquierda en el Ecuador y América Latina apostaron a favor de la reelaboración simbólica de las figuras del mal arraigadas en el seno del catolicismo popular, asumiendo formas secularizadas. Todas ellas fueron bordadas entre la estetización de lo grotesco y la politización de lo depredador, indeseable y temido.

La Antorcha cuando develaba a la oligarquía como algo más que una víbora ponzoñosa que se cebaba en el cuerpo herido de la plebe, no olvidaba su conversión en el vampiro que: “chupa la sangre de las víctimas, mira su rostro exangüe con fruición y el vestido andrajoso” (*La Antorcha*, 16 de noviembre de 1924, pp. 1, 6). Dicha figura traduce la astucia del capitalista que burla la demanda de aumento salarial por parte de los trabajadores, apelando a nuevos artilugios.

Desde el mirador crítico de los jóvenes antorchistas: “La concentración más fuerte de ese poder del oro está radicada en Guayaquil, en pocas, poquísimas manos que unidas diabólicamente forman círculo férreo alrededor de la tísica garganta del pueblo ecuatoriano” (*La Antorcha*, 29 de noviembre de 1924, p.1).

Estos jóvenes de inclinación socialista identificaron a la burguesía bancaria sin diferenciar las otras formas del capital que operaba en el Ecuador de esos años. No solo no esclarecieron la diferenciación de los lazos existentes entre el capital bancario y el comercial y usurario, no siempre armónicos, sino que además, abrieron las páginas de su revista a un aviso pagado, de un anónimo usurero que ofrecía atender préstamos hipotecarios.

Y en cuanto al estado oligárquico los antorchistas afirmaron que vivía una gran crisis:

El estado está caduco, es un pobre paralítico, sus movimientos: torpes, incordinados, deambula serpeando. La púrpura que reviste sus hombros atemoriza todavía al vulgo pero él sabe su flaqueza y tiembla. Tiene terrores nocturnos; fantasmas lo persiguen, y da gritos hundiéndose en su almohada llamando a su guardián; y le mima, le llama su gran amigo, la llena de condecoraciones, mientras el astuto siervo, atisba el debacle, sus brazos seniles se extienden; uno pide arrimo al robusto galonado, el otro pide oro, oro que le alarga el prestamista, en forma de papel confeccionado en Nueva York (Visconti, 1924, pp. 3-4).

NUEVO RUMBO HACIA EL PARTIDO SOCIALISTA

La Antorcha resintió el acoso policial del gobierno optando por hacerlo de conocimiento público. La imprenta *La Exactitud* dónde se editaba la revista fue intervenida policialmente quedando bajo su custodia, mientras que Luis A. Miño su propietario fue conminado a no editarla bajo riesgo de cárcel y amenaza de clausura definitiva de la imprenta. El tiraje de ese número de la revista fue requisado. El riesgo para Miño por ser mayúsculo por ser militar y abrirse la posibilidad de

que fuese juzgado en el fuero castrense. (*La Antorcha*, 24 de marzo de 1925, p. 1).

La Antorcha cerraba con este incidente la primera fase de su proceso de posicionamiento político, e iniciaba otra de reorganización interna y reorientación socialista. Sus adherentes se fueron inclinando al ritmo de los acontecimientos a favor de un emprendimiento político de mayor envergadura: la creación de un partido. Dicha idea prevalecía desde noviembre de 1924, al momento de su constitución como nos lo recuerda uno de los colaboradores que se identificó con las iniciales F.D. Este anónimo personaje anunció que el Partido Radical-Socialista era la nueva opción política que ofrecían los jóvenes frente a los dos partidos tradicionales de la oligarquía ecuatoriana. Se anunció que se trataría de un partido con «ideología propia y con hombres nuevos [...] [de la] juventud intelectual[...] que en todas partes ha sido la fuerza directiva de las grandes reformas sociales y los movimientos emancipadores” (*La Antorcha*, 28 de noviembre de 1924, p.1).

El médico Ricardo Paredes (1898-1979) asumió la conducción de la revista *Antorcha* a fines de marzo de 1925, iniciando su segunda época y su nuevo rumbo a favor del socialismo.¹⁶ El cuerpo de redactores quedó integrado por: Hugo Alemán, Ricardo Álvarez, Augusto Arias, Jorge Carrera A., Néstor Mogollón, Julio Peña y Gonzalo Pozo. Como administrador figuró Carlos López E. y como reportero Pedro Pablo Ortiz (*La Antorcha*, 24 de marzo de 1925, p. 2).

Esta nueva fase de la revista fue de abierto combate antibernamental, tras conocer su intento de dejarla fuera de circulación. El editorial bajo el rótulo de “Al Gobierno”, asumió tonos desafiantes, ratificando su juvenilismo crítico y radical:

16 Ricardo Paredes se había graduado de médico en 1922 en la Universidad Central del Ecuador familiarizándose con el medio intelectual y político de su generación en la ciudad de Quito donde fijó su residencia. Véase: Jeifets, Lazar, Victor Jeifets, y Peter Huber (2004). *La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943: diccionario biográfico*. Moscú: Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias, p. 251.

Aquí estamos de nuevo, de frente, sin temor, porque nosotros no sabemos de argucias, de cohecho y de viles procedimientos; aquí estamos para defender la causa de los oprimidos. No cejaremos en la lucha contra los gobernantes ineptos corruptores y corrompidos; ni contra los explotadores que causan el hambre del público. ¡Sabadlo! No acostumbramos doblegar nos ni ante vuestras amenazas ni ante vuestro oro asqueroso (*La Antorcha*, 24 de marzo de 1925, p. 1).

El editorial antorchista, presumiblemente salido de la pluma de Ricardo Paredes tocó un punto sensible a la retórica liberal en el poder, al poner en evidencia su oportunista renuncia a la libertad de prensa, la cual habían defendido cuando siendo oposición bajo la hegemonía autoritaria de los conservadores y caudillos militares, la defendieron.¹⁷

La libertad de prensa no era un asunto secundario para los antorchistas ni para algunos periódicos como *El Comercio*, *El Sol* y *El Derecho* que se mostraron solidarios con los primeros por el atropello sufrido (*La Antorcha*, 24 de marzo de 1925, p. 3). *La Antorcha* asumió la defensa política y al parecer legal del editor Juan Miño quién seguía detenido por no haber acatado las presiones gubernamentales de denegarles sus servicios de imprenta (*La Antorcha*, 24 de marzo de 1925, p. 3). La más importante organización obrera se sumó a la protesta contra la censura gubernamental de la libertad de prensa. Fue el Directorio Nacional de la Confederación Obrera del Ecuador quien remitió una carta al diario *El Comercio*, la cual fue reproducida por *La Antorcha* en defensa de dicha libertad que afectaba además de las publicaciones periódicas y sus redactores, a las imprentas, sus dueños y a los propios tipógrafos. La perspectiva obrerista de dicha Confederación fue clara frente a:

17 “Digan categóricamente, con la diestra en el pecho y el sombrero en la mano: ‘Fuimos preconizadores de la libertad de imprenta cuando la necesitamos. Ahora la hemos matado. Somos como todos los *liberales* de este desgraciado feudo’. En cuanto llegamos al poder, en nombre de esa misma libertad que no levantó como a una humareda, nos preocupamos de conservar el puesto y de amordazar a la prensa libre” (*La Antorcha*, 24 de marzo de 1925, p. 1).

[...] la supresión de las imprentas donde se editan periódicos y para impedir sus publicaciones se ha tomado la medida de secuestrarlas o cerrarlas por la fuerza reduciendo aún a sus operarios a prisión [...] muchos obreros del trabajo honrado, ... [han quedado] sin el sustento para sus familias; y como de continuar por este medio reprobable habrá un sinnúmero de tipógrafos sin trabajo, esperamos de su importante Diario, como vocero defensor del pueblo sea remediada prontamente esta anomalía (*La Antorcha*, 24 de marzo de 1925, p. 2).

Este hito reorientó el trabajo de los antorchistas a tomar contacto y cultivar vínculos con personas y colectivos afines en ideas a favor del socialismo en varias localidades del país. El testimonio de Luis Maldonado, dirigente histórico del proletariado costeño, afirma que fueron dos los polos de irradiación socialista: Quito y Guayaquil, aunque no aporta datos complementarios para su esclarecimiento (Muñoz, 1938, p. 43).

Agotado el ciclo editorial de su revista, la organización política devino en prioritaria. Es la fase menos documentada y conocida, de la cual merece tomarse en cuenta a la labor realizada.

La presencia extranjera coadyuvó a favor de este proceso de radicalización izquierdista, en parte al flujo migrante y del exilio, pero también a excepcionales presencias diplomáticas. El mexicano Rafael Ramos Pedrueza (1897- 1943) arribó a Ecuador en calidad de encargado de negocios de la Legación de su país. Se había desempeñado como parlamentario socialista durante los años de 1921 a 1922 abogando a favor de los derechos del campesinado a la tierra.¹⁸ En 1922, publicó un librito de cariz explícitamente socialista gracias al apoyo recibido por José Vasconcelos, en ese entonces, titular de la Secretaría de Educación Pública. (Ramos Pedrueza, 1922). Su contenido versaba sobre los puntos de proximidad entre la Revolución rusa y la Revolución mexicana. Al nativizar a partir del caso mexicano,

18 Véase las intervenciones del diputado Ramos Pedrueza en: *Legislatura XXIX*, Año II - Período Ordinario - Fecha 19211019 - México, números de Diarios 16 al 26.

colocó en la agenda de la izquierda ecuatoriana la cuestión de la revolución social o socialista. Militaba en las filas del Partido Comunista desde el año de 1923 y viajó al Ecuador con su autorización y bajo el compromiso político de difundir el ideal comunista y organizar un núcleo revolucionario en el Ecuador (Jeifets et al., 2015, p. 277). Eran tiempos, en que la adscripción comunista mexicana era laxa, con presencia de facciones anarquistas y socialistas. Los jóvenes intelectuales ecuatorianos no eran ajenos a la seducción que ejercía en su imaginario las noticias acerca de la Revolución mexicana. El testimonio de Benjamín Carrión (1897- 1979) es elocuente al respecto:

[...] conjugado el impacto de la lectura con el sueño revolucionario que entonces vivíamos en casi toda América los hombres jóvenes y libres, estábamos dispuestos a pedirle a la Revolución Mexicana todos los avances, todas las purezas, todos los heroísmos. Pretendíamos que la Revolución Mexicana hubiera sido hecha y continuara viviendo, “a imagen y semejanza” de nuestros deseos, de nuestras prefiguraciones (Carrión, 1958, pp. 77-79).

La recepción ya existente del proceso mexicano entre los jóvenes ecuatorianos generó un clima amable para la labor propagandista de Ramos Pedrueza. El diplomático mexicano dio conferencias acerca de la Revolución mexicana y la Revolución rusa en la ciudad de Quito según consta en su comunicación epistolar dirigida al socialista argentino José Ingenieros con fecha 24 de julio de 1925.¹⁹ El 22 de septiembre bajo su conducción se constituyó la Sección Comunista de Propaganda y Acción “Lenin” en base al reclutamiento de intelectuales que mantenían entre sí lazos universitarios, de residencia, amistad y afinidad ideológica. Sus integrantes fueron:

¹⁹ Ramos Pedrueza, Rafael (membrete: Encargado de negocios de México. Quito. Ecuador), a José Ingenieros, Quito, 24 de julio de 1925. AR ARCEDINCI ARCEDINCI FA-021-A-6-1-1815.

Alberto Suárez Dávila de profesión ingeniero civil, Pablo Charpentier de profesión ingeniero civil, Fernando Chávez de profesión profesor normalista de instrucción primaria, Timoleón Jácome de profesión ingeniero electricista, Juan F. Karolys de profesión contabilista dactilógrafo, Luis Anda Rumazo de profesión periodista y Manuel Eduardo Rumazo de profesión tipógrafo (Muñoz Vicuña, 1986, p. 87).

Suárez Dávila tenía vínculos con la Universidad Central del Ecuador al igual que Charpentier y Jácome, según consta en su anuario (Anales de la Universidad Central del Ecuador, tomo XXXI, núm. 247, agosto-diciembre de 1923, p. 357). Suárez era integrante de la Sociedad de Estudios Técnicos que dirigían Luis R. Nuñez y César Chiriboga Villagómez vinculada a los medios académicos quiteños, en particular a la Universidad Central (*Anales de la Universidad Central del Ecuador*, tomo XXXI, núm. 247, agosto-diciembre de 1923, p. 319-320). Karolys fue promovido al secretariado de la Liga Antiimperialista de las Américas como representante del Ecuador, meses antes de la constitución del Partido Socialista y suscribió un pronunciamiento, quizás más. Otra fuente, menciona como integrante de dicho agrupamiento al músico y escritor socialista Enrique Terán Vaca.²⁰

Se ha subrayado el hecho de que Ramos Pedrueza y los demás integrantes, al mismo tiempo que declaraban su adhesión a la Internacional Comunista y por ende, a su programa y directivas, afirmaron fundar su quehacer revolucionario “exclusivamente en conformidad a las condiciones étnicas de la República del Ecuador: raza, medio ambiente, partidos políticos, estado social, estado económico”.²¹ El mexicano fue obligado por su gobierno en el mes de octubre de 1925 a retornar a su país. El gobierno de Calles cedió ante las presiones diplomáticas estadounidenses para que dicho diplomático bolchevique cesase en su labor de propaganda en el Ecuador. La

20 “L' Affaires de Tacna-Arica et le Impérialisme Américain, *La Correspondance Internationale*” (13 de marzo de 1926), (32), p. 288.

21 Citado por Jeifets, Lazar y Víctor Jeifets, “Los orígenes del Partido Comunista del Ecuador y la Tercera Internacional”.

agrupación por él fundada se debilitó y perdió contactos con él y el Partido Comunista de México; tampoco logró el apoyo esperado de parte del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. De todo ese contingente destacó la participación de Karolys en el proceso que dio vida al Partido Socialista.

El 16 de mayo de 1926 la figura de Ricardo Paredes sobresalió entre todos los fundadores del Partido Socialista Ecuatoriano, pugnando por su adhesión a la III Internacional, pero sin romper con las corrientes autonomistas y reformistas. En noviembre del mismo año viajó a Guayaquil y tuvo relevante participación en la Asamblea Socialista del Guayas. Otras figuras de este nuevo momento constitutivo del socialismo ecuatoriano fueron: María Luisa Gómez de la Torre, Adolfo H. Simmonds, César Endara, Jorge Carrera Andrade, Luis Maldonado Estrada, Jesús Gualavisí, Luis Felipe Chávez, entre otros. Lo cierto es que la base social de los delegados del Congreso se había ensanchado, gracias a la participación de trabajadores y socialistas procedentes de diversas localidades del Ecuador, relativizando en alguna medida el peso de la pequeña burguesía quiteña.

Luis Maldonado, un protagonista del Congreso Socialista de 1926, dejó testimonio acerca de las adscripciones de clase de sus delegados:

La composición social del congreso es heterogénea: campesinos, elementos de clase media en su gran mayoría, y su orientación deja mucho que desear por la gama de tonalidades doctrinarias que se manifiestan, desde la liberal exaltadora de la propiedad privada hasta la extrema del comunismo, tendencia ésta que al fin consigue marcar su tono en las resoluciones, amparada por el prestigio y simpatía de la Revolución Rusa (Maldonado, p. 43).

Y en cuanto al programa emanado de ese evento, se dio muestra clara de una orientación socialista al reivindicar el postulado de que: “El deber ineludible de exaltar la dictadura del proletariado como fase

transitoria, hasta conseguir la estimación de la clase capitalista” (Maldonado, p. 43).

Todas las fuentes consultadas sostienen que, durante la realización de dicha asamblea constitutiva del Partido Socialista, disputaron la hegemonía dos corrientes ideológico-políticas, aunque la filocominternista logró afirmarse gracias a la conducción cumplida por Ricardo Paredes. Más allá de ello, lo relevante de la intervención de Paredes en el terreno ideológico fue su acusado tono nativista:

Nuestra tradición comunista, pues Ecuador pertenecía al gran Imperio Incásico, el primer Estado comunista del mundo. Quizá antes que en Europa capitalista, el comunismo se implementará en la América indohispana, donde el maestro de la religión social, el admirable Illich Lenin, encontrará sus discípulos más fervientes (Jeifets y Jeifets, 2010).

Desde un mirador más amplio, puede afirmarse que dicha postura de Paredes fue precedida por el contenido inserto en un saludo de adhesión dirigida al IV Congreso de la Internacional Comunista (1922), el cual le fue entregado por los dirigentes de una Federación Comunista Indígena interandina al dirigente comunista argentino Rodolfo Ghioldi, vísperas de su viaje a Moscú.²²

CERRANDO LÍNEAS

Esta primera aproximación al estudio de la revista *La Antorcha* ha privilegiado algunos de sus aristas: su ideología juvenilista, su política sensible, sus antinomias discursivas, su diagnóstico de la cuestión ecuatoriana, el lugar que ocupa la ciudad y las luchas sociales. Se han atisbado sus deslindes con el liberalismo plutocrático y el conservadorismo católico. Se ha subrayado su entusiasta adscripción al socialismo y su reconocimiento de un lugar protagónico al incipiente proletariado ecuatoriano en base a las

22 La fuente procede del mismo Ghioldi y fue consignada en su presentación del libro: Goncharov, Valerián (1980). *El camarada Victorio: semblanza de Victorio Codovilla*. Moscú: Progreso.

jornadas de lucha que libró en el Guayas en 1922, cruentamente reprimidas. Los integrantes y adherentes a la revista, recibieron con entusiasmo la Revolución Juliana, así como el flujo de obras e ideas maximalistas que hacia 1926 terminó por polarizar a los socialistas ecuatorianos, aunque la hegemonía quedó en manos de los filocominternistas, sin llegar a la ruptura. Las escisiones llegarían un año más tarde desde diferentes flancos. La postura de Manuel Donoso Armas, dirigente obrero en el Guayas y director del periódico *Confederación Obrera* de negarse a suscribir una condena contra Trotsky el año de 1927 con motivo de su viaje a la Unión Soviética como delegado ante el IV Congreso de la ISR, merece ser señalada. Meses más tarde reprodujo el *Testamento de Lenin*, ratificando sus preferencias ideológicas (Páez, 2001, pp. 122 y 135).

Hemos igualmente atisbado algunas de sus redes y presencias latinoamericanas destacando la labor del mexicano Rafael Ramos Pedrueza y su vena discursiva nativista, retomada de manera convergente por Ricardo Paredes, figura mayor del socialismo ecuatoriano. Quedan todavía varios ámbitos que ha dejado pendiente la historiografía ecuatoriana acerca de la diseminación y apropiación socialista en los espacios no quiteños, en particular en Guayaquil.

De otro lado, hemos subrayado una contradicción en desarrollo, que continuó de otra manera el legado secular de liberalismo contra el poder ideológico de la Iglesia Católica, respaldado por la Plutocracia y los agrupamientos políticos conservadores.

En el terreno del vanguardismo intelectual, falta procesar las marcas de su nueva sensibilidad y compromiso. No fue accidental registrar, por ejemplo, la presencia de Alfonso Leal en las páginas de la revista *Esfinge* publicada en la ciudad de Quito por Hugo Alemán (Leal, febrero de 1926, p. 1). Muchas cosas han quedado pendientes, lo que nos compromete a volver sobre *La Antorcha* y los orígenes del socialismo ecuatoriano. Esta ponencia, a pesar de su inevitable economía textual, brinda más de un aporte como podrán apreciar sus lectores.

BIBLIOGRAFÍA

Aguiluz, Maya (2009). *El lejano próximo. Estudios sociológicos sobre extrañeidad*. Madrid: Anthropos.

Albornoz Peralta, Oswaldo (1971). *Del Crimen del Ejido a la Revolución del 9 de julio de 1925*. Guayaquil: Claridad.

Álvarez, Ricardo (23 de noviembre de 1924). Educación social. *La Antorcha*, (2),

Anales de la Universidad Central del Ecuador (agosto-diciembre de 1923). Tomo XXXI, (247).

Becker, Marc (2008). *Indians and leftists in the making of Ecuador's modern indigenous movements*. Durham: Duke University Press.

Becker, Marc (2013). Indigenous Nationalities in Ecuadorian Marxist Thought. En *Militantes, intelectuales y revolucionarios. Ensayos sobre marxismo e izquierda en América Latina* de Carlos Aguirre (editor). Raleigh, NC: Editorial A Contracorriente.

Caballero, Manuel (1993). *Gómez el tirano liberal*. Caracas: Monte Ávila.

Carrera Andrade, Jorge (24 de diciembre de 1924). Lectura para los proletarios. La nueva Navidad. *Antorcha*, (7).

Carrera Andrade, Jorge (17 de enero de 1925). Lecturas para los Proletarios: Los Tiranos de todas partes son vuestros enemigos. *La Antorcha*, (10).

Carrión, Benjamín (julio-octubre, 1958). Mis bodas de plata con México (1933-1958). *Cuadernos Americanos*, (100).

Cincinato, Genuino (7 de mayo de 1925). La actitud Militar. *La Antorcha*, (17).

Cueva, Agustín (1977). El Ecuador en los años treinta. En *América Latina en los años treinta*. México: UNAM.

González Toapanta, Hugo (2015). *El periódico La Antorcha y la emergencia de la ideología socialista en Quito (1924-1925)* [Tesis de Maestría en Historia Andina]. Universidad Simón Bolívar.

Jeifets, Lazar y Jeifets, Víctor (2010). Los orígenes del Partido Comunista del Ecuador y la Tercera Internacional. *Revista Izquierdas*, Año 3, (6).

Jeifets, Lazar, et al. (2015). *La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943: diccionario biográfico*. Ariadna Ediciones.

Kingman Garcés, Eduardo (2006). *La ciudad y los otros. Quito 1860 - 1940: higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO.

La Antorcha (16 de noviembre de 1924). (1).

La Antorcha (16 de noviembre de 1924). 15 de noviembre de 1922. (1).

La Antorcha (16 de noviembre de 1924). Encendiendo la Antorcha. (1).

La Antorcha (16 de noviembre de 1924). Encuesta. (1).

La Antorcha (23 de noviembre de 1924). Comentarios. (2).

La Antorcha (23 de noviembre de 1924). El ilustre consejo cantonal de Quito. (2).

La Antorcha (28 de noviembre de 1924). (2).

La Antorcha (28 de noviembre de 1924). F.D. La farsa del tercer partido. (2).

La Antorcha (29 de noviembre de 1924). ¿Quién gobierna en el Ecuador? (3).

La Antorcha (13 de diciembre de 1924). A los jóvenes de La Antorcha. 1(5).

La Antorcha (20 de diciembre de 1924). La reorganización de la Federación de Trabajadores Regional Ecuatoriana. (6).

La Antorcha (31 de diciembre de 1924). Vayamos hacia un Partido Socialista. (8).

La Antorcha (17 de enero de 1925). Carlin, “¡Cómo ganar el pan!”. (10).

La Antorcha (17 de enero de 1925). El caso de los buhoneros y caramancheleros de Guayaquil. (10).

La Antorcha (17 de enero de 1925). El Grupo Socialista “La Antorcha”. (10).

La Antorcha (21 de febrero de 1925). El Tercer Congreso Obrero Ecuatoriano. (15).

La Antorcha, II Época (24 de marzo de 1925)., Atentados contra la libertad de imprenta y contra el honor de un militar. (1).

La Antorcha (24 de marzo de 1925). Al gobierno. (1).

- La Antorcha* (24 de marzo de 1925). Agradecimiento. (1).
- La Antorcha*, II Época (24 de marzo de 1925). La Confederación Obrera y la libertad de imprenta. (1).
- La Antorcha* (28 de marzo de 1925). (26).
- La Antorcha* (1 de mayo de 1925). El advenimiento del socialismo rojo. (7).
- La Antorcha* (8 de junio de 1925). Protección de la raza india. (12).
- Leal, Alfonso (16 de noviembre de 1924). Anotaciones: La Presidencia de la Federación de Estudiantes, *La Antorcha*, (1).
- Leal, Alfonso (febrero de 1926). La crisis del espíritu nacional. *Esfinge*, (2).
- Lloyd, George (24 de marzo de 1925). *La Antorcha*, (1).
- Loyola, Manuel (2007). *La felicidad y la política en el pensamiento de Luis Emilio Recabarren*. Santiago de Chile: Ariadna.
- L.V. (7 de marzo de 1925). De la vida periodística. *La Antorcha*, (17).
- Loyola, Manuel (2007). *La felicidad y la política en el pensamiento de Luis Emilio Recabarren*. Santiago de Chile: Ariadna.
- Manguashca, Juan (2012). La incorporación del cacao ecuatoriano al mercado mundial entre 1840 y 1925, según los informes consulares. *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia*, (35).
- Maldonado, Luis. *Bases del PSE*.
- Milk Ch., Richard (1997). *Movimiento obrero ecuatoriano: el desafío de la integración*. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador/Abya-Yala.
- Muñoz, Luis (1938). *Bases del PSE*. Quito: Ediciones Antorcha.
- Muñoz Vicuña, Elías (1986). *Temas obreros*. Guayaquil: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil.
- Páez Cordero, Alexis (2001). *Los orígenes de la izquierda ecuatoriana*. Quito: Abya Yala.
- Paredes, Ricardo [Intervención] (1978). *VI Congreso de la Internacional Comunista. Segunda Parte*. México: Siglo XXI (Cuadernos de Pasado y Presente núm. 67).

Paz y Min o, Juan y Cepeda, Juan (2013). *Revolución juliana en Ecuador: 1925-1931: políticas económicas*. Quito: Ministerio Coordinador de Política Económica.

Peña, Pino de la (29 de noviembre de 1924). “Los indios aspirar socialmente”. *Antorcha*, (3).

Pérez Ramírez, Gustavo (05 de enero de 2015). *La Revolución Juliana y sus jóvenes líderes olvidados*. Quito: Academia Nacional de Historia.

Pozo, Gonzalo (23 de noviembre de 1924). ¿Cuál debe ser la actitud de los jóvenes en el momento político actual? *La Antorcha*, año 1, (2).

Quevedo, Belisario (16 de noviembre de 1924). La explotación banquera de Guayaquil. *La Antorcha*, (1).

Ramos Pedrueza, Rafael (1922). *Rusia soviét y México revolucionario. Vicente Guerrero, precursor del socialismo en México*. México D.F.: Secretaría de Educación Pública/Talleres Gráficos de la Nación.

Rialva (7 de marzo de 1925). Visiones políticas. *Antorcha*, (17).

Rialva (21 de febrero de 1925). ¿Cómo se gobierna el Ecuador? *La Antorcha*, (15).

Ranciere, Jacques (julio de 2009). La división de lo sensible. *Estética y política*, Centro de Estudios Visuales de Chile <http://www.centroestudiosvisuales.cl>.

Redactores de *La Antorcha* (24 de marzo de 1925). (1).

Rodas Chávez, German (2000). *La izquierda ecuatoriana en el siglo XX (aproximación histórica)*. Quito: Abya-Yala.

Saad, Pedro (1968). *La CTE y su papel histórico*. Guayaquil: Ed. Claridad.

Savia (Guayaquil) (9 de julio de 1925). ¡Juventud! Es hora de hacer vivir los ideales, s/p.

Vasconcelos, José (28 de marzo de 1925). Homenaje a los estudiantes ecuatorianos. *La Antorcha* (México), (26).

Valencia Sala, Gladys (2007). *El círculo modernista ecuatoriano: crítica y poesía*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador.

Visconti, Leonardo (9 de mayo de 1925). El Dr. Gonzalo Córdova atacado de demencia senil. *La Antorcha* (Quito). (8).

Visconti, Leonardo (16 de noviembre de 1924). De Profundis. *La Antorcha* (Quito), (1).

Yanez del Pozo, José (2005). *Mi nombre ha de vivir: y yo me he de ir a mi destino (transito Amaguana); género, producción y aprendizaje intercultural en los Pueblos Andinos*. Quito: Ed. Abya-Yala.

AUTORES CENTRALES

MARXISMO RELACIONAL Y TERCERMUNDIZACIÓN EN ECUADOR

David Chávez

Tzantzismo es el nombre del movimiento cultural que representa la profunda ruptura cultural vivida en los círculos intelectuales ecuatorianos en los años sesenta. Su irrupción dará origen a un nuevo campo intelectual. El movimiento se ve a sí mismo como una vanguardia, tanto en lo político como en lo intelectual, está identificado plenamente con la *actualidad latinoamericana de la revolución* abierta por la Revolución cubana, con las vanguardias intelectuales europeas y con las organizaciones políticas y sociales populares del país. Una apuesta que es un viaje permanente de ida y vuelta entre el arte y la política. La primera revista publicada por el grupo, en el que predominaban poetas y novelistas, tuvo por nombre Pucuna, esta revista albergará desde su quinto número varios ensayos breves de Agustín Cueva, Bolívar Echeverría y Alejandro Moreano, la mayoría de los cuales comparten una preocupación por el compromiso intelectual, tal como sartreanamente se lo entendía por aquellos años.

Cueva y Echeverría habían concluido su periplo europeo e iniciaban su vida en México, que a partir de ahí se acompañará por un

vínculo constante pero intermitente con el Ecuador, mientras Moreano prefería sumergirse en la densa andinidad de Quito. Unos pocos años después sus nombres estarán relacionados con una de las más importantes consecuencias de esa ruptura intelectual, la emergencia del marxismo contemporáneo en Ecuador que tendrá casi como un efecto colateral la constitución del campo disciplinario de la sociología en el ámbito de la Universidad Central del Ecuador. Curiosamente, gracias a sus vínculos sociales débiles y sus disímiles proyectos teóricos, los tres suelen considerarse como los fundadores de esa corriente y sus referentes principales.

El artículo que aquí se propone no aborda los orígenes tzántzicos del marxismo ecuatoriano, se concentra –más bien– en su trayectoria posterior. Para ello se analiza la obra de estos tres autores, es un recorte arbitrario como suelen ser este tipo de decisiones investigativas, es indudable que esa tradición teórica tiene muchos más nombres en Ecuador. Se trata de un recorrido que inicia en los años setenta y avanza hasta la actualidad, la crisis del marxismo configura dos etapas muy distintas en esa trayectoria. Se ensaya un esbozo teórico mínimo para avanzar hacia *un marxismo del marxismo ecuatoriano* que busca identificar los rasgos comunes de esta tradición teórica en los autores escogidos. Para ello se sigue la indicación de Raymond Williams acerca de que una “formación intelectual” deja su rastro en la obra concreta de un autor y su análisis evita abstracciones generalistas (Williams, 1960, p. 17). La hipótesis con la que se trabaja sostiene que el marxismo de Cueva, Echeverría y Moreano puede entenderse como parte de la ramificación latinoamericana del programa progresivo del marxismo relacional, cuya estrategia teórica esencial puede definirse como tercermundización. En la primera parte, se examinan los estudios sobre el marxismo ecuatoriano y se propone una alternativa interpretativa. En la segunda, se exponen las tesis principales de estos autores que pueden ser interpretadas como su heurística positiva, es decir sus intentos por constituir cinturones teóricos protectores de la teoría marxista. Finalmente, se analiza la pertinencia de asignarle un carácter relacional y tercermundista a la obra de los autores estudiados.

UNA SOCIOLOGÍA SIN SOCIEDAD: LOS ESTUDIOS SOBRE EL MARXISMO EN ECUADOR

En los estudios sobre el marxismo ecuatoriano, predominan las investigaciones sobre autores, mientras las investigaciones más generales del marxismo como *formación intelectual* son escasas y se subordinan a la indagación por el desarrollo del campo disciplinario de la sociología. Los autores más estudiados son Bolívar Echeverría y Agustín Cueva, sobre el resto de marxistas ecuatorianos contemporáneos la investigación es prácticamente inexistente.¹ En el caso de Alejandro Moreano, se cuentan con trabajos puntuales (Chávez, 2012; Handelsman, 2012; Quevedo, 2012), pero es casi inexistente una investigación de conjunto, con excepción del estudio sobre su crítica literaria realizado por Alicia Ortega (2014).

Las primeras aproximaciones al marxismo ecuatoriano contemporáneo como *formación intelectual* aparecen en los años setenta. Su perspectiva señalaba –con cierto matiz normativo– la necesidad de criticar al pensamiento *social oficial o burgués*, un tipo de producción de conocimiento favorable al orden capitalista y al Estado burgués, reflejado principalmente en cierto saber *tecnocrático* producido por el proyecto estatal desarrollista (Cueva, 1976; Quintero, 1976). Mucho

1 Los estudios sobre Echeverría conforman ya una extensa bibliografía, mientras que Cueva ha sido considerablemente menos estudiado. Asimismo, el pensamiento de Cueva ha sido más investigado dentro del Ecuador que fuera del país, en tanto que es el caso contrario el de Echeverría. Es poco discutible que, en el caso de ambos, el interés por su obra está muy influido por su pertenencia al campo intelectual mexicano. Es imposible hacer aquí una recopilación exhaustiva, pero entre los estudios más relevantes pueden mencionarse sobre Cueva el de Tzeiman (2017) y sobre Echeverría el de Gandler (2007), ambos trabajos constituyen el esfuerzo sistemático más serio por alcanzar una interpretación de conjunto de la obra de los autores. Sobre Cueva también deben tenerse en cuenta los análisis de Moreano (2008), Verdesoto (1993), Tinajero (2012) y (2015). En cuanto a Echeverría, se pueden ver distintas compilaciones que recogen trabajos relacionados principalmente con su crítica a la modernidad capitalista, su teoría de la cultura, el ethos barroco y el mestizaje (Arizmendi et al., 2014; Fuentes et al., 2012; Moraña, 2014; Serur, 2015), también los *dossier* dedicados a este autor en el número 43 de la revista *Iconos* (2013) de FLACSO-Ecuador y el número 42 de la *Revista de Ciencias Sociales* (2020) de Universidad Central del Ecuador. Es importante mencionar que Tomás Quevedo se encuentra desarrollando una investigación doctoral cuyo objetivo es precisamente alcanzar una visión de conjunto de la obra de estos tres autores vinculándola, además, con su contexto social y político.

después, desde fines de los noventa, surgen nuevos estudios críticos sobre el momento marxista y el proceso de formación de la sociología en Ecuador. Su objeto de estudio casi invariablemente es el que fue el centro de producción marxista de esos años: la Escuela de Sociología de la Universidad Central del Ecuador en *Quito y su Revista Ciencias Sociales*. Un enfoque privilegiado de esa valoración crítica es el de la teoría decolonial (Altmann, 2017, 2020; Jácome, 2005; Ramírez, 1999), también existen otros como el postestructuralismo (Polo, 2012; Sarzoza, 2014), el marxismo de la cultura de Raymond Williams (Campuzano, 2005), o la teoría de sistemas (Altmann, 2018). En estas investigaciones, se le atribuye al marxismo ecuatoriano al menos tres limitaciones: a) su carácter eurocéntrico, b) la ausencia de pluralismo teórico, y c) la subordinación a la acción política.

El eurocentrismo de la corriente marxista en Ecuador sería efecto del predominio de un discurso único que valida la experiencia de Occidente que fue replicado en las ciencias sociales latinoamericanas (Jácome, 2005, pp. 121-122). De acuerdo con Altmann (2017, pp. 88-89; 2020, pp. 88, 93-95), esta condición habría sido imitada por el marxismo ecuatoriano por efecto de la inevitable *traducción asimétrica* de las teorías europeas en contextos periféricos; sin embargo, la etapa marxista podría entenderse como una localización exitosa de una teoría global que le habría conferido capacidad *autopoietica* al campo de la sociología ecuatoriana, pero su *cierre marxista*, su localismo y el predominio del ensayismo produjeron una radical desconexión de la *ciencia global* y una recepción incompleta de teorías globales que perduraría hasta la actualidad.² Ramírez (1999, pp. 280-281), por su parte, piensa que esa influencia eurocéntrica y colonial quedaría en evidencia en el estadocentrismo y el desarrollismo presentes en la corriente marxista.

Asimismo, la etapa marxista habría estado marcada por la ideologización, el esquematismo, la falta de pluralismo, la obstrucción al desarrollo académico de la disciplina de la sociología y a la

2 Altmann excluye a Cueva y Echeverría de esta evaluación debido a su vinculación con México.

investigación empírica, además de una fuerte tendencia al *antiacademismo* y al *antiintelectualismo* (Campuzano, 2005, pp. 440-444; Polo, 2012, pp. 118-119; 124; 126; Ramírez, 1999, pp. 275-276). El contraste entre estas consideraciones y la crítica al eurocentrismo configura una curiosa paradoja, mientras se cuestiona la subordinación a un modelo eurocéntrico de ciencia, al mismo tiempo se reclama por la ausencia de corrientes sociológicas europeas y estadounidenses en los p \acute{e} nsum de estudios y los marcos te \acute{o} ricos, la falta de consolidaci \acute{o} n de un campo disciplinario e institucional similar al de las academias de los centros imperialistas o la desconexi \acute{o} n con la *ciencia global*.

Pero uno de los problemas que mayor preocupaci \acute{o} n genera en los cr \acute{i} ticos del marxismo ecuatoriano es la *subordinaci \acute{o} n* de la producci \acute{o} n acad \acute{e} mica a la pol \acute{i} tica. Invariablemente en todos los estudios referidos este es visto como uno de los mayores lastres del desarrollo de la sociolog \acute{i} a y el marxismo en Ecuador. Polo (2012, p. 120), por ejemplo, considera que exist \acute{i} a una subordinaci \acute{o} n acr $\acute{i$ tica a los *dispositivos disciplinarios* del partido, Altmann (2018, p. 12) afirma que se institucionaliz \acute{o} el carisma por v \acute{i} nculo pol \acute{i} tico (intelectuales org \acute{a} nicos) y no por logros acad \acute{e} micos, Campuzano sostiene que el marxismo le di \acute{o} continuidad a una tradici \acute{o} n de ret $\acute{o$ rica cientificista propia del campo intelectual ecuatoriano, y Ram \acute{r} ez (1999, p. 276) afirma que se hac \acute{i} a un uso instrumental de los conceptos en funci \acute{o} n de posiciones ideol $\acute{o$ gico-pol \acute{i} ticas y se limitaba el pluralismo por efecto de la relaci \acute{o} n entre docencia y militancia partidaria.

Estos estudios cr $\acute{i$ ticos presentan una limitaci \acute{o} n que se asemeja a la que Therborn (1976, pp. 34-37) y Burawoy (1990, p. 775) identifican en relaci \acute{o} n con la cientificidad del marxismo en el debate que este mantiene con la sociolog \acute{i} a: la indefinici \acute{o} n de un concepto claro de ciencia y de su relaci \acute{o} n espec \acute{i} fica con el marxismo. Es dif \acute{i} cil saber en cada caso a qu \acute{e} se refieren espec \acute{i} ficamente, \acute{c} on ciertos intelectuales marxistas?, \acute{c} on todos?, \acute{c} on toda su obra?, \acute{c} on cierta parte o etapa de su obra?, pero m \acute{a} s acuciante que eso es la inexistencia de una definici \acute{o} n de lo que ser \acute{i} an pr \acute{a} cticas o discursos propiamente cient $\acute{i$ ficos de modo que sea factible diferenciar aquellos que ser \acute{i} an puramente ret $\acute{o$ ricos, pragm \acute{a} ticos o *carism \acute{a} ticos*.

Pero una indeterminación aún más problemática de estos análisis recuerda, en cambio, a lo que Therborn (1976, pp. 32-34) define como *sociología sin sociedad* para referirse a los análisis que la sociología estadounidense hacía de su propio desarrollo en los cincuenta y sesenta, ausencia visible no solo en la sociología funcionalista, sino también en sus críticos. Especialmente en lo referente a la ausencia de problematización del contexto social. En los estudios ecuatorianos sobre el marxismo esta insuficiencia se expresa en el señalamiento de la *perniciosa* relación del pensamiento marxista con la política, con los movimientos sociales y los partidos de izquierda, lo cual habla de dos falencias conceptuales importantes. La primera que si bien el campo intelectual tiene autonomía, esta es *relativa* porque hace parte del campo político (Bourdieu, 2002a, pp. 10-17, 105-114); es decir, la *aséptica* academia europea o estadounidense no solo no está libre de un vínculo estrecho con la política, aunque las mediaciones sean distintas, sino que está predominantemente vinculada con diversas formas de política conservadora o liberal. La segunda, de mayor importancia, que la tradición marxista se desarrolló de modo primordial por fuera de la academia, lo hizo precisamente en el campo de la política (Anderson, 1976, pp. 42-43; Burawoy, 1990, p. 790; Hobsbawm, 2011, pp. 344-349; Therborn, 1976, pp. 39-40, 2014, pp. 107, 130-134). Tal como apunta Anderson, el desarrollo de un marxismo académico implica la separación de esta teoría de los movimientos de masas que había sido una de sus características esenciales y esto ocurre en el espacio europeo como resultado de la derrota del proyecto revolucionario en ese lugar. Esta es una condición no solo señalada por los marxistas, sino también por investigadores no marxistas como Gouldner (1980) o Kolakowski (1985).

Esto es aún más importante para América Latina si se considera que la derrota de la revolución en Europa, desplazó la perspectiva revolucionaria a la periferia. Por lo que en el contexto latinoamericano es muy poco pertinente suponer que la relación del marxismo con la política fue un obstáculo en su desarrollo y, dada su influencia en ellas, en el desarrollo de las ciencias sociales. Cueva (1987, p. 171) analiza cómo el marxismo contribuyó a crear una “cultura de

izquierdas” favorable a esos desarrollos, proceso que define como “marxistización de América Latina”, mientras Löwy (1982, p. 11) deja ver cómo los avances del marxismo en América Latina no pueden distinguirse de la acción política de izquierda, y señala como uno de los aspectos determinantes de aquel desarrollo fue la problematización del carácter de la revolución. Durante la década de los sesenta y los setenta, los intelectuales marxistas no buscaban vincularse con el *sistema académico mundial, sino con la revolución mundial*.

HACIA UN ENFOQUE MARXISTA: ¿UN MARXISMO RELACIONAL DEPENDIENTE?

Las posibilidades de un *marxismo del marxismo ecuatoriano*, como interpretación alternativa a los estudios *subjetivistas* y *discursivistas*, requieren de un bosquejo teórico capaz de resolver en cierto modo las limitaciones señaladas en los estudios existentes. En otras palabras, un modo de entender al marxismo ecuatoriano en: a) el marco general del tipo de conocimiento que es el marxismo, y b) sus relaciones con su propio contexto.

En cuanto al problema del tipo de conocimiento que es el marxismo, Burawoy propone comprenderlo, siguiendo a Imre Lakatos, como un “programa de investigación científica”. Un programa de investigación científica está conformado por un *núcleo duro*, que contiene los principios teóricos esenciales, y una serie de “cinturones teóricos protectores” que buscan defender el núcleo duro mediante conjuntos de hipótesis que dan cuenta de distintas anomalías, es decir, nuevos fenómenos no considerados anteriormente. Cada programa está gobernado por sus propios principios de desarrollo: sus heurísticas. La definición del *núcleo duro* y su defensa cerrada corresponden a la heurística negativa del programa, mientras que el desarrollo de modelos y *ejemplares* que indican distintas vías de desarrollo de nuevas teorías en el programa de investigación configuran su heurística positiva. Por tanto, la ciencia avanza mediante la “refutación de las refutaciones a las teorías nucleares”, no por la refutación de conjeturas. Dos tipos de procesos son observables en un programa de investigación. Uno de carácter progresivo, en el cual los

nuevos cinturones teóricos expanden el contenido empírico del programa, no solo absorben anomalías, sino que hacen predicciones. Y otro de tipo degenerativo, en el que los sucesivos cinturones son solo una *mirada hacia atrás*, se limitan a *remendar* anomalías en formas *ad hoc*, reduciendo el alcance de la teoría o simplemente exceptuando los contraejemplos (Burawoy, 1990, pp. 777-778).

Para Lakatos, el marxismo es el prototipo de un programa de investigación degenerativo. Burawoy pone en cuestión esta tesis señalando que es posible hallar en el marxismo un desarrollo progresivo, pero considera que son necesarias ciertas reformulaciones al modelo de Lakatos para este análisis. El núcleo duro puede entenderse mejor como una familia de núcleos superpuestos y –a menudo– competitivos de los que surgen “ramas dentro de un programa de investigación”, cada una de las cuales reconstruye el núcleo de modo diferente. Las teorías sucesivas se desarrollan como “cinturones con ramificaciones”. Para Lakatos, el núcleo se presenta sin ambigüedades, lo que le impide ver la coexistencia de estas ramificaciones divergentes pero interconectadas. Por lo tanto, al interior de un solo programa es posible distinguir ramas progresivas o degenerativas. Los cambios históricos generan una expansión de anomalías que obligan a la construcción de nuevos “cinturones de teoría” al interior de una rama u –ocasionalmente– el desarrollo de una nueva rama del programa de investigación (Burawoy, 1990, pp. 778-779).

Con estas consideraciones, Burawoy sostiene que el compromiso del marxismo con la transformación revolucionaria supone estudios que están particularmente preocupados de resolver las anomalías y hacer predicciones. Considera que el marxismo constituye un programa de investigación científica con distintas ramificaciones. La configuración básica del programa se encuentra en la obra de Marx, su heurística negativa está contenida en los postulados sobre materialismo histórico que Marx expone en el prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política. Mientras que su heurística positiva se halla en sus escritos económicos (*El capital*) y políticos (*Dieciocho Brumario* y *La lucha de clases en Francia*) que

representan los mayores ejemplos de teorización marxista, la aplicación del núcleo teórico al capitalismo (Burawoy, 1990, pp. 779-781).

Esta consideración implica tomar distancia de la conocida tesis de los dos marxismos de Gouldner (1980, pp. 14, 32-36, 38-50, 53-58) que sostiene la existencia de una “contradicción nuclear” en su interior entre un *marxismo científico* y un *marxismo crítico*. En la tradición marxista, esa oposición no es tajante, a pesar de ciertas tensiones, ciencia y crítica no son antagonicos en su desarrollo (Therborn, 2014, pp. 84-86; Wright, 1989, pp. 209-213), esa distancia fue más notoria en el desarrollo del *marxismo occidental*, pero de ningún modo determinante. Este desplazamiento de enfoque alude a lo que se puede definir como marxismo relacional, es decir, la ramificación de la tradición marxista que se centra en el concepto de relación social en el que se conjuga la dialéctica entre condiciones estructurales y acción práctica subjetiva. Para decirlo de otro modo, es la variante marxista de solución teórica al dilema estructura-agencia, pero con algunas precisiones necesarias. Por una parte, el marxismo no fundamenta su carácter relacional en el antagonismo entre individuo y sociedad, sino entre estructura social y acción de clase, dicotomía que se conjuga en la noción de lucha de clases (Lukács, 1977, pp. 183, 187-188, 196). De modo que, por otra parte, esa dualidad puede reformularse como la contraposición entre estructura social abstracta (*teoría del capital*) y acción de clase concreta (*teoría de clase*) (Jessop, 1990, pp. 198, 203, 245, 248-254, 2008, pp. 31, 40-42, 45), las cuales convergen en el concepto de “relaciones sociales prácticas” (Lefebvre, 1948, pp. 48 y 73). Una última precisión puede extraerse de la investigación del carácter relacional de las nuevas sociologías que hace Philippe Corcuff (2015), para quien el programa relacionalista presenta dos variantes: una que va de las estructuras a la interacción y otra que sigue la ruta inversa, de la interacción a las estructuras. Siguiendo el esquema propuesto también se verificarían dos vías de constitución del marxismo relacional, una que va de la lógica del capital a la de clase y otra que sigue el camino inverso. En definitiva, las ramas progresivas del desarrollo del programa de investigación marxista son las que han desplegado, de una u otra forma, ese principio relacional del marxismo.

El asunto del contexto socio-histórico del marxismo ecuatoriano debe tener en cuenta una cuestión básica: la “dependencia académica”. En relación con esto Bourdieu (2002b, p. 82) afirma que en contextos coloniales (o neocoloniales, se puede añadir) existe una doble dependencia, del campo político local y del campo intelectual metropolitano. Sin embargo, siguiendo a Beigel, es indispensable evitar la visión esquemática de una periferia intelectual totalmente subordinada al *sistema científico mundial* o de un endemismo *radical* que niega cualquier relación con el conocimiento producido en los centros hegemónicos, a fin de considerar que en contextos como el latinoamericano hay una combinación compleja de distintos niveles de vinculación y autonomía (Beigel, 2014, 2016, 2017; Beigel y Sabea, 2014). Esto implica además que esas condiciones son cambiantes y no se mantienen estáticas. Así por ejemplo, Cueva afirma que entre los años sesenta y ochenta del siglo XX en América Latina, la sociología latinoamericana logró autonomía e integración regional, precisamente en el marco del predominio del marxismo (1989, pp. 97-98). Es factible sostener que la crisis del marxismo pudo afectar esa autonomía y agudizar las condiciones de dependencia.

De modo que, en el caso del marxismo latinoamericano, bien se puede decir que su articulación con la acción política está intrínsecamente ligada a la búsqueda de autonomía intelectual. Aquí cobra mucha relevancia la tesis de la *singularización nacional* de Aricó (1980, p. XL-LVI) en relación con el trabajo de Mariátegui. Formulada con bastante anterioridad al pensamiento decolonial, se refiere a la capacidad no solo de adaptar el marxismo a los contextos nacionales, sino de crear nuevas posibilidades interpretativas del marxismo a partir de ese intento. En opinión de Aricó, esa condición habría sido lograda solo por Mariátegui.³ Löwy (1982) coincide en señalar que –sobre todo después de la Revolución cubana– ese intento por singularizar el marxismo define a los avances más creativos de su versión latinoamericana. Sin embargo, el trabajo reciente de Acha y D’Antonio

3 Cortés (2013) piensa que ese ejercicio conceptual es un ejercicio de *traducción* que define también a la obra de Aricó.

(2013, pp. 205-212) cuestionan la tesis de Aricó y problematiza la noción misma de marxismo latinoamericano, según estos autores el marxismo indoamericano de Mariátegui no es el epítome o la condensación del *marxismo latinoamericano*, sino una de sus variantes que no es extensible a otros contextos. Si bien su fundamental aporte es haber introducido la inflexión étnica en la matriz original del marxismo, existen otros marxismos que buscan también una adaptación del marxismo a problemáticas nacionales o regionales, como ocurre en el mismo contexto andino con Zavaleta o más recientemente de García Linera, o en otras áreas regionales como el Brasil con Caio Prado Jr. y su influencia en los teóricos de la dependencia o C.L.R. James en el espacio caribeño.

Siguiendo esta crítica a Aricó, para el caso del marxismo ecuatoriano es posible proponer una alternativa interpretativa: la "tercermundización". La expresión le pertenece a Cueva (1987, p. 175), quien la utiliza para definir el carácter del proceso vivido por el marxismo latinoamericano que se configura con la Revolución cubana. Tanto en el campo político como en el intelectual, este hecho histórico representaría la convergencia de tradiciones políticas propias de América Latina, pero lo más relevante de su planteamiento radica en que ese proceso hace parte de una "disputa por la universalidad", dice Cueva: "[...] por primera vez la historia universal busca totalizarse no ya a través de la acción y el pensamiento de las metrópolis de siempre, sino por la constitución de una nueva unidad que, aún de manera difusa, empieza a denominarse Tercer Mundo" (Cueva, 1987, p. 174). Este carácter universal es un aspecto determinante del proceso de tercermundización, se trataría de un "universalismo concreto", es decir, la promesa moderna del reconocimiento humano en la pluralidad de sus formas concretas, reprimida por el retorno de la "universalidad abstracta" arcaica que se reedita con el dominio del capital (Echeverría, 1995, pp. 56-58), y de "universalismo periférico" (Gandler, 2013, pp. 71-72) que interpela no solo la incapacidad por el entendimiento de las realidades no europeas, sino de la propia constitución histórica de Europa. Ese universalismo opera principalmente como la generalización de los fundamentos críticos de las

contradicciones observables desde el contexto periférico tanto a las condiciones del tercer mundo como a las de los centros del capital mundial.

AGUSTÍN CUEVA: EL DESARROLLO DESIGUAL DEL CAPITALISMO Y DEL ESTADO CAPITALISTA

La construcción de respuestas teóricas que adapten el *núcleo duro* del marxismo a las transformaciones exteriores (*anomalías*) en el caso de Agustín Cueva corresponden a su problematización de la dependencia a partir de la teoría del imperialismo, y su crítica a la Teoría de la dependencia, así como su teoría del *desarrollo desigual del Estado capitalista* y del carácter autoritario que este asume en formaciones dependientes.⁴

El problema de la dependencia constituye la principal anomalía de la que el marxismo latinoamericano intenta dar cuenta de acuerdo a Burawoy (1990, pp. 785-787). Según su planteamiento, cierta estabilización provocada por la expansión imperialista del capital habría abierto la posibilidad de problematizar la cuestión de la dependencia, una trayectoria que va del imperialismo a la dependencia. La crítica planteada por Cueva a las versiones neomarxista y marxista de la Teoría de la Dependencia propone el recorrido inverso: interpretar la noción de dependencia en el marco de la teoría del imperialismo poniendo énfasis en el carácter de las formaciones sociales latinoamericanas. En este sentido, su crítica sostiene que los *dependentistas* omiten tanto las especificidades internas del modo de producción capitalista como la dinámica de la lucha de clases, atribuyendo a los factores externos los efectos que en realidad son resultado de aquellos aspectos.

En cuanto a la problemática de la configuración concreta de las formaciones sociales latinoamericanas, Cueva recoge el planteamiento estructuralista de la necesidad de comprender las formas concretas de articulación de distintos modos de producción en una formación

4 En buena parte seguimos el esbozo que hacen Tzeiman (2017) y Verdesoto (1993, pp. 26-33) sobre las problemáticas presentes en la obra de Cueva.

social. Esto es visible en las formulaciones sobre el carácter capitalista de las sociedades coloniales que minimizan el peso de las estructuras precapitalistas de corte feudal y esclavista, y asumen la existencia restringida de una economía mercantil simple y de capital comercial y usurario como expresiones de ese carácter capitalista, las cuales –siguiendo a Marx– no solo son formas antediluvianas del capital, sino que pueden bloquear el desarrollo del capitalismo como modo de producción dominante (2004, pp. 22-25). De igual modo, esta limitación se pone de manifiesto en las clasificaciones regionales que hacen los teóricos de la dependencia, al asumir solo ciertos elementos característicos de las distintas formaciones sociales latinoamericanas, como la existencia de enclaves, y no las formas de articulación de modos de producción, se agrupan como formaciones semejantes a las que en realidad son muy disímiles si son vistas por su manera específica de organizar las relaciones entre las estructuras pre-capitalistas y las capitalistas (2004, p. 103).

Esta limitación está vinculada a la omisión o escasa importancia que –según Cueva– tiene la dialéctica de la lucha de clases en la Teoría de la dependencia. Esta propende a sustituir a la lucha de clases por los *factores externos* como explicación de la trayectoria histórica de las sociedades latinoamericanas, un reflejo de la situación de dependencia, como lo hace Dos Santos, o dejando de lado cuestiones tales como la correlación de fuerzas sociales y el estado de la lucha de clases, que es el caso de Marini (2004, pp. 146-147).

Cueva considera que estos vacíos en la teoría de la dependencia se deben a una paradoja permanente tanto en lo teórico como en lo político presente en ella. Por una parte, hace una crítica a las *corrientes burguesas* acercándose al marxismo, pero, por otra, crítica al *marxismo-leninismo* desde posiciones desarrollistas y burguesas. En política, esto se traduce en el cuestionamiento a la táctica de los frentes populares. Cueva considera que una de las consecuencias de esta ambigüedad es la confusión teórica presente en sus propuestas, por ejemplo en *Desarrollo y dependencia* (Cardoso y Faletto, 2007), una de sus expresiones sería la indistinción entre crecimiento económico y desarrollo capitalista, la ya mencionada tendencia a la sustitución

de las contradicciones internas de nuestras formaciones sociales por las presiones externas, y la exacerbación de una supuesta *originalidad irreductible* de la situación de América Latina. En cierto modo, Cueva sugiere que la teoría de la dependencia tiene un campo común de problematización con el desarrollismo cepalino del cual no ha podido librarse del todo. En el plano sociológico, eso correspondería a un híbrido teórico entre el marxismo, el funcionalismo y el weberianismo, particularmente visible en el trabajo de Cardoso y Faletto (Cueva, 2007, pp. 99-100).

La interpelación que hace Cueva a la teoría de la dependencia queda resumida cuando invierte el fundamento de sus tesis y se pregunta “[...] ¿no será más bien la índole de nuestras sociedades la que determina, en última instancia, su vinculación al sistema capitalista mundial?” (Cueva, 2007, pp. 113-114). Esta inversión de los términos le permite proponer una respuesta distinta a la anomalía de la dependencia que recurre a la teoría marxista del imperialismo y de la lucha de clases. La importancia de esta última radica en su capacidad de condensar la complejidad del proceso social, “[...] un proceso en el que lo interno y lo externo, lo económico y lo político, van urdiendo una trama histórica hecha de múltiples y recíprocas determinaciones, que se expresan y desarrollan a través de una concreta lucha de clases” (Cueva, 2004, p. 12). Es la configuración de la lucha de clases la que determina las variaciones significativas de los distintos procesos sociales y económicos en cada país, no solo los factores externos (2004, pp. 146-147).⁵

La problemática es modificada sustancialmente por Cueva, para ello recupera las tesis leninistas sobre el imperialismo sustentadas en la perspectiva del desarrollo desigual y combinado del capitalismo.

5 Es notable la semejanza de los términos del debate planteado por Cueva con los que en el mismo año de publicación Brenner (1977) sostiene en su crítica a la *escuela sistema-mundo* y la teoría de la dependencia. En ambos casos se trata de una defensa del *núcleo duro* marxista frente a las interpretaciones neomarxistas (o “marxistas neosmithianas” en términos de Brenner) que, en estricto sentido, abren un programa de investigación distinto. Bien se puede decir que es una defensa del programa marxista desde Occidente y desde el Tercer Mundo, con una trayectoria muy similar, frente a las interpretaciones de la mundialización capitalista y los orígenes del capitalismo como sistema mundial.

A diferencia de los teóricos de la dependencia, en cierto modo más cercanos a las tesis de Luxemburg, Cueva recupera la noción leninista de que la expansión capitalista convierte a las áreas precapitalistas en capitalistas, pero como subordinadas y en función de sus configuraciones específicas, es decir, el carácter del desarrollo capitalista de una formación social periférica dependerá de sus estructuras internas que, a su vez, determinarán los mecanismos específicos de subordinación al sistema capitalista mundial.⁶ Derivado de ello hace una precisión fundamental en relación a la discusión previa: no se puede hablar de "desarrollo" en abstracto, el proceso al que se hace referencia es al del desarrollo del capitalismo, el cual es resultado precisamente de las distintas variantes en la relación entre esos componentes internos y externos de las formaciones sociales latinoamericanas. De ahí, la importancia que metodológicamente le atribuye a la sociología comparativa en *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (Cueva, 2004), las trayectorias disímiles de realidades sociales aparentemente semejantes es uno de los aspectos que esa obra resalta permanentemente.

Algunos de los argumentos más relevantes pueden verse en su observación sobre el diferente ritmo histórico de la transición de la fase oligárquica a la burguesa en áreas de "vieja ocupación" colonial como México y el área andina. Mientras la revolución de 1910 puso fin al período oligárquico en México, en países como Perú y Ecuador ese régimen perduró hasta finales de los 60 (Cueva, 2004, p. 145). Asimismo advierte las considerables diferencias en el caso de las áreas que recibieron fuertes oleadas migratorias, la zona del Río de la Plata difiere del Brasil por la ausencia de una matriz económico-social esclavista o feudal en la primera, de modo que los salarios se determinan en relación con el valor de la fuerza de trabajo en Europa y no en las áreas precapitalistas, lo que marca una distancia sustancial con el caso brasileño (2004, pp. 115-119).

6 Este planteamiento será también semejante al que hace Harvey (2006, pp. 404-406) al afirmar que el capitalismo no impone formas sociales específicas, sino que se adecúa a la *infraestructura social* que halla en cada contexto geográfico e histórico concreto.

Por otra parte, su análisis del proceso de industrialización actualiza el planteamiento leninista de que el carácter específico de una formación capitalista y su capacidad de realización del plusvalor no es el resultado de la lógica de los excedentes producidos y el mercado, sino de la composición orgánica del capital social general. Una formación con una alta composición puede absorber y realizar fácilmente el plusvalor, pero una formación subordinada con baja composición, no. En el caso de América Latina, para Cueva eso se traduce en la centralidad de las actividades de exportación de bienes primarios que se convirtieron en el soporte del proceso relativo de industrialización. Dicho de otro modo, esa baja composición orgánica no sufrió alteraciones importantes. Cueva considera que los límites del proceso tienen que ver con el peso de la matriz agroexportadora como base de acumulación, la subordinación al sistema imperialista y la correlación interna de fuerzas sociales que favoreció a los sectores más reaccionarios que estaban en el poder político en esos momentos (2004, pp. 165-166, 174).

Trascurridos algunos años, el marxismo latinoamericano daba cuenta de una nueva anomalía: el carácter del Estado capitalista en América Latina. El horizonte de la revolución socialista había cedido el paso a la cuestión de la democracia. La transición hacia la democracia, el Estado y la preocupación por sus debilidades había ocupado el centro de la escena. En estas nuevas condiciones, la defensa del *núcleo duro marxista* que hace Cueva lo conduce a un debate con lo que denomina el “gramscianismo latinoamericano” y el proceso de “socialdemocratización” de las ciencias sociales. Su atención crítica se dirige al desplazamiento de la discusión política hacia factores culturales o institucionales que explicarían la debilidad institucional y democrática de las sociedades latinoamericanas, así como su *vocación autoritaria*. Esta idea se sustenta en el presupuesto teórico de la existencia de un *modelo de estado*, la democracia parlamentaria, propio de las sociedades capitalistas desarrolladas en relación con el cual los estados latinoamericanos se muestran incompletos, inconclusos o deformados. En el ámbito marxista, esta nueva condición de la reflexión sobre la política se traduce en la centralidad que adquiere la

teoría de Antonio Gramsci, particularmente de sus conceptos de *sociedad civil y hegemonía*. Cueva considera que se trata de una versión desfigurada de Gramsci que altera el carácter marxista de los conceptos de sociedad civil, que es despojado de su fundamento estructural y de la lucha de clases, y hegemonía, que es sencillamente trasplantado sin tamices, asumiendo que América Latina hace parte de “Occidente” sin preguntarse por la pertinencia de ese discutible presupuesto (1987, pp. 183-184). Se trata de un debate con el marxismo sudamericano, argentino particularmente, que defendió estas tesis.

En el caso de la discusión sobre la democracia, Cueva hace una crítica a la noción puramente formal de democracia que se va imponiendo en esos años. Apela a una concepción referida a las condiciones y contradicciones sociales en las que se despliega. Le parece aún más urgente dado que aquella definición formalista contrasta con la tendencia contemporánea a la concentración de poder. A fin de cuentas, se trata de no aceptar sin más la concepción liberal, que las clases dominantes imponen, de democracia. El sentido de esta crítica de Cueva no puede dejar de interpretarse en relación con su caracterización de las dictaduras militares, es decir, el agresivo proceso de concentración de poder bajo la forma de *capitalismo monopolístico de Estado* que ellas representan. Es por esto que advierte sobre la profunda asimetría que el nuevo orden democrático contiene dado que:

Se basa en un ‘pacto social’ sui géneris según el cual la burguesía permanece atrincherada en el Estado (además de no ceder ninguno de sus bastiones de la sociedad civil), mientras que las clases subalternas se refugian en los intersticios de una cotidianidad tal vez más democrática, en la que el Estado no interviene en la medida en que las formas de la sociabilidad elegidas no obstruyan la reproducción ampliada del sistema capitalista-imperialista (Cueva, 2007, p. 134).

Ni siquiera “pacto social”, apenas “pacto político” para evitar el retorno de las dictaduras, a diferencia de las europeas –dice Cueva– las burguesías latinoamericanas no pagan para un pacto social redistributivo

que consolide la democracia, cobran y chantajejan con la amenaza del terror o la crisis para que los trabajadores acepten una democracia puramente formal (2012, p. 194). Esto es lo que le permite afirmar que en América Latina las democracias son “democracias restringidas”. Este esfuerzo crítico frente a las nuevas condiciones, le permite una revisión sobre el populismo. En su discusión con Laclau, subraya que no es un fenómeno discursivo, tiene condiciones históricas precisas que lo hacen posible, específicamente la transición de la sociedad oligárquica a la burguesa moderna, es una especie de resultado anómalo de la revolución democrático-burguesa frustrada en América Latina. Años más tarde, ante el avance conservador del neoliberalismo, Cueva precisará que su crítica al populismo no buscaba cuestionar su carácter *plebeyo* y sus contenidos de justicia social, sino sus límites en ese mismo sentido, señalando que el contenido del concepto se había invertido totalmente y ahora le servía a la derecha neoliberal para denostar precisamente esos contenidos populares y los elementos de *estado de bienestar* que tuvo la experiencia populista en la región. La tradición latinoamericana en la interpretación del populismo había sido desplazada por una más *europaea*, neoliberal y posmoderna (2012, p. 194). Es por ello que la noción de *democracia sin adjetivos* es duramente criticada por Cueva.

Cueva no se detiene en aspectos parciales de esos análisis, pone en cuestión el que identifica como su presupuesto teórico central: la democracia parlamentaria es la “forma natural” que asume el Estado capitalista. En su criterio, la excepcionalidad histórica de esa identidad evidencia lo insostenible de la tesis. Para Cueva no existe una forma general del Estado capitalista por lo que es imposible construir una *teoría general*, aquel adquiere formas concretas determinadas por las condiciones específicas de la formación social a la que pertenece.⁷ La sugerente hipótesis que propone como alternativa interpretativa es la de un *desarrollo desigual del Estado* en el sistema capitalista mundial, con áreas de descongestión (formaciones imperialistas) y

7 Esta formulación es muy semejante a la que Bob Jessop (1982, 1990, 2008) está desarrollando en esos mismo años acerca de una teoría marxista sobre las configuraciones estatales concretas.

áreas de *acumulación* (formaciones dependientes) de las contradicciones. América Latina corresponde a esta última condición –la de *eslabón débil*– las tendencias autoritarias y la aparente *crisis política permanente* se desprenden del hecho de que, dada la *acumulación* de contradicciones, no es posible la fórmula de la hegemonía o el consenso, las tareas del Estado capitalista latinoamericano hacen inevitable el predominio de formas autoritarias (1989, pp. 40-42). No existe una deformación respecto del tipo ideal, ese carácter autoritario es la forma concreta que el Estado capitalista asume en formaciones sociales dependientes como las latinoamericanas.

Como resultado, toda su crítica a esta *anomalía* y las interpretaciones predominantes apela a una defensa del marxismo en lo teórico y en lo político. Su apuesta teórica busca sustentar el análisis de las relaciones entre lo político, lo económico y lo ideológico (estructura-superestructura) y su condensación en la lucha de clases, como lo había sostenido anteriormente en su crítica a la Teoría de la dependencia. Evidentemente esta es su respuesta a la ya evidente crisis del marxismo que va siendo desplazado por nuevas corrientes teóricas más afines con el conservadurismo político de la sociedad que lo atacan de *economicismo, mecanicismo o reduccionismo de clase*. En cierto modo, Cueva observa una gran paradoja en esa crisis: cuanto más evidentes son, en las sociedades contemporáneas, las relaciones y determinaciones señaladas por el marxismo, más distantes de esas realidades están las teorías que le van ganando terreno al marxismo. Como lo ha señalado Alejandro Moreano (2008, p. 19), en el plano teórico, donde mejor está expresado ese esfuerzo de defensa del marxismo-leninismo es en *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales* (Cueva, 1987). En el plano político, toda su crítica a los nuevos análisis políticos no busca negar la necesidad del debate sobre la democracia, sino la recuperación de la tradición política de izquierda y popular de América Latina, con cierto tono de melancolía política dirá: "trato de recuperar teóricamente esta tradición [...] a la que de manera tal vez romántica me aferro. ¿Es hora de arriar estas banderas y volver a una concepción estrictamente liberal de la democracia?" (Cueva, 2012, p. 176), con ello se trata de reflexionar

sobre “[...] cómo incorporar la mayor cantidad de democracia para el pueblo en el proceso de transformación radical de la realidad” (1987, p. 186).

Pero este nuevo debate muestra características que no estaban presentes en el campo intelectual anterior, en el que tuvo lugar su debate con la Teoría de la dependencia, el que se imponía en esos años era –en opinión de Cueva– *solapado, pleno de coartadas* que siembra mucha confusión, esto habría ocasionado que el marxismo caiga en el uso equívoco de conceptos o enfoques en relación con temas como la división sociedad civil/sociedad política, hegemonía o el fortalecimiento de la sociedad civil y la especificidad de estos fenómenos en formaciones sociales latinoamericanas, lo cual le lleva a preguntarse si en América Latina es posible un marxismo sin leninismo (1987, pp. 183-185).

Por estas razones, para Cueva la sociología y ciencia política post-marxistas remiten en verdad a posiciones premarxistas, es lo que reflejan sus preocupaciones por los valores, la cultura o las instituciones (llegando a extremos como las explicaciones geográficas en algunos casos). Esto se expresa tanto en la oposición Estado-sociedad civil como en la valoración de los *movimientos sociales como formas naturales* de organización en contra de los partidos. Un premarxismo que lejos de superar definitivamente a Marx, localiza la discusión en un momento anterior. En la noción importante de *sociedad civil*, estaría en realidad aquello que Marx criticaba como una *comunidad ilusoria*, es decir, “una colectividad imaginaria en la que el pensamiento, como por arte de magia, ha hecho desaparecer todos los antagonismos y contradicciones”. Asimismo, en la conceptualización del Estado, reaparece la idea premarxista de “una entidad ingravía de sus determinaciones de clase y convertida, nadie sabe en razón de qué maleficio, en enemiga implacable de la ‘sociedad civil’” (2007, p. 129).

En síntesis, tanto en el debate sobre la dependencia como en del Estado y democracia, se puede ver un marxismo que no corresponde a la imagen de una teoría encerrada en sí misma que se niega a debatir con otras teorías. Siguiendo la tradición crítica más profunda del marxismo, apuesta por un desarrollo teórico y político de sus posiciones en una

crítica abierta a otras posturas teóricas como el neomarxismo, el gramscianismo o el eurocomunismo, así como las cercanas a la socialdemocracia y la derecha neoliberal o la nueva derecha. Sus avances en ambos casos en relación con las hipótesis del desarrollo desigual del capitalismo y del Estado capitalista constituyen verdaderos *cinturones teóricos* que hablan del aporte de Cueva en la trayectoria progresiva del marxismo ecuatoriano y latinoamericano.

BOLÍVAR ECHEVERRÍA: TEORÍA DEL VALOR DE USO

La crítica de Bolívar Echeverría se desarrolla en el campo de la filosofía, se le podría añadir *social o política*. Su proyecto teórico, al igual que el de Cueva y Moreano, puede verse también como una defensa del *núcleo duro* del marxismo, pero su recorrido teórico es distinto. Su ejercicio de marxismo creador y su aporte al avance progresivo del programa marxista puede interpretarse en dos momentos. El primero que lleva adelante su más ambicioso proyecto teórico que servirá de base para toda su obra: el desarrollo de una teoría del valor de uso, y el segundo que consiste en el despliegue crítico de esa teoría para la comprensión de lo que definirá como *modernidad capitalista*.

En la primera etapa de su obra, entre mediados de los setenta y mediados de los ochenta, Echeverría se enfrenta con la anomalía de la crisis del marxismo. Su esfuerzo reflexivo apuesta por precisar el sentido de ese agotamiento llegando a la conclusión de que es la *versión oficial*, positivista, del marxismo la que ha entrado en una profunda crisis tanto en el plano teórico como en el político. Sin embargo, no consiste en un agotamiento general del marxismo, la posibilidad de su reconstitución como un discurso crítico y radical está en su tradición heterodoxa (1986, p. 15). Su contribución teórica busca inscribirse en esta tradición.

Su proyecto avanza en un movimiento doble. Por una parte, retorna al *discurso crítico de Marx* para hallar en él nuevas posibilidades de interpretación sobre la sociedad capitalista. Por otra, pone en tensión a ese discurso de Marx con otros provenientes, especialmente, de la semiótica, la filosofía ontológica y la antropología. De algún modo, existe en este ejercicio un cuestionamiento tanto a la

obliteración de la cultura en el marxismo ortodoxo, como a las teorías sobre la cultura que soslayan la importancia de la vida material. Esta convergencia se halla en la base de la construcción de su teoría del valor de uso.⁸

La indagación que hace Echeverría sobre Marx se concentra en *El capital*, en su interpretación la tesis central, el teorema básico, es la contradicción entre valor de uso y valor contenida en la mercancía, o en un plano más general, la contraposición entre la *forma natural* y la *forma valor (forma capitalista)* de la reproducción social. Es decir, la relación inestable entre el estatuto concreto de los objetos mercantiles como forma material y la lógica abstracta del valor multiplicándose a sí mismo, de autovalorización, puramente cuantitativa e inmaterial que, en la sociedad capitalista, termina supeditando a la primera (1986, pp. 16, 56, 72, 1998a, pp. 8-10). Esa contradicción es, para Echeverría, el soporte y el punto de articulación de todas las demás contradicciones del mundo moderno (1998a, p. 8). En términos históricos, se trata de un proceso de autonomización del estatuto abstracto y cuantitativo del valor; con el apareamiento de las formas mercantiles se pone en cuestión la *sujetividad política* de las sociedades arcaicas, su *voluntad distributiva subjetiva* su capacidad de ordenar la relación producción-consumo, es decir, la reproducción social; ese principio organizador es suspendido por la lógica mercantil que se basa en intercambios impersonales y abstractos, pero el advenimiento del capitalismo avanza más allá, introduce un nuevo sujeto social que gobierna la reproducción social, el valor y su dinámica abstracta, con lo que supedita a la *forma natural* de la reproducción social (1986, pp. 79-81, 87-88, 107-110).

Entonces, el concepto de valor de uso constituye el fundamento crítico de Marx según Echeverría y las otras contradicciones que pueden encontrarse en *El capital*, como la que contrapone capital y trabajo, son distintas formas de expresión de la contradicción fundamental: valor de uso-valor (1995, pp. 144-145, 1998a, pp.

8 Una discusión exhaustiva de este tema se encuentra en *Valor de uso y contradicción capitalista. Aproximación al pensamiento de Bolívar Echeverría* (Chávez, 2015).

8, 27-28, 1998c, p. 153). Sin embargo, en Marx no existe un desarrollo del concepto de valor de uso, lo cual se explicaría tanto por el escaso desarrollo teórico que tenía en aquella época como porque no había ocurrido el choque con otras formas de civilización material que pondrían en evidencia su importancia, hecho que tendrá lugar en el siglo XX (Echeverría, 1998c, p. 156). Entonces, el punto en que Marx parece detenerse es el punto de partida para Echeverría, quien encuentra que los fundamentos de una teoría marxista del valor de uso se hallan en las nociones de *producción en general (Produktion in allgemeinen)* o *forma natural* de la reproducción social. Es decir, en las breves referencias de Marx a la existencia de un sustrato elemental de organización de la vida material subyacente a toda forma social. Una formulación teórico abstracta, transhistórica y supraétnica, que –según Echeverría– solo alcanza existencia concreta al actualizarse en configuraciones específicas de carácter histórico, geográfico y étnico (1998c, p. 157).

De acuerdo a Echeverría, el modo de aproximarse a esta complejidad de la *forma natural* de la reproducción social requiere de una comprensión teórica de la diversidad creativa de las formas concretas de lo humano, es decir de lo que en un sentido antropológico sería su dimensión cultural. El desarrollo teórico que hace Echeverría se sintetiza en la formulación de que existe una *identidad esencial* entre producción y significación. Su indagación halla un paralelismo entre el proceso de producción-consumo contenido en la *forma natural* planteada por Marx y el esquema del proceso de comunicación (emisor-receptor) propuesto por Roman Jakobson. Asimismo, encuentra una correspondencia en el factor intermediador de ambos procesos, el objeto práctico y el mensaje respectivamente. La doble condición del objeto práctico como producto (objeto producido) y bien (objeto para el consumo) es equiparable a la dicotomía significado/significante de Saussure y plano de la expresión/plano del contenido de Hjelmslev. Es importante precisar que los conceptos de *forma natural* y valor de uso no hacen referencia a lo mismo, el primero alude al proceso de reproducción social, el segundo al *objeto* resultante de ese proceso. Estas consideraciones se complementan con su aproximación a

la antropología y la ontología filosófica. En este sentido, la *forma natural* de la reproducción social descansa en un fundamento ontológico y antropológico, la *trans-naturalización*, el paso de lo animal a lo humano que constituye el conflicto constitutivo de la condición humana y produce las innumerables formas históricas que intentan, sin lograrlo del todo, resolver ese conflicto. Vinculando esta reflexión a los elementos de la lingüística y la semiótica, Echeverría entiende que la *trans-naturalización* constituye el código de lo humano que solo puede existir como subcodificación, como forma histórica concreta. Este desarrollo teórico de Echeverría no solo es un complemento del concepto marxista de *producción en general*, es también una crítica, *al sesgo* si se quiere, de las teorías de la cultura que tienden habitualmente a olvidar la dimensión material de la vida social, constituye lo que Stefan Gandler (2007, p. 319) ha definido como el intento por construir *una teoría materialista de la cultura*.

La forma capitalista de reproducción social sería una de esas configuraciones históricas, pero su diferencia específica radica en que introduce un principio ajeno al funcionamiento de la “forma natural”, un principio que la deforma. Cuando el valor se convierte en “sujeto social autónomo”, crea una “forma social artificial” que se superpone y somete a la “forma natural”. Dicho de otro modo, para que se cumpla el fundamento de la reproducción social, esta debe sacrificarse pasando por la mediación del capital, este ejerce una especie de violencia social sobre aquella, una violencia que se deposita en las *cosas*, que es justamente a lo que aluden las nociones marxistas de fetichismo y cosificación (Echeverría, 1986, pp. 190-192, 1995, pp. 52-53, 173-175, 2010, pp. 205-207). Es por esta razón que el cimiento crítico de Marx sería el valor de uso, por su capacidad de interpelar el dominio de la valorización del valor.

La obra posterior de Echeverría es incomprensible sin esta teoría del valor de uso que la sustenta, especialmente porque esa teoría le permitirá dar cuenta de una nueva anomalía: la crisis del socialismo real. Una de las expresiones teóricas de esta crisis será la sustitución del concepto de capitalismo por el de *modernidad*, reproduciendo una tendencia generalizada de suprimir la realidad capitalista en el mundo

conceptual. Echeverría buscará una aproximación crítica al problema protegiendo el fundamento marxista y abriendo nuevas posibilidades heurísticas. Apartándose de ese ejercicio de desplazamiento u ocultamiento, su propuesta es el de una crítica a la que define como *modernidad capitalista*, es decir, de recuperación del fundamento capitalista de la modernidad y de las contradicciones que ese fundamento le confiere. De modo que, para Echeverría, la noción de modernidad alude a una ambivalencia, por una parte, se convierte en una “*forma ideal de totalización*”, construida como artificio por el discurso teórico, y, por otra, alude a sus diversas formas de existencia histórica, de proyectos históricos múltiples que han intentado actualizarla. El fundamento de esos distintos proyectos de modernidad se encuentra en el profundo cambio técnico iniciado en el medioevo europeo pero que se expande aceleradamente desde el siglo XVI, el cual modificará radicalmente las “civilizaciones materiales” humanas (Echeverría, 1995, pp. 140-141, 2010, p. 215).

Una interpelación explícita a Weber y su equiparación de modernidad y capitalismo es la que propone Echeverría al señalar que la modernidad capitalista es uno de los proyectos de modernidad, el que terminó imponiéndose como dominante. Pero su crítica a la interpretación weberiana no se detiene ahí, advierte además que, dentro de la modernidad capitalista, también hay variaciones y que *el espíritu protestante* corresponde solo a una de esas variantes. Para efectos de esa crítica, desarrolla otro de sus conceptos centrales, el de *ethos* histórico que es definido de este modo:

Ubicado lo mismo en el objeto que en el sujeto, el comportamiento social estructural al que podemos llamar *ethos* histórico puede ser visto como todo un principio de construcción del mundo de la vida. Es un comportamiento que intenta hacer vivible lo invivible; una especie de actualización de una estrategia destinada a disolver, ya que no a solucionar, una determinada forma específica de la contradicción constitutiva de la condición humana: la que le viene de ser siempre la forma de una sustancia previa o “inferior” (en última instancia animal), que

al posibilitarle su expresión debe sin embargo reprimirla (Echeverría, 1998b, p. 37).

Este concepto constituye, como se puede ver, una ampliación de su teoría del valor de uso, el *ethos* histórico aparece como la forma social que da cuenta del conflicto ontológico y antropológico de la transnaturalización.

La modernidad capitalista, en cuanto configuración histórica concreta, es dueña de una contradicción fundamental con la que el *ethos* histórico moderno debe enfrentarse, aquella que se deriva de su fundamento material, *el hecho capitalista*. En otras palabras, el *ethos* histórico intenta resolver en la existencia práctica o *mundo de la vida* la contradicción entre valor de uso y valor que organiza a la forma capitalista de reproducción social, son diversas las formas de vivir esa contradicción. Echeverría identifica cuatro *ethe* en la modernidad capitalista: realista, clásico, romántico y barroco. El *ethos* realista es el dominante en la modernidad capitalista, al que corresponde el *ethos* capitalista weberiano, en él la contradicción no existe, el *modo natural* de realización del valor de uso es la expansión del valor, no hay contradicción entre forma capitalista y forma natural de reproducción social, por eso promueve una actitud *afirmativa y militante* del mundo capitalista. Otro *ethos* afirmativo es el clásico, pero su afirmación no es militante, sino resignada, la contradicción existe, pero es un destino ineluctable que se deriva de una necesidad trascendente. El *ethos* romántico toma partido por el valor de uso, mira a la lógica del valor como reductible a aquel, como un paso transitorio para la realización plena del primero. Finalmente, está el que despertará el mayor interés de Echeverría, el *ethos* barroco, que también toma partido por el valor de uso, pero su estrategia es distinta, acepta el sacrificio al valor de la vida social, pero, en medio de eso, trata de reconstruir la afirmación concreta del valor de uso, de su disfrute, en definitiva, haciendo un rodeo al dominio del valor busca recomponer la *forma natural* (Echeverría, 1995, pp. 163-167, 1998b, pp. 38-39, 167-172).

El interés por el barroco que tiene Echeverría lo llevará a profundizar en su estudio. Sin embargo, la razón de ese interés no radica

en que este *ethos* histórico tenga un carácter revolucionario, como supuso cierto malentendido bastante extendido. El *ethos* barroco no es revolucionario para Echeverría, es solamente un modo de vivir la modernidad capitalista, lo llamativo es que –dada su estrategia de retorcer el orden del valor para devolverle vitalidad al registro del valor de uso– se convierte en una estrategia radical de resistencia a la contradicción capitalista, pone en evidencia esa tensión determinante que los otros *ethe* niegan o minimizan.

Al igual que en el caso de Cueva, Echeverría contribuye a la ampliación de la trayectoria progresiva del programa marxista ecuatoriano y latinoamericano. Su contribución también es producto del debate crítico con otras corrientes o interpretaciones teóricas en el trabajo de construcción de nuevas hipótesis frente a las anomalías con que se topa su reflexión teórica. Subsiste, no obstante, una diferencia significativa, mientras Cueva defiende los postulados marxistas más relacionados con la lucha de clases, es decir las relaciones sociales, Echeverría toma los que aluden a la lógica del capital en un plano más formal. Esto se deriva de la apuesta que este hace por un marxismo heterodoxo de tradición europea, mientras el primero prefiere un marxismo *ortodoxo*, cargado de leninismo tercermundista.

ALEJANDRO MOREANO: ESTADO-PAÍS Y LAS DOS VÍAS DE LA MUNDIALIZACIÓN CAPITALISTA

El aporte de Alejandro Moreano al programa marxista en Ecuador tiene que ver, más que nada, con el campo sociológico. La formulación de hipótesis capaces de convertirse en *cinturones teóricos protectores* de la rama progresiva del marxismo local y regional son, por una parte, la tesis de que en las formaciones sociales como la ecuatoriana la forma que asume el Estado capitalista es la del Estado-país, y, por otra, la de que en el siglo XX tuvieron lugar *dos vías de la mundialización capitalista*.

La tesis del *Estado-país* aparece como respuesta a las peculiaridades que presenta el Estado capitalista ecuatoriano, una de cuyas característica más sobresalientes es que se trata de un Estado capitalista sin sociedad burguesa (Moreano, 1991, p. 188, 1993, pp.

234-239, 1995, p. 52). La burguesía ecuatoriana habría fracasado en la construcción de un proyecto nacional-popular, provocando una situación de crisis permanente de hegemonía, pero en lugar de ejercer su dominio a partir del autoritarismo, eligió la hipertrofia del aparato burocrático estatal como mecanismo de dominación política (1983, p. 91, 1991, pp. 188-194). En definitiva, se trataría de un conjunto formal de territorio y aparato burocrático carente de sustrato nacional, no un *Estado-nación*, sino un *Estado-país*, un orden político sin sustancia social. Pero, según Moreano, no solo hay un desbalance entre un Estado sobredesarrollado y una sociedad civil subdesarrollada, esta se halla sometida al aparato estatal, es este el que le da forma, determina sus límites y la dirige. De ahí su efectividad en reprimir o diluir las tendencias de renovación o transformación social, puesto que la movilización social es absorbida por el aparato burocrático, el cual incluso busca anticiparse a las demandas surgidas desde la sociedad (1991, pp. 188-195).

Es el examen del desarrollo del capitalismo en Ecuador el que le permite a Moreano (1983) llegar a la tesis del *Estado-país*. Su interpretación de ese proceso busca integrar la dimensión estructural y superestructural, lo político y lo económico. En su análisis, considera que el desarrollo capitalista ecuatoriano puede dividirse en tres grandes etapas: a) la etapa de acumulación originaria que va de fines del siglo XIX hasta la década de los veinte y corresponde a la hegemonía de la burguesía agro-comercial costeña; b) la etapa de crisis y transición que tiene lugar entre la década de los veinte y la de los cincuenta, caracterizada por una pronunciada crisis de hegemonía debido a que la burguesía guayaquileña y los terratenientes serranos alcanzaron una situación de *empate insostenible*; c) la etapa de consolidación de las bases para acumulación interna que se inicia en los años cincuenta y que, al menos en su etapa inicial, está vinculada con la hegemonía de la nueva burguesía exportadora de banano y el período de estabilidad política que hace posible.

Es en esta última etapa en la que se consolida el Estado-país, de acuerdo a Moreano en la medida en que, en el marco del proyecto desarrollista, la estrategia de conformación de la sociedad civil desde

el aparato burocrático adquiere una mayor densidad y consistencia, en suma, un proyecto de modernización estatista de la sociedad. En medio de ello, la transición a la democracia y el diseño del nuevo sistema de partidos, dirigido desde el modernizado aparato de las dictaduras de los setenta, constituiría la mejor expresión de ese fenómeno. Pero hacia fines de los ochenta, el fracaso de la modernización política y social derivada del avance del neoliberalismo en Ecuador motivará un reajuste del Estado-país, según Moreano, en al menos tres de sus dimensiones. En primer lugar; un fortalecimiento del carácter puramente político del aparato de estado, es decir, de sus funciones estrictas de dominación, despojándolo de sus funciones redistributivas o de conformación de la sociedad civil, la fuerza pública y la tecnocracia quedan como únicos mediadores de los conflictos sociales. En segundo lugar; la transformación de la política en pura representación, lo que hace de la dinámica parlamentaria y los partidos políticos una mera escenificación democrática dado que las decisiones de fondo están fuera del campo político nacional y se derivan de las dinámicas del capital mundial (1991, p. 195, 1995, pp. 57-60).

Estas condiciones de disminución política determinan, en tercer lugar; el surgimiento de una "democracia de correlación de fuerzas", debido al colapso del débil orden institucional, la confrontación política entre clases ocurre por fuera de él y se expresa directamente, sin mediaciones, en el conflicto social y permite que las fuerzas sociales subalternas construyan proyectos globales (2001, pp. 92-95, 2006, pp. 66-71), pero este antagonismo tiene lugar en un vacío político puesto que el colapso institucional corresponde a la capacidad de poner en juego cualquier tipo de transformación social desde el Estado, por lo tanto, neutraliza la capacidad de incidencia de las organizaciones populares (2006, p. 70).

Si bien la tesis del Estado-país busca una explicación del carácter de la formación social ecuatoriana, Moreano considera que no se restringe solo a este contexto y que puede extenderse al análisis no solo de otras formaciones latinoamericanas sino, en términos generales, a las configuraciones estatales del capitalismo periférico en su conjunto. Así lo muestra su crítica a la mundialización capitalista

y, particularmente, la crisis del híbrido *monstruoso* que es el Estado-país que produce ese proceso global.

La crisis del Estado-país implica una reducción sustancial de su ejercicio de soberanía a causa del gobierno mundial del capital, de lo que se denominó como la globalización capitalista. Esta es la segunda anomalía con la que el marxismo de Moreano debe confrontarse y dará lugar a su proyecto intelectual más ambicioso. El significado de este proceso planetario está referido al triunfo del sistema capitalista derivado del colapso del *socialismo real*. Esta relación histórica es la que anima la tesis elaborada como respuesta a esa anomalía, en el siglo XX no tuvo lugar un proceso único y lineal de globalización, en realidad el avance de ese proceso se dio por el enfrentamiento de “dos vías de la mundialización”. No se trató de la oposición entre sociedades “capitalistas” y “socialistas”, sino del antagonismo entre dos tendencias de mundialización del capital: la “vía *junker*”, correspondiente al gran capital mundial alojado en los centros imperialistas del capitalismo mundial, y la “vía *farmer*” generada en los pueblos del Tercer Mundo y la clase trabajadora, se trata de la vía del desarrollo nacional, los países socialistas constituyeron la variante más radical de esta tendencia (1990, pp. 95, 101, 1996, p. 73, 2002, pp. 121-133, 2003a, pp. 21-24). Pero esta última, a su vez, presenta una contradicción interna entre el desarrollo nacional y la revolución mundial (2002, pp. 133-202).

Moreano fundamenta su propuesta teórica en la noción de producción en general o reproducción social y en la teoría del valor de Marx. La clave interpretativa del proceso de mundialización capitalista para Moreano está en la dinámica de la reproducción social, puesto que su particularidad histórica es que por primera vez instaura un sistema mundial de reproducción social. No se trata de integración comercial o la conformación de un mercado mundial solamente, sino de la integración de una estructura productiva planetaria, de la plena integración global de las condiciones de reproducción de la vida material de toda la sociedad.⁹ La teoría del valor, por otra parte, le permite

9 Es un planteamiento que coincide con lo señalado por Neil Smith (2008): el

comprender la dialéctica entre las dos vías de la mundialización capitalista. Esta dialéctica, sustentada en el progreso de la lucha de clases y las luchas del Tercer Mundo, habría presionado para que en los centros imperialistas predominara la lógica del plusvalor relativo, mientras en los países periféricos esas luchas y las modalidades de desarrollo nacional tenían como objetivo la superación del predominio del plusvalor absoluto. Esta característica determinó, además, la consolidación de regímenes democráticos en los centros mundiales del capital y su inveterada debilidad en la periferia (2001, pp. 88-92).

La mirada de Moreano coincide con la de Hobsbawm acerca del “corto siglo XX”, el enfrentamiento de las dos vías de la mundialización capitalista inicia con la Revolución Bolchevique y concluye con el derrumbe del socialismo. Este final constituye el triunfo de la “vía *juncker*” de la mundialización capitalista y la derrota de los trabajadores y del Tercer Mundo. De acuerdo a Moreano, las razones para el colapso del “socialismo real” deben hallarse en el carácter de “capitalismo de Estado” que adquirió esa experiencia, límite que la volvió incapaz de romper con el fundamento civilizatorio del capitalismo y su idea de progreso (1996, pp. 75-76, 2002), la llevó a afirmar una visión positivista de lo que define como “marxismo de las fuerzas productivas” (2002, 2004, p. 101). Pero este carácter del “socialismo real” se deriva del carácter contradictorio de la vía *farmer* que –como se dijo anteriormente– contrapone desarrollo nacional y revolución mundial. Esta tensión interna se habría resuelto al final de cuentas a favor del primero, la boa constrictor del Estado habría engullido al viejo topo de la revolución, según la analogía inspirada en Marx que hace Moreano (2012). En términos conceptuales esto significa que los intentos por construir el socialismo, dadas las condiciones históricas de las formaciones sociales en las que tuvieron lugar, forzaron una *salida hacia delante* buscando promover relaciones sociales socialistas sobre la base de fuerzas productivas de escaso desarrollo capitalista, *poniendo de cabeza* la dialéctica de Marx.

paso del comercio mundial a una *economía mundial*. También guarda relación con el concepto de *nuevo imperialismo* de Harvey (2003).

Uno de los efectos del retroceso que supuso la imposición de la “vía *junker*” fue el fortalecimiento de la tendencia a centrar la explotación del trabajo en la modalidad del plusvalor absoluto y la sobreexplotación, en desmedro de la lógica del plusvalor relativo, en todo el planeta (2001, 2002, pp. 90-92). Pero no solo eso, el plusvalor extraordinario se vuelve dominante y menoscaba la importancia del plusvalor directo, alcanzando así una especie de “grado cero del capital” (1996, pp. 77-80, 2003b, pp. 72-74). Estas condiciones se traducen en un violento proceso de acumulación y concentración de capital derivado de un profundo deterioro de las condiciones de vida de la clase trabajadora.

La derrota de la clase trabajadora va acompañada, según Moreano, de la derrota del Tercer Mundo. Es lo que define como el *triumfo del Uno y la derrota del Otro*, es decir, el paso de las luchas de liberación nacional a la ideología de la diversidad, la transformación de Otro que antagoniza con el Uno en el plano de la universalidad, que confronta proyectos universalistas, a un conjunto de otros particulares, refugiados en sus *identidades primarias*, sin capacidad de un proyecto de alcance universal, cuya única posibilidad de universalización es su traducción a la matriz de la dominación del capital (el Uno) (1996, pp. 76-77). Para Moreano el espacio geográfico en que parecen condensarse todas estas contradicciones es Medio Oriente, tal como lo mostrarían las guerras imperialistas de inicios de siglo, por eso su reflexión prestará mucha atención a esta región del mundo (Moreano, 2002, 2005).

Estas condiciones económicas y políticas generadas por la supremacía de la vía *junker* aluden a la comprensión de Moreano sobre el neoliberalismo. Un fracaso en lo económico, al menos en la solución de los graves efectos sociales que provoca, pero un éxito definitivo en lo ideológico, para Moreano eso define al neoliberalismo. Las nuevas condiciones del capitalismo mundial modifican muy profundamente el campo cultural y, sobre todo, los procesos de individualización y subjetivación. En las nuevas condiciones, el individuo genérico, aquel capaz de combinar su mundo privado con su mundo público, deja de tener lugar para dar paso a algo que podría definirse

como un “individuo privatizado”, sin dimensión pública, que es lo que representa el “individuo ganador” del neoliberalismo, suprimida la experiencia de lo público la posición social del individuo es resultado de sus capacidades individuales para la competencia en el mercado, desaparecen la expropiación o la explotación (Moreano, 2011a, pp. 149-159, 167-169). Esto es producto de la mayor autonomía que alcanza el capital que precariza las relaciones sociales y torna descartables a porciones cada vez mayores de la población mundial (1996, pp. 81-82). Pero, dada la agudización del desarrollo desigual en este período, este fenómeno presenta dos modalidades, en las formaciones sociales de los centros monopólicos del capital este proceso se realiza plenamente y arraiga en los “individuos de consumo”, pero en las formaciones periféricas y subdesarrolladas se realiza “a medias”, de modo incompleto, enraizándose –en cambio– en los trabajadores informales y pequeños negociantes. Las limitaciones de este proceso en el capitalismo periférico se derivan de su heterogeneidad estructural, lo que hace que allí el valor de uso no se halla sometido enteramente al valor de cambio, por lo que la universalidad abstracta de este se desfigura permanentemente, en una especie de “grado cero de lo social” (1996, pp. 88-89, 2011a, pp. 164-167).

Sin embargo, Moreano cree que el agresivo avance de la dominación capitalista mundial encontró su límite en la *vietnamización* de Iraq, las protestas mundiales en contra de la guerra y, posteriormente, la crisis financiera de 2008 y la lucha social que desató (2009, pp. 68-82). Las transformaciones de las últimas décadas, en su opinión, habrían configurado “dictadura del capital financiero” dada la identificación orgánica del poder estatal y el poder del capital financiero (2011b, pp. 288-294). Moreano cree que esto ha dado lugar a un demorado retorno de la lucha de clases, esta vez como una “lucha de clases a escala mundial” (2005, p. 327).

Resumiendo, Moreano recurre a los postulados marxistas del imperialismo, la lucha de clases, la reproducción social y la teoría del valor para construir hipótesis de alcance general derivadas del análisis de la experiencia de contextos de *capitalismo periférico*. Entre sus preocupaciones por los fundamentos marxistas de estas reflexiones

siempre está presente la idea de que el marxismo es una *crítica negativa* que solo puede hacerse interpelando al discurso del poder, en sus formas políticas y teóricas, a partir de los términos planteados por ese discurso. En definitiva, su marxismo creativo apunala el carácter progresivo del desarrollo teórico del marxismo latinoamericano siguiendo la ruta que, en general, le ha permitido al marxismo mantenerse como un programa progresivo en geografías y contextos históricos diferentes.

UN MARXISMO RELACIONAL Y TERCERMUNDISTA

De modos distintos y a través de aproximaciones y alejamientos constantes, las propuestas reflexivas de Cueva, Echeverría y Moreano se ajustan de mejor manera a lo que se ha definido en este artículo como “marxismo relacional” y sus dos variantes. En el caso del marxismo ecuatoriano aquí analizado, es posible decir que el pensamiento de Cueva y Moreano corresponde al movimiento que teóricamente va de la lógica concreta de clase (*teoría de clase*) a la de la forma abstracta del capital (*teoría del capital*), mientras que el de Bolívar Echeverría hace lo contrario. Aunque, en ambos casos sus formulaciones correspondan al registro teórico del marxismo relacional.

En cuanto a la obra de Cueva, la perspectiva relacional está relacionada con la importancia teórica que tiene el concepto de lucha de clases en sus tesis del desarrollo desigual del capitalismo y del Estado capitalista en América Latina. Este es el elemento fundamental tanto de su crítica a la tendencia a convertirla en un epifenómeno o a omitirla presente en la Teoría de la dependencia y en las teorías del estado y la democracia derivadas del gramscianismo latinoamericano o la nueva *ciencia política*. Pero lo más importante de esa apuesta por un *cinturón teórico* que busca proteger la tesis marxista de la relación social elemental de las sociedades de clase, precisamente la que se da entre clases sociales, es la manera en que comprende este concepto, su idea de que en sus formas sociales concretas se condensa una compleja dialéctica de contradicciones múltiples y recíprocas que ponen en relación los factores externos con los internos y la dimensión política con la económica en una formación social determinada (Cueva, 2004,

p. 12). Esto hace de la lucha de clases el ámbito privilegiado para la comprensión de las distintas dimensiones que convergen en una determinada sociedad, algo semejante a las “relaciones sociales prácticas” (Lefebvre, 1948) o las “relaciones estratégicas” (Jessop, 1990, 2008).

En la estructura argumental de *El desarrollo del capitalismo en América Latina* se aprecia con claridad esta forma de entender el lugar de la lucha de clases en la teoría marxista. Cada fase histórica es analizada en tres momentos: capital, Estado y lucha de clases. Este último devela el *secreto* de los dos anteriores. El carácter que asume cierto régimen de acumulación o formación estatal en cada contexto se explica por la particular configuración de clase allí presente y el modo en que se desenvuelve la lucha entre clases sociales. También en sus diversos análisis del Estado y la democracia, con el marxismo en retirada, su recurso al análisis de clase es el que le permite observar los límites de los *nuevos temas* de la política y las ciencias sociales, especialmente en relación con las cuestiones de la hegemonía y la sociedad civil. Se debe tener en cuenta que su principal crítica tiene que ver con la obliteración de las condiciones de los factores estructurales y de la acción de las clases dominantes que son las que le confieren especificidad a la democracia y al Estado, las que le ponen *adjetivos*. Su cuestionamiento al planteamiento formal de una teoría general del Estado capitalista resume bien esta consideración.

El enfoque relacional de Cueva vincula los factores estructurales (modo de producción, estructura de clase, etc.) con la capacidad de agencia de las clases sociales. Las clases existen *objetivamente* en la estructura económica, (*clases en sí*), no se derivan de la articulación economía-política-ideología como cree Poulantzas, y pueden constituirse en sujetos (*clase para sí*) históricos en el campo propiamente político, a su vez, su acción puede transformar las estructuras (1987, pp. 14-19). Para Cueva, es indispensable localizar la discusión sobre las clases en el ámbito económico porque es ahí donde se definen sus condiciones estructurales, su existencia objetiva, pero este es un primer nivel de análisis de carácter abstracto que si bien evita cualquier “*desviación voluntarista-idealista*”, puede conducir a una

también equivocada postura “*positivista-estructuralista*”, por lo que es indispensable considerar la dialéctica de clases y sus formas concretas (1987, p. 16). Es por esto que Cueva es insistente en mostrar cómo ciertas condiciones estructurales semejantes no siempre producen resultados históricos similares, como lo demuestra su investigación sobre el capitalismo latinoamericano. Para Cueva, sin esa lógica relacional es imposible entender los procesos históricos: “[...] la historia no es un movimiento *teleológico*, con un camino trazado de antemano, sino un escenario en el que se enfrentan las clases, bajo condiciones objetivas ciertamente dadas, pero no sólo como intérpretes sino también como autores de un complejo drama” (2004, p. 59).

De manera semejante, el marxismo relacional de Moreano se cimienta en la teoría de las clases sociales. En su tesis sobre la mundialización capitalista, se observa un procedimiento argumentativo semejante al que Cueva aplica para el contexto latinoamericano. Su punto de partida es el plano más abstracto de la teoría de Marx, el de la *reproducción social* y luego el de la expansión mundial del capital, el núcleo de su tesis radica en la configuración específica que ese proceso tiene a raíz de la forma concreta que adquiere la lucha de clases a escala global. El proceso formal del capital no puede entenderse solo en el plano abstracto, en su avance histórico ocurre como resultado de la trayectoria de dos tendencias contradictorias que expresan distintos niveles de anudamiento de las formas concretas que asume la lucha de clases. De igual modo, es visible la dialéctica entre *objetividad estructural* y *sujetividad política* que encuentra en esta última la clave interpretativa de la deriva de los procesos históricos. En la expansión del imperialismo (o neolonialismo), en los proyectos de desarrollo nacional o en los procesos revolucionarios del siglo XX no actúan una fuerza impersonal y unívoca, la del capital, solamente, sino las clases sociales y sus antagonismos concretos.

En su aproximación a la crisis del Estado-país es posible encontrar también lo determinante de la lucha de clases en su enfoque relacional. En su opinión, esta crisis implica el paso del “anarcosindicalismo de todas las clases” a la “democracia de correlación de fuerzas”, es decir de una lucha particularista mediada por el Estado

capaz de distribuir excedentes a una lucha directa sin mediación del Estado (2001, pp. 91-95, 2006, pp. 66-71). Moreano cree que el Estado-país se explica porque la lucha de clases no ocurre *primordialmente* en el ámbito de la sociedad civil, sino que se traslada, casi sin mediaciones, al de la sociedad política y particularmente al aparato institucional que tiende a operar como un cascarón vacío instrumentalizado por las clases dominantes, lo cual es un efecto lógico de la debilidad de la sociedad civil. Por supuesto, su concepto de sociedad civil alude a las relaciones estructurales de las clases sociales y su densidad organizativa que en condiciones afectadas tanto por sus orígenes oligárquicos como por su dependencia del imperialismo hace imposible el desarrollo de un Estado nacional clásico. En suma, las configuraciones de clase internas y externas le otorgan su especificidad al Estado capitalista.

A diferencia de Cueva y Moreano, el marxismo de Echeverría parece ir en sentido contrario en la medida en que su contribución teórica se refiere de modo predominante al plano abstracto de la *teoría del capital* para luego aproximarse a las configuraciones sociales concretas. El contraste es visible, sobre todo, en el escaso peso teórico que la lucha de clases tiene en la obra de Echeverría, cuando aparece está diluida en las configuraciones estructurales del capital o de las representaciones culturales.

Esto es especialmente evidente en la fundamentación de su teoría del valor de uso. En primer lugar, en el desplazamiento que hace respecto de la contradicción fundamental del capitalismo desde la relación social concreta capital-trabajo a la relación social abstracta valor-valor de uso, respecto de la cual la primera solo es una de sus formas de expresión. Pero, esto, que podría interpretarse solo como una elección teórica o conceptual es más que eso. Apenas esbozada en los primeros años de su obra, posteriormente quedará clara la justificación de esa elección: el proletariado habría dejado de existir como sujeto histórico y su lugar estaría ocupado por otros tipos de seres humanos, la cuestión de la propiedad habría dado paso a la de la enajenación (2006, pp. 107-111). De modo que la teoría del valor de uso le permite seguir una ruta que va de la abstracción del capital

al plano aún más abstracto de la reproducción social general y sus contenidos ontológicos y antropológicos. Entonces, su mirada relacional en su teoría del valor de uso enlaza el conflicto general de la transnaturalización (el código de lo humano) con sus configuraciones concretas circunscritas a condiciones históricas y geográficas particulares (la subcodificación). La sujetidad política (*agencia*) consiste en la actualización concreta de los grandes determinantes del conflicto ontológico que se traduce en la posibilidad de soberanía sobre el proceso de reproducción social. Por otra parte, su proposición de una *identidad esencial* entre producción y significación (Echeverría, 2010, p. 85) también corresponde a un enfoque relacional que trata de vincular los procesos de la vida material con los de la cultura y la subjetivación, a pesar de que sus referencias teóricas correspondan a enfoques predominantemente estructuralistas que, de todas maneras, son contrarrestados por su recurso a la ontología fenomenológica.

En el concepto de *ethos* histórico, el marxismo relacional de Echeverría alcanza una elaboración más precisa, más sociológica si se quiere, dado que este concepto es pensado como un principio de construcción del *mundo de la vida*, pero no solo eso, sino que además existe tanto en el sujeto como en el objeto. Dicho de otro modo, el *ethos* histórico es el que hace posible comprender esa relación entre lo objetivo y lo subjetivo de la vida social que se sintetiza en la vida cotidiana. En la modernidad capitalista, las distintas formas que asume lo convierten en un principio que permite al mismo tiempo la reproducción de su fundamento objetivo, el hecho capitalista (la contradicción entre valor y valor de uso), y de las distintas experiencias subjetivas que le dan forma a esa contradicción.¹⁰

Estas dos modalidades del marxismo ecuatoriano, al menos del representado por Cueva, Echeverría y Moreano, resultan de dos respuestas distintas al *problema relacional* que pueden entenderse a partir de una constatación de Lukács (1977), una que se centra en la contradicción individuo-sociedad y otra, que es sustancialmente

10 Se puede decir que existe una enorme similitud con la noción de *habitus* de Bourdieu (1980).

diferente, que pone el énfasis en la contradicción de clases. La propuesta de Echeverría está más cercana a la primera, mientras la de Cueva y Moreano a la segunda. Si bien Lukács cree que el marxismo corresponde solo a la *respuesta de clase*, en Echeverría no deja de estar presente este conflicto de modo latente, aunque es más notoria la presencia de la fórmula más clásica del problema relacional que se contiene en la contraposición estructura-interacción.

El análisis de la obra de estos autores sugiere otra característica compartida de enorme importancia que puede definirse como su lógica de *tercermundización*. Como se ha dicho, esta es una alternativa interpretativa frente a la tesis de la singularización nacional. La estrategia de la singularización nacional es visible en Cueva y Moreano –con un énfasis mayor en este último–, mientras en Echeverría está totalmente ausente. Sin embargo, tanto en Cueva como en Moreano, sus preocupaciones por lo nacional se hacen siempre con el trasfondo de una problemática más amplia en términos histórico-geográficos. Una estrategia teórica distinta se pone en juego en sus formulaciones, aquella que generaliza elementos extraídos de la experiencia nacional al contexto continental y mundial. Es por ello que los *cinturones protectores* de la teoría marxista que elaboran son formulados con escaso espesor nacional.¹¹ Pero, lo más significativo de este camino reflexivo de ambos radica en que su perspectiva no apunta solo a una *mirada latinoamericanista*, sino que tienen en mente esa *unidad difusa* de la que habla Cueva que es el Tercer Mundo. En el caso de Cueva esta tercermundización es más notoria en su análisis del desarrollo desigual del Estado capitalista y su consideración de las particularidades políticas de los *eslabones débiles* en todo el sistema capitalista-imperialista mundial y en Moreano es totalmente clara en su propuesta de una *vía tercermundista* de la mundialización capitalista. Por otra parte, la tesis del Estado-país es pensada por Moreano como aplicable a todo el capitalismo periférico, no solo al Ecuador o América Latina (2001, pp. 90-95).

11 Esta especie de singularización nacional “fallida” parece motivar la tesis de Tzeiman (2017) que identifica ciertos desencuentros entre el marxismo y el sustrato nacional y regional que analiza.

El marxismo de Echeverría refuerza la validez de la hipótesis de la tercermundización precisamente porque carece de algo parecido a la singularización nacional en sentido estricto. En el proceso de elaboración de la teoría del valor de uso, parece, por el contrario, llevarse a cabo en un debate muy europeo y distante del contexto latinoamericano. Pero no es así, se puede hablar de que es justamente una profunda y decisiva tercermundización de su pensamiento la que justifica su preocupación por el valor de uso:

El problema de la “naturalidad” de las formas sociales y de las definiciones del “valor de uso” solo aparecen de manera enfática en la vida real cuando el desarrollo capitalista hace estallar en todas partes los milenarios equilibrios locales entre el sistema de necesidades de consumo y el de las capacidades de producción; cuando en la empresa imperialista, el Hombre europeo hace la experiencia de lo relativo de su humanidad (Echeverría, 1998c, p. 156).

Posteriormente, esta lógica de tercermundización será más evidente en su propuesta de los *ethes* históricos de la modernidad capitalista. Su referencia a América Latina es explícita al comprender al mestizaje colonial como una de las expresiones históricas del *ethos* barroco, pero este *latinoamericanismo* nunca aparece cerrado sobre sí mismo, es una versión de un fenómeno más global presente en toda la modernidad capitalista. Un aspecto de su reflexión, que suele olvidarse con facilidad, es que a lo largo de la modernidad capitalista los cuatro *ethes* modernos coexisten en los más diversos contextos con el predominio de uno u otro. En definitiva, en la noción de *ethos* histórico de Echeverría la referencia al contexto propio no agota la discusión teórica, sino que busca someter a crítica a la realidad del capitalismo metropolitano, para lo cual evita los localismos.

Este ejercicio crítico es el que permite entender la característica fundamental de la tercermundización como un modo de universalismo. Tal como lo ha entendido el filósofo Stefan Gandler (2013, pp. 71-72), a propósito de la obra de Echeverría, *la teoría crítica*

periférica no solo cuestiona cierta incompreensión de las realidades no europeas, pone en evidencia los límites de las teorías europeas que supuestamente entienden bien sus propias realidades. Esto coloca la discusión bastante lejos de cualquier mirada localista o esencialista como las que predominan en los llamados *estudios culturales* o *estudios decoloniales*. Se puede decir que el marxismo tercermundista de Cueva, Echeverría y Moreano se inscribe en esa tendencia de universalización concreta porque las contradicciones de la modernidad capitalista aparecen con menos mediaciones en los contextos periféricos o dependientes condensándose tanto en la lucha de clases como en la existencia del mundo del valor de uso.

¿De dónde proviene esta peculiar tendencia a la tercermundización del marxismo ecuatoriano? Si bien su carácter progresivo y relacional pueden circunscribirse fácilmente en las tendencias generales del programa marxista progresivo mundial, su tercermundismo no tanto. Las investigaciones existentes aún son insuficientes para una discusión amplia de las posibles respuestas a esa pregunta, no obstante, se puede esbozar una hipótesis mínimamente plausible. La noción del Estado-país en Moreano se deriva de la constatación de una permanente contención y dilución de las demandas democratizadoras de la sociedad, si bien es una característica extrapolable a diversos contextos del Tercer Mundo, el Ecuador constituye un ejemplo privilegiado de esa condición. La historia ecuatoriana del siglo XX no estuvo marcada por grandes convulsiones, procesos políticos masivos o el violento ejercicio autoritario de las clases dominantes. Los episodios de este tipo fueron muy esporádicos y poco frecuentes, lo que resulta sumamente curioso en un contexto de gran inestabilidad política. Diversos estudios han señalado que esto se debe a un inestable pacto de los sectores dominantes a favor de un tipo de Estado capitalista que hizo de su debilidad hegemónica una ventaja por medio de una especie de *clientelismo estructural* que corresponde a lo que Moreano definió como anarcosindicalismo de todas las clases.¹² Como consecuencia

12 Ver especialmente los trabajos de Quintero y Silva (1995a, 1995b, 1998), North (1985, 2004), North y Maiguashca (1991), Coronel (2011) y Ospina (2020).

se tuvo una gran estabilidad estructural combinada con una gran inestabilidad coyuntural del bloque de poder. Estas particulares condiciones son señaladas por Verdesoto (1993, pp. 20-21) para explicar el contraste entre Cueva y Zavaleta, que provoca una salida hacia América Latina en el primero y una profundización en lo nacional en el segundo.

En definitiva, a pesar de su apuesta política revolucionaria y comprometida con las clases subalternas y sus organizaciones que siempre dieron muestras de gran capacidad de movilización y lucha social, el marxismo ecuatoriano halló en su contexto nacional una situación que con enormes dificultades tensionaba y transformaba la correlación de fuerzas expresada en el estado de la lucha de clases. Por lo que en un sentido inverso al de los economistas alemanes de los que hablaba Marx en el epílogo a la segunda edición alemana de *El capital*, al no poder contar con el referente nacional para el desarrollo de sus preocupaciones teóricas y políticas, debieron construir referentes más generales y mirar las dinámicas más globales del carácter contradictorio del capitalismo. De ahí que Cueva y Echeverría hayan encontrado en México el lugar para ese desarrollo y Moreano lo haya enmarcado siempre en las tendencias mundiales del capitalismo y la singularización nacional sea débil. Un factor adicional que está por estudiarse con profundidad tiene que ver con la sociología del *campo intelectual* ecuatoriano, particularmente desde la indagación por sus condiciones específicas derivadas de su adscripción a tan peculiar campo político.

CONSIDERACIONES FINALES

El estudio del recorrido del marxismo ecuatoriano en la obra de tres de sus más destacados exponentes ha permitido mostrar las posibilidades de una aplicación general de la propuesta de Michael Burawoy acerca del marxismo entendido como un *programa progresivo de investigación científica* que comprenda al marxismo latinoamericano como una de sus ramificaciones. En este sentido, resulta fructífera la investigación por el tipo de anomalías con las que el marxismo latinoamericano se encuentra y las estrategias formuladas para la

construcción de *cinturones teóricos protectores*. La necesidad de avanzar en el estudio de las trayectorias específicas de estas ramificaciones está pendiente. Por ejemplo, la investigación sobre otras líneas marxistas o neomarxistas existentes en Ecuador que están vinculadas con la *ciencia normal*, es decir, la aplicación de marcos teóricos marxistas a la investigación empírica.

Los elementos que apuntalan la noción del carácter relacional del marxismo presente en la obra de Cueva, Echeverría y Moreano, contribuyen también a considerar esta como una vía plausible para nuevas interpretaciones del desarrollo del marxismo ecuatoriano y latinoamericano. Tanto el contraste entre la dicotomía sociológica de *estructura y agencia* con la que parece más precisa en el marxismo que opone teoría del *capital y teoría de la clase*, como la distinción interna del marxismo ecuatoriano entre dos maneras distintas de la *respuesta relacional* a esa diferenciación teórica podrían contribuir decisivamente para la determinación de la *diferencia específica* de la formación intelectual marxista.

Por otra parte, la noción de la tercermundización parece una alternativa adecuada para el caso del marxismo ecuatoriano dado el poco peso de una estrategia de singularización o traducción nacional, al menos en los autores analizados. La mirada que supera el horizonte nacional y la tendencia a la generalización de rasgos característicos de las formaciones sociales tercermundistas no solo para sí mismas, sino para una apuesta de universalismo concreto capaz de renovar tensiones adormecidas o reprimidas en los centros del capital mundial pueden ser características compartidas con otros marxismos latinoamericanos. Esto puede contribuir también a la *cartografía de los marxismos* en América Latina en relación con las características particulares de cada contexto nacional o subregional. En definitiva, queda abierta la posibilidad de probar la noción de esta condición tercermundista en otras versiones del marxismo latinoamericano.

Finalmente, es indispensable señalar que la exploración del campo intelectual, y especialmente su relación con el campo político, resulta crucial para complementar el examen estrictamente teórico del marxismo ecuatoriano. La mayor parte de las escasas investigaciones

existentes adscriben a enfoques *discursivistas* que dejan un gran vacío sociológico. Está casi todo por hacerse en el estudio de grupos intelectuales, biografías intelectuales, instituciones académicas, publicaciones, vínculos con organizaciones políticas y el Estado o las empresas privadas, editoriales, librerías, circuitos de circulación de bienes culturales, etc. Y, sobre todo, está todo por hacerse desde el propio marxismo, es decir una *sociología reflexiva* capaz de recuperar el importante legado del marxismo ecuatoriano, es decir, retomar un programa progresivo que fue recluso a los márgenes del campo intelectual ecuatoriano y que luego de su derrota política parece haberse convertido en un programa degenerativo tanto en lo teórico como en lo político.

BIBLIOGRAFÍA

Acha, Olmar y D'Antonio, D. (2013). Cartografía y perspectivas del marxismo latinoamericano. En Aguirre, Carlos (ed.), *Militantes, intelectuales y revolucionarios. Ensayos sobre marxismo e izquierda en América Latina* (pp. 181-227). A Contracorriente.

Altmann, Philipp (2017). Localization of global scientific Knowledge—Or: How global Theories became local Buzzwords. *Educación Superior y Sociedad*, 27, 75-99. <http://www.iesalc.unesco.org/ess/index.php/ess3/article/view/76>

Altmann, Philipp (2018). Production of thruth as reduction of complexity. Understanding society with peripheral critical sociology. *Journal of Sociocybernetics*, 15(2), 1-15.

Altmann, Philipp (2020). ¿Descolonizar la sociología? Reflexiones a partir de una experiencia práctica. *Foro de Educación*, 18(1), 85-101. <http://dx.doi.org/10.14516/fde.719>

Anderson, Perry (1976). *Considerations on Western Marxism*. NLB.

Aricó, José (1980). Introducción. En *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (2da., p. XI-LVI). Ediciones Pasado y Presente.

Arizmendi, Luis, Peña, Julio y Lillo E., J., y Piñeiro, Eleder (eds.) (2014). *Bolívar Echeverría: Trascendencia e impacto para América Latina en el siglo XXI* (1era.). IAEC.

Beigel, Fernanda (2014). Introduction: Current tensions and trends in the World Scientific System. *Current Sociology*, 62(5), 617-625. <https://doi.org/DOI: 10.1177/0011392114548640>

Beigel, Fernanda (2016). El nuevo carácter de la dependencia intelectual. *Cuestiones de Sociología*, 14(004). <http://www.cuestiones-sociologia.fahce.unlp.edu.ar/article/view/CSn14a04>

Beigel, Fernanda (2017). Científicos Periféricos, entre Ariel y Calibán. Saberes Institucionales y Circuitos de Consagración en Argentina: Las Publicaciones de los Investigadores del CONICET. *DADOS-Revista de Ciências Sociais*, 60(3), 825-865. <http://dx.doi.org/10.1590/001152582017136>

Beigel, Fernanda y Sabea, Hanan (2014). Introducción. En Beigel, Fernanaa y Sabea, Hanan (eds.), *Dependencia académica y profesionalización en el Sur: Perspectivas desde la periferia* (pp. 15-29). EDIUNC / SEPHIS.

Bourdieu, Pierre (1980). *Le sens pratique*. Minuit.

Bourdieu, Pierre (2002a). Campo de poder, campo intelectual y habitus de clase. En *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto* (pp. 97-118). Montessor.

Bourdieu, Pierre (2002b). Pour une sociologie des sociologues. En *Questions de sociologie* (pp. 79-85). Les Éd. de minuit.

Brenner, Robert (1977). The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism. *New Left Review*, I(104), 25-92.

Burawoy, Michael (1990). Marxism As Science: Historical Challenges and Theoretical Growth. *American Sociological Review*, 55(6), 775-793.

Campuzano, Álvaro (2005). Sociología y misión pública de la universidad en el Ecuador: Una crónica sobre educación y modernidad en América Latina. En P. Gentili y B. Levy (Eds.), *Espacio público y privatización del conocimiento. Estudios sobre políticas universitarias en América Latina* (pp. 401-462). CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20110124084442/10Arteta.pdf>

Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo (2007). *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica* (1a ed). Siglo XXI Editores.

Chávez, David (2012). Encuentros en la negatividad: Marx y América Latina. La interpretación de Alejandro Moreano. *Malaidea. Cuadernos de reflexión*, 3, 64-89.

Chávez, David (2015). *Valor de uso y contradicción capitalista. Aproximación al pensamiento de Bolívar Echeverría*. UASB / CEN.

Corcuff, Philippe (2015). *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates* (1era.). Siglo XXI.

Coronel, Valencia (2011). *A Revolution in Stages: Subaltern Politics, Nation-State Formation, and the Origins of Social Rights in Ecuador, 1834-1943* [Tesis doctoral, New York University]. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/6489/2/TEXTN-2011AVC.pdf>

Cortés, Martín (2013). La traducción como búsqueda de un marxismo latinoamericano: La trayectoria intelectual de José Aricó. En C. Aguirre (ed.), *Militantes, intelectuales y revolucionarios. Ensayos sobre marxismo e izquierda en América Latina* (pp. 329-349). A Contracorriente.

Cueva, Agustín (1976). Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana. *Ciencias Sociales*, 1, 20-47.

Cueva, Agustín (1987). *La teoría marxista: Categorías de base y problemas actuales*. Planeta.

Cueva, Agustín (1989). *América Latina en la frontera de los años 90* (1. ed). Buenos Aires: Planeta.

Cueva, Agustín (2004). *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (19a. ed.). Buenos Aires: Siglo XXI.

Cueva, Agustín (2007). *Agustín Cueva* (1. ed). Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura : Corporación Editora Nacional : Universidad Andina Simón Bolívar.

Cueva, Agustín (2012). *Ensayos sociológicos y políticos*. Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.

Echeverría, Bolívar (1986). *El discurso crítico de Marx*. Era.

Echeverría, Bolívar (1995). *Las ilusiones de la modernidad: Ensayos* (1. ed). El Equilibrista.

Echeverría, Bolívar (1998a). *La contradicción del valor y el valor de uso en El capital, de Karl Marx* (1era.). Itaca.

Echeverría, Bolívar (1998b). *La modernidad de lo barroco* (1. ed). Ediciones Era : Universidad Autónoma de México.

Echeverría, Bolívar (1998c). *Valor de uso y utopía* (1. ed). Siglo Veintiuno Ed.

Echeverría, Bolívar (2006). *Vuelta de siglo* (1. ed). Ediciones Era.

Echeverría, Bolívar (2010). *Definición de la cultura* (2a ed). Fondo de Cultura Económica.

Fuentes, Diana, García Venegas, Isaac, y Oliva Mendoza, Carlos (eds.) (2012). *Bolívar Echeverría: Crítica e interpretación*. UNAM, FFyL, Itaca.

Gandler, Stefan (2007). *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría* (1era.). FCE, UNAM, FFYL, UAQ.

Gandler, Stefan (2013). *El discreto encanto de la modernidad. Ideologías contemporáneas y su crítica* (Primera edición). Universidad Autónoma de Querétaro : Siglo Veintiuno Editores.

Gouldner, Alvin (1980). *The Two Marxisms. Contradictions and Anomalies in the Development of Theory*. University of California: The MacMillan Press.

Handelsman, Michael (2012). Leyendo la globalización desde el Ecuador: Una lectura comparada de Imperio y El Apocalipsis perpetuo. *Malaidea. Cuadernos de reflexión*, 3, 48-57.

Harvey, David (2003). *The New Imperialism*. Oxford: Oxford University Press.

Harvey, David (2006). *The Limits to Capital*. Verso.

Hobsbawm, Eric (2011). *How to Change the World. Reflections on Marx and Marxism*. Yale University Press.

Jácome, N. (2005). La enseñanza de la sociología: Análisis de los casos de las escuelas de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Católica de Qito -PUCE- y de la Universidad Central del Ecuador -UCE-. *Ciencias Sociales*, 24, 119-152.

Jessop, Bob (1982). *The Capitalist State. Marxist Theories and Methods*. Martin Robertson.

Jessop, Bob (1990). *State Theory: Putting Capitalist States in their Place* (1era.). Polity Press.

Jessop, Bob (2008). *State Power. A Strategic-Relational Approach*. Polity Press.

Kolakowski, Leszek (1985). *Las principales corrientes del marxismo. I Los fundadores* (Vol. 1). Madrid: Alianza Editorial.

Lefebvre, Henri (1948). Marxisme et Sociologie. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 4, 48-74.

Löwy, Michael (1982). Introducción: Puntos de referencia para una historia del marxismo en América Latina. En *El marxismo en América Latina* (De 1909 a nuestros días) (pp. 11-59). Era.

Lukács, Georg (1977). *Frühschriften. II, Geschichte und Klassenbewusstsein*. Luchterhand.

Manguashca, Juan y North, Liisa (1991). Orígenes y significado del velasquismo: Lucha de clases y participación política en Ecuador, 1920-1972. En Quintero, Rafael (ed.), *La cuestión regional y el poder* (Vol. 29, pp. 89-159). Quito: Corporación Editora Nacional.

Moraña, Mabel (Ed.). (2014). *Para una crítica de la modernidad capitalista: Dominación y resistencia en Bolívar Echeverría*. UASB, CEN, DGE Equilibrista.

Moreano, Alejandro (1983). Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del siglo XX. En R. Báez, A. Cueva, L. Mejía, J. Moncada, A. Moreano, y F. Velasco, *Ecuador. Pasado y Presente* (pp. 137-224). Instituto de Investigaciones Económicas - UCE / Editorial Alberto Crespo Encalada.

Moreano, Alejandro (1990). La Perestroika y América Latina. En Espinoza, Leonardo, P. Jarrín, S. Jervis, P. Little, J. Moncada, A. Moreano, H. Moscoso, P. L. Paredes, J. Rodríguez, M. Salamea, E. Santos, J. Schuldt, P. Soto, y L. Vicuña, *El triunfo del capital: El reordenamiento de la economía mundial y las alternativas de desarrollo regional* (pp. 85-106). ILDIS.

Moreano, Alejandro (1991). El sistema político en el Ecuador contemporáneo. En E. Ayala Mora, Nueva Historia del Ecuador. (1era., Vol. 11, pp. 181-219). Corporación Editora Nacional.

Moreano, Alejandro (1993). El movimiento indio y el estado multinacional. En *Los indios y el Estado-país* (pp. 215-256). Abya-Yala.

Moreano, Alejandro (1995). Revolución Liberal y Neoliberalismo. *Ecuador Debate*, 35, 52-60. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/5536>

Moreano, Alejandro (1996). América Latina y la globalización. ¿Crisis o cambio de civilización? En Acosta, Alberto et al., *Democracia, desarrollo y descentralización. Por una propuesta alternativa* (pp. 71-93). Maestría en Desarrollo Andino Regional-Universidad de Cuenca / ILDIS.

Moreano, Alejandro (2001). Democracia y contradicciones sociales. En H.-U. Bunger & R. Quintero (Eds.), *Conflictos y limitaciones de la democracia en condiciones de pobreza: América Latina en una perspectiva comparativa* (pp. 87-98). Fundación Fiedrich Ebert / ILDIS.

Moreano, Alejandro (2002). *El Apocalipsis perpetuo* (1ra.). Quito: Planeta.

Moreano, Alejandro (2003a). Desarrollo local, interculturalidad y globalización. En L. Vázquez (Ed.), *Desarrollo local: ¿alternativa o discurso neoliberal?* (pp. 19-28). UPS.

Moreano, Alejandro (2003b). Imperio y subjetividad comunista. Íconos. *Revista de Ciencias Sociales*, 17, 66-74.

Moreano, Alejandro (2004). La guerra que espera su turno. En E. Subirats (Ed.), *América Latina y la guerra global* (pp. 131-166). FCE.

Moreano, Alejandro (2005). Iraq y Medio Oriente. ¿Un Vietnam urbano en el siglo XXI? En J. Arboleya, C. Korol, U. Brand, M. Schneider, Morgan Roque, F. Beigel, A. Cuesta, E. Grüner, G. Ortega, S. Soriano, A. Landasta, A. Moreano, A. Alonso, & L. Vasapollo, *Pensar a contracorriente* (Vol. 1, pp. 326-355). Ciencias Sociales.

Moreano, Alejandro (2006). Ecuador en la encrucijada. OSAL, VI(19), 65-74. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/osal/20110327105959/8moreano.pdf>

Moreano, Alejandro (2008). Agustín Cueva hoy. En A. Cueva, *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana* (p. 272). CLACSO y Siglo del Hombre Editores. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20100830110815/moreano.pdf>

Moreano, Alejandro (2009). Desvanecimiento y (re)construcción del pensamiento crítico. *Ecuador Debate*, 77, 57-82. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/3552/2/RFLACSO-ED77.pdf>

Moreano, Alejandro (2011a). Neoliberalismo, cultura y sociedad. En E. Gruner (Ed.), *Nuestra América y el pensar crítico: Fragmentos de pensamiento crítico de Latinoamérica y el Caribe* (pp. 143-186). CLACSO.

Moreano, Alejandro (2011b). Okupa Wall Street y las grandes huelgas. *Revista Ciencias Sociales*, 33, 283-304.

Moreano, Alejandro (2012). *Marx, América Latina y la mundialización*.

North, Liisa (1985). Implementación de la política económica y la estructura del poder político en el Ecuador. En Lefebver, Louis (ed.), *La economía política del Ecuador. Campo, región, nación* (Vol. 6, pp. 425-454). Quito: Corporación Editora Nacional.

North, Liisa (2004). State Building, State Dismantling, and Financial Crises in Ecuador. En Jo-Marie, Burt y Mauceri, Philippe (Eds.), *Politics in the Andes. Identity, Conflict, Reform* (pp. 187-206). University of Pittsburgh Press.

Ortega, Alicia (2014). *Pensamiento crítico-literario de Alejandro Moreano. La literatura como matriz de cultura*. En A. Moreano, *Pensamiento crítico literario de Alejandro Moreano. La literatura como matriz de cultura* (Vol. 1, p. 357). Universidad de Cuenca.

Ospina, Peralta (2020). *La aleación inestable. Origen y consolidación de un Estado transformista: Ecuador, 1920-1960*. Buenos Aires: Teseo/UASB.

Polo, Rafael (2012). *La crítica y sus objetos: Historia intelectual de la crítica en Ecuador (1960-1990)* (1a. edición). Quito: FLACSO.

Quevedo, Tomás (2012). Discurso crítico en la producción teórica de Alejandro Moreano: Un acercamiento fragmentario. *Malaidea. Cuadernos de reflexión*, 3, 90-111.

Quevedo, Tomás (2015). *Agustín Cueva: Nación, mestizaje y literatura* (Primera edición). Universidad Andina Simón Bolívar : Corporación Editora Nacional.

Quintero, Rafael (1976). Discurso de inauguración del Primer Congreso de Escuelas de Sociología del Ecuador. *Ciencias Sociales*, 1, 13-19.

Quintero, Rafael y Silva, Erika (1995a). *Ecuador: Una nación en ciernes* (2da. ed., Vol. 1). Editorial Universitaria.

Quintero, Rafael y Silva, Erika (1995b). *Ecuador: Una nación en ciernes* (2da. ed., Vol. 3). Editorial Universitaria.

Quintero, Rafael y Silva, Erika (1998). *Ecuador: Una nación en ciernes* (2da. ed., Vol. 2). Abya-Yala.

Ramírez, Franklin (1999). Esperando a Godot. Sociología y Universidad: Relatos de una disciplina espuria. *Ecuador Debate*, 46, 273-294.

Sarzoza, Gabriela (2014). *La emergencia de la sociología como campo de saber en la Universidad Central del Ecuador: 1955-1976* [Tesis de maestría]. FLACSO Ecuador.

Serur, Raquel (ed.) (2015). *Bolívar Echeverría: Modernidad y resistencias* (Primera edición). UAM, Era.

Smith, Neil (2008). *Uneven Development. Nature, Capital, and the Production of Space*. The University of Georgia Press.

Therborn, Goran (1976). *Science, Class and Society. On the Formation of Sociology and Historical Materialism*. NLB.

Therborn, Goran (2014). *¿Del marxismo al posmarxismo?* (J. B. Castiñeyra, Trad.; 1ra., Vol. 28). Akal.

Tinajero, Fernando (2012). Agustín Cueva, o la lucidez apasionada. En F. Tinajero Villamar, *Ensayos sociológicos y políticos*. Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.

Tzeiman, Andrés (2017). *Agustín Cueva. Marxismo y política en América Latina*.

Verdesoto, Luis (1993). Hacia una relectura de Agustín Cueva (ponencia general). *En 500 años. Historia, actualidad y perspectiva*.

David Chávez

Seminario Agustín Cueva Dávila (pp. 19-34). Universidad de Cuenca / CONUEP / ILDIS.

Wright, Erik O. (1989). Marxism as Social Science. *Berkeley Journal of Sociology*, 34, 209-222.

DE ECUADOR HACIA AMÉRICA LATINA

TEMAS Y PROBLEMAS EN EL MARXISMO DE AGUSTÍN CUEVA

Andrés Tzeiman

INTRODUCCIÓN

Este artículo se inscribe en un volumen dedicado a estudiar los derroteros del marxismo ecuatoriano. Una indagación que, por cierto, le hace justicia a la historia de esa tradición en aquel país, y que en buena medida todavía merece ser narrada con la debida profundidad. Con el objetivo de realizar un aporte a dicha recapitulación, en las páginas que siguen a continuación nos concentraremos en la obra de uno de los principales referentes del marxismo en el país en cuestión: el sociólogo Agustín Cueva.

Ahora bien, tal como ya lo hemos hecho anteriormente en otro lugar, podríamos plantear ese retorno a Cueva a través de una mirada integral de su obra, que permita producir una reconstrucción de su itinerario biográfico y político-intelectual, dividiéndolo en sus diferentes etapas (Tzeiman, 2017). Pero en esta oportunidad nos interesa proponer un abordaje diferente, pues trataremos de abonar a la recomposición más general de la tradición marxista en Ecuador que intenta llevar a cabo este libro. En ese sentido, en este artículo

buscaremos presentar los principales temas y problemas trabajados por Agustín Cueva a lo largo de su extensa obra. Hablamos de un pensamiento que se despliega en el curso de aproximadamente tres décadas y media, ubicadas entre la segunda mitad de los años sesenta y el fallecimiento de Cueva en los inicios de los años noventa, allá por el 1 de mayo de 1992. Por lo tanto, aquí no nos enfocaremos tanto en los debates conceptuales ni en la productividad teórica de los textos del autor, sino que priorizaremos el recorrido por los temas y problemas abordados, repasando los distintos momentos y los trabajos puntuales en que se produjo cada una de sus contribuciones. De ese modo, intentaremos brindar un panorama ordenado y sistemático para quienes deseen acceder a la obra de Agustín Cueva y profundizar en ella, entendiéndola como una de las estaciones más trascendentes en el panorama general del marxismo ecuatoriano.

Con ese propósito, este artículo contará con varios apartados, los cuales pretenderán reseñar de manera breve cada uno de los temas y problemas más salientes en la obra de Cueva. Así, comenzaremos refiriéndonos a la cuestión de la crítica del arte y la cultura; luego abordaremos los análisis sociopolíticos en los cuales asume centralidad el concepto de *coyuntura* como eje de su reflexión sobre lo político (realizados en torno de los casos nacionales de Ecuador y Chile); después, haremos referencia a los conceptos de modo de *producción* y *dependencia*; aludiremos, asimismo, a sus intervenciones en la controversia en torno de la pertinencia del concepto de fascismo para la caracterización de las dictaduras cívico-militares de la segunda mitad de los años setenta en la región; también presentaremos los aportes de Cueva a la reflexión sobre el Estado en América Latina; posteriormente, nos insertaremos en las discusiones acerca de las *transiciones a la democracia* en nuestra región, y muy especialmente, en los debates sobre el concepto mismo de democracia en la teoría política; por último, finalizaremos con dos de las cuestiones que concentraron las preocupaciones del autor en sus últimos años de vida: el proceso de derechización que estaba viviendo Occidente en los años ochenta y la conservadurización intelectual que se producía por ese entonces en América Latina.

Si bien, de acuerdo con lo señalado en el párrafo anterior, este artículo parece embarcarse en una empresa demasiado ambiciosa, consideramos que un repaso breve pero ordenado y sistemático de cada uno de los temas y problemas tratados en la obra de Cueva, podrá contribuir a la reconstrucción de un capítulo fundamental en la historia del marxismo ecuatoriano.

AGUSTÍN CUEVA, DE ECUADOR HACIA AMÉRICA LATINA: TRES DÉCADAS DE PENSAMIENTO MARXISTA

LA CRÍTICA DE LA CULTURA Y EL ARTE

Sin dudas el punto de partida de la obra de Agustín Cueva se encuentra en la segunda mitad de los años sesenta, en el abordaje crítico de la cultura y el arte en el Ecuador. En ese sentido, su libro emblemático fue *Entre la ira y la esperanza*, publicado por primera vez en el año 1967 (Cueva, 1987a).

Ahora bien, es posible hacer varios señalamientos acerca de los aportes de Cueva sobre esta cuestión. En ese marco, optamos aquí por mencionar tan solo tres, a modo de resumen de su itinerario en torno de esta temática.

En primer lugar, debemos recordar que aun cuando el texto más destacado es el que acabamos de nombrar más arriba, esta materia estará presente en diferentes momentos en la trayectoria intelectual de Cueva. Tanto es así, que en 1986 publicará un libro titulado *Lecturas y rupturas*. Diez ensayos sobre la *literatura del Ecuador*, en el cual además de los textos de la segunda mitad de los años sesenta, aparecen ensayos de comienzos de los años setenta, de fines de ese mismo decenio y del promedio de los años ochenta (Cueva, 1986). A su vez, poco tiempo antes de su fallecimiento, en los inicios de los años noventa, Cueva estaba preparando un volumen dedicado a la reflexión sobre la literatura latinoamericana reciente –*Literatura y conciencia histórica en América Latina*–, que luego fue publicado de forma póstuma en el año 1993. Allí se destacan sus análisis acerca de algunos de los libros más salientes de Gabriel García Márquez, como el célebre *Cien años de soledad* (Cueva, 1993). Por lo tanto, la relación

de Cueva con la cultura, el arte y la literatura redundó en reflexiones permanentes al respecto, que tuvieron lugar a lo largo de toda su vida intelectual.

En segundo lugar, es importante considerar que no resulta casual que en el promedio de los años sesenta nuestro autor adquiriera la impronta de las discusiones alrededor de la literatura latinoamericana, de manera tal que ello promoviera sus inquietudes en torno de la cultura ecuatoriana. Pues hablamos de un contexto muy particular, posterior a la revolución cubana, que transformó a las nuevas generaciones de artistas y escritores en la región. Tanto es así, que Cueva participó de la Asociación de Escritores y Artistas Jóvenes del Ecuador, llegando a ser su primer Presidente en 1965 (Tinajero, 2012, pp. 13-14). A su vez, simpatizó y participó en Ecuador del movimiento político-cultural *tzántzico*, destinado, en palabras del propio Cueva, “a impugnar todo lo viejo y enmohecido de la sociedad ecuatoriana” desde la escena artístico-literaria (Cueva, 1988a, p. 58).

En tercer lugar, resulta vital recapitular el recorrido histórico que realizara Cueva en *Entre la ira y la esperanza*. No con un afán meramente reconstructivo, sino porque allí aparecen los mojones históricos sobre los que se asentarán sus análisis históricos y políticos posteriores. En esa clave, podemos distinguir cuatro momentos en la periodización de Cueva. Aunque, vale recalcarlo, en ellos la esfera artística no es explicada de manera reduccionista en función de los procesos históricos, sino a través de su *autonomía relativa*.

El primero de esos períodos remite a la época de la colonia, donde el signo decisivo está puesto en la *alienación cultural*. Afirma Cueva de manera tajante:

Si algo refleja el arte colonial del medio en que se produjo, no es otra cosa que una total alienación: técnica, cromática, de temas; todo nos remite a una situación existencial poblada de manos indias y mestizas produciendo dioses blancos con todos los detalles blancos exigidos por el blanco colonizador (Cueva, 1987a, p. 37).

Mientras que el segundo momento trascendente es el de la Independencia, situada en los comienzos del siglo XIX. Tal como hemos señalado en un trabajo anterior de nuestra autoría, el movimiento independentista tiene para Cueva una notable incidencia en el terreno de la cultura:

La independencia, para el sociólogo ecuatoriano, significó un “renacimiento de la conciencia mítica” (...) La epopeya de aquel entonces permite la entrada en escena de la historicidad en la literatura, la cual ya no es, como en la Colonia, un “antídoto contra lo vivido”, sino más bien una narración mítica de lo vivido (Tzeiman, 2017, p. 27-28).

Sin embargo, los verdaderos aires de cambio en la cultura ecuatoriana, según Cueva, ocurrirían recién con la llegada del siglo XX. Primero con el tercer mojón histórico, que es aquel caracterizado por la irrupción de las masas en la política, a través de la cual se produce un proceso de ofensiva contra la dominación oligárquica. Es un momento en el cual, a través de la *ideología del mestizaje*, nuestro autor observa un quiebre con relación a toda la historia anterior. Pues la presencia del pueblo, aunque todavía no de una manera radical, ingresa de forma abrupta en la producción cultural. Esto se vislumbra en una literatura, dice Cueva, *atenta al grito andino*, cuya máxima expresión se encuentra en la obra del escritor Jorge Icaza, a quien en un artículo del año 1978, publicado en el libro *Lecturas y rupturas* bajo el título “En pos de la historicidad perdida”, denominará como “el más notable escritor” en la historia del Ecuador (Cueva, 1986, p. 159).

Ahora bien, desde el punto de vista de Cueva, el auténtico período revolucionario en la cultura ecuatoriana se produce en los años sesenta del siglo XX, cuando surge allí una corriente estético-política que se propone una transformación radical del arte y de la sociedad. Pues el grupo *tzántzico*, al cual hicimos mención más arriba, constituyó una experiencia que por medio de su poesía de combate buscaba poner de relieve los aspectos más indignantes de la sociedad ecuatoriana (Cueva, 1987a, p. 63). Aquello que trata de indicar Cueva

es que en ese contexto político-cultural se produce la tan ansiada *desalienación* del arte autóctono, rompiendo con siglos de dominación colonial, y logrando expresar, de ese modo, lo más auténtico de la identidad nacional ecuatoriana.

Tal como se puede observar en la periodización esbozada por el propio Cueva, el terreno ideológico-cultural, desde su perspectiva, es co-constitutivo de las principales transformaciones históricas. De esa manera, no es una mera cuestión de azar que los estudios de Cueva sobre el arte y la cultura se hayan desplegado en diferentes momentos a lo largo de toda su vida intelectual, conviviendo con mucha naturalidad con sus estudios históricos, económicos y sociopolíticos.

EL ANÁLISIS DE COYUNTURA

En distintos trabajos de su trayectoria, Agustín Cueva se identifica y se reivindica a sí mismo como un marxista-leninista. Vale subrayar que una referencia de esas características hoy podría presentárenos como un llamativo anacronismo: ¿o acaso en nuestros días estamos acostumbrados a pergaminos de ese tipo, incluso en autores del propio campo del marxismo? Una excepción en ese sentido la podemos encontrar en el ex vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera. Pero dejemos de lado esa deriva actual, y volvamos a Cueva bajo la perspectiva de aquella auto denominación.

En el caso del sociólogo ecuatoriano, hay que tomarse muy en serio esa carta de presentación, pues no está desprovista de consecuencias teórico-políticas. Al igual que el filósofo francés Louis Althusser, de quien fuera contemporáneo, Cueva reivindicará con fuerza la centralidad del concepto de *coyuntura* para pensar el análisis político (o si se quiere, más gramscianamente, para ejecutar el análisis de las relaciones de fuerzas). Se trata de la “condensación de las contradicciones en el momento actual”, tal como lo entendiera Lenin en sus legendarias *Tesis de abril*.

En ese marco, si revisamos en profundidad la obra de Cueva, despuntan dos textos en los cuales realiza análisis de coyuntura en *sentido fuerte*. Dos trabajos que, en efecto, cronológicamente están bastante próximos entre sí. Nos referimos, por un lado, a su clásico

libro *El proceso de dominación política en Ecuador*; y por el otro, a su balance del proceso chileno de la Unidad Popular, titulado “Dialéctica del proceso chileno: 1970-1973” (que forma parte del libro *Teoría social y procesos políticos en América Latina*).

Ahora bien, no nos interesa aquí analizar puntualmente el contenido de sendos textos, pues ya lo hemos hecho anteriormente en otro lugar (Tzeiman, 2017, pp. 51-69). Aquello que más bien quisiéramos remarcar en estas páginas es la respuesta a este interrogante: ¿qué entiende Cueva por un *análisis de coyuntura*? Es decir, qué dimensiones están contempladas para nuestro autor en el ejercicio de esa práctica. Vamos a mencionar tan solo tres que nos parecen las más destacadas.

En primer lugar, creemos que para Cueva el análisis de coyuntura implica el establecimiento de una relación intensa con la historia. Dicho vínculo se expresa en el modo en que la condensación de contradicciones que caracteriza a la coyuntura contiene en su interior las múltiples capas de luchas y conflictos que se han desatado a lo largo de la historia, presentes en el *momento actual*, ya sea de forma latente, o a veces de manera explosiva. Eso significa que Cueva retoma con fuerza el juego de máscaras y personajes que Marx (2003) desplegara en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Porque, según el punto de vista del sociólogo ecuatoriano, resulta imposible que las luchas actuales o venideras no carguen en sus espaldas con los dramas pretéritos que atravesaron en otros capítulos de la historia a los conflictos entre las clases. Así, la conformación y constitución de las clases sociales en otros períodos históricos desempeña un papel preponderante en su recurrente confrontación, de manera tal que diferentes temporalidades conviven de manera contradictoria en el desarrollo de la lucha de clases. Por lo tanto, siguiendo ese razonamiento, es imposible analizar el *velasquismo*, o retornar a la “crisis de hegemonía” atravesada en los años treinta en Ecuador, sin partir de la constitución de las clases desde el fin de la Colonia (Cueva, 1974, pp. 26-35). De la misma forma, el devenir del socialismo chileno resulta inaprensible sin acudir a la temprana conformación tanto de la clase obrera como de sus organizaciones de clase en aquel país (Cueva, 1979a, pp. 98-99).

En segundo lugar, resulta ineludible la referencia al texto de Louis Althusser titulado “Contradicción y sobredeterminación” (publicado en el volumen *La revolución teórica de Marx*) para pensar la forma en que Cueva explica el desenvolvimiento de la lucha clases. Porque ello remite al modo en que se conciben las contradicciones y los enfrentamientos sociales. Precisamente, Cueva nos señala que la forma *enmarañada* en que se entretejen los conflictos no produce de ninguna manera enfrentamientos *puros*, sino que las contradicciones siempre se encuentran *sobredeterminadas* (Cueva, 1979a, p. 108). Althusser enfatizaba en que la “bella” contradicción entre capital y trabajo nunca se manifiesta de una manera cristalina, sino que lo hace por medio de formas “impuras”, de acuerdo con el modo en que se condensan las contradicciones en cada coyuntura concreta (Althusser, 2005, p. 85). Con el aliciente de que, para el filósofo francés, ello no constituye la excepción, sino la *regla misma* del desarrollo de las contradicciones sociales. Sobre esa misma base Cueva analiza con agudeza tanto los desplazamientos que se producen entre 1970 y 1973 en el proceso político chileno como las transformaciones en el bloque en el poder que se despliegan en Ecuador en sus distintos períodos históricos (y que dan lugar al fenómeno “velasquista”).

En tercer lugar, y por último, es necesario enfatizar en el tipo de relación que Cueva establece entre economía, política e ideología. También en este aspecto encontramos las resonancias del pensamiento althusseriano a través del *índice de eficacia* que aporta el concepto de *autonomía relativa* de las esferas. Hablamos entonces de un modo discontinuo o no lineal de vinculación entre las distintas arenas de la vida social. Desde ya, sabemos con Althusser que ese índice de eficacia no está exento de determinaciones. Pero lo que importa es la atención que, por medio de esa concepción, concitan en Cueva los movimientos específicos del orden de lo político. Pues de esa forma no encontramos un marxismo determinista o economicista en su obra. Al mismo tiempo, eso es especialmente relevante para su forma de comprender la coyuntura, en la medida en que ciertos elementos de los campos de lo político y lo ideológico pueden pasar a desempeñar un papel protagónico en el terreno de una confrontación específica. El lugar

tanto de la pequeña burguesía como del ejército en el proceso chileno 1970-1973 son elocuentes al respecto, en tanto las representaciones político-ideológicas de las clases se convierten en un ámbito clave de la disputa.

En el primer capítulo del libro *Maquiavelo y nosotros*, Althusser se pregunta qué significa pensar un problema político bajo la categoría de *coyuntura*. Y responde: “Ante todo significa tener en cuenta todas las determinaciones, todas las *circunstancias* concretas existentes, enumerarlas, detallarlas y compararlas” (Althusser, 2004, p. 56; énfasis del original). Esto se mueve en la misma línea que las apreciaciones de Nicos Poulantzas en el libro *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. Allí se refería a la coyuntura como “objeto de la práctica política y lugar privilegiado en que se refleja la individualidad histórica siempre singular de una formación, es la situación concreta de la lucha política de clases” (Poulantzas, 1974; énfasis del original). Consideramos que Cueva se inscribe en estas aproximaciones teóricas (aun cuando, como en el caso de *Maquiavelo y nosotros*, no haya tenido acceso a ellas) para poner en movimiento el análisis de las contradicciones sobre las que se propone colocar el foco en diferentes coyunturas.

EL CONCEPTO DE MODO DE PRODUCCIÓN Y EL DESARROLLO CAPITALISTA EN AMÉRICA LATINA

Vamos a ingresar en el problema más conocido de todos aquellos que fueron abordados en la obra de Agustín Cueva. Hablamos del más conocido por dos razones. La primera es que los debates sobre los conceptos de *modo de producción y dependencia* lo colocaron a nuestro autor en el centro de las discusiones que se estaban librando en América Latina a fines de los años sesenta y comienzos de los años setenta. Mientras que la segunda razón obedece a que a partir de esos debates publicó su libro más afamado —*El desarrollo del capitalismo en América Latina*—, cuya difusión alcanzaría resultados inesperados, por su conocimiento incluso más allá de las fronteras de nuestra región.

En el campo de discusiones latinoamericanas sobre los dos conceptos recién señalados, podríamos afirmar que existe un anudamiento entre tres trabajos diferentes de Cueva, separados en el tiempo por tan solo un puñado de años. Nos referimos a los artículos “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia” de 1974, “El uso del concepto de modo de producción: algunos problemas teóricos”, del mismo año que el anterior, y el libro mencionado en el párrafo precedente, publicado originalmente en 1977.

Sostenemos que existe un *continuum* reflexivo entre esos textos porque aquello que se encuentra en debate por ese entonces es la actualidad de la revolución en América Latina y las características específicas que la misma debe asumir en la región. Pues tanto los textos en cuestión de Cueva como los de los interlocutores con los que emprende acaloradas controversias deben ser leídos a la luz de aquellas preguntas, con inevitables consecuencias políticas en cada uno de los casos.

Empecemos por el debate acerca de los modos de producción en América Latina, cuya trayectoria ya es hartamente conocida. Tal discusión tiene sus orígenes en el intercambio producido entre André Gúnder Frank y Rodolfo Puiggrós, en México, allá por el año 1965. Y entre sus múltiples derivas se puede destacar el Cuaderno Número 40 de la revista cordobesa *Pasado y Presente*, que contó con la participación estelar de Carlos Sempat Assadourian y Ernesto Laclau, entre otros autores (ver Tzeiman, 2013 y Giller, 2020).

Como decíamos más arriba, las definiciones teóricas que aparecen en cada una de esas intervenciones tienen el propósito de dirimir la estrategia política de los sectores populares en la región. Inscribiéndose en la teoría leninista (tal como lo hizo en otras polémicas señaladas más arriba), Cueva va a abrazar el concepto de formación *económico-social* como una categoría clave, ya que ella le permite pensar en la articulación de distintos modos de producción bajo la predominancia de uno de ellos. A su vez, estamos nuevamente en presencia del concepto de *contradicción sobredeterminada* acuñado por Althusser. Pues a nuestro autor le interesa por sobre todas las cosas reflexionar acerca del modo en que se desencadenan los procesos

y las contradicciones sociales y, en ese sentido, pretende impugnar la adaptación de las naciones de América Latina a un esquema implantado completamente *desde afuera* a partir de una *lógica externa*. Para Cueva, entonces, tanto las posibilidades de emancipación como las características específicas que asume el capitalismo en América Latina, tienen que ver, en el marco de los límites estructurales forjados por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, con el despliegue de la lucha de clases como “motor de la historia” (Cueva, 1979b, pp. 58-59).

Vale señalar que esta insistencia en el concepto de *formación económico-social* como un eje vertebral de su análisis de las sociedades latinoamericanas, será retomada más adelante en su obra. Tanto es así, que en el libro *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*, del año 1987, el cual recoge diversos textos de su autoría, dedicará uno de ellos a “La concepción marxista de las clases sociales”. Y, de hecho, en ese texto volverá nuevamente sobre la distinción fundamental entre los conceptos de *modo de producción y formación económico-social* para el análisis de las clases y su lucha, a partir de su negativa a hablar de modos de producción en estado puro. En esa línea, se inclinará más bien por la existencia de combinaciones específicas de modos de producción en una formación económico-social (Cueva, 1987b, p. 12).

Por otro lado, el artículo titulado “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia” apunta en una misma dirección que la recuperación del concepto de *contradicción sobredeterminada* para pensar la *formación económico-social*. En esa clave, podemos destacar dos cuestionamientos de Cueva en dicho trabajo a los autores dependentistas (cuyas diversas tendencias, de todos modos, son debidamente distinguidas en este texto). El primer cuestionamiento remite al largo debate en torno de la relación *externo-interno*. Otra vez, el sociólogo ecuatoriano va a optar por desechar la idea de *determinación externa* así como también aquella según la cual el colonialismo o el imperialismo actúan desde el propio interior del país dependiente o colonizado. En su lugar, Cueva sostendrá que la condición *externa* del colonialismo o el imperialismo provoca una exasperación de las

contradicciones, al plantearlas en toda su tirantez (Cueva, 1979c, 33). En ese sentido, su otro gran cuestionamiento al dependentismo reside en que “es el análisis de las clases y su lucha lo que constituye el Talón de Aquiles de la teoría de la dependencia” (Cueva, 1979c, 24). Pues considera que el auténtico análisis dialéctico es aquel que estudia las contradicciones a partir de la lucha de clases, en el marco de la estructuración de la cadena imperialista. Como se puede observar con claridad, nuevamente la identificación *marxista-leninista* no resulta un aspecto secundario: la teoría leninista del imperialismo ofrece las coordenadas para pensar el desarrollo de la lucha de clases.

Llegamos así al libro más trascendente en la obra de Agustín Cueva que, como ya fue señalado varias veces más arriba, es *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Pues bien, si su autor había afirmado en la crítica al dependentismo que acabamos de repasar que “no deja de ser sintomático el hecho de que, en la década pasada, no se haya producido un solo libro sobre las clases subordinadas a partir de aquella teoría”; entonces la gran tarea que debían asumir las ciencias sociales latinoamericanas era proponer una explicación sobre el desarrollo del capitalismo en nuestra región que pusiera el foco especial de su atención en los procesos de lucha de clases como forma de intelección de nuestro modo específico de desarrollo capitalista (en el interior de la cadena imperialista). Así, lo que observamos en este libro es un estudio sobre cómo se intersectan, por un lado, la combinación de diferentes modos producción en nuestras formaciones económico-sociales, y por el otro lado, la subordinación de nuestros países a la fase imperialista del capital. Todo esto bajo la perspectiva de que ambos aspectos se relacionan y determinan entre sí, produciendo una vía particular de desarrollo capitalista, que Cueva denomina “reaccionaria” u “oligárquico-dependiente” (Cueva, 2009, p. 79). Tomando como punto de partida esas condiciones “histórico-concretas”, analizará los procesos de lucha de clases desatados en diferentes formaciones económico-sociales latinoamericanas, dando muestras de cómo esa vía se desplegó, incluso, con una considerable heterogeneidad. Bajo esas coordenadas, Cueva lleva a cabo un recorrido histórico que va desde la etapa colonial hasta el momento

en que escribe el libro (en los años setenta del siglo XX), cuando la alianza entre el capital concentrado local, el capital imperialista y la tecnoburocracia civil y militar producía una seria amenaza sobre los pueblos de América Latina (sobre esto último nos concentraremos más adelante).

Podemos concluir este apartado señalando que Cueva participó de los debates más salientes de las ciencias sociales latinoamericanas en los años setenta y que sus intervenciones buscaron ponderar los conceptos clásicos del marxismo-leninismo para el análisis del desarrollo capitalista en América Latina. En función de ese objetivo, las categorías de *formación económico-social* y *contradicción sobredeterminada* resultaron centrales para dilucidar los procesos específicos de construcción nacional, de desarrollo económico y de constitución de las clases sociales en América Latina. Así, la fase imperialista del capital y los procesos concretos de lucha de clases, escrutados a través del prisma leninista, fueron el eje de gravedad del análisis de Cueva acerca del desarrollo capitalista en nuestra región.

LA EXASPERACIÓN DE LAS CONTRADICCIONES Y EL ADVENIMIENTO DEL FASCISMO

Tal como dijimos más arriba, el concepto de *coyuntura* resulta vital en la obra de Agustín Cueva. No solamente como producto de la realización de análisis de coyuntura en situaciones específicas, sino también por su modo de pensar permanentemente bajo las coordenadas de la coyuntura. De esa manera, si la década del sesenta y la primera mitad de los años setenta, recogiendo el ímpetu de la revolución cubana, fueron protagonistas de procesos de ofensiva popular en el desarrollo de la lucha de clases, esa exacerbación de las contradicciones sociales tendría un final trágico en el Cono Sur de América Latina. Y Chile resultó el epicentro político de ese proceso, en la medida en que la radicalización del conflicto social, propia de la transición al socialismo por la vía democrática, tuvo como resultado una ofensiva contrarrevolucionaria, marcada por el advenimiento de un régimen autoritario y signada por la aplicación de la violencia y el terror estatal sobre los sectores populares. Para peor, no pasaría demasiado tiempo

hasta que ese trágico escenario dejara de ser patrimonio exclusivo de Chile y se extendiera hacia el conjunto del Cono Sur de la región.

Así, la coyuntura política en dicha subregión provocó una serie de debates acerca de la caracterización de los nuevos regímenes dictatoriales. Y la categoría que ofició como eje articulador de las discusiones sobre tal cuestión fue la de *fascismo*.

Nos permitimos afirmar que Cueva fue uno de los grandes animadores de ese debate, en la medida en que intervino en cada una de las instancias más relevantes en las cuales se desplegó aquella polémica. En primer lugar, fue parte del seminario llevado a cabo en la Ciudad de México en 1976 bajo el título “El control político en el Cono Sur”, por medio de la presentación de su ponencia “La política económica del fascismo”. A su vez, ese mismo año integró la nómina de intelectuales que escribieron en el primer número de la revista mexicana *Nueva política*, dedicado a *La cuestión del fascismo en América Latina*. Luego, en 1977, protagonizó junto con Atilio Boron una querrela intelectual en la *Revista mexicana de sociología*, a través de su artículo “Elementos y niveles de conceptualización del fascismo”. Y un año después, se dio cita junto a Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos y Pío García en el seminario llevado a cabo en la Universidad Nacional Autónoma de México, convocado bajo el título “Las fuentes externas del fascismo”, cuyas ponencias fueron publicadas de forma inmediatamente posterior a la realización del evento en la revista *Cuadernos políticos*. Finalmente, en 1979, todos esos trabajos (junto con el análisis de coyuntura sobre Chile del cual hablamos más arriba), fueron publicados de manera conjunta en la segunda parte del libro *Teoría social y procesos políticos en América Latina*.

Si bien podríamos extendernos largamente sobre las alternativas de estos debates, consideramos que en ellos Cueva interviene con dos aportes que valoramos de manera muy distinta. El primero de ellos se encuentra en el intercambio con Atilio Boron. Allí, el sociólogo ecuatoriano se manifiesta en defensa de la utilización de la categoría de *fascismo* (Cueva, 1979d), mientras que su par argentino se inclina por señalar el carácter histórico de dicho fenómeno, y por lo tanto, la impertinencia de una extrapolación del concepto para el caso de las

dictaduras militares latinoamericanas (Boron, 2003). Nuestra lectura es que en esa oportunidad Cueva se mostró demasiado apegado a las definiciones del fascismo elaboradas por Georgi Dimítrov en el VII Congreso de la Internacional Comunista de 1935, ocasión en la que lo catalogó como “la dictadura terrorista abierta del capital financiero contra la clase obrera” (Dimítrov, 1984, p. 154). Tanto es así, que esa posición le terminó impidiendo a Cueva observar con mayor agudeza la especificidad del fenómeno autoritario en ese entonces en curso en el Cono Sur de América Latina, algo que se presentó de manera más clara en el mencionado artículo de Boron.

Pero, inversamente, sostenemos que en el artículo titulado “La política económica del fascismo” Cueva realiza un aporte sustantivo y fructífero al debate, ya que logra delinear las características más salientes del proyecto autoritario en cuestión. De ese modo, da cuenta tanto del proceso de desmantelamiento del Estado de bienestar que se estaba desplegando por aquellos años como de la rotunda distribución regresiva del ingreso operada en perjuicio de la clase obrera, que estaba teniendo lugar a través del autoritarismo como forma de dominación política. A su vez, Cueva destaca la tendencia hacia una creciente centralización del capital (en detrimento de las fracciones capitalistas pequeñas y medianas), que acompañaba la desestatización y desnacionalización de la economía, de manera tal que solo lograban sobrevivir las fracciones monopólicas locales capaces de acoplarse de forma *competitiva* a las actividades de los capitales transnacionales (Cueva, 1979e).

Pues bien, podríamos continuar con los argumentos desarrollados por Cueva en cada uno de los textos a través de los cuales participó en esta importante discusión que, por cierto, fueron muchos y muy interesantes. Pero nos detenemos aquí, habiendo dejado esbozadas esas dos líneas que, según nuestro punto de vista, constituyeron el núcleo de sus contribuciones al debate sobre las dictaduras militares en el Cono Sur de América Latina en la segunda mitad de los años setenta.

LA CUESTIÓN DEL ESTADO EN AMÉRICA LATINA

Ya hemos señalado en otro trabajo que en el ocaso de los años setenta y en los comienzos de los ochenta se constituye un momento específico en el cual se desarrollan un conjunto de estudios acerca del tema del Estado en América Latina (Tzeiman, 2021). Se trata, en palabras de Martín Cortés, de un momento de *pensamiento fuerte* sobre aquella cuestión, que redundó en aportes teóricos sustantivos en la materia por parte de autores latinoamericanos provenientes de distintas latitudes de nuestra región (Cortés, 2012, p. 96).

En ese marco, si bien no es un campo en el cual Agustín Cueva se haya extendido sobradamente, creemos que por aquellos años existieron dos aportes al respecto que merecen ser resaltados.

El primero de ellos remite a la intersección entre la cuestión del Estado en América Latina y la teoría leninista del imperialismo, en la cual, como ya ha sido señalado más arriba, Cueva se inscribe a lo largo de toda su obra. A la vez, en ese cruce cumple un papel vital la diferenciación mencionada más arriba entre dos conceptos fundamentales de la teoría marxista desde el punto de vista de nuestro autor: *modo de producción y formación económico-social*. Sucede, en ese sentido, que para Cueva el lugar que la formación ocupa en la cadena imperialista es aquello que establece la forma del Estado capitalista en las condiciones histórico-concretas. Es decir, no puede haber una teoría del Estado en abstracto, sino que la forma y las funciones que asume la instancia estatal se desprenden de las contradicciones específicas de una formación económico-social. Por lo tanto, en lo que atañe a América Latina en particular, su lugar en la cadena imperialista estructura las características de su esfera estatal.

En esa clave, en un artículo publicado en 1981 en la revista mexicana *Investigación económica*, Cueva va a afirmar que el Estado en América Latina se constituye como una superestructura *sobrecargada de tareas*. Ello por tres motivos. El primero es que tiene que asegurar la reproducción ampliada en un contexto de heterogeneidad estructural; el segundo es que debe cumplir esa tarea en medio de un permanente drenaje de excedente económico; mientras que el tercero reside en que tiene que otorgar *coherencia* a formaciones económico-sociales

que, en el marco de un sistema capitalista-imperialista, aún no han conseguido completar su integración económica, política y social a nivel nacional (Cueva, 1981, p. 261). De esa manera, es interesante que la estatalidad latinoamericana es pensada desde los clásicos del marxismo (como sucede en el conjunto de las reflexiones de Cueva), pero partiendo de las condiciones específicas en que la forma y las funciones estatales tienen lugar (y en particular, en América Latina).

En segundo lugar, y vinculado con lo dicho en el párrafo anterior, consideramos que la relación que establece Cueva entre las condiciones de la formación del Estado-Nación y las características que asume ese Estado resulta un valioso aporte a la comprensión del fenómeno estatal. En esa línea, nos interesa subrayar el análisis que el sociólogo ecuatoriano hace del *Estado oligárquico* en el séptimo capítulo de *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Porque ese aspecto, junto con la vía de desarrollo *oligárquico-dependiente* ya mencionada más arriba, marcan la constitución de la subjetividad de las clases dominantes latinoamericanas, y con ello, la fisonomía que adoptan los Estados en la región. Se trata, en palabras de Cueva, de “una superestructura política cerrada y absolutista”, que está ubicada “encima y en contra del grueso de la sociedad civil” (Cueva, 2009, p. 142). El autoritarismo, entonces, se erige como un signo distintivo en la formación de la estatalidad latinoamericana, en virtud del cariz oligárquico que poseen tanto el desarrollo capitalista como las clases dominantes. Si bien, desde ya, después de su conformación los Estados y las clases sufren transformaciones históricas con el paso del tiempo, ese *momento constitutivo* –retomando la categoría del marxista boliviano René Zavaleta Mercado (2008)– seguirá teniendo un efecto potente sobre el derrotero de la trama estatal en la región.

Entonces, más allá de que podríamos repasar otros aportes (ciertamente, fragmentarios) de Cueva a la discusión sobre el Estado en América Latina, creemos que los dos aspectos señalados en los párrafos anteriores condensan su contribución más lúcida a ese debate.

LA CRÍTICA DE LAS DEMOCRACIAS “VACÍAS DE TODO CONTENIDO”

Recientemente se ha dado a conocer en Chile la traducción al español de un texto inédito de Althusser (2022) escrito en el año 1978, titulado *¿Qué hacer?*, en el cual dicho filósofo se encargó de librar una polémica descarnada con las lecturas eurocomunistas de Gramsci que por ese entonces se estaban desplegando en la Europa latina. Sucede que la preocupación política que más aquejaba al autor de *Pour Marx* en aquel contexto, tal como se puede leer con notoriedad en la auto entrevista imaginaria titulada *Las vacas negras*, residía en el modo en que las izquierdas (y en particular, por supuesto, los partidos comunistas) estaban tramitando *ideológicamente* la gran decepción causada por la experiencia comunista de la Unión Soviética. La discusión que allí desarrolla Althusser en torno del concepto de *dictadura del proletariado* no es otra cosa que un sonido de alarma frente a un posible derrotero de la izquierda comunista en el caso de producirse un abandono de la teoría marxista como guía para la acción. En definitiva, el temor se encuentra en que las izquierdas paguen demasiado caro el precio por *levantar la hipoteca* ideológica de la gran decepción soviética (Althusser, 2019, pp. 96-102).

Ahora bien, la pregunta que podría formularse quien esté leyendo estas páginas es la siguiente: ¿por qué traer a colación aquella vieja contienda teórica y política de Althusser? ¿cuál sería su relación con la obra de Agustín Cueva sobre la que aquí estamos intentando retornar? Podemos decir que en el promedio de los años ochenta, Cueva se enfrenta a otra derrota, pero que lo conduce a plantearse de alguna manera la misma inquietud que Althusser. En América Latina, por esos años, se producen los procesos de *transición a la democracia* luego del ocaso de las dictaduras impuestas en el Cono Sur de nuestra región en la segunda mitad de los años setenta. Por lo tanto, a la hora de explicar la derrota de los movimientos populares en ascenso en las décadas del sesenta y setenta, un sector importante de nuestra intelectualidad busca elaborar algunas respuestas con el propósito de encarar el contexto de redemocratización en curso en los años ochenta. La mayor preocupación de Cueva, entonces, consiste en desplegar un drástico cuestionamiento a las posiciones que estaban

abandonando el marxismo para inclinarse hacia una concepción liberal de la democracia. Entonces, retomando el razonamiento de Althusser, si bien era necesario comprender por qué había ocurrido la derrota política de los años setenta, *levantar esa hipoteca* no podía significar un retroceso ideológico que implique un abandono del marxismo, y peor aún, al mismo tiempo y en un mismo movimiento, un desplazamiento hacia el campo liberal.

Además de un número bastante extenso de artículos, podemos encontrar cuatro libros de Cueva de la segunda mitad de los años ochenta que se embarcan fundamentalmente en esa discusión. Hablamos de: *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*, *Ideología y sociedad en América Latina*, *Las democracias restringidas de América Latina* y *América Latina en la frontera de los años 90*. En todos ellos podemos encontrar como nudo común, aun a partir de distintos ángulos de acercamiento, aquello que Alejandro Moreano (2009) ha llamado la triple crítica a las *democracias de los años ochenta*: a) a los límites político-económicos de esas democracias; b) a los términos ideológicos en que se asentaban; y c) a las condiciones de producción académica entonces existentes.

En la medida en que desarrollar cada uno de esos aspectos críticos señalados por Moreano podría demandarnos una extensión que por una cuestión de espacio aquí no es posible emplear, optamos en este apartado por sintetizar el principal argumento esbozado por Cueva a propósito de esta coyuntura. Consideramos, en ese sentido, que el principal combate que nuestro autor buscó desplegar se basaba en impugnar el proceso de disciplinamiento político-intelectual que las dictaduras cívico-militares y los gobiernos autoritarios pretendieron dejar sobre las democracias de los años ochenta como un legado incuestionable. Si los sesenta y setenta fueron años de ofensiva popular en América Latina, y la ola autoritaria de fines de los setenta constituye una reacción frente a esos procesos y un modo de disciplinarlos, Cueva intenta rebelarse frente a la consolidación de esa remodelación conservadora de las sociedades latinoamericanas.

Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que el significado de la *triple crítica* a la cual hace referencia Moreano se hilvana en

torno del intento de rebeldía señalado en el párrafo anterior. De todas maneras, a continuación señalaremos muy brevemente las dos primeras de esas críticas y los textos en que están condensadas.

Entonces, en primer lugar, aparece el cuestionamiento a los límites político-económicos interpuestos a las democracias de los años ochenta. Aquí Cueva se empeña en remarcar la fundamental distinción política y conceptual entre *gobierno y poder*. Pues aquello que observa en este proceso de remodelación de nuestras sociedades es que las dictaduras producen como herencia un establecimiento de *poderes permanentes* que operan al margen de la voluntad popular, cuya máxima expresión es el rol de *tutoría en las sombras* desempeñado por las fuerzas armadas, que se erigen como vigilantes frente a cualquier intento de *amenaza* al orden. Asimismo, Cueva insiste en el papel disciplinador de la deuda externa adquirida por los gobiernos de facto, en la medida en que los organismos multilaterales de crédito se convierten en un auténtico mecanismo de control para las democracias de la región (junto con el impedimento que establecen a las naciones soberanas para aliarse en un *club de deudores*). De ese modo, la pregunta central del sociólogo ecuatoriano en esta coyuntura es por el tipo de democracias que se constituyen a través de los procesos de *transición*. De allí el interrogante planteado en el título de uno de sus artículos de este período: “La democracia: ¿forma vacía de todo contenido?” (Cueva, 1988b, pp. 11-25). Estos aspectos pueden leerse fundamentalmente en dos de sus libros de fines de los ochenta: *Ideología y sociedad en América Latina* (Cueva, 1988c) y *América Latina en la frontera de los años 90* (Cueva, 1989).

En segundo lugar, Cueva va a prestar especial atención, y va a desarrollar su condición de ferviente polemista, alrededor de la dimensión ideológica del proceso señalado en el párrafo anterior. Es decir, colocará el foco en el viraje que numerosos intelectuales de la región experimentan en ese entonces, abandonando el campo del marxismo y desplazándose hacia el universo liberal. Si bien el eje vertebral de ese desplazamiento está puesto en el concepto de democracia como consecuencia de una coyuntura signada por los procesos de *transición*, de lo que se trata es del modo en que se tramitó ideológicamente una

brusca transformación en las relaciones de fuerza. O bien, podríamos sostener que Cueva reflexiona sobre la dimensión ideológica como un aspecto co-constitutivo de esa mutación en las relaciones de fuerza. En esa clave, va a analizar cómo se produce ese desplazamiento desde el marxismo hacia el campo liberal en diferentes corrientes de las izquierdas de la época. Y puntualmente, va a desglosar cuáles son los conceptos que se pierden y desaparecen en la pantalla principal del lenguaje teórico en las ciencias sociales latinoamericanas, y cuáles son los que empiezan a ganar un notorio protagonismo. Por eso, el blanco predilecto de Cueva se dirige hacia el lugar estelar que ocupa Gramsci (junto con el concepto de *hegemonía*) en el paisaje intelectual de los años ochenta. Pues considera que el modo en que la figura del comunista italiano es retomada (a la par que la de Lenin es conminada al olvido) supone un giro ideológico *politicista y culturalista*, que provoca un desplazamiento desde una *problemática* marxista a una liberal en el abordaje de la democracia (de ahí la confluencia con el argumento de Althusser en su *¿Qué hacer?* del año 1978, donde también Gramsci se presentaba como el punto crítico del debate). Este tratamiento de la dimensión ideológica puede encontrarse esencialmente en dos libros de Cueva: *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales* (Cueva, 1987b) y *Las democracias restringidas de América Latina* (Cueva, 1988b). Aunque también podemos observar apreciaciones al respecto en el ya mencionado *Ideología y sociedad en América Latina*.

La cuestión democrática en los años ochenta ocupó el papel principal en los debates intelectuales de nuestras ciencias sociales. A contramano de la gran mayoría de las corrientes del pensamiento político de izquierdas, Cueva discute con ímpetu en un contexto en el cual el marxismo se encuentra en franco retroceso. En ese sentido, vale la pena recuperar sus trabajos como un ícono del ejercicio de la polémica en defensa de sus convicciones ideológicas, en un momento en el que el retroceso político puso en cuestión el conjunto de las certidumbres teóricas hasta entonces existentes en la intelectualidad crítica.

LA DERECHIZACIÓN DE OCCIDENTE Y LA CONSERVADURIZACIÓN INTELLECTUAL EN AMÉRICA LATINA

Como estación final de este recorrido que hemos realizado por los temas y problemas en la obra de Agustín Cueva, quisiéramos recuperar algunos de los análisis que llevó a cabo acerca del proceso de conservadurización que se produjo en los años ochenta, tanto en América Latina como a nivel internacional.

En ese contexto, en primer lugar, un aspecto interesante de los trabajos de Cueva en los años ochenta es que además de sus reflexiones sobre América Latina, pone un ojo muy atento en lo que estaba ocurriendo a nivel global. No es que anteriormente eso no haya sucedido, pero lo distintivo de este momento es que esa inquietud se refleja específicamente en su producción intelectual. Ello se expresa en dos aportes. Por un lado, en el artículo publicado en el libro *Tiempos conservadores. América Latina ante la derechización de Occidente* (que cuenta con trabajos de varios autores y autoras). Y por el otro lado, en el posfacio escrito en 1989 para la segunda edición aumentada de *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, titulado “Los años ochenta: una crisis de alta intensidad”.

En cuanto al volumen *Tiempos conservadores. América Latina ante la derechización de Occidente*, Cueva publica en ese libro un artículo titulado “El viraje conservador: señas y contraseñas”, en el cual traza un panorama de la situación ideológica y cultural de Occidente en el final de la década del ochenta. Allí, el acento está puesto en cómo después de la crisis del capitalismo sucedida a partir de la recesión de 1974-1975, se produce un desplazamiento de Europa y Estados Unidos hacia un conservadurismo cada vez más beligerante. En esa línea, Cueva indica que existe un fuerte retroceso del marxismo, en la medida en que deja de oficiar como ideología dominante en la intelectualidad de Occidente. Tanto es así, que, en Francia, donde una década atrás habían ocurrido los sucesos contestatarios de 1968, comienzan a ganar lugar los *nuevos filósofos* o la *nueva derecha*, quienes rechazan de plano el propio principio de la igualdad, retrocediendo incluso más allá de 1789. Así, Cueva subraya con suma preocupación cómo el capitalismo ha pasado a convertirse en el auténtico *espíritu de la época*, en

el marco de una potente redistribución regresiva del ingreso operada a nivel mundial (Cueva, 1987c, pp. 22-23).

Al mismo tiempo, en el ya mencionado posfacio escrito en México en 1989, Cueva no solo narra esa ofensiva ideológica-cultural conservadora, que incluye el crecimiento del racismo, la xenofobia y el chauvinismo, junto con el avance del neoliberalismo (entendido como un “neodarwinismo aplicado al campo de la economía”). El sociólogo ecuatoriano también hace referencia a dos cuestiones más. Por un lado, al panorama político de Europa y Estados Unidos, tanto con el ascenso de gobiernos de derecha (como los de Ronald Reagan y Margaret Thatcher) como con el proceso de neoliberalización de buena parte de la socialdemocracia europea. Mientras que, por el otro lado, Cueva señala el efecto que esa nueva configuración política tiene en América Latina, impulsando allí también un viraje hacia la derecha, ya sea mediante la constitución de “democracias viables” en el Cono Sur o librando “guerras de baja intensidad” en Centroamérica (donde todavía soplaban vientos revolucionarios) (Cueva, 2009, pp. 244-261).

Ahora bien, en segundo lugar, el otro aspecto que plantea Cueva en el ocaso de los años ochenta tiene que ver con la conservadurización de la intelectualidad latinoamericana. Ya vimos en el apartado anterior que nuestro autor polemiza en ese contexto con quienes en nuestras ciencias sociales abandonan el campo del marxismo para pasar a inscribirse en el universo liberal. Pero, a su vez, en varios de sus trabajos de fines de los ochenta y comienzos de los noventa, Cueva también se expide acerca del crecimiento de las filas conservadoras en el campo intelectual de la región.

En el artículo titulado “Las interpretaciones de la democracia en América Latina: algunos temas y problemas”, Cueva identifica a dos escritores como las plumas más destacadas del pensamiento conservador en ese entonces: Mario Vargas Llosa y Octavio Paz. Aunque, en ese sentido, resulta provocadora la distinción que realiza entre ambos: si el peruano puede ser considerado un “intelectual orgánico” de la derecha, su par mexicano sería más bien un “compañero de ruta” de la misma (Cueva, 1988b, p. 33). En cualquier

caso, aquello que nos importa remarcar es que Cueva vislumbra en el pensamiento conservador una corriente que por esos años se mostraba en notorio crecimiento.

Es por eso que, ante el avance conservador, el sociólogo ecuatoriano dedicó diversos artículos a polemizar con algunas expresiones de ese filón del pensamiento latinoamericano. Podemos destacar dos de ellos que son los más significativos de esa contienda. El primero lleva el título “El ‘sendero’ de la nueva derecha: un modelo para desarmar”, que integra el libro *Las democracias restringidas de América Latina* (Cueva, 1988b, 117-147). El segundo, por su parte, es un artículo publicado en el año 1992 con el título “Falacias y coartadas”.

En el primero de los artículos recién señalados, Cueva se dedica a discutir con el libro del economista peruano Hernando de Soto titulado *El otro sendero* (un *best seller* que fuera prologado por Mario Vargas Llosa). En aquel artículo, nuestro autor busca desmenuzar los argumentos de Hernando de Soto, mostrando cómo lo que para este último constituye un desarrollo virtuoso de la economía informal, entendida como una especie de *nuevo espíritu del capitalismo* en América Latina, se trata más bien del curso que asumió en la sociedad peruana el flagelo de la *marginalidad* (un tema central en la sociología latinoamericana de los años sesenta). Asimismo, Cueva enfatiza en el modo en que de Soto parte de la perspectiva jurídica de la Escuela de Chicago para poner en cuestión las normas impositivas y de propiedad existentes en el Perú. De esa manera, nuestro autor detecta cómo el pensamiento liberal identifica en las instituciones del Estado de bienestar keynesiano el blanco excluyente para la reconfiguración de la sociedad.

El segundo artículo, por su lado, es escrito por Cueva muy poco antes de su fallecimiento, frente a la inminencia del quinto centenario de la conquista de América. La controversia, en este caso, apunta al premio nobel de literatura, de origen mexicano, Octavio Paz. Sucede que, según el sociólogo ecuatoriano, Paz se erigía como el representante de una ofensiva conservadora que pretendía opacar u ocluir la condición violenta de la invasión europea sobre las poblaciones originarias de nuestra región. Para Cueva (1992), el escritor mexicano

trató de desestimar el quinto centenario (adscribiendo a la idea de un *encuentro entre dos mundos*), afirmando que resultaba parte de un pasado indígena ya terminado y que retomarlo implicaba girar hacia atrás la *rueda de la historia*. Así, las críticas de Cueva se centraron en denunciar al autor de *El laberinto de la soledad* por defender el *iberoamericanismo*, cuya protección, según Paz, debía constituir un interés general de la región.

Tal como fue mencionado en la introducción, Agustín Cueva falleció en los comienzos del año 1992. Eso quiere decir que no llegó a vivir el huracán neoliberal que azotaría la región durante toda la década del noventa. Precisamente por eso, resulta iluminador el modo en que Cueva detectó con claridad y rigurosidad, desde finales de los años ochenta, el frente de combate que se abría contra el pensamiento conservador. En ese sentido, consideramos que esa crítica prematura y temprana resulta un aporte muy valioso a la comprensión de aquella década, así como también nos deja como legado la pregunta sobre cuáles de esas críticas de Cueva al pensamiento conservador aún siguen vigentes.

PALABRAS FINALES: UNA CONFESIÓN Y UN ASUNTO PENDIENTE

En otro trabajo en el que nos abocamos a una reconstrucción más sistemática de la obra de Agustín Cueva, nos animamos a afirmar en las conclusiones que, si bien se trataba de un intelectual fallecido, para ese entonces, hace veinticinco años, aún podíamos llamarlo “nuestro contemporáneo” (Tzeiman, Andrés, 2017, p. 161). A pesar del tiempo transcurrido desde aquel entonces, habiendo pasado cinco años y habiéndose cumplido en el medio tres décadas desde la desaparición física de Cueva, creemos que aquella referencia a su contemporaneidad aún no ha perdido vigencia. Nos basta con repasar los temas y problemas que revisamos a lo largo de las páginas de este artículo para constatar que buena parte de los mismos aún constituyen materia de debate tanto en términos políticos como intelectuales.

Ahora bien, este artículo es parte de un libro que busca indagar en la historia del marxismo en Ecuador. Y ciertamente, al observar muchos de los nombres que hemos mencionado en estas páginas, es

evidente un déficit a la hora de producir la narración de esa historia colectiva. Es decir, existe una ausencia en este artículo en torno de la reflexión sobre el lugar que ocupa Cueva en la trayectoria conjunta del marxismo ecuatoriano. Pues si bien en las páginas precedentes nos encargamos de recomponer tanto la relación de nuestro autor con el problema del arte y la cultura ecuatoriana como los análisis de coyuntura dedicados a estudiar la realidad sociopolítica de Ecuador, no hemos establecido un vínculo con otros pensadores, escritores e intelectuales de dicho país.

Eso no significa que tal relación deba ser *evidente*, en el sentido de una vinculación posible de documentar en forma literal, tal como ocurre en el caso del libro *Ecuador: pasado y presente* (VV. AA., 1995), en el que se compilan distintos artículos sobre ese país, escritos por diversos autores, todos de procedencia local, entre los cuales uno le pertenece a Cueva. Más bien, sostenemos que seguramente podrían establecerse relaciones en función de problemas comunes que se hagan presentes en los escritos de diversos autores y autoras marxistas de Ecuador. Incluso, podrían detectarse enfoques o miradas, formas de lectura, arraigadas en dilemas específicamente ecuatorianos.

En ese sentido, debemos confesar que este trabajo, y nuestra lectura sobre la obra de Agustín Cueva, no residen en el establecimiento de las relaciones señaladas en el párrafo anterior. Nuestra condición “extranjera” nos impide hacerlo, pero no porque eventualmente no podamos realizarla, sino porque nos hemos acercado a Cueva a partir de otros problemas. Pues hemos efectuado una lectura más bien latinoamericana del autor, colocando el eje de gravedad en las problemáticas comunes de la región.

Por ese motivo, hecha la confesión de culpa y considerando la importancia de la labor de reconstrucción del marxismo ecuatoriano a la que este libro pretende contribuir, esperamos que las páginas de este artículo hayan sido un aporte fructífero para quienes deseen embarcarse en aquella imprescindible tarea. De ese modo, nuestro deseo es que la recuperación del pensamiento crítico ecuatoriano permita que ese magnífico país pueda forjar muchas otras plumas

tan brillantes y comprometidas con su destino como, definitivamente, fue la de Agustín Cueva.

BIBLIOGRAFÍA

Althusser, Louis (2004). *Maquiavelo y nosotros*. Madrid: Akal.

Althusser, Louis (2010). Contradicción y sobredeterminación. En *La revolución teórica de Marx* (pp. 71-106). México D.F.: Siglo XXI.

Althusser, Louis (2019). *Las vacas negras. Entrevista imaginaria*. Madrid: Akal.

Althusser, Louis (2022). *¿Qué hacer?* Santiago de Chile: Pólvora-Doble Ciencia.

Boron, Atilio (2003). El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina. En *Estado, capitalismo y democracia* (pp. 39-83). Buenos Aires: CLACSO.

Cortés, Martín (2012). El Leviatán criollo. Elementos para el análisis de la especificidad del Estado en América Latina. En Mabel Thwaites Rey (editora), *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas* (pp. 93-115). Santiago de Chile: Arcis-CLACSO.

Cueva, Agustín (1974). *El proceso de dominación política en Ecuador*. México: Diógenes.

Cueva, Agustín (1979a). Dialéctica del proceso chileno: 1970-1973. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (pp. 97-140). México: Edicol.

Cueva, Agustín (1979b). El uso del concepto de modo de producción: algunos problemas teóricos. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (pp. 40-59). México: Edicol.

Cueva, Agustín (1979c). Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (pp. 15-39). México: Edicol.

Cueva, Agustín (1979d). Elementos y niveles de conceptualización del fascismo. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (pp. 164-176). México: Edicol.

Cueva, Agustín (1979e). La política económica del fascismo. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (pp. 153-163). México: Edicol.

Cueva, Agustín (1981). El Estado latinoamericano en la crisis del capitalismo. En *Investigación económica*, 40(157), 257-271.

Cueva, Agustín (1986). *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sobre la literatura del Ecuador*. Quito: Planeta.

Cueva, Agustín (1987a). *Entre la ira y la esperanza*. Quito: Planeta.

Cueva, Agustín (1987b). *La teoría marxista*. Categorías de base y problemas actuales. Quito: Planeta.

Cueva, Agustín (1987c). El viraje conservador: señas y contraseñas. En VV.AA., *Tiempos conservadores. América Latina en la derechización de Occidente* (pp. 19-37). Quito: El conejo.

Cueva, Agustín (1988a). La cultura de la crisis. *Difusión cultural*, 7, 56-64.

Cueva, Agustín (1988b). *Las democracias restringidas de América Latina. Elementos para una reflexión crítica*. Quito: Planeta.

Cueva, Agustín (1988c). *Ideología y sociedad en América Latina*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

Cueva, Agustín (1989). *América Latina en la frontera de los años 90*. Quito: Planeta.

Cueva, Agustín (1992). Falacias y coartadas. En VV.AA., *Estado, nuevo orden económico y democracia en América Latina* (pp. 149-154). Caracas: ALAS-Centro de Estudios sobre América (La Habana)-Nueva Sociedad.

Cueva, Agustín (1993). *Literatura y conciencia histórica en América Latina*. Quito: Planeta.

Cueva, Agustín (2009). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México: Siglo XXI.

Dimítrov, Georgi (1984). La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional Comunista en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo. En VV.AA., *Fascismo, democracia y frente popular. VII Congreso de la Internacional Comunista* (pp. 153-220). México: Pasado y Presente.

Giller, Diego (2020). *Espectros dependentistas. Variaciones sobre la "teoría de la dependencia" y los marxismos latinoamericanos*. Los Polvorines: Ediciones UNGS.

Marx, Karl (2003). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Prometeo.

Moreano, Alejandro (2009). Agustín Cueva hoy. En Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana* (pp. 9-26). Buenos Aires: CLACSO-Siglo del Hombre Editores.

Poulantzas, Nicos (1974). *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. México: Siglo XXI.

Tinajero, Fernando (2012). Agustín Cueva, o la lucidez apasionada. En Agustín Cueva. *Ensayos sociológicos y políticos (Introducción y selección de Fernando Tinajero)* (pp. 9-32). Quito: Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizado.

Tzeiman, Andrés (2013). Feudalismo Vs. Capitalismo, un debate idealista: del *modo de producción a la formación económico-social*. *e-l@tina*, 11(43), 50-61.

Tzeiman, Andrés (2017). *Agustín Cueva: marxismo y política en América Latina*. Quito: Abya Yala.

Tzeiman, Andrés (2021). *La fobia al Estado en América Latina. Reflexiones teórico-políticas sobre la dependencia y el desarrollo*. Buenos Aires: IIGG-CLACSO.

VV.AA. (1995). *Ecuador: pasado y presente*. Quito: Libresa.

Zavaleta Mercado, René (2008). *Lo nacional-popular en Bolivia*. La Paz: Plural.

BOLÍVAR ECHEVERRÍA EN LA ÓRBITA DE LA INSURGENCIA SINDICAL MEXICANA, 1968-1986

Victor Hugo Pacheco Chávez

BOLÍVAR ECHEVERRÍA Y EL TERCER MUNDO

El impacto de los procesos revolucionarios de América Latina influyó en la radicalidad de los movimientos estudiantiles de la década de los sesenta y setenta en los países europeos. Particularmente en Alemania, el joven ecuatoriano Bolívar Echeverría militó alrededor de los grupos de izquierda radical que fueron influenciados por los procesos de liberación del Tercer Mundo. Desde su estancia en la *Universidad Libre de Berlín*, entra en contacto con los grupos que más adelante, en 1965, formarán la agrupación *Viva María!*, cuyo nombre fue retomado de la película homónima de Louis Malle. En su momento, este grupo fue catalogado como una organización de ultraizquierda que privilegiaba la acción directa (Ehrenreih, Barbara y Ehrenreih, John, 1969, pp. 27-36).

Se ha puesto énfasis en los vínculos que Echeverría estableció de manera directa con los grupos de apoyo a la revolución cubana y con algunas personalidades clave que difundían y promovían la lucha revolucionaria tanto en América Latina como en Europa.

Dos de estas figuras están ligadas a trabajos editoriales: el italiano Giangiacomo Feltrinelli y el argentino, radicado en México, Analdo Orfilia (Barreda, 2011).

La llegada a México de Bolívar Echeverría está marcada por este impulso de servir como enlace entre los movimientos radicales europeos y latinoamericanos. En sus primeros años de residencia en México, le toca vivir el movimiento de 1968, con lo cual se encarga de viajar algunas veces a Alemania para difundir la situación mexicana. En sus primeros años en este país, tratará de introducir las discusiones alemanas al servicio de la revolución latinoamericana y al desarrollo del marxismo.

LOS PRIMEROS CONTACTOS EN MÉXICO

Aunque las razones por las cuales Echeverría decidió México como lugar de residencia han sido puestas a discusión, se ha pensado que dos cuestiones pudieron influir ampliamente: la primera, es cierta imposibilidad de volver al país natal pues era considerado como una persona no grata para el gobierno en turno; la segunda cuestión tuvo un carácter personal, pues su primera esposa consiguió una oferta laboral en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), lo cual reforzó la intención de elegir estas tierras (Gandler, 2015, pp. 111 y 129).

Si bien, todavía hoy es difícil reconstruir de manera cabal las actividades de Echeverría en sus primeros años en México, sobre todo del lado de la militancia política, no cabe duda del intenso trabajo que desplegó a sus casi treinta años. En parte porque su trayectoria intelectual lo colocó de manera relativamente rápida en los medios universitarios, como el mismo relata:

Más tarde, muerto de miedo, comencé, a dar clases y gracias a Julio Boltvinik, que me cedió una de sus clases, entré como profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en 1972. Luego pasé a la Facultad de Filosofía y Letras, en 1973, como ayudante de Adolfo Sánchez Vázquez. Para 1974 o 1975 pasé a la Facultad de Economía, donde se armó el Seminario

de *El Capital*, que fue mi primer trabajo original, digamos. Y lo que hice en el Seminario de *El Capital* fue una “lectura” de El capital de Marx, una lectura propia de principio a fin, una interpretación de *El Capital* de Marx [...] En 1979 pasé a la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía. Fue entonces que estudié mucho antropología, semiótica, lingüística, etc. Y de allí salieron cursos para una clase en la Facultad de Filosofía y Letras, “Economía y filosofía” (Echeverría, 2009).

Cuando Echeverría llegó a México, se contacta rápidamente con varios jóvenes que serán protagonistas de la vida política y de los círculos marxistas en la segunda mitad del siglo XX en el país. Personajes que, aun hoy, merecen un estudio biográfico-intelectual cada uno de ellos. Estamos hablando de figuras como Armando Bartra, Carlos Pereyra, Jorge Juanes, Juan Garzón Bates, Roberto Escudero, Adolfo Sánchez Rebolledo, entre otros. Cada uno de ellos quizá será difícil hoy pensarlos y situarlos en una misma corriente ideológica política, aunque de una manera apresurada y cómoda se les pueda englobar en eso que se llama comúnmente como la *nueva izquierda*. Si se analizan sus trayectorias, transitaron en distintas corrientes marxistas que van desde el propio espectro del Partido Comunista Mexicano (PCM) hasta vertientes como el espartaquismo, el maoísmo, el sindicalismo revolucionario, el althusserianismo, el gramscismo, etc. Una de las cosas que podemos observar es que se trata una especie de grupo o red que comparte diversos espacios de participación política en aquel momento. Hay varios testimonios que nos permiten pensar los fuertes lazos de comunicación y de discusión que ellos tenían y en los cuales por lo menos algunos nombres se repiten: Bolívar Echeverría, Roberto Escudero, Adolfo Sánchez Rebolledo, Juan Garzón Bates.

Por ejemplo, en los pocos recuerdos autobiográficos de Echeverría, este reconoce la gran amistad que, en los primeros años de estancia en el país, tuvo con Carlos Pereyra. Otro testimonio que queda de esta época es el de Juan Garzón Bates quien realizó una interesante tesis de grado sobre Marx y la ontología en 1968. En este

trabajo se menciona a Bolívar Echeverría junto a Carlos Pereyra, Armando Barta y Jorge Juanes (Garzón, 1968, p. 3), en la parte de dedicatorias; posteriormente, esta investigación se publicó como libro en la editorial Grijalbo (Garzón, 1974). A estos testimonios habrá que agregar el de José Revueltas quien en una carta a su hija Andrea, fechada el 21 de agosto de 1972, le comenta: “Tengo que cortarla porque estoy muy atrasado en el trabajo. Llevamos todos los martes un seminario sobre la enajenación donde participan Bolívar Echeverría, [Juan Garzón] Bates, Campusano, Roberto (Escudero), Julio Pliego, Juan Manuel (Dávila) y Marta (Obregón), así como otros más, éstos últimos en calidad de oyentes. Va por buen camino. Trabajamos aquí mismo en la casa” (Revueltas, 1987, p. 240). También el propio testimonio de Adolfo Sánchez Rebolledo, quien señala que cuando Raúl Álvarez Garín les propuso formar la revista Punto Crítico, quienes se reunieron para atender la solicitud fue “un grupo pequeño que formábamos Carlos Pereyra, Rolando Cordera, Santiago Ramírez, Bolívar Echeverría y yo” (Pensado, 2014, p. 65).

Este grupo o red en la que Bolívar Echeverría estaba inmiscuido tendrá la característica de pertenecer a la generación de 1968 y, también, en que estaban buscando una manera de asumir el marxismo y la militancia fuera del comunismo del PCM. Para este grupo, señalado por Adolfo Sánchez Rebolledo como una de las opciones que asumirán como espacio de participación política, es lo que ha denominado la insurgencia sindical en México, que tendrá su auge de 1970 a 1976, específicamente.

LA ERA DE LA REVOLUCIÓN

Antes de su mudanza definitiva a México en julio de 1968, Echeverría ya había visitado el país y se había ligado a ciertos círculos intelectuales, lo cual facilitarían su relativamente rápida inserción en los círculos políticos, intelectuales y universitarios del país. El México al que se incorporó Echeverría era un país que se encontraba en plena efervescencia de luchas políticas y con un movimiento popular y sindical en ascenso. A pesar de la cruda represión de octubre de 1968, no se contuvieron las demandas democráticas y revolucionarias que

siguieron por tres cauces bien definidos: los sectores más radicales optaron por la vía armada, mientras que otros por el fortalecimiento de la lucha sindical y sectores como el PCM por la apertura democrática vía la reforma política. Esta efervescencia política se le presentó a Echeverría como una desmesura que le atrajo profundamente:

Notaba uno, casi con una especie de dolor, que había aquí un movimiento obrero, eso es notable, pero al mismo tiempo que era un movimiento que estaba totalmente cooptado por el régimen. Esa era, en términos políticos, la primera impresión. Justo porque cuando yo llegué estaba tan viva la cuestión del 68, eran épocas muy convulsas si se quiere, pero también muy llenas de esperanzas, parecía que sí se podía hacer la revolución. Esa era la idea: parecía que la revolución sí era algo que estaba a la orden del día, que era una época de “actualidad de la revolución” como decía Lukács (Echeverría, 2008-2009, p. 60).

En estos primeros años de estancia en México, publica bajo el seudónimo de Javier LIEJA, en la revista *Solidaridad* dirigida por el líder sindical Rafael Galván. Uno de los temas que le preocupan al joven Bolívar Echeverría es el de la actualidad o vigencia de la revolución. Esta es una larga reflexión que trató de esclarecer a la luz de los acontecimientos revolucionarios del Tercer Mundo. Si bien es un tema que nos podría dar para analizar toda su producción intelectual, aquí solo señalaremos algunos elementos de esta etapa de juventud. En esta línea se encuentran los textos que aparecieron en la revista ecuatoriana *Pucuna*, con el título “De la posibilidad de cambio”, en el número 5 (Echeverría, 1964) y en el número 6 (Echeverría, 1965), que en realidad es el mismo texto, pero reelaborado, pasando por la introducción que realizó a la compilación de escritos del Che Guevara, de Horts Kurnitzky en 1968 (Echeverría, 2013) y por último el texto publicado en dos partes en la revista *Solidaridad*, en los números 10 (Echeverría, 1969) y 12 (Echeverría, 1970), sobre el significado del concepto de revolución.

Las reflexiones de estos textos no solo transitan por el mero sentido y significado de la palabra revolución, sino por la caracterización de la misma y su pertinencia en el momento que se abre con las luchas de liberación del Tercer Mundo y con la revolución geopolítica de 1968. En los primeros textos de 1965 y 1967 hay una fuerte presencia del debate latinoamericano sobre el desarrollo y el subdesarrollo y el horizonte del imperialismo como la fase madura del modo de producción capitalista. En este sentido, podemos decir que la idea de la revolución que piensa Echeverría, como cuestionamiento radical al orden social vigente, pasa por la lucha contra el imperialismo en los escenarios nacionales, pero que no se agota en los mismos dado el carácter mundial del imperialismo (Echeverría, 1965, p. 33).

En ese diálogo productivo con las teorías del subdesarrollo y la dependencia, es que sintetiza en 1968 sus apreciaciones sobre esta relación entre imperialismo y revolución, teniendo como punto nuclear la experiencia cubana:

¿Qué relación existe entre la situación latinoamericana entre la lucha local y las luchas de liberación nacional? ¿Qué relación existe entre la lucha revolucionaria local, la continental y la lucha revolucionaria internacional? Solo una teoría del imperialismo como estructura que opera a nivel mundial, y no como una característica externa e in-esencial de la forma de producción nacional capitalista, será capaz de responder, en un sentido científico y marxista, las que ha planteado la guerrilla latinoamericana (Echeverría, 2013, p. 28).

La importancia de estos debates se verá reflejada en la publicación que realizó junto a Horts Kurnitzky, *Kritik des bürgerlichen Antiimperialismus. Entwicklung der Unterentwicklung. Acht Analysen zur neuen Revolutionstheorie in Lateinamerika* (Crítica al antiimperialismo burgués. Desarrollo del subdesarrollo. Ocho análisis de la nueva teoría de la revolución en América Latina), que incluyó textos de André

Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Luis Vitale, Che Guevara, etc.¹ Sin embargo, llama la atención que esta preocupación latinoamericanista, por esas mismas fechas 1969-1970, en el texto publicado en la revista *Solidaridad*, va perdiendo centralidad. Esto sucede porque, mientras en los textos anteriores el sujeto revolucionario se concreta en el denominado proletariado campesino como consecuencia de la persistencia del colonialismo que “neutraliza las clases medias y que puede permitir una revolución del *proletariado campesino* en sentido de liberación nacional” (Echeverría, 1965, p. 33), hay un cambio no sólo en la manera en que se concreta sino también en la constitución misma del capitalismo el cual pasa a considerarse como una totalidad que se expande y reconfigura al sujeto político en su carácter de proletariado industrial, fabril, el cual ocupa un lugar preponderante en la estructura social capitalista. En este sentido, la caracterización de la revolución solo puede ser considerada bajo la siguiente fórmula: “La revolución proletaria es comunista y es internacionalista” (Echeverría, 1970, p. 30).

En estos textos sobre el significado de la revolución ya se vislumbra el futuro encare que realizará Echeverría de la teoría marxista y del análisis de *El Capital*, como la búsqueda de la contradicción fundamental, aunque todavía no se codifica completamente en términos de la contradicción entre valor y valor de uso, el carácter distintivo del *corpus* echeverriano, sobre todo en el texto sobre el Che Guevara (2012), *producir es significar* y el carácter praxiológico de la revolución que implica una transformación más profunda que la mera concepción política de la revolución.

LA REIVINDICACIÓN DE LENIN Y DE ROSA LUXEMBURGO

Es interesante que en la revista *Solidaridad*, Echeverría haya publicado un texto sobre los cincuenta años de la muerte de Rosa Luxemburgo, otro texto sobre el primer centenario del natalicio de Lenin y un texto en dos partes sobre la relación entre Lenin y Rosa Luxemburgo. Esto

1 Este libro tuvo una segunda edición en 1975 bajo el título de *Lateinamerika. Entwicklung der Unterentwicklung* (América Latina. Desarrollo del subdesarrollo).

nos remite a una etapa poco conocida y a veces olvidada de Echeverría: su leninismo temprano, como se ha señalado en otros lugares. En estos momentos para Echeverría dos de las figuras más importantes del marxismo revolucionario eran Lenin y Rosa Luxemburgo.

Me parece aquí necesario contrastar los postulados de estos textos con los que desarrollará más tarde en la compilación de la obra de Rosa Luxemburgo de 1980, publicada en editorial ERA y que él mismo prologó, trabajo que será incluido en su célebre libro el *Discurso teórico de Marx* (1986 [2017]). ¿Qué diferencias vemos entre estos dos textos que nos permitan observar la maduración y desarrollo de las posturas de Echeverría? En los textos publicados en la revista *Solidaridad* hay, en principio, una clara intención de ligar a ambos personajes, cuestión que en el texto acabado de 1986 queda ya totalmente superada. Este dato es interesante porque, entre 1970 y 1980, se puede decir que Echeverría deja de lado su *leninismo temprano*; específicamente él mismo refiere que fue en 1974 a raíz de la lectura del libro de Isaac Deutscher, *Lenin los años de formación*, publicado en México por editorial ERA en 1975 (Véase Gandler, 2015, p. 103). Aunque no hay un testimonio amplio sobre el punto específico que recupera Echeverría de esta obra, para cambiar su punto de vista sobre el revolucionario ruso, basta señalar por el momento que Deutscher llega a la conclusión, compartida con otros marxistas anti leninistas, de que el autor del *Estado y la Revolución* ya intuía al final de su vida, la preponderancia que estaba adquiriendo del aparato del partido y de la burocracia sobre la clase obrera en Rusia.

Para el joven Echeverría, a lo largo de los textos de 1969-1970, Lenin y Rosa Luxemburgo tuvieron tres temas en común a los que les dieron salidas distintas, tópicos que pueden considerarse como tres de las principales problemáticas del marxismo revolucionario: “la cuestión acerca del tipo de organización conveniente a la lucha revolucionaria del proletariado, la cuestión acerca del derecho de las naciones a la autodeterminación y la cuestión acerca de la esencia económica del imperialismo” (Echeverría, 1970, p. 40). No obstante, ya para 1980 criticará las lecturas *leninistas* donde el único lugar que

le dan a Rosa Luxemburgo es servir de contrapunteo, a través de sus *errores*, a las tesis del revolucionario ruso.

Sin embargo, a mi parecer, más allá de este deslinde y crítica a las lecturas soviéticas sobre Rosa Luxemburgo, uno de los temas fundamentales que quedan desplazados en esa primera relación directa que Echeverría hacía entre estos dos personajes es el “tipo de organización conveniente a la lucha revolucionaria del proletariado”, cuestión sobre la que, en estos años, cambiará de perspectiva.

En los textos de 1970, señala que el aspecto de la organización revolucionaria, tendencialmente confrontado entre partido y espontaneísmo, era una pésima manera para encarar las tareas revolucionarias. Esto se debía a que, al partir del a priori sobre la organización o el espontaneísmo, no se consideraba que la solución radicaba en apelar a los contextos particulares de donde se desarrollará la lucha, es decir, de las cuestiones objetivas de la lucha política. No obstante, esta consideración de la determinación de los espacios y de las condiciones sobre las luchas pasa, en el texto de 1980, a pensarse como un aspecto subordinado a la lógica del desarrollo universal o mundializado del capital, así nos dirá Echeverría:

La lucha por despertar y difundir el carácter “histórico-mundial” (Marx) de la revolución comunista. Y aquí también su actividad y su discurso encontraron un postulado guía: el internacionalismo proletario no puede resultar de una coincidencia automática de los intereses proletarios en los distintos y enfrentados Estados-nacionales; debe ser levantado de manera consciente y organizada mediante una política que haga presente el alcance mundial de toda conquista comunista, incluso en las que parecen más internas, locales o nacionales de las luchas proletarias”. (Echeverría, 2017, p. 210)

Lo que, en 1970, se debatía sobre la introducción de la consciencia revolucionaria a las masas desde afuera, y se veía como parte de una teorización que obedecía a la situación concreta de cada país, para 1980 se aprecia como un falso debate en el cual la relación

entre Partido y subjetividad de las masas no cancela su espontaneísmo revolucionario:

La de Rosa Luxemburgo es, pues, una teoría de la revolución comunista que ubica en el centro la espontaneidad revolucionaria de la clase proletaria y su realización mediante la interacción dialéctica entre masas y partido. Es así una teoría que privilegia la espontaneidad sin ser “espontaneísta”: no porque sea también, en igual medida, “dirigista”, sino porque se halla en un plano que supera el de la oposición entre “espontaneísmo” y “dirigismo” (Echeverría, 2017, p. 227).

LA INSURGENCIA SINDICAL

No es casualidad que Echeverría publicara con seudónimo sus primeros textos en la revista *Solidaridad*. Para este grupo, del cual hacían parte Roberto Escudero, Adolfo Sánchez Rebolledo y Carlos Pereyra, la experiencia de dicha revista era más que un aspecto intelectual, significaba la ligazón directa con el movimiento obrero que por esos años desplegó en México una actividad importante. Específicamente, este grupo entró en contacto con la principal figura de esto que se ha dado en llamar la insurgencia sindical, Rafael Galván, desde el proceso mismo del movimiento estudiantil de 1968.

Rafael Galván fue un sindicalista, miembro del Partido Revolucionario Institucional del cual fue Senador y dirigente de la Tendencia Democrática de los trabajadores electricistas. Este personaje gozaba de una buena reputación por parte del grupo al que pertenecía Echeverría; incluso, él mismo guardó un buen recuerdo de Galván, como se muestra en una entrevista que se publicó casi un año y medio antes de su fallecimiento donde comentó lo siguiente sobre el líder sindical:

Creo que Galván era trotskista, y era un tipo bastante preparado en términos de teoría, de ideología alguien muy inteligente, y capaz de percibir y captar una gran cantidad de planteamientos teóricos.

Era muy hábil, muy inteligente el tipo, y al mismo tiempo era un cacique, como es frecuente en la realidad política mexicana. Él era como todos los líderes obreros de aquí, muy parecido en ese sentido, así que era un cacique. Entonces, tenía su manera de comportarse, de organizar de dar órdenes, de convencer, que era típica de un cacique. Todo esto, a los intelectuales nos plantea una serie de cuestiones en las que prevalece el sentido de la realidad, cuando nos hicimos la reflexión de que “Un poco de México es así, y no vamos a exigir que los jefes obreros sean jefes de puro corte democrático, o esas cosas”. Entonces comenzamos a percibir que así es como se mueve la representación política, o la identificación con el líder, en estas circunstancias, y de este modo, y aún con todas nuestras reservas y nuestras abstenciones de juicio, nos sentimos muy identificados con eso. De aquella experiencia salió una revista, *Solidaridad*, en la que Carlos Pereyra, y también yo, y muchos otros escribimos, con seudónimos. Pero ésa fue una experiencia muy interesante, hasta que vino el golpe en contra de ese movimiento de los electricistas (Echeverría, 2008-2009, p. 63).

En realidad, la revista *Solidaridad* antecedió a la experiencia que refiere Echeverría e incluso continuó su existencia más allá de la misma, pero lo interesante es cómo el filósofo ecuatoriano-mexicano se sitúa como un acompañante de este proceso.² El proceso al que se refiere Echeverría duró más allá del breve periodo en el que él publicó los textos que arriba analizamos, la experiencia de la insurgencia sindical abarcó de 1972 a 1978. Aquí surge una pregunta interesante: ¿si Echeverría ya no publicó en esta revista después de 1970, de qué

2 La importancia de la tercera época de la revista *Solidaridad*, bajo la dirección de Rafael Galván, pronto se convirtió en un parteaguas no solo de la publicación sino de dicho proceso de la insurgencia sindical. Véase el testimonio temprano de Rodolfo F. Peña (1973): “al salir a la luz su primer número de la tercera época, la época en que la revista se ha hecho más notoria y ha definido mejor su fisionomía, contaba ya con una vieja tradición y había sobrevivido, mal que bien, a los bruscos vaivenes del sindicalismo y de la política gubernamental en los años de persecución, podredumbre de las estructuras estatales (revolucionarias en su origen) y degeneración total de la prensa sindical”.

manera siguió ese acompañamiento? En un momento regresaré a contestar esta pregunta. Una cosa que se debe precisar es cuál es la característica de esta insurgencia sindical. A decir de Adolfo Sánchez Rebolledo:

La característica de la insurgencia sindical es que las luchas económicas reivindicativas adquieren inmediatamente un matiz político –debido al carácter corporativista de la estructura sindical– y en este sentido, va quedando claro que no es posible que los trabajadores defiendan sus intereses si no crean nuevas condiciones de participación democrática en los sindicatos [...]

La lucha sindical adquiere inevitablemente un carácter político en la medida en que tiene que enfrentar al Estado o que debe tomarlo como una de las partes de la ecuación, así la insurgencia sindical que no es solo por la defensa de los derechos adquiridos de los trabajadores, sino por rescatar derechos que han sido conculcados por el sindicalismo oficial. Y naturalmente que una lucha de esa envergadura habría sido imposible sin la columna vertebral de los grandes sindicatos que estaban apareciendo en la escena, en particular el Sindicato de Electricistas de la República Mexicana (STERM), cuya acción desde el principio estuvo encaminada a la democracia sindical y a la modernización de los sindicatos y transformación de los sindicatos en instrumentos más complejos para la lucha, ya no de un sindicato en particular, sino de los trabajadores de toda una rama, que es la propuesta sindical que deviene además de la experiencia histórica de los electricistas (Pensado, 2014, p. 90).

Esta radicalidad en la propuesta sindical que planteaba una confrontación con lo estatal es una medida política distinta, incluso a la independencia política y sindical que impulsaban grupos como el PCM quienes trataban de consolidar una lucha por fuera del aparato estatal. Es decir, mientras la insurgencia sindical partía

de los mismos sindicatos del Estado, el PCM planteaba un sindicalismo independiente.

Aunque Echeverría dejó de publicar en la revista *Solidaridad*, tanto Adolfo Sánchez Rebolledo como Carlos Pereyra continuaron participando en ese proyecto editorial. Poco después se les presenta la oportunidad de fundar *Punto crítico*, experiencia editorial a la cual también fue invitado Echeverría; quizá las características de la revista, la cual no solo apoyó esta experiencia sindical, sino que ofreció un espacio para los grupos estudiantiles radicales que tenían cierta simpatía con la guerrilla, aunque para ellos esa no era la vía que el movimiento debía continuar. Estas características hicieron que Echeverría se mantuviera al margen, pero no lejano de estos personajes, de este proyecto editorial y de este movimiento.

1972 a 1974 es un periodo en el cual Echeverría está consolidando su carrera académica en México, como ya se mencionó líneas arriba: trabaja como adjunto de Adolfo Sánchez Vázquez, se incorpora al mítico seminario de *El Capital*, primero en el ENAH y después en la Facultad de Economía de la UNAM. En este periodo se titula en la carrera de Filosofía de la UNAM con su trabajo sobre las tesis sobre Feuerbach. Si uno se fija de manera general en la producción de Echeverría sin acudir al contexto de su producción poco nos dicen los despliegues y las reflexiones que realiza sobre el marxismo sobre la relación que esa teorización tiene con el contexto político que está viviendo. A consideración de que en otro momento se pueda trazar de manera más fina lo siguiente, pienso que la producción teórica de Echeverría, de 1974 a 1986, se debe de leer en términos del auge del sindicalismo mexicano, como uno de los actores políticos que están consolidando a la clase obrera como un sujeto político, y su posterior derrota a partir de finales de la misma década será expresada ya en 1986, en la introducción del libro *El discurso crítico de Marx*. Grosso modo lo que en los textos que Echeverría elaborara de 1974 a 1986 estarán mediados por esclarecer el sentido de la transformación comunista, la conformación de la polarización de las clases antagónicas del capitalismo latinoamericano, las formas de lucha política de la clase obrera y la reestructuración de las fuerzas y relaciones de producción a

partir de la crisis del capitalismo y la lucha de clases en América Latina. Hay que cambiar el enfoque que hasta el momento ha predominado de las lecturas de este periodo de la obra de Echeverría como aquellas en las cuales aparece como un erudito que vino a develar los misterios de *El Capital*, sin relación con el contexto de lucha política en México. Esto es necesario porque no es solo una reflexión marxiológica la que Echeverría emprende, sino que es una teorización que trata de dotar de armas teóricas al marxismo revolucionario de su época.

Así, quizá la expresión más clara de esa ligazón de la teoría de Echeverría con el proceso de la insurgencia sindical sea a través de los nexos editoriales en los que participa. Uno de estos proyectos es *Cuadernos políticos*, que fue una publicación que trató de teorizar sobre los aspectos del marxismo ligándolos a la lucha de clases en México y América Latina. Bolívar Echeverría participó en la concepción de este proyecto y fue uno de sus principales animadores del debate entre el consejo editorial. El hecho de que su nombre no aparezca en los primeros números se debe, como se ha señalado por otros estudiosos, a cierta precaución por no tener en esos momentos la nacionalidad mexicana.

Hay varios ecos comunicantes entre las tres revistas que hemos estado mencionado a lo largo de este texto *Solidaridad*, *Punto crítico* y *Cuadernos políticos*, estos ecos son el énfasis en la lucha de clases en México y América Latina, especialmente la resistencia chilena a la dictadura de Augusto Pinochet, hay una gran difusión de los postulados del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en la clandestinidad, la caracterización del capitalismo latinoamericano y la importancia de la lucha sindical como el centro de la política revolucionaria en México.

Incluso hay un diálogo interesante entre estas tres publicaciones. Podemos señalar como un primer punto que tanto *Punto crítico* como *Cuadernos políticos* se sitúan como interlocutores de la revista *Solidaridad* y del movimiento del que es parte. No es casualidad que en su primer número *Punto crítico* presente una entrevista con Rafael Galván. También a lo largo de la existencia de *Cuadernos políticos* hay

varios textos que polemizan con las tesis y el sentido de la lucha de *Solidaridad* y el papel de los electricistas en la lucha de clases.³

Un segundo punto que podemos señalar es que no es casualidad que varios de los miembros del comité editorial de *Cuadernos políticos* hayan participado en las otras dos revistas ya mencionadas, a saber, Bolívar Echeverría, Adolfo Sánchez Rebolledo, Carlos Pereyra. Esta relación cobra más sentido si atendemos a la relación tan directa que Echeverría establece entre los dos proyectos editoriales:

Lo de *Cuadernos políticos* es interesante, porque aparece como la versión ya político-teórica ampliada de lo que en principio había sido el intento de TASE. Es, digamos, la versión teórica de *Punto crítico*. Porque *Punto crítico* era la revista de combate, y en cambio, nosotros pensábamos que por encima de ese nivel era necesario un nivel de reflexión propiamente dicho, un nivel teórico. Esa es la razón por la que surge *Cuadernos políticos*. Desde luego, muy militante, en la línea revolucionaria de *Punto crítico*, pero al mismo muy con la idea de que es necesario pensar las cosas, y traer ideas de acá y de allá, para someter a discusión los planteamientos políticos, algo que se logra muy poco (Echeverría, 2008-2009, p. 67).

Estas expectativas de la lucha revolucionaria que pasaban por la experiencia de la insurgencia obrera se truncaron debido a la represión en 1976, durante la cual las oficinas de los sindicalistas dirigidos por Galván, fueron allanadas por los militares y, posteriormente, un año después, ya bajo el agrupamiento del Movimiento Sindical Revolucionario (MSR), fueron nuevamente reprimidos por el ejército, mientras realizaban un mitin en el Zócalo de la ciudad de México, esto llevó a la derrota de esta opción política. Esta derrota fue consignada

3 Dos ejemplos de esto son los textos de José Blanco (1973), una reseña crítica del libro *Insurgencia obrera y nacionalismo revolucionario* y el texto de Alejandro Álvarez y Elena Sandoval (1975) sobre el desarrollo industrial y la clase obrera en México. Para un recuento pormenorizado de los textos de Cuadernos Políticos que se relacionan con esta experiencia obrera, véase Gómez, 2018, p. 135.

y discutida en las páginas de *Cuadernos Políticos* a la luz del proceso de la reforma política, postura que no compartían.⁴ En el caso de Bolívar Echeverría, esta derrota significó no solo un ajuste de cuentas con una visión que tenía sobre la manera en la cual podía avanzarse en la radicalización del movimiento obrero revolucionario, sino que esta derrota marcó el fin de la “actualidad de la revolución” en México (Echeverría, 1998).⁵ Esto quedó expresado en su texto de 1983, titulado “En la hora de la barbarie” y publicado como prólogo al libro de *El discurso crítico de Marx* (1986), ahí podemos leer, luego de la especificidad de la triada “comunismo-izquierda-marxismo”, basada en un proyecto de transformación radical de la sociedad, está en crisis:

En primer lugar, el abigarrado panorama de brotes de impugnación del sistema no puede ser ya descrito como una simple modificación de la misma figura histórica de la izquierda. Muchas de esas rebeldías son, más que extrañas entre sí, enconadamente hostiles las unas a las otras. La “clase obrera industrial”, por su lado, al mismo tiempo que ha dejado de ser la portadora del proyecto comunista de una contra-historia contemporánea, ha perdido también la capacidad de ofrecer un plano homogéneo de acción a los demás sujetos de la rebeldía, y de ser así su representante (Echeverría, 2017, p. 20).

Luego de la derrota de la insurgencia sindical y de la muerte de Rafael Galván parte de estos intelectuales Rolando Cordera, Adolfo Sánchez Rebolledo y Carlos Pereyra fundan el Movimiento Acción Popular (MAP), lo cual implicó también un cambio en su postura sobre la

4 Véase el trabajo de Olivia Gómez, 2018, pp. 157-158.

5 Al respecto opinaba Echeverría (2008-2009, p. 60), sobre la consideración que en la década de los sesenta y setenta tenía sobre el movimiento obrero: “y entonces buscaba uno todos los elementos, las posibilidades de esta revolución, y veía que el movimiento obrero estaba ahí, que era fuerte, que tenía incluso cierta tradición de luchas, y le contaban a uno el movimiento de los maestros, el de los ferrocarrileros, y todo eso, y uno decía ‘tal vez, el problema está simplemente en romper los elementos de sujeción de esta clase obrera’, la que entonces saltaría maravillosamente a cumplir su misión histórica, digámoslo así. Eso pensábamos en esa época y es la primera impresión”.

Reforma política de 1977 y que tiene que ver también con el momento de unidad de las izquierdas que fomenta el PCM y que se consolidará con la creación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM). En este lapso que va de 1981 a 1989, se puede decir que si bien Echeverría sigue compartiendo el espacio editorial con sus compañeros, ya no comparte las líneas políticas que estos sustentaban. En este sentido, las discusiones que se dan alrededor de su libro *El discurso teórico de Marx* también hay que tratar de bajarlas a este contexto. Por ejemplo, la reconstrucción que Jaime Ortega (2018) realiza de buena manera sobre la polémica de Echeverría con Carlos Pereyra se puede ver también como un deslinde de las posiciones políticas que están a debate en los años ochenta y que para Echeverría no son opción, una de ellas y que es la que quisiera señalar es el aspecto de lo nacional.

Recordemos que después de la derrota de la insurgencia sindical y de la creación del MSR, esta tendencia se abre a pensar con un mayor peso el tema de lo nacional como una característica primordial de la línea que debe trazar la táctica política. Pero también, la experiencia que ya no acompaña Echeverría del MAP tenía en su centro la consideración sobre lo nacional. Esta consideración de lo nacional tiene una visión de mayor alcance en el proyecto del PSUM, que si bien, no fue una empresa directa de los integrantes del MAP, fue el proyecto que cobijó a los Partidos y organizaciones que optaron por la unidad de las izquierdas. La cuestión de lo nacional en el PSUM estaba mediada por la consideración nacional del socialismo y del papel de las clases populares en el mismo. Además de una defensa de la soberanía nacional que ponía en el centro la necesidad de la lucha por lo estatal.

La crítica a lo nacional en Echeverría aparece como hemos visto siempre ligado a la táctica revolucionaria, y aunque en un momento temprano fue considerado un lugar para el despliegue de la política, esto como hemos visto cambió en su concepción del marxismo desde principios de los años setenta pero para la década de los ochenta se impugnará totalmente como pues en su relación con lo estatal, la nación queda subsumida a la empresa del capital, por ello

como señala Jaime Ortega (2018), en Echeverría queda cancelada la posibilidad de establecer una política nacional-popular.

A MODO DE CONCLUSIÓN: SOBREVIVIR A LOS OCHENTA

La década de los ochenta no fue generosa con esta tendencia con la que convergió Bolívar Echeverría en sus primeros años y de la que fue separándose después de su derrota y con los sucesos de la década de los ochenta en la cual la muerte de Rafael Galván a inicios de esa década, la reconfiguración de la política mexicana con la irrupción de la unidad de las izquierdas, y el cierre en 1987 de *Punto crítico* y en 1989 de *Cuadernos políticos*, dieron fin a una época en que la actualidad de la revolución quedó como una idea de un momento de la historia de la izquierda mexicana.

La fuerte manera con la que Echeverría condenó en distintos momentos esta etapa de la historia de la izquierda mexicana que él acompañó en su momento quizá sea también motivo por el cual no se ha reparado en estos temas. No obstante, me parece que fue esta experiencia lo que marcó la productividad para el despliegue de un marxismo fresco y renovador en México. Al final esa censura sobre lo nacional ligado a la estatalidad, motivará en él a la comprensión de la cultura mexicana disruptiva, desmesurada y barroca que parece sabotear la *empresa capitalista*. Después de la derrota hubo que sobrevivir.

BIBLIOGRAFÍA

Echeverría, Bolívar (1964). De la posibilidad de cambio. *Pucuna*, (5), 3-6.

Echeverría, Bolívar (1965). De la posibilidad de cambio. *Pucuna*, (6), 26-33.

Echeverría, Bolívar (15 de mayo de 1969). Rosa Luxemburgo en el primer cincuentenario de su sacrificio. *Solidaridad*, (4), 32-4.

Echeverría, Bolívar (15 de noviembre de 1969). ¿Qué significa Revolución? *Solidaridad*, (10), 40-1.

Echeverría, Bolívar (15 de enero de 1970). ¿Qué significa Revolución? *Solidaridad*, (12), 29-30.

Echeverría, Bolívar (15 de febrero de 1970). Lenin y Rosa Luxemburgo. *Solidaridad*, (14), Tercera época, 39-40.

Echeverría, Bolívar (28 de febrero de 1970). Lenin y Rosa Luxemburgo. *Solidaridad*, (15), Tercera época, 35-37.

Echeverría, Bolívar (30 abril de 1970). El primer centenario del nacimiento de Vladimir Illich Uliánov. *Solidaridad*, (19), Tercera época, 29-30.

Echeverría, Bolívar (2008-2009). La revolución del 68 en México. Entrevista con Bolívar Echeverría. *ContraHistorias*, (11), 59-72.

Echeverría, Bolívar (2013). Sobre la muerte del Che Guevara. *Calibán*, Año 0, (0), 25-32.

Echeverría, Bolívar (2017). *El discurso crítico de Marx*. México, ERA.

Ehrenreich, Barbara y Ehrenreich, John (1969). *Itinerario de la rebelión juvenil*. México D.F.: Editorial Nuestro Tiempo.

Gandler, Stefan (2015). *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*. México D.F.: FCE/UNAM/ Universidad Autónoma de Querétaro.

Garzon B., Juan (1974). *Carlos Marx: ontología y revolución*. México D.F.: Grijalbo.

Gómez, Olivia (2018). *Cuadernos Políticos: debates coyunturales a partir de una izquierda marxista no ortodoxa (1974-1990)* [Tesis doctorado]. El Colegio de México.

Ortega Reyna, Jaime (2018). Un punto ciego en la crítica de la economía política: el debate Carlos Pereyra-Bolívar Echeverría. *Estudios políticos (México)*, (43), 63-81. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16162018000100063&lng=es&tlng=es

Peña, Rodolfo F. (1973). Prólogo. En *Insurgencia obrera y nacionalismo revolucionario*. México D.F.: Ediciones El Caballito.

Revueltas, José (1987). *Las evocaciones requeridas II*. México D.F.: ERA.

COMBATES DADOS Y POR DARSE

A LA IZQUIERDA DEL PADRE

LA REVITALIZACIÓN DEL MARXISMO ECUATORIANO EN LOS SESENTA-SETENTA¹

Sofía Lanchimba Velástegui

La revitalización del marxismo ecuatoriano en los sesenta-setenta está engarzada con la radicalización de las izquierdas de la época, que se situaban a la izquierda del Partido Socialista y el Partido Comunista y cuyo motor era la revolución.² Si el Partido Comunista -fundado en 1926- y el Partido Socialista -fundado cinco años después- habían abandonado el proyecto revolucionario, estos nuevos militantes e intelectuales parricidas se propusieron resucitarlo. Lo mismo pasaba en otras latitudes latinoamericanas tras la Revolución Cubana (1959) y en medio de la reacción conservadora vía dictaduras.

La radicalización incluyó la creación de nuevas organizaciones partidarias, una militancia joven que emprendió una relectura de los clásicos marxistas, la circulación de una literatura renovada y latinoamericanista. La necesidad era apremiante, definir la formación social ecuatoriana, comprender la realidad para bosquejar y discutir

1 Este trabajo forma parte de una investigación doctoral en curso.

2 Aquí se considera a los sesenta y setenta como décadas que forman una misma época, como lo propone Claudia Gilman (2003).

las vías de la transformación, es decir, el carácter de la revolución en Ecuador.

El vigor que cobró el marxismo en los sesenta, y sobre todo en los setenta, se produce por tres vías. Como arma política para la acción, V. I. Lenin a través del *¿Qué hacer?* guiará a los militantes revolucionarios. Como herramienta de interpretación de la realidad, cobrará forma en una versión ecuatoriana de la teoría de la dependencia. Y como instrumental teórico será parte de la formación de las ciencias sociales y disputará un lugar por derecho propio en la vida académica, especialmente estará ligada a la formación de la Sociología.

El marxismo transita, entonces, los caminos de la organización política y los de la producción intelectual. La influencia corre por dos lados: V. I. Lenin y Louis Althusser. Mientras Lenin marcaba las líneas organizativas, Althusser planteaba la teorización como una práctica productiva. De manera esquemática, podríamos decir que, gracias a Lenin, se desarrollaron las organizaciones políticas y gracias a Althusser, las ciencias sociales. Sin embargo, tanto la práctica política y como la intelectual estaban, para entonces, engarzadas y respondían a una misma preocupación: la revolución. De la definición intelectual del carácter de la formación social ecuatoriana, se derivarían las tareas políticas.

No faltaron las lecturas dogmáticas que recibieron muchos de estos textos como catecismo y revelación de la *verdad última*. Ni aquellas que despleaban un marxismo mecanicista de la estructura y de la superestructura. A pesar de ello, la revitalización tanto por la vía política como por la producción intelectual va a ser muy fructífera.

EL MARXISMO COMO ARMA POLÍTICA PARA LA ACCIÓN

“[...] el marxismo sí me enseña a luchar, a tener una conciencia de clase, a entender mi posición en este mundo y a entender por qué se lucha, las otras teorías o los otros pensamientos sean fronterizos o no, o sean de gran envergadura teórica o no, no me dan el alma para decir luchemos por esto”

(Entrevistado 6, comunicación personal, 16 de julio de 2019)

La crisis del banano que se produce a finales de la década del cincuenta va a generar una situación de pobreza extrema urbana y rural, crecen los cinturones de miseria, especialmente en Guayaquil. El descontento general de la población se hace evidente en Portoviejo en mayo de 1959 y unos días después en Guayaquil. La respuesta del gobierno, regido por el entonces presidente socialcristiano Camilo Ponce Enríquez, fue la brutal represión. Bajo la orden de *tirar a matar* se produjo una masacre -entre 600 y 800 muertos- silenciada en la memoria colectiva. Ese mismo año, se había producido la revolución cubana y en varios lugares de Latinoamérica se encendían los ánimos revolucionarios.

El temor a la propagación revolucionaria junto a la crisis del modelo exportador exigía reformas inmediatas que se traducen en un proceso de modernización. Este empuja movimientos migratorios del campo a la ciudad que van a nutrir las periferias de las ciudades en busca de empleo. Al mismo tiempo, la industrialización textil abre posibilidades para el crecimiento de los sindicatos obreros.

Durante la década de los setenta, el movimiento sindical crece, se radicaliza a la izquierda y emprende un proceso de unidad que dará lugar a las más importantes huelgas entre 1975 y 1983. Estas son las condiciones de posibilidad que abren un horizonte de expansión para el marxismo, ahí estaba la materia prima de la revolución. A su vez, el marxismo, capaz de articular teóricamente la sensación de injusticia que se vivía en aquellos años, ofrece una explicación y una forma de enfrentarla: la estrategia y la organización política.

El *¿Qué hacer?* se convirtió en la guía más importante de esos años y marcará una influencia sobre la forma de entender la política y el papel que juegan los partidos, los sindicatos y la clase obrera. La formación de una estructura clandestina, selecta y organizada bajo el concepto de centralismo democrático va a moldear una cierta cultura política militante.

El crecimiento de las organizaciones de izquierda de la época y la acción huelguística de esos años se debe en gran medida a la forma

organizativa y a la ética militante. Por un lado, el partido en tanto estructura organizativa es el vehículo que articula el deseo de lucha y por otro, la ética militante marcada por la entrega y el sacrificio va a condensar las energías de cambio.

Formación y estructura estaban entrelazadas en el funcionamiento de las células, ahí se estudiaba el marxismo y se definían las tareas revolucionarias. El marxismo como herramienta política encarnará el afán de intervención sobre la comprensión de elementos políticos de la coyuntura. Emprender análisis políticos sobre la correlación de fuerzas tendrá como fin establecer la dirección política. Son años marcados por una importante agencia de los sujetos para intervenir en el curso de la historia.

Lenin provee del instrumental organizativo a una generación convencida de que “la revolución estaba a la vuelta de la esquina”, la esperanza de que el futuro sería mejor y que ellos podrían hacerlo posible.

EL MARXISMO COMO HERRAMIENTA DE INTERPRETACIÓN DE LA REALIDAD: LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA VERSIÓN ECUADOR

La influencia de Althusser y la teoría de la dependencia van a empujar una producción propia. Por un lado, Althusser bosqueja a la teoría como una práctica productiva. Es decir, el marxismo como un instrumental teórico que puede ser usado en diferentes realidades y aplicado para interpretar los datos. Por otro, el descubrimiento de la teoría de la dependencia como la teoría marxista latinoamericana más importante de la época va a ofrecer ejemplos puntuales sobre cómo se aplican elementos interpretativos a Latinoamérica.

Se trata de un marxismo heterodoxo que instala un anclaje y una mirada en América Latina y al mismo tiempo empuja una producción intelectual propia. La teoría de la dependencia, además, puede ser considerada como la expresión intelectual de la radicalización de los sesenta y setenta. La disputa política que se daba en la organización, las huelgas y en las calles también tenía una dimensión cultural: un conjunto de intelectuales que se encargaron de proveer de una teoría a las organizaciones de izquierda.

Hay dos vertientes de la teoría de la dependencia: la versión cepalina-desarrollista y otra de cuño marxista. Esta última puede ser apreciada como la muestra de un marxismo aclimatado que había echado raíces. Conjuga marxismo, latinoamericanismo y la urgencia por intervenir y guiar los procesos políticos. El carácter latinoamericano también acompaña la trayectoria que van haciendo sus autores guiados por el termómetro político y el exilio. La dictadura de 1964 en Brasil los obliga a exiliarse. Chile, el nuevo espacio de acogida y de práctica política, también los expulsará cuando llegue una nueva dictadura en 1973. México, siguiendo una larga tradición de recepción de exiliados, les ofrecerá las condiciones para desarrollar sus proyectos intelectuales que cobrarán una relevancia central.

Algunos de los autores más importantes son Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Celso Furtado, André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra y Theotonio Dos Santos. Quienes se guiaban por la premisa de que era necesario, y posible, llevar adelante una transformación radical de la realidad en que se vivía. La revolución cubana y la vía chilena al socialismo eran faros que alumbraban los impulsos revolucionarios.

Tanto por la vía de Althusser como de la teoría de la dependencia se promueve el estudio de *El Capital*. Ruy Mauro Marini, uno de los exponentes principales de la teoría de la dependencia de carácter marxista, por ejemplo, ubica el paso de la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa para explicar el intercambio desigual y el carácter dependiente de la región. Lo que deriva en una posición antiimperialista y anticolonial.

Las contribuciones de este cuerpo teórico son varias: análisis crítico del intercambio desigual y dependiente en el sistema-mundo capitalista, lugar histórico ocupado por América Latina en el proceso de acumulación mundial, la función del Estado como instrumento de poder de clase, los acuerdos entre las burguesías nacionales y el capital extranjero (inexistencia de un interés nacional). En suma, trazar la estrecha relación entre desarrollo y subdesarrollo.

El mayor aporte fue el análisis de la dimensión capitalista de la estructura productiva latinoamericana y de su combinación con

las formas pre-capitalistas. Recordemos que, para entonces, había quienes sostenían que el subdesarrollado de Latinoamérica se debía a que se encontraba en una fase feudal del desarrollo de sus fuerzas productivas -sobre todo los Partidos Comunistas. Por tanto, las implicaciones políticas derivaban en la revolución por etapas: primero la revolución democrático-burguesa y posteriormente la socialista. Asimismo, se planteaba una alianza con fracciones burguesas -consideradas progresistas- para lograrlo. “La estrategia reformista, hegemónica en el movimiento popular; apunta hacia una alianza con una hipotética “burguesía nacional, antifeudal y antimperialista, y que en la presente etapa se alinearía junto a las fuerzas del pueblo” (Velasco Abad, 1983, p. 95).

La teoría de la dependencia, por el contrario, afirmaba que las etapas socioeconómicas por las que pasó Latinoamérica no fueron idénticas a las europeas. La desigualdad regional y la miseria del campesinado se debe al carácter particular que el capitalismo asumió en América Latina y el papel que esta jugaba para sostener el proceso de acumulación en Europa. La situación de dependencia que se vivía desde la colonia fue reconfigurándose y persistiendo a lo largo de la historia latinoamericana.

En esa misma línea de reflexión, en la producción capitalista, los países latinoamericanos están forzados a la dependencia y al sometimiento al poder económico, político y militar del imperialismo. Por ello, solo las medidas anticapitalistas en un proceso socialista revolucionario pueden solucionar el problema agrario, combatir el subdesarrollo y emprender un desarrollo social y económico. El único camino para superar la dominación del imperialismo norteamericano y la hegemonía de las multinacionales es romper con el sistema capitalista. Otra de las discusiones importantes para la época está ligada con el carácter del campesinado latinoamericano y sus distancias con el modelo europeo. Entender las particularidades de las sociedades latinoamericanas deriva, necesariamente, en un antiimperialismo.

La teoría de la dependencia constituye una forma creativa en las formas de recepción, apropiación y producción de las ideas propias. En Ecuador, ejerció una importante influencia en la escuela

de Sociología en los setenta, enriqueciendo el debate agrario ligado a la formación social ecuatoriana, sin embargo, como señala Cueva tuvo ecos tardíos y esporádicos.

“[...] al no existir en el Ecuador de los años cincuenta un proyecto nacional burgués de pretensiones autonomistas, era difícil que se desarrollara por simple influencia exterior una corriente “dependentista” (expresión a veces marxizante de los sectores nacionalistas frustrados y radicalizados). Esta corriente sólo tendrá, por eso, ecos esporádicos y tardíos entre nosotros, muchas veces como vías de transición de ciertos sectores cristianos hacia posiciones de avanzada” (Cueva, 1976, p. 29)

No se puede hablar de una corriente ecuatoriana dependentista aunque haya influido a toda una generación de pensadores. Destaca, a pesar de todo, la figura de Fernando Velasco Abad. “El Conejo” como era conocido, en tanto intelectual y militante, emprende la tarea de investigar la realidad ecuatoriana con el instrumental de la teoría de la dependencia. Sus preocupaciones están recogidas fundamentalmente en cuatro textos: *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, *Reforma Agraria y movimiento campesino indígena de la sierra*, *La dependencia, el imperialismo y las empresas transnacionales* y *Una mirada al Ecuador desde 1975*. Algunos coidearios de Velasco, militantes del Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT), desplegaron también una importante obra acerca de los estudios agrarios.

A lo largo de sus textos va usando autores marxistas y teóricos de la dependencia para definir las principales categorías y elaborar hipótesis interpretativas. Autores como Marx, Lenin, Kautsky, Mao Tse-tung, Althusser, Poulantzas, Mandel, Gramsci, Mariátegui, Prebisch, Cardoso, Faletto, Dos Santos, Frank, Furtado, Marini recorren el trabajo de Velasco. Aunque Cueva haya sido uno de los más férreos críticos de la teoría de la dependencia, la obra de Velasco asume la tarea que este había enunciado “[...] la de aprender el marxismo y

aplicarlo consecuentemente al estudio concreto de una realidad concreta” (Cueva, 1976, p. 32).

En *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, escrito como su tesis de grado, aborda el proceso de la formación económica del Ecuador y presenta una nueva interpretación sobre la historia ecuatoriana. Constituye un trabajo pionero del pensamiento social y una mirada general gracias al enfoque histórico-estructural que aplica. La teoría de la dependencia es la base teórica para sus planteamientos.

Para empezar su reflexión sobre la formación social, usa la definición dada por Poulantzas, es decir: “constituye una unidad compleja con predominio de cierto modo de producción sobre los otros que la componen” (Poulantzas, 1969, p. 6). Esta definición le permitirá romper con aquellos que situaban a Ecuador en una fase feudal dada la presencia de elementos precapitalistas. Velasco afirma que la sociedad ecuatoriana es predominantemente capitalista desde la Revolución Liberal (1895), sin embargo, se trata de un desarrollo capitalista determinado por una situación de dependencia. En la Sierra, en el sector agrario que produce para el mercado interno, seguían predominando las relaciones precapitalistas de producción.

[...] a través de toda la historia existió un modo de producción capitalista, dominante, y que ha conferido especificidad a la formación social vigente. El hecho fundamental, que a nuestro juicio confiere un carácter capitalista a la sociedad, es el de que la producción se realiza para el mercado y no para el consumo interno de las unidades productivas (Velasco Abad, 1990, p. 118).

Si bien Ecuador es predominantemente capitalista, al igual que otras sociedades latinoamericanas, mantiene rasgos propios del capitalismo dependiente. La situación de dependencia es “un hecho que afecta estructuralmente a la sociedad y no como un simple marco externo que obstaculiza el desarrollo de un capitalismo nacional” (Velasco Abad, 2019, p. 293). Es decir, la situación de dependencia afecta

directamente el desarrollo económico y social del Ecuador. No es un factor externo como lo planteaba el Partido Comunista.

El hilo conductor de su análisis serán las relaciones de dependencia que ligan a Ecuador con el mercado mundial. Inspirándose en la teoría de la dependencia va planteando hipótesis sobre las diferentes etapas del proceso socioeconómico, cómo se fueron estableciendo y renovando los vínculos de dependencia en la Colonia y la vida republicana y cierra con los límites a la industrialización que se da en los setenta y la forma en la que el petróleo iba a reforzar el modelo.

La dependencia a través de la configuración de una economía abierta e integrada al sistema capitalista mundial y la división internacional del trabajo empieza desde la colonia.

El primer efecto de este hecho ha sido el secular drenaje de plusvalía que a través de múltiples canales es succionada hasta el último rincón del país y conducida a los centros del imperialismo. El segundo efecto es la imposibilidad de industrialización en tanto rigen las condiciones de división internacional del trabajo establecidas a partir de la Revolución Industrial (Velasco Abad, 2019, p. 293).

En otras palabras, los límites del capitalismo dependiente impiden el desarrollo. Lo que fue presenciado en la década de los ochenta en un proceso de desindustrialización y reforzamiento del modelo primario-exportador a través del petróleo y del que no hemos salido.

[...] el desarrollo capitalista-dependiente se torna históricamente freno para el desarrollo social, mucho antes de que las fuerzas productivas alcancen un nivel tal que permita el paso al socialismo. No son, entonces, rezagos feudales que borrar ni tampoco un cerco externo que se debe superar. El problema es más de fondo y atañe a una estructura que debe ser globalmente superada pero que, paradójicamente, aún no crea –ni tampoco puede crear– las condiciones materiales que

permitan el establecimiento de un sistema social más avanzado (Velasco Abad, 2019, p. 302).

En la colonia Velasco, ubica dos pactos que van asignando las especializaciones productivas en la región. En el primero que va del siglo XVI al XVII, la Corona española establece una estructura comercial que asegure la extracción de metales. En este momento, la región altooperuana que posee minas de plata se convierte en el eje. La real Audiencia de Quito como zona periférica se especializa, entonces, en la producción textil dinamizada por la demanda de los centros mineros. Cuando esta estructura entra en crisis, se desarrolla un nuevo pacto colonial configurado, nuevamente, en función de los intereses metropolitanos. La economía local se desplaza de la producción textil a la agropecuaria y se consolida el latifundio. La real audiencia de Quito se convierte en una economía exportadora de un producto tropical. Este será el signo de modelo de desarrollo capitalista y dependiente predominante en Ecuador.

La incorporación de Ecuador al mercado mundial se produce a fines del siglo XIX durante el auge cacaotero cuando se posibilita una mínima integración regional a través de la construcción del ferrocarril del Sur.

El país, de esta manera, se integra plenamente al sistema capitalista mundial. La expansión de las exportaciones ha permitido monetizar la considerable masa de utilidades posibles, pero al mismo tiempo ha sellado la dependencia nacional [...] registrará sin discusión el llamado modelo de crecimiento hacia afuera (Velasco Abad, 1990, p. 120).

A pesar de una precaria integración inicial, para los setenta seguía siendo necesario la estructuración de un sistema político consolidado. Las burguesías comerciales no habían impulsado esa integración, ni una posición predominante frente a los terratenientes para asegurar la expansión comercial del cacao. La relación entre grupos y clases sociales en torno a sus intereses y valores son las que marcan el tipo

de desarrollo, su “[...] oposición, conciliación o superación da vida al sistema socioeconómico. La estructura social y política se va modificando en la medida en que distintas clases y grupos sociales logran imponer sus intereses, su fuerza y su dominación al conjunto de la sociedad” (Cardoso, Henrique y Faletto, Enzo, 1977, p. 10).

Sin embargo, hasta inicios de los setenta “ni los núcleos comerciales ni los terratenientes semiindustriales habían logrado un nivel de desarrollo objetivo que les permitiese imponer su modelo de desarrollo librecambista o proteccionista, respetivamente” (Velasco Abad, Fernando, 1990, p. 108).

El modelo de crecimiento hacia afuera va a marcar una vulnerabilidad de la economía ecuatoriana, pues, sus ventajas comparativas, la existencia de tierras fértiles y mano de obra barata, eran condiciones fáciles de encontrar en otros lugares del mundo. Además, no se va a estimular un proceso de absorción de tecnología y de incremento de la productividad. Lo que condujo a una acentuación de las ventajas comparativas y la superexplotación de la mano de obra.

En su conjunto, el desarrollo capitalista dependiente se ha caracterizado por su incapacidad para absorber en un marco de relaciones capitalistas al conjunto de la población. De esta suerte, no solo que se han mantenido las zonas precapitalistas, sino que además aparecen y se desarrollan los denominados “sectores marginales urbanos”, esto es, grupos de subempleados cuyo volumen e importancia es creciente. Hay que aclarar que, de ninguna manera esto se debe a la falta de desarrollo capitalista, sino que, como se verá, es precisamente una característica del desarrollo capitalista-dependiente, incluso en su fase industrial (Velasco Abad, 1990, pp. 293-294).

Durante la década del setenta, Velasco ya puede observar que la industrialización es incapaz de absorber la mano de obra que aparece producto de la migración del campo a la ciudad, luego de la implementación de las reformas agrarias de 1964 y 1973 que proletarizaron a los campesinos.

La lectura que Velasco tiene sobre el campesinado es novedosa para la época y va erigiendo un puente con lo que sucederá en la década de los noventa. Por un lado, reconoce su importancia política como la mayor fuerza social entre las clases dominadas y la importancia de discutir su papel en el proceso revolucionario, algo que la mayoría de las izquierdas había obviado hasta ese momento. Históricamente por estar ligado a relaciones precapitalistas su principal enemigo eran los terratenientes. Sin embargo, con las reformas agrarias del sesenta y setenta “[...] el desarrollo capitalista está descomponiendo las relaciones precapitalistas en el campo y estableciendo nuevas estratificaciones al interior del campesinado” (Velasco Abad, 2019, p. 296). Por otro lado, tempranamente, reconoce la especificidad de la identidad étnica y el reforzamiento de la explotación a través de este tipo de dominación.

La discriminación racial es, en última instancia, un rezago ideológico feudal que perdura como mecanismo de reforzamiento de la explotación de los terratenientes y para permitir, además, la presencia de un grupo parásito de intermediadores –comerciantes, chicheros, tenderos, etc.–, especie de lumpen-pequeña burguesía rural. Esa dominación racial hace que este grupo tenga a corto plazo un mayor potencial de movilización. Sin embargo, quedarse en lo puramente racial rompe con cualquier perspectiva de clase, y por tanto, acaba por inmovilizar finalmente al grupo (Velasco Abad, 2019, p. 297).

La caracterización de Velasco parece profética del ciclo de movilización que se abrirá en Ecuador en los noventa y cuyo protagonista ha sido el movimiento indígena-campesino.

La definición de formación social ecuatoriana le permite a Velasco ubicar al enemigo. “Esta burguesía monopólica-dependiente que se está constituyendo es, entonces, el enemigo principal de las clases trabajadoras del Ecuador” (Velasco Abad, 2019, p. 296). Así como también las alianzas, “[...] bloque básico de clases y grupos [...]:

las clases trabajadoras, los empleados, los grupos de intelectuales, clero, militares progresistas, e incluso los empresarios medios que tienen un carácter nacionalista” (Velasco Abad, 2019, p. 303).

A su juicio, el capitalismo dependiente y sus límites para el desarrollo de las fuerzas productivas explica por qué no se ha desarrollado en Ecuador una alternativa revolucionaria.

El hecho de que pese a la larga y virulenta crítica realizada a la línea del PC (Partido Comunista) no haya surgido una estrategia política alternativa, revela la inexistencia de condiciones objetivas para el desarrollo de una línea que no sea una variante más del planteamiento antifeudal, antioligárquico y antiimperialista (Velasco Abad, 2019, p. 305).

En estas condiciones, Velasco reconoce la imposibilidad de una revolución socialista en esos momentos y la necesidad de una fase de transición al socialismo. Por tanto, para él se trata de una revolución popular, democrática y nacionalista en la que estén articulados los intereses de las clases no hegemónicas.

Consecuentemente, el programa revolucionario supondría los siguientes puntos básicos:

- a. Reforma agraria.
- b. Pleno control nacional sobre todos nuestros recursos naturales.
- c. Nacionalización del comercio exterior.
- d. Reorientación del proceso de industrialización, controlando la penetración del capital y de la tecnología extranjeras, creando un sector nacional de industria pesada con decisiva participación estatal, y el establecimiento de líneas prioritarias de asignación de recursos para los sectores prioritarios de la industria.
- e. Redistribución del ingreso y elevamiento del nivel real de vida del pueblo.

f. Movilización y participación popular en las tareas gubernamentales y establecimiento de formas de control de los trabajadores sobre la producción como base de una nueva democracia.

g. Eliminación de todas aquellas agencias de penetración ideológica, control y espionaje que el imperialismo ha plantado en el país (Velasco Abad, 2019, p. 303).

Las críticas más importantes, para la teoría de la dependencia en general, provinieron de Agustín Cueva para quien la teoría desarrollaba un esquema simplista y mecánico, un análisis en el que la lucha de clases está ausente y otorga una dimensión determinística a la dependencia internacional. No obstante, años después, respecto del mismo trabajo de Velasco reconocía el esfuerzo por aplicar una interpretación de carácter general.

EL MARXISMO EN LA FORMACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

La renovación en las ciencias sociales con una influencia marxista se produce de la mano de un proceso de modernización cultural. Gracias a las redes militantes e intelectuales, que todavía es necesario explorar, circulan ideas, obras, militantes e intelectuales en torno a las preocupaciones de la época.

Los libros que circulaban en las células militantes como en las aulas pueden agruparse en cuatro temáticas: clásicos marxistas, literatura para fomentar una ética revolucionaria, revolución latinoamericana y manuales de origen soviético y chino.

Entre los clásicos marxistas que circulaban están el *Manifiesto Comunista* (Karl Marx y Friedrich Engels), *¿Qué hacer?* (V. I. Lenin), *El Estado y la Revolución* (V. I. Lenin), *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo* (V. I. Lenin), *Las cinco tesis filosóficas* (Mao Tse Tung) y *Libro Rojo* (Mao Tse Tung).

Para la formación de una cultura y ética revolucionaria se prefiere la literatura. Libros como *Así se templó el acero* de Nikolái Ostrovski, *La madre* de Máximo Gorki, *Lo que todo revolucionario*

debe saber sobre la represión de Victor Serge y las biografías de varios revolucionarios.

Uno de los signos de la época es la expresión de un fuerte latinoamericanismo. Circulan documentos desde Cuba, Centroamérica y el Cono Sur: escritos de Fidel Castro, El Che Guevara, los tupamaros, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) o las experiencias centroamericanas.

A diferencia de los libros arriba mencionados, *El Capital* tiene una lectura más reducida y se convertirá en una herramienta central para la interpretación de la realidad ecuatoriana. A este se llega por dos vías: una lectura mediada por Althusser -y Martha Harnecker- y otra por la teoría de la dependencia.

La Escuela de Sociología de la Universidad Central se convirtió en un espacio en el que simultáneamente se producían obras y debates sobre la realidad ecuatoriana, confluían militantes de diversas organizaciones y se convertía, extraoficialmente, en un espacio de formación de cuadros. Recordemos que, Agustín Cueva, una de las figuras más importantes del marxismo ecuatoriano, fue director de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas entre 1967 y 1970, años en que adquiere una autonomía institucional. Entre sus profesores estaban Fernando Velasco Abad, Alejandro Moreano, Rafael Quintero y Gonzalo Abad Ortiz -que en 1975 fundó FLACSO- quienes estaban produciendo pensamiento sobre Ecuador. A ellos se sumaron, por periodos de tiempo diversos, los chilenos Enzo Mella, Fernando Ossandon y Francisco Vergara, además, el argentino Arturo Andrés Roig, exiliados por las dictaduras del Cono Sur.

Entre las materias que se impartían estaban economía política y materialismo histórico. El enlace entre la escuela de Sociología y las organizaciones de izquierda guía el desarrollo de la producción académica. Estas últimas, en palabras de uno de sus directores, “han tratado de someter a la crítica los contenidos y estructuración de los planes de estudio en el objetivo de que se imparta en nuestro centro académico un pensamiento avanzado y de que se confirme aquí la posibilidad de un análisis de la realidad que vivimos” (Quintero, 1977, p. 137).

El lugar del marxismo era central. Durante el Primer Congreso de Sociología en 1976 se lo explicitaba de la siguiente forma:

[...] la intención de situar al marxismo como el eje vertebrador del instrumento sociológico para el conocimiento de la realidad. Intención impulsada por la presencia significativa de grupos de izquierda al interior de las Facultades y E. de Sociología, y que se liga con una segunda declaración común: la necesidad de elaborar en orden a los intereses de la clase obrera, tendiendo a ampliar el radio de acción de la misma, a través de la importación de sus intereses y su pensamiento a la Universidad (Saltos, 1977, p. 123).

Durante estos años, se produjeron varios de los libros fundamentales de las ciencias sociales ecuatorianas. Agustín Cueva publicó *Entre la ira y la esperanza* en 1967, con esta inauguraba una interpretación de la cultura ecuatoriana desde una perspectiva marxista. Le siguió *El proceso de dominación política en el Ecuador*, publicada en 1972. Sus posteriores publicaciones abandonan el *caso ecuatoriano* y adquieren una dimensión latinoamericana producto de su trayectoria -estadía en Chile y su residencia en México.

Leonardo Mejía, Fernando Velasco, José Moncada, Alejandro Moreano, Agustín Cueva y René Báez publican *Ecuador: pasado y presente* en 1975, conocido por ser un texto fundamental para la consolidación de las ciencias sociales ecuatorianas. Ese mismo año, Andrés Guerrero publica *La hacienda precapitalista y la clase terrateniente en América Latina y su inserción en el modo de producción capitalista: el caso ecuatoriano*.

En 1979 fue publicado el libro *Reforma Agraria y Movimiento Campesino Indígena en la Sierra* y en 1981 *Ecuador: Subdesarrollo y dependencia*, ambos tras la muerte de su autor, Fernando Velasco. Hay que precisar que este último fue escrito a inicios de los setenta y como su nombre lo indica, es la muestra del pensamiento dependentista. En 1976, la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas lanzó la revista *Ciencias Sociales*, cuyo primer número recoge artículos de Agustín

Cueva, Bolívar Echeverría, Alejandro Moreano y Juan Maighuasca. La enumeración de obras no es exhaustiva, pero da cuenta de la producción de aquellos años.

Se trata de un corpus profundamente influenciado por el marxismo y la teoría de la dependencia y da cuenta del momento de consolidación de las ciencias sociales. Todas las obras aspiran a una visión global e histórica sobre Ecuador que contribuya a un entendimiento del presente y, por lo tanto, alumbrar los caminos que deberían seguirse. Los sesenta y setenta, con un proceso de modernización en curso, constituyen un tiempo de transición en el que la reforma agraria y la incipiente industrialización parecen abrir el desarrollo de las fuerzas productivas. Por ello, el tema agrario es una de las preocupaciones centrales de los intelectuales de la época.

En resumen, la revitalización del marxismo es posible por el crecimiento de las luchas sociales y por la urgencia de encontrar respuestas y guías para la acción. El pensamiento de Velasco condensa la labor por estudiar la realidad concreta y ofrecer una mirada general sobre el desarrollo del capitalismo dependiente en Ecuador. Varias de sus reflexiones como los límites de la industrialización y el papel del campesinado-indígena en la transformación social resultaron esclarecedoras y proféticas. La marca del marxismo en las ciencias sociales ecuatorianas es fundamental y contribuyó a la creación de -posiblemente- las obras más importantes de la sociología ecuatoriana.

BIBLIOGRAFÍA

Cardoso, Fernando Henrique, y Faletto, Enzo (1977). *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Cueva, Agustín (30 de agosto de 1976,). Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana. *Revista Ciencias Sociales. Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central*, 1(1), 23-32.

Entrevistado 6 (16 de julio de 2019). [Comunicación personal].

Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Poulantzas, Nicos (1969). *Clases Sociales y Poder Político en el Estado Capitalista*. México D.F.: Siglo XXI

Quintero, Rafael (1977). Informe de labores del director de la escuela en el bienio 1974-1976. *Revista Ciencias Sociales. Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central.*, 1(2), 127-145.

Saltos, Napoleón (1977). Relación General del 1o. Congreso de Escuela de Sociología. *Revista Ciencias Sociales. Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central*, 1(2), 121-126.

Velasco Abad, Fernando (1983). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la sierra* (Segunda). El Conejo.

Velasco Abad, Fernando (1990). *Ecuador: Subdesarrollo y dependencia* (2. ed). Corp. Ed. Nacional.

Velasco Abad, Fernando (2019). Una mirada al Ecuador desde 1975. *Revista PUCE*, 108, 287-307.

LA ENREDADA CHISPA DE LA PRADERA ECUATORIANA

EL SUJETO HISTÓRICO PENSADO DESDE LA IZQUIERDA EN ECUADOR 1975-1986¹

Andrés Madrid

Eran jóvenes todos.
Y marchaban con tal coraje y firmeza tanta
que el futuro –al mirarles avanzar– hizo genuflexión,
cayó rendido y en rendición a ellos: fue presente.
David Ledesma Vázquez, poema “Guerrilleros”

En este ensayo se busca comprender qué era el sujeto revolucionario para la intelectualidad orgánica de la izquierda ecuatoriana en el período comprendido entre 1975 y 1986; a partir del estudio de los discursos de distintas organizaciones y partidos de la época, donde se advierten, puntos de vista disimiles: Partido Comunista del Ecuador (PCE), Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT), Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (PSRE), Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE), Alfaro Vive Carajo (AVC), Montoneras Patria Libre (MPL) y Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

El corte temporal escogido, 1975-1986, comienza con la declaratoria de la primera huelga nacional del Frente Unitario de Trabajadores (FUT), el 13 de noviembre de 1975, y el ascenso de la lucha de clases, encabezado por el movimiento obrero. Culmina con

¹ Este artículo es parte de una investigación publicada en el año 2018 denominada “En busca de la chispa en la pradera”. *El sujeto revolucionario en el pensamiento de la intelectualidad orgánica de izquierda en Ecuador, 1975-1986*.

la caída de los proyectos que conformaron, de una u otra forma, el campo de la revolución (descabezamiento de AVC, liquidación de otras formas de subversión como MPL y OPM, extinción del PSRE, consolidación de la línea electoral en la mayor parte de los partidos de izquierda –como el PSE, el PCMLE y el PCE–, disgregación del MIR en varias fracciones, desaparición del MRT), y el ascenso de formas de lucha no clasistas, agrupadas en el advenimiento de los *movimientos sociales*.²

La propuesta teórica del estudio se proyecta en el concepto de *intelectualidad orgánica* formulado por Antonio Gramsci. Este comprende a los intelectuales orgánicos, bajo la fórmula *dirigente + militante*; o como la expresión de un *intelectual colectivo* (el partido para Gramsci) que delinea una relación dialéctica entre el campo político intelectual y el campo de la praxis partidaria. Al hablar de la *categoría sujeto* revolucionario, hacemos referencia a actores sociales concretos, que actúan, dinamizan y se crean en una determinada conflictividad. Pensando con E. P. Thompson, no interesa entender al *sujeto* como algo acabado, menos aún como un designio o fatalidad de la historia, sino más bien como una creación particular, que se forja en el terreno de la lucha de clases, en conexión con otras variantes socioculturales.

Se ha agrupado al sujeto revolucionario de la izquierda ecuatoriana del período desde las caracterizaciones: i) el militante revolucionario; ii) el pueblo; iii) la población sufragante; iv) el proletariado como clase obrera industrial y v) el proletariado como sujeto negativo. La adopción, en cada uno de los partidos (PCE, PSE, PSRE, PCMLE, MRT, MIR, AVC), de un sujeto revolucionario particular no niega que, en determinados momentos, exista la predilección por otro sujeto; por ejemplo, el PCE escogió al *proletariado como clase obrera*, así como al pueblo; o AVC al *militante revolucionario*, tanto como al *pueblo*.

Por otro lado, se identifican las contradicciones entre el aspecto teórico y práctico. Por ejemplo, en el caso del PCE, PCMLE y el MIR existe una contradicción entre la defensa teórica del sujeto

2 Hacemos referencia a la organización político-militar liderada por Kléber Gía Bustamante.

revolucionario *clase obrera*, y la incorporación práctica en sus agendas de lucha de otros sujetos: pueblo, estudiantes y maestros, militante revolucionario. En otros casos, se da un uso conceptual distinto de un mismo sujeto, como en el caso particular de *pueblo*; allí se identifica la utilización de una acepción populista de contenido policlasista (PCE, AVC), o desde la idea de *todos los explotados* (PSRE, MRT, MIR), más cercana al concepto de proletariado –concebido en el marxismo– como sujeto negativo.

“EL SUJETO REVOLUCIONARIO SOMOS LOS REVOLUCIONARIOS”

Uno de los puntos de coincidencia en las prácticas de los partidos de la izquierda ecuatoriana (como el MIR), especialmente los ligados a los proyectos armados (AVC, OPM, MPL³), es la centralidad que adquiere el militante revolucionario en el proceso político y, en especial, en la lucha armada. El sujeto sobre el que recae la determinación del proyecto emancipatorio y la responsabilidad de enfrentar la conquista de un mundo mejor, es el militante revolucionario. Las clases sociales explotadas (como los obreros y los campesinos), en repetidas ocasiones son subsumidas por la acción de la militancia armada, conformada, en su mayoría, por jóvenes de clase media (Terán, 1994, p. 14).

El militante revolucionario era, según esta concepción, el representante político de la población. Encarnaba sus sufrimientos, padecimientos y necesidades, deslindando la responsabilidad central de las masas en el proyecto revolucionario, puesto que se asumía que la acción de la militancia era a la vez la acción de pueblo, o como AVC señalaba: “armando a nuestra organización, por lo tanto al pueblo” (*Qué Púchicas Mi País*, 1986, p. 18). La presencia-real del pueblo fue obviada por la representación –cuantitativamente menor– de la militancia, lo que implicó que las masas –en el período de despliegue de AVC, por ejemplo– no adscribieran al enfrentamiento político-militar con el Estado.⁴ De esta forma, al decir del MRT, organizaciones como

3 Montoneras Patria Libre.

4 La confrontación entre AVC y el Estado ecuatoriano no se libró en espacios

AVC adoptaron una posición *vanguardista* como expresión política al margen del pueblo, tal como consta en uno de sus periódicos *Movimiento*: “el vanguardismo [...] ha privilegiado su auto-construcción por sobre el desarrollo político del pueblo” (Movimiento, 1980).

La praxis de AVC y otras organizaciones (como el MIR) construyen la imagen del militante como el artífice de la revolución, quien, dedicado a hacer crecer al partido en reclutamiento, infraestructura y financiamiento especialmente (*Qué Púchicas Mi País*, 1986, p. 24), antepone los deseos de cambio de la militancia por sobre las posibilidades materiales de avance revolucionario. La subjetividad militante, especialmente en las OPM, se superpuso a cualquier otro aspecto de carácter objetivo. La separación entre la subjetividad política y el movimiento real de las masas, por parte de la izquierda, que –al decir del MRT– “sustituía las propuestas políticas por estimaciones subjetivas”, fueron, en 1980, analizadas de la siguiente manera:

Se generó [en la década del setenta] un importante debate acerca de la formación social ecuatoriana y del carácter de la revolución, debate que permitió la superación de las tesis que sustentaban las posiciones reformistas y que implicó una definición política general bajo la perspectiva socialista [...] *se produjeron también corrientes que, alejadas del movimiento de masas, sustituían las propuestas políticas por estimaciones subjetivas, por un inmediatismo improductivo* (Movimiento, 1980, énfasis del autor).

En esta línea, las estructuras sociales pueden ser cambiadas para las OPM, básicamente agrupando las voluntades individuales de los militantes que quieran hacer la revolución –“estimaciones subjetivas”, “inmediatismo improductivo”, al decir del MRT–, indistintamente de

de la lucha de masas. Por el contrario, fue llevado por fuera de la órbita de acción de la política de las organizaciones populares. La lucha ‘pública’ se restringió a ciertas labores propagandísticas y a acciones militares, sobre todo con objetivos de financiamiento. Las masas no participaban de este conflicto entre alfaristas y el Estado.

que los/as trabajadores, campesinado o pobladores hayan decidido, o no, participar. Esto ocasiona una pérdida de objetividad, a partir del sobredimensionamiento de la voluntad y el auto convencimiento de la militancia, por sobre cualquier otro condicionante. De esta forma, frases de AVC, como “La tortura: daña el cuerpo, fortalece el espíritu” (*Qué Púchicas Mi País*, 1986, p. 38), ideológicamente auspician un tipo de subjetividad que denuesta la importancia de las condiciones materiales de avance objetivo, lo que conduce a la militancia a un derrotero que tiene ínfimas posibilidades de victoria (Benavides, 2014, p. 124).

Hay que tomar en cuenta la decisiva influencia del proceso cubano, en la izquierda del período analizado, para reforzar la idea de la heroicidad militante por sobre cualquier dificultad. Cuba representa para Latinoamérica, parafraseando a Lukács “la actualidad de la revolución” (1970, p. 9). El Che demuestra a la militancia de izquierda, cómo un pequeño grupo de combatientes puede crecer y tomarse el poder –experiencia que describe en *Guerra de Guerrillas* (1960)–, elevar la capacidad del guerrillero, y crear condiciones de desarrollo de la guerra revolucionaria, a sabiendas de que en un inicio las condiciones son desfavorables (Hart, 1989, p. 377).

En organizaciones como AVC, MPL y OPM, existió el privilegio del concepto de lo militar por sobre lo político, instaurándose un ambiente que hipertrofió el rol de las armas; de ahí la consigna de AVC: “A sembrar de fierros el país”.⁵ En tal virtud, el concepto del sujeto revolucionario (el militante revolucionario) se impregnó de la idea de la necesidad del empuje militar a secas, localizado, en especial, en el desarrollo del campo técnico-armamentístico.

La organización político-militar busca desarrollar una estructura especializada de carácter estrictamente militar con capacidad operativa, con recursos militares de alta calidad y suficientes; con preparación militar en las diversas ramas que

5 Mensaje dejado en el Museo Municipal de Guayaquil, en un operativo de recuperación de las espadas de Alfaro y Montero (Hoy, 11 de agosto de 1983).

la acción requiere [...] la fuerza militar que construimos se asienta tanto en el campo como en la ciudad y crece de manera clandestina absolutamente compartimentada (Cárdenas y Jarrín, 2011, p. 91).

El desborde y pasión de la subjetividad revolucionaria (Casullo, 2008, p. 77), vagón del indetenible carro de la historia que apuntaba hacia la emulación de las revoluciones triunfantes (Cuba y Nicaragua), condujo al sacrificio de la militancia. Esta, sin una guía para la acción (teoría), depositó su fe en la certidumbre del cambio a través de la practicidad: la impronta fue el discurso. Se produjo, en ese momento, una suerte de polarización entre el hacer la revolución y el pensar la revolución.⁶ Así, en la comprensión de la militancia revolucionaria aparecieron posturas refractarias a lo *intelectual*, que se expresaron como una especie de código moral que obligaba a mirar con sospecha a lo teórico, por considerarlo lugar de la inacción, espacio de la inconsecuencia (Polo, 2012, p. 124-71).

Al respecto, se plantean dos problemas. Por un lado, existió en el período de estudio (1975-1986), una intelectualidad más cercana al concepto sartreano de compromiso, que al gramsciano de orgánico. Sartre, en *¿Qué es literatura?*, propondrá la necesidad de un “escritor comprometido” y recuperar la “función social de la literatura” (Sarte, 1967, p. 13), lo que supone, la imbricación entre la sensibilidad social y artística, en perspectiva de provocar cambios, sin que esto signifique ser adherente orgánico a un partido de izquierda. Entonces “El escritor comprometido sabe que la palabra es acción, sabe que rebelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio” (Sartre, 1967, p. 53). En este campo, se agrupan pensadores como Alejandro Moreano, Agustín Cueva y Bolívar Echeverría. La sospecha hacia lo teórico genera un distanciamiento entre las masas y la militancia

6 En el sentido marxista, la praxis vincula el hacer y el pensar la revolución, descartando una posible bifurcación entre estos dos axiomas. La praxis es conciencia y autodeterminación. El trabajo para Marx sintetiza conciencia (teoría) y obra o autodeterminación (transformación de la materia). Consideramos que, por lo menos en la forma de pensar al sujeto revolucionario como militancia, la categoría de praxis no expresa el espíritu de izquierda, sino más bien el de practicidad.

hacia el *arma de la crítica* –en el sentido marxista.⁷ La distancia hacia la intelectualidad *solamente* comprometida pero *no* militante de partido, que no estaba predispuesta a jugarse más de lo que la especulación teórica y cierta sensibilidad social permitía, propicia también desconfianza hacia una intelectualidad orgánica que podría asumir el problema de la revolución, tanto en la dimensión teórica como práctica, v. gr. Marx, Lenin, Mariátegui, el Che, Ricardo Paredes, Dolores Cacuango. Como suma de lo anterior, la consigna de AVC sería, en consonancia con la línea de MLN-Tupamaros de Uruguay: “la teoría nos divide, la acción nos unifica” (Benavides, 2014, p. 94).

En síntesis, la categoría de praxis, como vinculación de la teoría y la práctica (Sánchez-Vásquez, 2013, p. 65), fue desfigurada por la practicidad. De este modo, el vacío dejado por la teoría lo llenaba la acción, lo que denominamos *la impronta como discurso político*: la acción como crítica a la teoría. La urgencia revolucionaria afirmaba que “el tiempo era de cambios, de acción, no de teoría” (Carvajal citado por Polo, 2012, p. 126). El sujeto revolucionario se caracterizó con una predisposición práctica a la lucha, y no por una reflexión que justificara el porqué de su labor.

En definitiva, el sujeto revolucionario se lo entiende de manera tautológica: “el sujeto revolucionario somos los revolucionarios”, en este sentido, aquella militancia que asume de forma inmediata el uso de las armas para la revolución. El sujeto no son las masas, no es un determinado sector de la sociedad, sino aquellos militantes que están dispuestos jugarse la piel. “A la pregunta de ¿Quiénes serán la vanguardia?; la respuesta: los que hagan la revolución” (Bell citado por Hart, 1989, p. 380).

El militante, elevado a la condición de sujeto revolucionario, sufrió la falta de una mirada integral: la ausencia de una comprensión

7 Esta precisión sostiene la diferencia ético-política entre la crítica marxista y la crítica social de espíritu frankfurtiano que, en lo fundamental, como dice Perry Anderson (2015), estimula el divorcio estructural entre el marxismo y la práctica política. Marx dirá en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* que “el arma de la crítica no sustituye a la crítica de las armas; el poder material solamente puede ser derribado con el poder material, pero la teoría también es poder material tan pronto como se apodera de las masas” (Marx, 2010, p. 72).

totalizadora de la dimensión teórica y práctica, de la articulación entre lo político y lo militar, de la unidad de las condiciones objetivas y subjetivas, de la vinculación dialéctica entre militancia y clase social (como teorizaban en su momento Paul Mattick, Karl Korsch y Anton Pannekoek).⁸ Esta comprensión parcial de la lucha política (practicidad, militarismo, politicidad)⁹ hizo que las masas trabajadoras fueran sustituidas por la acción individualizada de los sujetos radicalizados, como diría Regis Debray: “a los guerrilleros la guerra, y al pueblo el espectáculo de la guerra” (1975, p. 87).

EL SUJETO INSTRUMENTAL: LA POBLACIÓN SUFRAGANTE

Gran parte de la izquierda ecuatoriana, desde sus inicios, se relacionó con conceptos devenidos de la matriz del pensamiento liberal. Principios como la *libertad* y la igualdad, que en el sentido histórico burgués significan: *libertad* de compra-venta de fuerza de trabajo ofertada en el mercado y libertad de enriquecimiento del moderno propietario; e *igualdad* biológica y jurídica entre ciudadanos (y no igualdad social y económica entre clases); se condensarán institucionalmente y fortalecerán el paradigma de la democracia liberal, que pautará, en buena medida, la contienda política de nuestro período de estudio. Al decir de Velasco:

La izquierda ecuatoriana se desarrolla a partir de la segunda década del presente siglo [siglo XX] en muchos aspectos

8 Estos autores se esfuerzan por unificar, en perspectiva de la construcción del sujeto revolucionario, tanto las necesidades denominadas subjetivas cuanto las objetivas. La clave, al decir de su análisis, es no depositar las esperanzas ni en la crisis *económica final* capitalista, ni en el voluntarismo de los sujetos. Las crisis económicas, sin una acción política de las masas revolucionarias, son una fase que puede ser acomodable para el capital. La única crisis final para el capitalismo proviene de: la suma de la teoría revolucionaria en las masas, más un período de depresión económica.

9 Louis *Althusser* entiende por *politicidad* a la enfermedad ideológica de la tradición política en América Latina, que considera que todo es asunto de la política, dejando de lado los problemas de carácter estructural histórico-económico (Debray, 1975, p. 244).

a partir de las concepciones liberales. Y de ellas extrae no solo su tradición de lucha, sino también sus esquemas metodológicos e interpretativos, los cuales fueron asimilados por la tendencia naciente sin beneficio de inventario y apelando al bautizo de las concepciones de base positivista con nombres marxistas que, como es obvio, no constituían más que escaparates para los contenidos burgueses. (Velasco, Fernando, 1976, p. 62)

De este modo, el PSE, PCE-FADI y el PCMLE-MPD actuaron a partir de principios de la tradición liberal, en especial el sistema de sufragio. Esto tuvo un peso especial en la izquierda, sin que eso significara –en particular en el caso del PCMLE– prescindir del todo de una terminología ligada a la reflexión ‘marxista’ de raíz dogmática. En la práctica, la comprensión del sujeto sufrió una particular conceptualización, establecida, en su relación con la participación electoral y el sistema de partidos.

El retorno a las elecciones, la aprobación de la *Ley de Partidos Políticos y de Régimen Electoral* (1978), el ascenso del gobierno de Jaime Roldós y la conquista de puestos en el parlamento vía voto universal, trasladó la idea de la política como ruptura revolucionaria de la historia, a la de participación en condiciones de igualdad jurídica relativa (un ciudadano, un voto) en la carrera por el Gobierno. En esta línea, se marcaron distancias entre lucha armada y reforma democrática. El litigio político al interno de la democracia de partidos excluyó las tesis insurreccionales como factores integrantes de la lucha política (Sader, 2009, p. 112).¹⁰ Con la excepción del PCMLE, que en lo declarativo refrendará la imaginaria lucha armada, sin que esto tenga como correlato, esfuerzos reales para su materialización.

10 El PCMLE-MPD no excluyó, en teoría, lo político-militar de su narrativa. De hecho, en sus programas nunca se negó la vía armada, no obstante, en esencia su práctica se dispuso en el escenario de la contienda electoral y del crecimiento político ligado fundamentalmente al movimiento estudiantil y el magisterio y, en menor medida, a lo obrero y campesino. El factor militar nunca se expresó (fuera del montaje del aparato partidario), como estrategia por la toma del poder.

La *lucha legal e ilegal/pacífica y violenta* se asumió de manera antitética en las estrategias políticas y en la construcción del sujeto revolucionario. Los partidos de izquierda optaron por uno u otro camino, sin la posibilidad de que, en su praxis, se articularan estratégicamente estos dos campos.

En el caso del PSE, la cercanía a lo electoral se convirtió en una de sus características partidarias fundantes. En varios congresos (en el 39, 40, 41 y 42), el tema central de la discusión giró en torno al hecho electoral-parlamentario y las coyunturas políticas que se desprendían de su centro (Rodas 1983). Se consideraba que, a través de las elecciones, existían condiciones para “castigar al gobierno en las urnas” (*La Tierra*, 1986).

La victoria de la legalidad y de lo electoral, como procedimiento de confrontación política de la izquierda con la derecha, hizo que el concepto del sujeto se modelara a partir de dichas tesis triunfantes: “Vamos a participar [electoralmente] para ampliar nuestro marco de acción, exigir libertades democráticas que nos permitan organizarnos sin restricciones” (*El Alfarero*, 1978).

En la sociedad civil o sociedad burguesa (Echeverría, 1998, p. 82) –concepto medular para entender el escenario sobre el cual dicho sujeto revolucionario actúa–, lo permisivo y lo prohibitivo delimitan las reglas de juego que son acatadas por todos los jugadores, a partir de los principios cultores del liberalismo (libertad e igualdad), promoviendo una acción social de carácter limitado, que busca la participación ordenada de los jugadores a través del régimen de partidos (Sartori, 1999, pp. 48 y s.). Empero, la asimilación del credo liberal también era aceptado en las organizaciones que formalmente se reclamaban *radicales*, como MPL, que decían luchar:

Por la vigencia plena de la democracia y por la defensa de las libertades democráticas contenidas en la Constitución Política de nuestro País. a) Respeto a los derechos y garantías ciudadanas; b) respeto a la independencia en el ejercicio de las funciones, de la Función Jurisdiccional, Función Legislativa y demás organismos del Estado; c) organización de la economía

de acuerdo con las exigencias constitucionales de Justicia Social y funcionamiento pleno de los cuatro sectores de la economía (*¡Aquí estamos compadre!*, 1986).

La izquierda establece –como se aprecia en la cita– una relación de atracción hacia el Estado, expresada en las referencias a la institucionalidad que contienen, a su vez, la defensa del reformismo electoral, sin que esto haya anulado del todo la lucha política de masas. En este plano, la consigna se traduce para el PSE, por ejemplo, en la relación “elecciones con movilización de los trabajadores” (*El Alfarero*, 1978). En este caso, sin dejar de lado la movilización social (en los límites de la democracia burguesa), el procedimiento de engorde electoral ligado al sistema de partidos se muestra, por igual, central.

Desde el escenario del sistema de partidos, las discrepancias políticas pueden ser solucionadas, siempre y cuando se parta de conceptos que no supongan antagonismo –situación únicamente posible si se elimina el presupuesto de matriz marxista de intereses antagónicos entre clases sociales contrapuestas–, en vista de que “la clave central de la posición de Lenin es la afirmación de que la forma organizativa del Estado con la democracia parlamentaria es en sí misma esencialmente hostil a los intereses de la clase trabajadora” (Offe, 1992, p. 58). Respecto al problema del parlamentarismo, el PSRE decía:

No podemos impulsar un socialismo de corte pequeño-burgués que basa sus esperanzas en el parlamentarismo como si fuera la panacea universal a todos los problemas y tiene inevitablemente a la conciliación de clases y que carece de proyección histórica. No podemos caer en un reformismo parlamentario, que suplante el poder organizado de los trabajadores por la simple participación electoral (*Prensa Obrero y Campesina*, 1977).

El discurso marxista busca afectar la formación económico-social capitalista, que se contrapone a los intereses de la clase trabajadora, incluido el aparato estatal. En tal suerte, la anulación del antagonismo

de clase y de la crítica al Estado es, por principio, la eliminación del enfoque marxista en la comprensión de la política.

Sin embargo, establecer acuerdos interpartidistas más allá de las diferencias ideológicas, para el PSE se torna posible pues “la política de independencia no es incompatible con acuerdos puntuales que se puedan realizar con los distintos grupos parlamentarios” (*La Tierra*, 1984). El sujeto revolucionario, en tal sentido, tiene que matizar lo revolucionario desde el establecimiento de una relación social no-antagónica y, por ende, que esté en condiciones de moverse con orden y equilibrio (prohibitivo/permisivo) en el juego electoral o, como dice Lipset, en el juego de la “lucha de clases democrática” (Offe, 1992, p. 58), pues para el PSE “la política parlamentaria es un aspecto de la nueva política frente al régimen” (*La Tierra*, 1984). En este contexto, ¿se puede hablar aún de sujeto revolucionario? Sí, en el sentido de sujeto *pensado* (sic) por la izquierda. No, en tanto categoría de sujeto que persigue la supresión de su propia historia como explotado/oprimido, es decir, que rompe con la condición de *instrumento* que el capitalismo ha generado en las personas.

Si en la tentativa de transformación social, la estrategia de avance está pensada mediante la vía electoral, entonces, las actorías en este marco, son los depositarios de la condición de potenciales sujetos con posibilidad de *trasformar* el estado de las cosas, al participar en la disputa en el sistema de partidos. *El sujeto revolucionario* es visto como la *población sufragante*. Este, capitaliza las conquistas reivindicativas de las organizaciones gremiales y con ello se construye un capital político, el cual se direcciona como cuota electoral hacia las aspiraciones representación popular. El *círculo virtuoso* se transforma en *círculo vicioso*.

Igualmente, existieron planteamientos de rechazo desde otros partidos de izquierda a la idea del parlamentarismo. Las voces más críticas del período, provinieron del PSRE, del MIR, del MRT y de AVC en una primera etapa de desarrollo. En la *Prensa Obrero y Campesina* el PSRE deja constancia de la importancia de:

Garantizar que el proletariado, por el influjo de las posiciones democrático-revolucionarias no caiga en el ilusionismo parlamentarista. Impulsar una participación no significa ocultar la naturaleza de clase del parlamentarismo; ni pensar que las elecciones nos llevarán al poder político, sino que nos permitirán ganar tribuna política para propagar nuestras tesis y crear condiciones iniciales para organizar amplios sectores de masas (No. 2, 1977).

Retomando la reflexión, los partidos que basaron su praxis política en la lucha de masas y el sistema de elecciones (PSE, PCE-FADI y el PCMLE-MPD); ingresaron gradualmente en un proceso de domesticación a las reglas de juego electoral, lo que el PSRE calificará de “ilusionismo parlamentarista”. En palabras de un liberal como Martin Lipset “el asentamiento de los partidos obreros en estructuras de gobiernos locales y nacionales, [...] [trae] su consiguiente domesticación desde el sistema establecido” (Lipset y Stein, 1992, p. 255). De esta forma, las rupturas revolucionarias fueron desplazadas por proclamas reformistas, como se verá más adelante, a pesar de afirmaciones de descargue del PCE: “La acción electoral de las masas es solo un aspecto de su lucha total por la transformación revolucionaria del país” (*El Pueblo*, 1978).

En el caso del PCE, al decir de su secretario general René Mougé en 1982, la acción electoral permitió fraguar *la unidad* más allá de una base marxista, y fueron “las aspiraciones democráticas” de los “sectores patrióticos” el aglutinador central:

Consideramos que el Frente Amplio de Izquierda fue una importante experiencia que es preciso revitalizarla para que la izquierda ecuatoriana tenga una expresión legal en las próximas contiendas electorales y un instrumento unitario permanente de lucha. La concepción de nuestra unidad no la reducimos a los sectores de izquierda de orientación marxista, sino que también debe abarcar a otros sectores patrióticos,

con los cuales se puede lograr alianzas por objetivos concretos sobre la base de aspiraciones democráticas (*El Pueblo*, 1982).

Lo anterior acentúa el peso del liberalismo en la izquierda ecuatoriana. La influencia liberal en la interpretación marxista en Ecuador significa, en el orden de la construcción del sujeto político, encaminar a los trabajadores hacia el sistema de partidos, a través de –como plantearían Max Weber, Robert Michels y Rosa Luxemburgo, respectivamente– la representación que les provee la “máquina partidaria”, “la jaula de hierro” y el “oportunismo burocrático” (Offe, 1992, p. 62).

El control del gobierno, expresión política del Estado, alcanzado a través del cónclave electoral, marca el ámbito de acción de los partidos, embriagados por un hipotético triunfo electoral que nunca llega. El torneo de la lid electoral, se superpone a los triunfos de las organizaciones de masas ajenos al espacio electoral, por ejemplo, las huelgas obreras, que en el período gozan de extraordinaria fuerza (Ibarra, 2011).

Por otro lado, la *ciudadanización* del sujeto revolucionario excluye a la violencia de su proceso configurativo.¹¹ La violencia no es propia de la población sufragante; por el contrario, es vista con desconfianza, al ser una potencial causa de descalificación del sistema de partidos. Por tanto, es asumida peyorativamente, de ahí los calificativos: “ultraizquierdistas”, “ultristas” y “foquistas” (*El Pueblo*, 1981), para procesos en los cuales la violencia es parte de la identidad política de izquierda. Esto determina que el particular *sujeto revolucionario* = *población sufragante* sea amalgamado a la idea de lucha pacífica, matizada por ciertos ejercicios de presión social, siempre y cuando no desborden el orden institucional. Para Giovanni Sartori, liberal contemporáneo, el pluralismo político es una característica clave para la conservación del sistema de partidos. En este sentido,

11 Aquí hacemos referencia a la ausencia de la violencia integrada, a una estrategia de lucha contra el Estado, y no al manejo de la violencia en otros ámbitos. En rigor, la violencia sí estuvo integrada a los partidos de esta tendencia, sino piénsese en la violencia interpartidista e intrapartidista de izquierda. Lo que no existe, por lo menos en términos estratégicos, es la violencia contra la burguesía.

el disenso, el consenso y el conflicto son la base del ejercicio democrático (Sartori, 1999, p. 37).

En el orden ideológico, el etapismo y el gradualismo constituyeron las condiciones de avance.¹² En el caso del PCE y PCMLE fue una estrategia manifiesta, dado que antes de la revolución socialista había que atravesar la revolución nacional liberadora (PCE) (Ibarra, 2013, p. 60) y la revolución democrática antiimperialista (PCMLE) (PCMLE, 1991, p. 5), desarrollando fuerzas productivas que entren en contradicción directa con las relaciones sociales de producción, lo que implicaría la preparación de las condiciones de avance. Bajo esta reflexión, mientras no se supla la necesaria revolución democrático-burguesa, el sujeto revolucionario no puede ser simplemente entendido como proletariado, puesto que el sujeto tendría que actuar en orden a las condiciones materialmente existentes; siendo para Pedro Saad, histórico secretario general del PCE, una justificación para entender la necesaria vinculación con la *burguesía nacional* (Saad, 1976, p. 35). Estos, en tensión con el imperialismo, estarían dispuestos a profundizar un tipo de democracia, concebida como antesala del socialismo.

Para finalizar, recurrimos a una metáfora de Alejandro Moreano, con la intención de entender un proceso que, en el siglo pasado, caracterizó una parte de lo que hemos descrito en este acápite. La boa constrictor (el Estado) devoró al viejo topo (la revolución). El topo que quiso matar a la boa desde dentro, fue engullido en el intento. La revolución socialista fue devorada por el Estado-nacional y, por extensión, la población sufragante devoró al proletariado. Este punto de vista no intenta estigmatizar la lucha al interior de la sociedad civil (desde la comprensión gramsciana), entendiéndola como espacios de disputa, porosos, que tienen que ser llenados por la acción de los/as trabajadores. Esto incluye los espacios electorales, sin que se pierda de vista la perspectiva de ruptura socialista.

12 El etapismo y el gradualismo constituyeron parte de la estrategia de los sectores identificados con el marxismo de la Segunda y Tercera Internacional, que planteaban, como condición para la llegada al socialismo, el paso gradual por cada una de las 'etapas' de desarrollo histórico-social.

En la lucha de clases, las reflexiones conventuales, morales, no sirven. No expresamos *lo bueno* o *lo malo* de la lucha electoral; se explica que el privilegio del litigio electoral, por sobre la lucha por el socialismo, significó, en los partidos (PCE-FADI, PSE, PCMLE-MPD), una alta dosis de ciudadanización, que diluyó a la clase trabajadora como sujeto.

EL PUEBLO COMO CONTENEDOR DEL TODO Y LA NADA

La figura del *pueblo* se proyectó como otra de las variantes para entender el sujeto revolucionario en el ideario de la izquierda ecuatoriana. Varios partidos optaron por incluir al pueblo en el llamado de acción política, indistintamente del carácter armado o pacífico de su propuesta. El PCE, el PSE y AVC fueron las organizaciones que más usaron este término. En el caso de AVC, el concepto fue central, a partir del desplazamiento del marxismo y la inobservancia a pensar la composición de las contradicciones sociales, desde categorías como las de burgués/proletario, dando preferencia a las de oligarquía/pueblo (Terán, 1994, p. 144). En el caso del PSE, la inclusión del concepto se aplicará al escenario del litigio electoral y la plataforma reivindicativa (*La Tierra*, 1984), y el PCE lo mixturó con conceptos situados en la lógica marxista (*El Pueblo*, 1981, p. 1; *El Pueblo*, 1975). Es decir, se configuró, de manera retórica, la idea de la *lucha del pueblo* como afirmación discursiva, más allá de las estrategias para el acceso al poder y la delimitación de su uso.

El concepto de pueblo fue modelado bajo la influencia de la Revolución sandinista y del estallido populista en la región; en todos los periódicos de los partidos analizados, las referencias a la Revolución sandinista fueron permanentes.¹³ Consignas como “contra

13 Entre los principales órganos centrales destacamos *La Tierra*, *El Pueblo*, *Causa Proletaria*, *Prensa Obrera y Campesina*, *En Marcha*, *Lucha Socialista*, *Qué Púchicas Mi País*, a los que le agregamos *El Miope*, *El Grito del Pueblo*, *Tribuna Socialista*, *Juventud Rebelde*, *Lucha Proletaria*, *Voz Rebelde*, *Nuestra Lucha*, *Tarea Urgente*, *Línea Roja*, *Patria Nueva*, *¡Aquí estamos compadre!*, y *Montonera*.

Aparte de que, como dijimos, en todos los periódicos de los partidos de izquierda

la dominación imperialista organizar la lucha solidaria con el pueblo de Nicaragua” (*Causa Proletaria*, 1978), expresaron un colchón de solidaridad internacional y la legitimidad de las tesis sandinistas de acceso al poder.¹⁴

Como premisa aclaratoria a un análisis del uso del término en la intelectualidad de los partidos anteriormente citados, es preciso plantear que desde la perspectiva marxista también se utilizó el concepto de pueblo (Dussel, 2010, p. 404), estableciéndolo como un símil de explotado, como lo explica Agustín Cueva (1998). No obstante, este carácter no fue el que primó en el tratamiento que la mayoría de los partidos le dieron al concepto.

La idea de pueblo no era comprendida por el PCE, PSE, AVC y MPL, como necesariamente ligada a la idea de explotación, sino que era una estrategia retórica de contenido policlasista. El *sujeto histórico pueblo* se desligó de una plataforma ideológica representada por el anticapitalismo (inclusión de la burguesía “nacional-antiimperialista”, o como denominaba Patricio Ycaza –1994– “la quimera de la

de la época permanentemente se llamaba a defender la Revolución sandinista (para ilustrar destacamos los periódicos *En Marcha*, No. 470-475, 1979 y *Causa Proletaria*, No. 25, 1978), existieron otras publicaciones que reivindicaban el proceso nicaragüense, una de ellas fue el *Eco de las Segovias*, periódico del Comité Ecuatoriano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua y el FSLN (*Eco de las Segovias*, No. 3, 1978; No. 9-10, 1979; No. 11, 1980). Este periódico agrupó a varios militantes de partidos y organizaciones de izquierda en Ecuador, del período de estudio, entre los que destacan Gustavo Alfredo Jácome, Manuel Agustín Aguirre, Raúl Pérez Torres, Nela Martínez, Edmundo Rivadeneira, Ulises Estrella, Benjamín Carrión, entre otros. Estos nombres eran complementados por miembros de varias federaciones de trabajadores (FTP y otras) partidos de izquierda (MIR, PCE, PSRE, etc.), además de otros intelectuales y artistas (Comité Ecuatoriano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua y el FSLN, *Eco de las Segovias*, No. 3, 1978).

14 Pero, a ciencia cierta ¿Qué fue la Revolución sandinista? A decir de Harris y Vila, fue una alternativa “popular, democrática y antiimperialista, basada en un proyecto político de unidad nacional en una economía mixta” (Harris y Vila, 1985, p. 9). Los conceptos integrantes, contenidos en la anterior explicación, son importantes para nuestros propósitos. Cabe anotar que lo popular, democrático y antiimperialista guardan empatía con los de proyecto político, unidad nacional y economía mixta. Lo que encontramos en este marco conceptual es un llamamiento a que todos los sectores del pueblo, que no estén de acuerdo con las imposiciones de los intereses estadounidenses, tienen la posibilidad de construir un proceso político revolucionario que se oponga al reparto apátrida de los grupos internos (oligarcas) y externos (imperialistas). En el fondo del planteamiento descansa sobre una propuesta policlasista.

burguesía nacional”). Pensando desde Enrique Dussel (2010, p. 408), el concepto de pueblo, en el caso ecuatoriano, se alejó de la construcción de un bloque social contrahegemónico, en cuanto concentración de los explotados en una fase prerrevolucionaria.¹⁵ La finalidad de la apertura de un programa que no estuviera restringido por el carácter anticapitalista de la revolución y, por tanto, socialista (como en la propuesta de la *primera fase de la revolución* en el caso del PCE, y de AVC) respondía a la necesidad de convocar a sectores que estaban fuera de la consigna anticapitalista: la *burguesía nacional*.

Algunos partidos del período, como el PSRE (también el MIR y el MRT), criticaron la idea de la *existencia de una burguesía nacional antiimperialista*, argumentando que las contradicciones de clase imperialistas, aparentemente externas, se expresaban en el escenario local a través de la misma burguesía nativa:

Los Partidos Comunistas sostienen la existencia de una burguesía nacional antiimperialista, que los lleva a entregar la dirección de esta lucha a estos sectores de la clase dominante [...] nosotros no consideramos al imperialismo como un fenómeno externo, ante el cual pueda renunciarse o atenuarse las contradicciones de clase al interior de nuestra sociedad sino al contrario: el imperialismo se expresa a través de su aliada la burguesía nativa (*Tribuna Socialista*, 1976).

La idea del sujeto revolucionario asociado al pueblo necesita de la construcción de una plataforma de intereses amplia, de “una gran alianza sin más condiciones que definir una postura antioligárquica [...] que defienda a la patria y al pueblo” (AVC 1985, p. 26); con el propósito de incluir a diversos sectores –indistintamente de situación

15 En rigor, el concepto de explotación desapareció de la idea de pueblo en algunos de los partidos de izquierda analizados, especialmente en el PCE y el PCMLE, en la etapa de la “primera fase” de revolución: la revolución nacional liberadora (PCE) y de la revolución democrática antiimperialista (PCMLE). En el sentido económico, la explotación es un concepto únicamente aplicable a la clase trabajadora. La inclusión de la supuesta *burguesía nacional* en sujeto pueblo, significaba la sustracción del presupuesto de la explotación en la construcción del sujeto histórico.

en la repartición de la riqueza–, lo que constituye un punto de partida que abre las posibilidades de integración interclasista.

representantes de las fuerzas sociales: de los gremios obreros y campesinos, de los barrios, de los indígenas, de los negros, de la Iglesia, de las mujeres, de los dirigentes políticos de los partidos populares y progresistas, de los intelectuales, de las juventudes, de los maestros, de los gremios de la producción no monopolistas y nacionales; de comerciantes minoristas, de las instituciones de derechos humanos y con preocupación social (AVC 1985, p. 27).

El contenido policlasista es una de las características principales en la utilización del concepto de pueblo. A los trabajadores, desempleados, mujeres, etc., se suman los “gremios de la producción no-monopolistas y nacionales”. Ernesto Laclau en *La razón populista* (2006) propone el concepto del significant vacío, para entender la idea de pueblo y populismo.¹⁶ En este sentido, el pueblo aparece como una unidad articuladora de diversas necesidades, que encuentran puntos de similitud sin eliminar la heterogeneidad de cada uno de los grupos convergentes. Como un recipiente que soporta cualquier contenido, o un contenedor que, vacío, está ansioso de ser llenado por algo, sin que importe qué. El pueblo como un todo (plataforma multisectorial amplia) y como nada a la vez (imposibilidad de concreción ideológica). La acción reivindicativa del pueblo se articula a partir de la “lógica equivalencial” (Laclau, 2008, p. 25), que permite agremiar a una multiplicidad de demandas de grupos diversos, en un pliego común de peticiones, que se confina, en lo medular, a una hoja de ruta de carácter reformista.

El límite del sujeto pueblo radica en que, dado que su programa procura satisfacer a la heterogeneidad social que lo configura, su termómetro político es, estrictamente, la plataforma reivindicativa. El

16 De esta forma, “la emergencia del pueblo como actor histórico más universal, cuyos objetivos cristalizarán, necesariamente, en torno a significantes vacíos como objetos de identificación política” (Laclau, 2008, p. 28).

factor vinculante no opera en la dimensión del quiebre de la relación social capitalista, sino en aspectos puntuales de carácter reivindicativo que alcanzan dimensión universal, hecho que –para el marxista eslavo Slavoj Žižek– actúa como factor de reificación: sustitución del todo por la parte (Laclau, 2008, p. 18).

La apariencia se muestra como la esencia: *continuum* de uno de los componentes más importantes de la formación económico-social capitalista, al cual Lukács también analiza bajo el concepto de reificación (Lukács, 1969, p. 90). La propuesta de levantar al sujeto-pueblo bajo estos parámetros, en los partidos de izquierda ecuatoriana –especialmente en el caso del PCE, que paradójicamente nunca dejó el marxismo como argumentación política–, entra en contradicción con las tesis de lógica comunista.

El comunismo no es una alternativa a algo, es la negación radical del estado de las cosas. En términos filosóficos, la negación no es la ausencia de propuesta, la negación en sí es la propuesta misma. El proletariado en la versión marxista es la negación de algo que no tiene alternativa: la modernidad capitalista, que está llevando al colapso de la especie humana. Es la oposición total a una fase histórica que no se proyecta como ruindad futura, sino que es la ruina misma en el presente (Benjamin, 2013, pp. 64-65). En esta línea, la propuesta de pensar desde la noción de pueblo, por fuera de la categoría explotación, se desarticula de una estrategia de poder comunista, que mantiene el proyecto de una civilización humanizada que se encuentra en las antípodas del capital y que, por tanto, persigue su odio.

Es evidente una contradicción, pues esta forma de concebir el sujeto pueblo, en los partidos en cuestión, se desmarca del concepto de *lo revolucionario*. Para el mismo Laclau, el pueblo no está inscrito en una valoración de esta naturaleza; es decir: no es revolucionario, dado que, independientemente de la generación de un movimiento social, no pretende la ruptura del modo de producción. ¿Por qué la izquierda, especialmente la identificada con el marxismo, creyó que con este tipo de caracterización se podía constituir un sujeto con posibilidades revolucionarias? Tanto el PCE-FADI y el PCMLE-MPD defendían la teleología que vaticinaba a la clase obrera –desde una

óptica productivista y obrerista– como la portadora de la sociedad comunista (Lefebvre, 1974). La vinculación de estos partidos con el sujeto-pueblo se produjo en razón de la ausencia del paradigma sujeto-proletariado; debido al limitado desarrollo industrial del Ecuador.¹⁷

La idea del pueblo tuvo otros enunciados cercanos: lo nacional, lo popular y los pobres. Para Emir Sader (2009), la articulación del programa nacionalista-antiimperialista permitió la incorporación de la idea de lo nacional y lo popular. Esto posicionó el ideario nacionalista como reivindicación de lo popular –bajo la premisa de juntar a varias capas de la población–, lo que a la larga produjo una conexión policlasista y la asimilación de lo popular como lo nacional, y se desprendieron ideas como la “patria” o el “patriotismo”, conceptos utilizados por varios partidos (PCE, PSE, PCMLE, AVC, MPL). Por ejemplo, el PCE sostenía:

Patriotismo es el amor a la patria y los comunistas somos patriotas de verdad. El Partido defiende resueltamente los intereses de la nación y el pueblo. Por eso luchamos. Por la independencia de la patria de la dominación imperialista y de la opresión de una minoría criolla. Luchamos por el progreso social y por la democracia para todo el pueblo y no solo para las clases dominantes (*El Pueblo*, 1981).

La izquierda se arrogó la necesidad de crear la nación auténtica negada por las élites. La contraposición entre el esquema “cultura dominante (clase dominante) /cultura popular (clase dominada), es el elemento fundamental en la composición de una teoría de la revolución” (Polo, 2012, p. 100). El sujeto-pueblo, en esta reflexión, es parte de este gran conjunto: la nación y la patria, que se advierten como cuestiones a ser

17 Sin embargo, como plantea el marxista inglés E. P. Thompson, las clases no preexisten a la lucha de clases, sino que son producto de la misma: la política obra en el nacimiento del sujeto histórico. No existen clases sociales predestinadas, ‘puras’; la clase social no preexiste, sino que se crea. El proletariado no solo es el resultado del desarrollo de la industria, sino también es resultado político de la lucha de clases.

resueltas por una izquierda que, como dijimos, nunca se desembarazó del todo de la herencia liberal.

LA CLASE OBRERA INDUSTRIAL DESDE EL PARADIGMA DE LA IZQUIERDA POSITIVISTA

Como explica José Aricó, las redefiniciones teóricas marxistas se dieron a partir de la relación estrecha entre teoría, movimiento histórico y crisis capitalista (Aricó, 2010, p. 90). Por ello, a finales de 1850, Marx comenzó a escudriñar los fenómenos ocurridos en lugares como Irlanda, China, España, India y, especialmente, Rusia; países que desplazaron a Inglaterra como el epicentro de la hipotética revolución mundial comunista, y permitieron que se amplíe el concepto de proletariado.

En el sentido de Marx, el proletariado (clase obrera de los países de capitalismo desarrollado), en un primer momento, asume la condición de sujeto histórico superador del capitalismo, independientemente de la situación de las relaciones sociales en otras partes del mundo. Y, en un segundo momento, reflexiona sobre la lucha de clases, tanto en las sociedades capitalistas desarrolladas, como en las que coexisten formas no-capitalistas (como las llama Marx en el análisis de las formaciones sociales precapitalistas, en los Grundrisse) y periféricas. Siguiendo la interpretación de Slavoj Žižek: “Marx distinguía entre la clase obrera y el proletariado: la clase obrera es, efectivamente, un grupo social particular, mientras que el proletariado designa una posición subjetiva” (Žižek, 2006, p. 564). La conciencia proletaria depende del desarrollo de una subjetividad (posición autoconsciente) que niega y destruye el capital, condición a la que no solo los obreros industriales pueden acceder, sino el conjunto de la clase trabajadora.

Las revoluciones triunfantes del siglo pasado (Rusia, China, Vietnam, Cuba, Nicaragua), acompañadas de un particular desarrollo teórico, ampliaron aún más el concepto de proletariado. Surgieron, a su vez, otros sujetos como los campesinos, los estudiantes, “los pobres del tercer mundo”, etc., que se juntaron al concepto de proletariado, y

compusieron un sujeto revolucionario de características más amplias que la cerrada figura de la clase obrera industrial.

Sin embargo, parte de la izquierda en Ecuador mantuvo la tesis de que el sujeto revolucionario era la clase obrera industrial. Hubo una fuerte tendencia a concentrarse en las reflexiones establecidas en el *Manifiesto* y despreocuparse de la trayectoria de desarrollo de la obra marxiana, lo que implicó –como veremos en el periódico *Juventud Rebelde* de PCE– asumir el concepto proletariado como clase obrera industrial:

Es sabido que el marxismo surge como la concepción científica y la ideología del proletariado, que el principal mérito de Marx es el poner en claro el papel histórico y universal de la clase obrera, en definitiva que “*la burguesía no solo ha forjado las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñaran esas armas; los obreros modernos, los proletarios*” (*Juventud Rebelde*, 1977), (el énfasis pertenece al original y corresponde a una frase del *Manifiesto* de Marx y Engels).

Hubo varios partidos que se alimentaron de este tipo de interpretaciones. El PCMLE, el MIR y el PCE pensaron, en algunos momentos de su desarrollo, al proletariado como conceptualización cerrada, situación que no significó, sobre todo en el caso de los dos primeros partidos, integrar en su estructura orgánica a militantes obreros, sin embargo, los estudiantes y maestros serían la absoluta mayoría. El PCMLE, al principio, privilegió la tesis de la alianza campesina-obrera para, posteriormente –desplazándose de la base maoísta que lo vio nacer–, centrarse en la defensa de la clase obrera, giro que no descartó la presencia de otros actores en su praxis, como los maestros y los estudiantes.¹⁸ Igual cosa sucedió en el caso del MIR que, sosteniendo la tesis del carácter revolucionario de la clase obrera industrial, incorporó a otros actores políticos, entre los que podemos destacar la figura

18 Marco Villarroel, entrevista realizada el 16 de septiembre de 2014.

del militante revolucionario o el estudiantado (*Causa Proletaria*, 1972). El PCE intercaló la idea de la importancia de la clase obrera con la idea de pueblo –como se vio en el acápite anterior– (*El Pueblo*, 1975).

Ergo, el sujeto revolucionario que mantuvo el papel hegemónico en las principales formulaciones políticas del PCMLE, del MIR y del PCE siempre fue la clase obrera, planteamiento que se opuso a cualquier intento “revisionista” contrario a dicha tesis: “Los revisionistas [...] han elaborado supuestas teorías que niegan el papel dirigente y hegemónico de la clase obrera, que tiene variantes ‘nacionales’, pero que en esencia pretende desarmar, en la teoría y en la práctica, al proletariado y a los pueblos del mundo, fortificando al mismo tiempo a las clases dominantes de esos países y al imperialismo” (*En Marcha*, 1978).

¿Por qué los partidos de izquierda defendieron la idea de la clase obrera como vanguardia revolucionaria, a pesar de que, producto de un tibio proceso de industrialización, no tuvo un crecimiento significativo, como, por ejemplo, en los países del Cono Sur? En este sentido, ¿si existían otros sujetos sociales explotados/oprimidos en Ecuador, como el campesinado, por qué se insistió en la centralidad revolucionaria de la clase obrera?, ¿por qué este tipo de tradición de izquierda adjudicó, por sobre el resto de sectores, el papel primordial del proceso de cambio a la clase obrera?

Formulamos posibles salidas a estas interrogantes. Una de las referencias más fuertes de la clase obrera, en la región giró en torno al proceso chileno. La llegada al poder con Salvador Allende, a través de la emergencia de un pujante movimiento obrero, la CUT chilena, generó en la militancia de izquierda el convencimiento de la importancia de la clase obrera, en el período de ascenso de la Unidad Popular (UP), y durante el golpe de Estado encabezado por Augusto Pinochet. Como consta en los periódicos de la izquierda en Ecuador, el tema de la solidaridad y las referencias al tema de Chile fueron permanentes.¹⁹

19 Como se planteó, en todos los periódicos de la izquierda ecuatoriana existieron llamados a la solidaridad con Chile, a la par que se reivindicaba la figura de la clase obrera. Como referencia se expone *Juventud Rebelde* (No. 33-32-31, 1974), *El Pueblo*

Por otro lado, en la década del setenta, se generó en Ecuador una reanimación de la producción a partir del *boom* petrolero, lo que implicó, entre otras cosas, el crecimiento del Estado y el impulso de la conocida industrialización para la sustitución de importaciones (ISI), siguiendo la idiosincrasia de las economías latinoamericanas de 1960 y 1970 que intentaban superar su condición de dependencia, mediante el desarrollo de la industria local (Thorp, 1998, pp. 141-142).

En el caso del Ecuador, esto hizo posible –con límites en su desarrollo– el crecimiento de la clase obrera y, a su vez, de las organizaciones sindicales. La izquierda en este escenario actuó para sindicalizar a los/as trabajadores. El crecimiento organizativo de la clase obrera unificó la creencia de que “El papel histórico de la clase obrera es la destrucción de este sistema y la construcción de uno nuevo sobre sus ruinas” (*En Marcha*, 1978). Si bien la clase obrera gozaba de condiciones políticas para encabezar la serie de huelgas nacionales que se generaron en el período 1975-1986, su absolutización por sobre el resto del campo popular se mantuvo anclada a la divulgación del *marxismo de manual*, donde se planteaba –en términos productivistas y obreristas– su preconditionación revolucionaria.

En esta interpretación, la teoría marxista sufrió un proceso de encuentro con el positivismo, situación que alineó, *in nuce*, los pensamientos Marx y Lenin a una lectura teleológica y cientificista que produjo una suerte de quietismo teórico, de dogma abstracto; que basaba sus supuestos cientificistas en los factores de desarrollo material, de corte económico. La izquierda que se alineó a la interpretación positivista del marxismo: “lo “evangelizó”, como diría el exmilitante del PCE, Alfredo Llontop. Transformó al proletariado en el profeta único que anunciaba la buena nueva contenida en los manuales divulgación de ‘marxismo’. Consideraba que el resto de sectores sociales (trabajadores no industriales, campesinos, indígenas, pobladores) tenían que someterse a la preclaridad de la clase obrera. En 1986,

(No. 1127, 1977; No. 1058-1042-1041-1038, 1976; No. 1032-1031-1029; 1975), *Prensa Obrero y Campesina* (No. 3, 1977) y *Causa Proletaria* (No. 25), órgano central del MIR ecuatoriano, que particularmente expresará su apoyo a la resistencia chilena y la permanente difusión de comunicados del MIR chileno.

a manera de crítica, el presidente de la Central de Trabajadores del Ecuador CTE y militante del PCE, Bolívar Bolaño, platearía:

Yo quiero hacer una afirmación, nosotros como clase obrera tenemos que dar importancia a la unidad de los trabajadores, del sector proletario de la industria; por que los demás sectores, como los campesinos, los pobladores, los pequeños comerciantes son aliados de la clase obrera, por consiguiente nosotros tenemos que dar prioridad a la organización de la clase obrera del país y de ahí irradiar organización hacia los aliados; esa es la tarea que nosotros estamos haciendo, nosotros no queremos alardear a los sectores populares, pero ellos deben entender que son aliados de la clase obrera (*La Tierra*, 1986).

El sujeto revolucionario clase obrera se percibiría de manera estática, lo que ocasionó que el proletariado ecuatoriano se conciba a imagen y semejanza de la idea de proletariado centroeuropeo, visto en clave economicista. Este planteamiento, no obstante, era observado como ajeno –inclusive– para algunos autores ‘centroeuropeos’ como E.P Thompson (Thompson, 1979).²⁰

La adquisición de una “dimensión mítica de la clase obrera” en Ecuador (Ibarra, 2013, p. 62) desligó a parte de la izquierda de una problematización más aguda del tema unidad de clase. La versión salvífica de la clase obrera industrial provocó una desconexión con el resto de sectores sociales explotados en Ecuador. Froilán Asanza, Presidente de la CEDOC, planteaba en 1986, frente a las críticas de los movimientos campesinos e indígenas al FUT, la falta de comprensión de la clase obrera respecto al tema campesino: “Hay que dar al FUT mayor apertura para que participen otras organizaciones nacionales para lograr verdadera *unidad de la clase* trabajadora [...] el repetir que

20 Al respecto, el trabajo de E. P. Thompson resulta fundamental para entender cómo el propio proceso de conformación de la clase obrera inglesa se da a partir de otros condicionantes, que exceden al mundo económico de la fábrica, implicando valores devenidos la tradición religiosa, familiar y social.

la clase obrera es la vanguardia ha llevado a equivocaciones, como las de querer imponer desde la dirección sindical una línea de conducta al campesinado, al pueblo indígena, al movimiento poblacional” (*La Tierra*, 1986).

O, como planteaba Cristóbal Tapuy, dirigente amazónico de la Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía Ecuatoriana (CONFENIAE) en 1986:

Con el pueblo trabajador, con el pueblo obrero, queremos tener mayor coordinación, cierto diálogo para que vayan entendiendo al pueblo indígena. Ellos creen que el pueblo obrero es la vanguardia de la lucha, la vanguardia de la revolución, que a través de ellos vamos a llegar al poder. Nosotros creemos que con la unidad del pueblo obrero, del pueblo campesino y del pueblo indio alguna vez llegaríamos al poder (*La Tierra*, 1986).

En el Ecuador de la época, la clase obrera no fue el único sector del campo popular explotado u oprimido –ni tampoco el mayoritario. Entonces, el planteamiento de la clase obrera industrial como el sujeto revolucionario único se configuró en un esquema que no terminaba de empatar con la realidad: el proletariado en Ecuador resultaba ser algo más. La situación, para 1986, como se ve en la cita, comienza a generar tensiones entre el movimiento sindical y campesino. De esta manera, por ejemplo, no se agregó a la determinación de lo proletario (venta de fuerza de trabajo) la variante campesino-indígena (componente económico y socio-cultural envuelto en relaciones de explotación) o, si se incluyó, fue opacada por el despotismo que el concepto clase obrera había adquirido.

Lo proletario, visto como clase obrera industrial, se mostraba, especialmente para el PCE y PCMLE, como una especie de *sanctus verbum*, negando el desarrollo de la teoría de Marx, lo que ocasionó que cualquier intento de contribución marxista, fuera descalificado con una connotación moral: ultraizquierdistas, reaccionarias, reformistas. Los elementos caracterizadores de esa forma de entender lo proletario

se sustentaron en el dogma, el sectarismo y el ostracismo, situación que popularizó la interpretación sobre el proletariado, y por extensión de la teoría marxista. Mas, existió otra forma de comprender el concepto de proletariado, proceso que revisaremos a continuación.

EL PROLETARIADO COMO SUJETO POLÍTICO NEGATIVO

Otra tesis coincidente entre los partidos analizados, como el MRT, el PSRE y en menor grado el MIR y el PCMLE, es la de entender al sujeto revolucionario desde una dimensión aglutinante de otros sujetos, tendientes a componer, en unidad, una respuesta política colectiva que supere la mirada unívoca de la clase obrera industrial, como factor único de potencial emancipatorio. De esta forma, el PSRE propone el “Aglutinar a las fuerzas del proletariado en torno a un proyecto político independiente” (*Prensa Obrero y Campesina*, 1977), lo que implica la existencia de varios sujetos pensados como *fuerzas del proletariado*, algo así como un sujeto de sujetos, y no solo de la clase obrera industrial.

En esta idea de sujeto revolucionario, se establecía una relación íntima entre lo obrero y lo campesino, símil de los explotados del campo y de la ciudad; así, se permitió la introducción de un diagnóstico que integraba, a más de la situación de clase, aspectos devenidos de las transformaciones surgidas en la hacienda en Ecuador (como era la propuesta de Fernando Velasco y el MRT) y de la constitución más específica de las fuerzas sociales campesinas.²¹ En tal suerte, resultó clave pensar desde tres sujetos: lo obrero, lo campesino y lo popular como una sola fórmula de expresión del poder popular: “Desarrollar el poder del movimiento obrero-campesino y popular, dado que la revolución se fundamenta en la

21 Fernando Velasco, *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra* (Quito: El Conejo, 1979).

El MRT en Tarea Urgente propone “la existencia del siguiente bloque de clases [en el campesinado], objetivamente interesadas en la transformación de la sociedad ecuatoriana: [...] pequeño burguesía rural, [...] semiproletariado rural, [...] proletariado agrícola y [...] campesinos sin tierra” (No. 2, 1976).

construcción permanente del poder obrero-campesino y popular” (*Prensa Obrero y Campesina*, 1977).

Esto permitió comprender las necesidades de la lucha política frente al dominio del capital, indiferentemente de que éste operase en la ciudad o el mundo rural. De este modo, los intentos de pensar la clase se generalizaron en todos los *explotados* que soportasen los embates del bloque *capitalista-imperialista-terrateniente*. En *Tribuna Socialista*, periódico del PSRE, se planteaba:

Construir un FRENTE DE CLASE que tenga como columna vertebral la alianza obrero-campesina y que incluya como fuerzas de apoyo a los sectores medios empobrecidos, al estudiantado, a los pequeños propietarios, al artesanado, a los medios propietarios, en fin a todos los sectores que soportan explotación capitalista-imperialista-terrateniente (*Tribuna Socialista*, 1976, énfasis en el original).

La oposición al bloque *capitalista-imperialista-terrateniente* implica un proceso de enfrentamiento a los diversos aspectos sobre los cuales históricamente la explotación ha existido. En tal medida, el sujeto revolucionario tendría que manifestar justamente la necesidad de la oposición al *estado de las cosas*, la negación absoluta al capital; o como dice Manuel Agustín Aguirre: la “negación absoluta del orden”, planteándose un sistema organizativo al margen de la burguesía: el socialismo (Aguirre, 1983, p. 7). El acto de negar el orden es una afirmación superadora; por tanto, es una propuesta de construcción de nuevas relaciones que se recrean en la medida de la acción y la lucha de la clase trabajadora. No se localizan en el futuro, sino que existe una *estructura en negativo* en el presente desde donde edificarlas; de ahí la necesidad de construcción del poder popular (planteamiento constitutivo de una parte del ideario de izquierda latinoamericana) como un mecanismo de construcción de relaciones socialistas en las fauces del capital. Al decir de Bolívar Echeverría: “Las relaciones comunistas de reproducción social se hallan ya presentes, pero dentro de las relaciones capitalistas de reproducción y subordinadas a ellas.

Su presencia delinea como una estructura en negativo –posible pero sistemáticamente reprimida– en torno al conjunto de fallas o puntos de fracaso del propio orden capitalista” (Echeverría, 1976, p. 46).

La negatividad, como valor oposicional al capital, caracteriza lo revolucionario como la antítesis del orden capitalista: “Marx parte de la idea de clase obrera y negatividad –siendo concebida la negatividad de manera hegeliana– y, por otra parte, entre negatividad y capacidad positiva de construcción de un conjunto social totalmente nuevo” (Lefebvre, 1974, p. 251). Sin embargo, la importancia revolucionaria de la clase obrera no implica que otros sectores del campo popular sean periféricos a la acción política; por el contrario, el socialismo es imposible, sin la participación “del resto de clases y capas explotadas” para la conformación de “órganos de poder popular”:

Los órganos de poder popular tendrían que unir a la clase obrera con el resto de clases y de capas explotadas, para que de esta forma pueda la clase obrera ejercer su papel de vanguardia y dirección en el seno del pueblo [...] Los Consejos Zonales Fabriles y las Juntas Campesinas pueden ser un punto de partida para desarrollar las instancias políticas de la clase obrera [...pero...] no podemos reducir la construcción de la organización política del proletariado a la organización de su vanguardia (*Prensa Obrero y Campesina*, 1977).

La construcción de una agenda más amplia –dada la participación multisectorial–, sin que esto implique el abandono del horizonte anticapitalista, implica una diferencia importante con la idea de pueblo, la cual tendía a pensarse desde una base policlasista. Es decir, el programa político agrupa a todos los sectores que, de una u otra forma, son explotados por el capital, lo que involucra, por ejemplo, el impedimento para que la ‘burguesía nacional’ o capas semejantes puedan participar o sean tomadas en consideración por el poder popular. En este orden, la idea de lo anticapitalista no desaparecería, puesto que “la conciencia revolucionaria tiene que necesariamente ser el enjuiciamiento más radical de toda organización social interna de

dicho modo de producción” (Echeverría, 1965). La negatividad marxista, personificada en el sujeto revolucionario, se expresa, para el MIR, en la crítica más radical de la civilización capitalista:

Mientras más nos acercamos a la codiciada democracia burguesa, a las elecciones y al referéndum, al Congreso Nacional, a la constitucionalidad, a la tan decantada igualdad de derechos para los ciudadanos, la democracia burguesa cada vez se torna más en barbarie burguesa, la cultura y la civilización capitalistas en brutalidad e irracionalidad capitalistas (*Lucha Proletaria*, 1977).

Lo anterior permite acercarse al sujeto revolucionario como una totalidad, tesis integrante de la propuesta lukacsiana del proletariado (Lukács, 1970, p. 39). El sujeto en esta línea pasa de una plataforma reivindicativa fraccionada, a una plataforma política integrada. Esto representa la totalidad, desde la base de una comprensión política que es siempre vinculante, sin que esto implique aglutinar a sectores ajenos a una lectura de clase, como sucedía en el caso del concepto del pueblo entendido desde el PSE, el PCE, AVC y MPL. Por tanto, el trasfondo ya no sería la situación de la clase obrera o del campesinado por separado, sino la de todos los sectores que componen a la clase explotada en su conjunto. En esta perspectiva, “Las comisiones internas de fábrica, los consejos zonales y las comunidades campesinas son centros de vida proletaria que hay que desarrollar” (*Prensa Obrero y Campesina*, 1977).

El problema es la situación del trabajo en su conjunto. Marx plantea a los sujetos burgués y proletario como personificaciones de dos categorías económicas que se condensan en relaciones sociales concretas (Marx, 2002, p. 8). Entonces, el problema político en el marxismo no consiste en la afectación a un lugar de mayor visibilidad donde el capital se opera (burguesía o los trabajadores), sino a todos los lugares en los que el capital afecta, material e ideológicamente: la totalidad social (relación trabajo/capital). “Con una acentuación de lo negativo: crítica radical, destrucción impulsada hasta el fin. La clase

obrero es universal en tanto que conlleva la intuición de lo negativo, es decir, la capacidad radical de destrucción de lo existente y de lo positivo, de la capacidad de construir otro mundo totalmente nuevo” (Lefebvre, 1974, p. 251).

El trabajo “es condición eterna de los hombres” (Marx, 2002, p. 53), la base para determinar a la población con posibilidades negativas (destructivas) del capital es la clase trabajadora. Pero, para que la clase trabajadora empleada pueda producir, se requiere trabajadores al margen de la producción, en situación de desempleo o subempleo: el ejército industrial de reserva (EIR). De esta forma, según Manuel Agustín Aguirre, para que haya un partido revolucionario este “tiene que constituirse en la vanguardia del proletariado y semiproletariado, unido al campesinado y a las clases medias, especialmente en sus capas más pauperizadas, constituyéndose así en el partido de todas las clases explotadas y oprimidas del país” (*La Tierra*, 1979).

Otra de las posibilidades para comprender al conjunto de los explotados, con capacidad negativa al capital, es la idea de pueblo, acepción conceptualmente distinta a la descrita, líneas arriba. Ubicándonos, en este sentido, en “el concepto de pueblo como alianza revolucionaria de todos los explotados” (Lukács, 1970, p. 29). El pueblo y los pobres no son categorías con posibilidades variables de contenido, hasta el punto de soportar casi cualquier discurso; la elasticidad del concepto aguantaría todo, siempre y cuando no rompa el cobertizo de lucha anticapitalista.

A su modo, varios partidos de izquierda en algún momento abordaron el sujeto revolucionario desde una mirada negativa. No obstante, no fue su posición fundamental; en la mayoría de los casos, se volvía a la consideración del sujeto desde el pueblo, la clase obrera, la población sufragante, o desde la tautología de lo revolucionario. Desde el punto de vista discursivo, la mayor diferencia la marcaron, como dijimos, el MRT y el PSRE, y en menor medida el MIR y el PCMLE. Los antecedentes, en el caso ecuatoriano, para la construcción de este sujeto negativo y de una plataforma multisectorial desde la vinculación entre lo obrero, campesino y popular, se exponen a continuación.

A pesar de la creación de un ambiente –a finales de la década de los ochenta y especialmente en los noventa– que daba cuenta de una hipotética distancia entre el movimiento sindical y campesino-indígena, la maduración histórica de estos dos sectores marcha a pie juntillas. No se puede entender los orígenes y cambios de los gremios obreros y campesinos, por lo menos hasta la década del ochenta, de manera separada y por fuera de la lucha de los partidos de izquierda. Proponemos tres ejemplos nodales:

1. La cimiento del movimiento indígena contemporáneo se encuentra en la creación de los primeros sindicatos agrícolas en Cayambe, que, en nexa con el PCE, levantaron las primeras reivindicaciones del campesinado de la Sierra, tanto en el ámbito económico como en el cultural. La tierra para los indios y el reconocimiento de la educación en lengua propia fueron las consignas demostrativas de este hecho. Nombres como el de Dolores Cacuango han sido representativos de una dirigencia reconocida tanto como líder histórica del movimiento indígena, así como del movimiento sindical. La Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) tuvo, en este sentido, una estrecha vinculación con la CTE y el PCE.

2. La Federación Nacional de Organizaciones Campesinas (FENOC) estaba íntimamente ligada a la CEDOC; esta, a su vez, en nuestro período de estudio, al trabajo de Fernando “El Conejo” Velasco y del MRT. De hecho, la democratización y la transición de las tesis venidas desde la matriz católica a la socialista en la CEDOC, provenían, por vía orgánica, de la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas (FENOC), instancia que aglutinaba en su mayoría a sectores campesinos de la Sierra-centro y la Costa, y que posteriormente sirvió de base para la conformación de la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas, Indígenas y Negras (FENOCIN). El trabajo de Velasco sobre el tema campesino era simbólico, y a la vez se encomendaba a levantar la lucha

del movimiento sindical en tiempos de las huelgas nacionales conducidas por el FUT.²²

3. Por último, la relación entre las CEOSL y su filial del Guayas, la Federación Nacional de Trabajadores Agroindustriales, Campesinos e Indígenas Libres del Ecuador (FENACLE), estrechó los lazos entre lo sindical, lo campesino y lo indígena. Esta organización, fundada en 1969, agrupó a asalariados agrícolas de las provincias de Guayas y Los Ríos, y a sectores campesinos indígenas de algunas provincias de la Sierra.

Cabe destacar, en la línea de vinculación entre lo obrero, campesino y popular, que en la revisión de los pliegos de peticiones de las huelgas nacionales, comprendidas entre el 13 de noviembre de 1975 a 28 de octubre de 1987 (13 huelgas generales), existen elementos vinculantes que exceden las demandas gremiales del movimiento obrero, e incorporan temas de los sectores campesinos (precio del azúcar, solidaridad con la masacre de Aztra), indígenas (educación en lengua materna), de la política nacional (endeudamiento, nacionalización del petróleo) y las demandas de los sectores populares (alto costo de la vida, acceso a la educación). Sin embargo, la lucha reivindicativa multisectorial es, en lo fundamental, de carácter reformista, apartándose de la sugerencia leninista, recogida por el PSRE, de que “La lucha por las reivindicaciones inmediatas no debe hacer olvidar la tarea fundamental: luchar por la revolución y el socialismo” (*La Tierra*, 1975).

El establecimiento de esta plataforma conjunta de los distintos sectores sociales, tuvo como responsables a las diversas tradiciones marxistas que operaron en su seno. La unidad de los trabajadores –vista como el concepto amplio de lo proletario y, como hemos sugerido, con la perspectiva de pensar al sujeto revolucionario desde la base de la negatividad– no tuvo todos los alcances que casi tres décadas después, podemos agregarle; por ejemplo: no existió una profundización sobre las lógicas territoriales indígenas (Álvarez, 1999, p. 281). Este punto

22 Entrevista a José Chávez, 5 de septiembre de 2014.

hubiera servido para ahondar una reflexividad política más crítica, pensando lo proletario como unidad vinculante de los explotados del campo y la ciudad.

EPÍLOGO: LLAMARADA O GLACIALIZACIÓN DE LA PRADERA

De manera particular, creemos en lo que Benjamin creyó: “Nada ha corrompido tanto a la clase trabajadora [...] como la idea de *nadar a favor de la corriente*” (Benjamin, 2010, p. 65). Esa actitud de nadar a favor de la corriente (o de *no leer la historia a contrapelo*, como él mismo dijo), en el caso de la intelectualidad orgánica de la izquierda del Ecuador, se expresó en posiciones dogmáticas, prácticas electoralistas, limitaciones en su praxis política, adopción de esquemas considerados salvíficos, ausencia de una reflexividad más crítica. Consideramos que el deterioro de la capacidad transformadora y negativa de la clase trabajadora, por un rol más *proactivo* al interno de la sociedad capitalista –de la mano de una interpretación liberal del marxismo–, fue una de las razones de la domesticación y pérdida de capacidad revolucionaria de la clase vengadora de las vilezas históricas.

Cerramos el análisis, afirmando que el abismo más sentido para la izquierda, *tanto ayer como hoy*, ha sido justamente el insistir en una práctica política permanentemente jaloneada por la fuerza de atracción de los mecanismos de lucha legal, jurídica, constitucional, electoral, pacifista, o por un programa de acción más inmediatista, perdiendo de vista (so pretexto de “acumular fuerzas”, “de no es el momento”, “no hay condiciones”, o “solamente es un factor táctico”) la totalidad de la lucha política y de la estrategia de poder, y la necesidad imperiosa de hacerse de los dos axiomas más importantes del concepto de la política marxista: la contradicción (anticapitalista) y la universalidad (comunista).

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, Manuel Agustín (1983). El marxismo, la revolución y los partidos Comunista y Socialista en Ecuador. En Instituto de Investigaciones Sociales (edit.), *Carlos Marx: en homenaje en su centenario de muerte:*

IV Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador, 3-66. Cuenca: Instituto de Investigaciones Sociales-Facultad de Ciencias Económicas-Universidad de Cuenca.

Álvarez Litben, Silvia Graciela (1999). *De huancavilcas a comuneros: Relaciones interétnicas en la provincia de Santa Elena-Ecuador*. Quito: Abya-Yala.

Aricó, José (2010). *Marx y América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (FCE).

AVC (1985). Mientras haya algo que hacer nada hemos hecho. MHQH. Documento inédito (Quito).

Benavides Morales, Ana Cristina (2014). La izquierda ecuatoriana: Discurso y praxis en los años ochenta [Tesis de maestría]. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Ecuador (FLACSO-E), Quito.

Benjamin, Walter (2010). *Ensayos escogidos / Walter Benjamin*. Selección y traducción H. A. Murena. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.

Cárdenas, Mireya, y Miguel Jarrín (2011). *¿Dónde está la sangre del pueblo?* Quito: Ministerio de Cultura del Ecuador.

Casullo, Nicolás (2008). *Las cuestiones*. Buenos Aires: FCE.

Chávez, José (2014). *El "Conejo" Velasco y la lucha de los trabajadores en la década del 70*. Quito: s. e.

Cueva, Agustín (1998). *La teoría marxista: Categorías de base y problemas actuales*. Quito: Planeta.

Debray, Régis (1975). *La crítica de las armas*. Madrid: Siglo XXI.

Dussel, Enrique (1994). Teología de la liberación y marxismo. En Ellacuría, Ignacio (comp.), *Mysterium liberationis: Conceptos fundamentales de la teología de la liberación* (pp. 115-44). Madrid: Trotta.

Echeverría, Bolívar (1965). Posibilidad del cambio. Quito: Pucuna 6.

Echeverría, Bolívar (1971). *¿Qué significa la palabra revolución?* Quito: Procontra 1.

Gramsci, Antonio (2013). *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Hart Dávalos, Armando (1989). *Pensar al Che: Retos de la transición socialista*, t. 1(a) y 2(b). La Habana: Centro de Estudios sobre América Latina / Ed. José Martí.

Ibarra, Hernán (2013). *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)*. Quito: Ministerio Coordinador de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.

Laclau, Ernesto (2008). *Debates y combates: Por un nuevo horizonte de la política*. Buenos Aires: FCE.

Laclau, Ernesto (2007). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.

Lefebvre, Henri (1974). ¿Es revolucionaria la clase obrera? En Pronteau, Jean, *Coloquio de Cabris: Sociología y revolución* (pp. 249-62). México D.F.: Grijalbo.

Lipset, Seymour y Martin Rokkan, Stein (1992). Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales. En Albert Batlle (edit.), *Diez textos básicos de ciencia política* (pp. 231-66). Barcelona: Ariel.

Lukács, Georg (1969). *Historia y conciencia de clase*. México D.F.: Grijalbo.

Lukács, Georg (1970). *Lenin (la coherencia de su pensamiento)*. México D.F.: Grijalbo.

Luxemburgo, Rosa (1999). *Reforma ou revolução?* São Paulo: Expressão Popular.

Marx, Carlos (2010). *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Madrid: Ed. Nueva.

Marx, Carlos (2004). *El capital: El proceso de producción del capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Marx, Carlos, y Federico Engels (1998). *Manifiesto del Partido Comunista*. Barcelona: Crítica.

MRT (1978). *¿Qué es el MRT y qué se propone?* Documento de divulgación. Quito.

Moreano, Alejandro (2012). *Alrededor de la teología de la liberación*. Quito: Malaidea.

Moreano, Alejandro (1976). *Latinoamérica: Desarrollo del capitalismo y pensamiento de izquierda*. Política y sociedad. Quito: Escuela de Sociología y Ciencias Políticas-Universidad Central del Ecuador.

Offe, Claus (1992). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema.

Pannekoek, Anton, Karl Korsch y Paul Mattick (1978). *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?* México D.F.: Siglo XXI.

Paredes, Ricardo ([1928] 1978). Informe de la delegación latinoamericana en el debate sobre el problema colonial. En VI Congreso de la Internacional Comunista. *Segunda parte: informes y discusiones* (pp. 176-86). México D.F.: Siglo XXI.

PCMLE (1991). *Programa general y estatutos*. Quito: Edic. de la Revolución Ecuatoriana.

Polo Bonilla, Rafael (2012). *La crítica y sus objetos: Historia intelectual de la crítica en el Ecuador (1960-1990)*. Quito: FLACSO-E.

Rodas Chávez, Germán (1983). *Reconstitución del PSE*. Quito: La Tierra.

Saad, Pedro (1976). *Los problemas de la revolución ecuatoriana: La reforma agraria democrática*. Comité Central del Partido Comunista del Ecuador. Guayaquil: Claridad.

Sader, Emir (2009). *El nuevo topo: Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Sánchez Vázquez, Adolfo (2013). *Filosofía de la praxis*. México D.F.: Siglo XXI.

Sartori, Giovanni (1999). *Partidos y sistemas de partidos: Marco para un análisis*. Madrid: Alianza.

Sartre, Jean-Paul (1967). *¿Qué es literatura?* Buenos Aires: Losada.

Terán, Juan Fernando (1994). *AVC: Revelaciones y reflexiones sobre una guerrilla inconclusa*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.

Thompson, Edward P. (1979). *Tradición, revuelta y conciencia de clase: Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica.

Thorp, Rosemary (1998). *Progreso, pobreza y exclusión: Una historia económica de América Latina del siglo XX*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo.

Velasco, Fernando (1976). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra*. Quito: El Conejo.

Ycaza, Patricio (1994). *Vencer el miedo a ser felices: Creatividad, democracia y soberanía en una época de contrarrevolución y desesperanza*. Quito: Centro para el Desarrollo Social.

Žižek, Slavoj (2006). Against the Populism Temptation. *Critical Inquiry*, 32, 551-74.

PERIÓDICOS DE LOS PARTIDOS DE IZQUIERDA ECUATORIANOS

PCE

El Pueblo. 1975 (No. 1032-1031, 1029); 1976 (No. 1058-1042-1041-1038); 1977 (No. 1088, 1127, 1139); 1978 (No. 1187, 1147); 1982 (No. 1373); 1981 (No. 1350, 1372, 1347, 1366); 1987 (No. 1645).

Juventud Rebelde. 1974 (No. 33-32-31); 1977 (No. 50).

PSE

La Tierra. 1983 (No. 3); 1984 (No. 5, 7); 1985 (No. 14, 15); 1986 (No. 16, 18, 20).

El Alfarero. 1978 (No. 4).

PSRE

La Tierra. 1974 (No. 3); 1975 (No. 4); 1978 (No. 2, quinta época); 1979 (septiembre).

Prensa Obrero y Campesina. 1977 (No. 2, 3, 4).

Tribuna Socialista. 1976 (No. 1); 1977 (No. 7).

PCMLE y MPD

En Marcha. 1975 (No. 320, 321); 1976 (No. 322, 346, 347); 1977 (No. 376, 380-390, 398, 400, 401); 1978 (No. 421, 426); 1979 (No. 470-475).

Patria Nueva. 1978.

MIR

Causa Proletaria. 1972 (No. 4, 5); 1974 (No. 6, 7, 8); 1975 (No. 9, 10, 11, 12, 13); 1976

(No. 14, 15, 16, 18, 19); 1977 (No. 20, 21, 22, 23); 1978 (No. 24, 25, 26, 27); 1979 (No. 28, 29, 30); 1980 (suplemento).

Lucha Proletaria. 1977 (No. 6).

Voz Rebelde. 1982 (No. 7).

MRT

Lucha Socialista. 1977 (No. 1).

Nuestra Lucha. 1977 (No. 8).

Tarea Urgente. 1976 (No. 1, 2).

Movimiento. Noviembre de 1980.

AVC

Qué Púchicas Mi País. 1986 (No. 1).

Montonera. 1985 (No. 19, 26).

MPL

¡Aquí estamos compadre! 1986 (No. 7).

OTROS PERIÓDICOS Y REVISTAS

Eco de la Segovias. Comité Ecuatoriano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua y el FSLN. 1978 (No. 3); 1979 (No. 9, 10); 1980 (No. 11).

Hoy. 11 de agosto de 1983.

Punto de Vista. 1992 (No. 537).

ENTREVISTAS

Chávez, José. 5 de septiembre de 2014.

Llontop, Alfredo. 26 agosto de 2014.

Oviedo, Jorge. 14 de agosto de 2014.

Villarroel, Marco. 16 de septiembre de 2014.

LA NATURALEZA PRODUCIDA

Melissa Moreano Venegas

Comprender y describir la relación entre los seres humanos y la naturaleza bajo el capitalismo aparece como una tarea insoslayable para enfrentar la crisis ecológica desencadenada por la creciente contaminación y agotamiento de recursos (Sabbatella, 2010; Swyngedouw, 2015) y que provoca sufrimiento tanto a la especie humana –con marcas clasistas, racistas y sexistas–, como al resto de especies no humanas con quienes compartimos el planeta. Sin duda, en el capitalismo la relación entre los seres humanos y la naturaleza aparece como escindida en proporciones sin precedentes, que “ha mutado de un realidad incidental y fragmentada a una condición sistémica de la existencia social, ha dejado de ser una rareza local a una ambición global” (Smith, 2007, p. 25). Tal separación ha permitido al capital presentarnos una naturaleza prístina, intacta, externa al humano y susceptible de apropiación y dominación para la explotación, pero también para gestionar su destrucción mediante estrategias de conservación como parques naturales y reservas lejos de toda acción humana. Así, la acción política ambientalista denuncia la separación entre seres

humanos y naturalezas y pugna por su superación desde distintas posiciones del espectro político. Por un lado, el ambientalismo tecnocrático plantea que la naturaleza debe internalizarse en el proceso de producción capitalista para producir valor de cambio, encarnando la idea de que la naturaleza puede ser salvada solo si es incluida en el mercado mediante financiarización, mercantilización o privatización, de una forma en que se elimine la participación humana sancionada como dañina (McAfee, 1999), usualmente prácticas locales de pueblos campesinos e indígenas. Por otro lado, el ambientalismo esencialista plantea un retorno a la naturaleza en el que el ser humano se fusiona con ella configurando una espiritualidad ecológica mejor representada por el fervor de la ecología profunda (Martínez-Alier, 2002). Ambos enfoques, burgueses por su fuerte sesgo de clase y neoliberales por el tipo de acción política que propugnan, entienden a la naturaleza de tres formas: como externa, como intrínseca y como universal.

La naturaleza externa –construida en el capitalismo– está fuera de la humanidad y es “la materia prima a partir de la cual se edifica la sociedad” (Smith, 2010, p. 2); esta naturaleza es administrada, ya sea como recurso natural o como paisaje intacto, para garantizar la producción de plusvalor (Sabatella, 2010). En el primer caso, la naturaleza, como condición de producción, provee la materia prima para el capitalismo industrial; en el segundo caso, la naturaleza simplemente se reconfigura como una estrategia de acumulación en la medida en que un paisaje prístino, desprovisto de aparente existencia humana, está preparado para futuros mercados verdes (Smith, 2007). En general, los criterios manejados por las instancias de los gobiernos encargadas de la conservación de la naturaleza enfatizan el estado de conservación de un ecosistema, en otras palabras, el nivel de naturalidad de un determinado tipo de vegetación, definido por el grado de intervención humana al que se ha visto expuesto, sin considerar patrones de producción y reproducción de los pueblos con su entorno. En el caso del Programa Socio Bosque, un programa gubernamental ecuatoriano que entrega incentivos monetarios para la conservación que funciona desde el 2008, la naturalidad está definida por variables como la proximidad de carreteras y de ríos navegables, la densidad

poblacional y el nivel de pobreza de la población local. Para este programa y otras políticas públicas de conservación, la cercanía y la tasa de pobreza de las poblaciones humanas locales son factores que ponen en peligro a una naturaleza que el ser humano quiere dominar y controlar para explotar. En consecuencia, la naturaleza es algo para proteger de la acción humana mediante normas restrictivas del acceso que mantengan a raya a la población local mientras se explota la naturaleza en campos petroleros, tajos de minas a cielo abierto o campos de monocultivos tóxicos.

La naturaleza intrínseca hace referencia a la característica esencial de algo, y se aplica tanto a la naturaleza externa como a la humana. La naturaleza universal lo abarca todo, incluidos los humanos; es comparable a la noción de Gaia y, ciertamente, es también comparable a las nociones de Pachamama que circulan hoy en Ecuador en el marco de la inclusión de los derechos de la naturaleza en nuestra Constitución pero que no necesariamente responden a las filosofías andino-amazónicas. Hasta ahora hay varios entendimientos del término. A veces, la Pachamama, equiparada a la Madre Naturaleza o Madre Tierra, es la naturaleza universal, un “conjunto socioecológico omni-comprendivo” que desarma la “dualidad entre sociedad y Naturaleza” y reconoce a “los no humanos como sujetos” (Gudynas, 2016, p. 727, mayúsculas en la fuente). Pero más comúnmente, el término hace referencia a una naturaleza externa a la existencia humana, sobre todo cuando es presentada como un límite al desarrollo económico al apelar a la noción de derechos de la naturaleza. Algo comprensible si revisamos la historia del ecologismo ecuatoriano, forjado por las luchas contra la extracción petrolera y la innovación de estrategias legales para detener la degradación ambiental en un contexto de desarrollo depredador (Varea et al., 1997; Acosta y Martínez, 2010) y consolidado en el último tiempo por la confrontación cada vez más aguda con el régimen del expresidente Rafael Correa, que profundizó la extracción de materias primas como el centro del modelo de desarrollo del país. En consecuencia, es la naturaleza no-humana, externa, la que ha adquirido derechos, a pesar de los muchos esfuerzos hechos por integrar la naturaleza en la historia humana, o para incrustar a

la humanidad en la naturaleza universal. El gobierno, por su parte, transformó los derechos de la naturaleza en una forma de administración científica que garantiza el desarrollo capitalista convencional basado en la extracción y exportación de materias primas.

La dicotomía resultante de la asimilación de Pachamama y Madre Tierra como naturaleza externa, además “no reconoce el carácter dual de la cosmovisión andino-amazónica” (Sánchez-Parga, 2014, pp. 110-111). En la práctica, la humanización de la naturaleza asociada al imaginario de la Madre Tierra solo sirve para transformar la dimensión mágica de las tradiciones andinas en un misticismo sin sentido; al contrario, lo que se necesita es un enfoque en el que la naturaleza esté firmemente integrada en la historia humana (Sánchez-Parga, 2011, 2014). La naturaleza feminizada y divinizada como “madre cuidadora que da a luz, cría y protege a todos sus hijos” (Giraldo, 2012, p. 228) es también una lectura patriarcal que resalta su rol reproductivo, con el resultado de amenazar la autonomía de los cuerpos con capacidad de gestar, pues “hace referencia solamente a la fertilidad para tener a las mujeres y a la Pachamama a su arbitrio patriarcal, sirve para reducir a la Pachamama –así como nos reducen a las mujeres– a su función de útero productor y reproductor al servicio del patriarcado” (Asambleas del Feminismo Comunitario, 2010). Ahora bien, el reencantamiento y subjetivación de la naturaleza en el capitalismo puede funcionar para evitar su sobreexplotación. De hecho, esta estrategia, en el contexto de una confrontación extrema con las industrias extractivas, parece políticamente útil (Jenkins, 2015).

Sin embargo, las tres formas de entender la naturaleza descritas asumen que la naturaleza puede entenderse tal como es, ya sea por métodos científicos o no científicos, por lo que se presume que la naturaleza es una entidad fija e inmutable, sin historia. La naturaleza, entonces, puede medirse y manejarse hacia un estado supuestamente equilibrado previo (o más allá) de la historia humana. Al mismo tiempo la naturaleza sigue siendo vista como un significante vacío que encapsula un número infinito de significados que expresan lo que la naturaleza debería ser: una norma contra la cual medir la desviación, “el deseo de restaurar la armonía humana verdadera (original

y perdida) reajustando el mundo al equilibrio ecológico”, la fantasía de la naturalidad de una “naturaleza que sirve como ‘el Otro’ que nos guía a la redención”. En ese barullo, el capital intenta “fijar el significado inestable [de la naturaleza] mientras la presenta como un ‘Otro’ fetichizado” (Swyngedouw, 2015, pp. 132-134).

En contraste con esta articulación de la naturaleza, el marxismo ecológico, la geografía marxista y otras corrientes críticas dentro de la ecología política argumentan a favor de una naturaleza social, un término para significar “la naturaleza que ha sido producida por el ser humano a través de la conceptualización y la actividad [material]” (Biersack y Greenberg, 2006, p. 14). El punto de partida es que las ideas de naturaleza externa, intrínseca y universal son en sí mismas producidas socialmente; en otras palabras, “la naturaleza es tanto un concepto como todas aquellas cosas físicas a las que se refiere el concepto” (Castree, 2001, p. 6).

La naturaleza es social de tres formas diferentes. En primer lugar, la naturaleza se construye a través del conocimiento, una construcción que está fuertemente influenciada por las relaciones de clase, género, raza y coloniales; definida por la ideología o el discurso y mediada por el poder (Castree, 2013). En segundo lugar, las sociedades no se relacionan, se involucran o interactúan con la naturaleza de manera diferente, sino que lo que existe son sionaturalezas (Swyngedouw, 2006). El concepto de sionaturalezas encapsula la idea de que los atributos físicos de lo que se llama naturaleza serán diferentes dependiendo de cómo las diferentes sociedades humanas se co-producen con su entorno. Sin negar la existencia física de árboles o jaguares, las sionaturalezas ponen el acento en que “las características físicas de la naturaleza dependen de las prácticas sociales, que no son fijas” (Castree, 2001, p. 13; énfasis en la fuente).

Sin embargo, el tercero es el más complejo de los entendimientos de la naturaleza social: que los seres humanos de hecho reconstituimos físicamente la naturaleza o, dicho de otro modo, que “la naturaleza se ha vuelto interna a los procesos sociales” (Castree, 2001, p. 15, énfasis en la fuente). Esto sucede de tres maneras: produciendo la naturaleza literalmente a través de la tecnociencia (semillas, virus, clones, etc.);

produciendo naturalezas manufacturadas como subproductos del capitalismo industrial (desechos, productos químicos, contaminación, enfermedades) y produciendo una primera naturaleza que necesita protección de los humanos (reservas naturales, especies en peligro de extinción, mercancías verdes).

En concreto, el pensamiento marxista que se ha preocupado de este tema concibe a la naturaleza dentro del marco de la teoría del trabajo (Sabattella, 2010; Smith, 2010, Ekers y Loftus, 2012; Machado, 2015). Como insiste Michael Watts “en lugar de ver las cuestiones ambientales a través del prisma de la sociedad y la naturaleza, [...] la ecología política basada en las ideas marxistas del proceso de trabajo y las nociones de primera y segunda naturaleza, vio a la naturaleza y la sociedad como dialécticamente constituidas” (2015, p. 31). A partir de la noción de Marx sobre el trabajo como una actividad socialmente transformadora, la producción de naturaleza a través del trabajo involucra la transformación simultánea de la naturaleza humana y no humana. Cuando los seres humanos transforman los elementos de la naturaleza para satisfacer sus necesidades –producir valor– también “producen colectivamente su propia vida material”, que engloba su fisiología, sus medios de subsistencia, su conciencia de la práctica humana y sus relaciones sociales (Smith, 2010, p 55).

En consecuencia, la relación de los humanos con la naturaleza está mediada por el modo de producción y las relaciones de poder que emanan de él. El modo de producción capitalista no es particular en producir naturaleza, sino que ha mutado históricamente de la producción en general a la producción para el intercambio y para la acumulación ampliada. De modo que, bajo el capitalismo, la humanidad ha pasado de producir valores de uso a producir naturaleza directamente como valor de cambio, mercancías cuyo “uso está regulado por la cantidad de valor de cambio que traerá su empleo” (Smith, 2010, p. 67). El valor de cambio define, hoy, la relación entre el ser humano y la naturaleza y su cúspide, dentro de los ambientalismos hegemónicos, es los intentos de producción de mercancías verdes como toneladas de carbono o unidades de conservación a ser intercambiadas en mercados de carbono y biodiversidad (Lohmann, 2012; Apostolopolou,

Greco y Adams, 2018) o la apropiación de tierra para prácticas de conservación capitalistas (Greenleaf, 2019). Aunque este tipo de soluciones sugieren un capitalismo verde más blando y benévolo, el resultado es la integración de la naturaleza en el proceso de producción de modo que el capitalismo logra sortear las crisis y mantener el *status quo* y un sinnúmero de nuevos conflictos socioecológicos.

Otro elemento que destacar es la relación dialéctica que existe entre la llamada primera naturaleza –aquella que todavía no es socialmente producida a través del trabajo alienado– y la segunda naturaleza que ha sido ya producida como valor de cambio. Debido a la escala global en la que ahora se produce la naturaleza, “la primera naturaleza se produce progresivamente *desde dentro y como parte* de la llamada segunda naturaleza”, la primera naturaleza está ahora “privada de su originalidad” (Smith, 2010, p. 70). Por lo tanto, parece que, debido a la escala, la primera naturaleza se produce como una abstracción (es decir, como mercancía) para una acumulación prolongada o, como la mencionada “estrategia de acumulación” en forma de naturaleza prístina en los parques y reservas naturales (Smith, 2007). De hecho, para Smith, ya no existe la primera naturaleza, solo “nuestras nociones de la naturaleza como edénica, pero esta es siempre una naturaleza ideal y abstracta de la imaginación [...] Los seres humanos han producido cualquier naturaleza que les ha sido accesible” (Smith, 2010, p. 81).

Investigar cómo la primera naturaleza también es producida socialmente es fundamental en las discusiones ecologistas y ambientalistas que aceptan sin reservas la idea de naturaleza externa que necesita protección de la humanidad – sea de campesinos empobrecidos en el caso del ambientalismo hegemónico o de intereses extractivistas en el ecologismo popular. El concepto también es interesante para enmarcar la ecología política del ambientalismo: a medida que queda claro que la distinción entre naturaleza social y no producida socialmente es inútil, es decir, si se acepta que toda la naturaleza es producida socialmente, la actividad política ecologista se debería concentrar en definir cómo y quién produce la naturaleza, incluida la primera naturaleza. Estos debates están presentes de algún modo

en Ecuador en la discusión sobre la autonomía territorial indígena, por ejemplo, cuando se conectan las luchas en defensa del agua, la Pachamama y la vida con las luchas indígenas por la tierra, que datan de las décadas previas a 1990, colocando en el centro de las demandas el poder de la organización comunitaria que produce activamente los territorios colectivos y la naturaleza.

Sin embargo, para los y las practicantes de la conservación (biólogos, ingenieros ambientales, ambientalistas de todo tipo), la noción de naturaleza que se produce socialmente es difícil de asimilar debido a que naturaleza ha sido definida precisamente como lo que no es social. De hecho, la noción de producción de la naturaleza ha sido tachada por antropocéntrica y reduccionista porque obvia que la naturaleza realmente existe sin o más allá de la acción humana (Castree, 2001, p. 16). Pero Smith de ningún modo quiere hacer implícito que los procesos naturales no existan: “la gravedad, los procesos biológicos, el cambio químico y geológico” existen y “no deben su existencia al trabajo humano” (Smith, 2007, p. 27). Pero Smith abre la posibilidad de pensar en la naturaleza más allá de la naturaleza no humana (Henderson, 2009). También es cierto que la separación prevalece en lo concreto, sin duda la separación entre los espacios naturales y sociales está lejos de ser resuelta. También hay una afirmación material: no toda la naturaleza se puede producir físicamente: el núcleo de la tierra, el sistema solar no se produce socialmente. El propio Smith contrarrestó este argumento afirmando que la única naturaleza que no se produce socialmente es la que es inaccesible al ser humano.

Sin embargo, lo que es fundamental es que al reconocer el carácter socialmente producido de la naturaleza la acción política se desplazaría de la discusión estéril sobre qué naturalezas merecen ser conservadas (según su estado de conservación) a la disputa por cómo la naturaleza se produce y quién controla la producción. Lo que realmente está en juego aquí es comprender las formas en que el trabajo ocurre a través de la práctica diaria para producir siconaturalezas en el capitalismo como valor de cambio, pero también formas que la confronten. Por ejemplo, las concepciones indígenas andino-amazónicas parecen hablar de una naturaleza producida socialmente a través de

la agricultura, tomando solo lo necesario para la reproducción de la vida (Macas, 2010). Al mismo tiempo, la reproducción de la vida, si bien contribuye a la producción de plusvalor en la esfera de la producción, ocurre a través de prácticas que ofrecen comida, abrigo, sosiego, trascendencia en constante interacción con la naturaleza no humana (Arruzza y Battacharya, 2020). Las prácticas indígenas y populares basadas en el lugar y vinculadas a territorios concretos desafían la producción de naturaleza directamente como valor de cambio. La conservación comunitaria que llevan a cabo pueblos indígenas y campesinos, o el trabajo que llevan a cabo asociaciones barriales que expanden huertos o exigen la preservación de parques urbanos, combinando producción agrícola con preservación de cobertura vegetal producen naturaleza como valor de uso.

El planteamiento aquí es entonces que la tesis marxista de la producción de la naturaleza puede efectivamente reemplazar la comprensión de naturaleza externa o universal que nutre la tesis de la dominación tan extendida entre los ecologismos emancipatorios que señalan que la capacidad destructiva del capitalismo tendría su génesis en la separación moderna entre cultura y naturaleza (Escobar, 2003). Edificado sobre ese cisma original, el capitalismo es incapaz de construir mundos sostenibles o de encontrar soluciones para las crisis ambientales. Para los ecologismos, el afán de dominar y controlar la naturaleza por parte de la ciencia y la tecnología capitalistas explicaría la degradación ambiental, la pérdida de hábitats, la contaminación, el cambio climático. Sin embargo, enfatizar la dominación de la naturaleza por parte del ser humano termina por exacerbar el carácter externo de la naturaleza. En suma, la separación que trata de combatir.

Para la tradición marxista, la tesis de la dominación de la naturaleza es políticamente problemática por dos razones: en primer lugar, si se entiende que la explotación es inherente a cualquier modo de producción moderno esta sería, por tanto, inevitable; en segundo lugar, si la explotación se asume como una opción moral, ésta puede ser modificada con la intención personal, el cambio individual tan

arraigado en muchas tradiciones ambientalistas y nada más desmovilizador políticamente.

Ciertamente, la separación entre cultura y naturaleza es lo que permite la objetuación de la naturaleza y su destrucción. Sin embargo, la oposición de choque entre humanos y naturaleza parecería ser políticamente infértil, pues si tal dominación es real e inherente a la vida social contemporánea, “las únicas alternativas políticas son, por un lado, una política anti-humana (en sentido literal) o la resignación ante una dominación más gentil o cuidadosa” (Smith, 2007, p. 28) que conduciría, por un lado, al planteamiento de que toda actividad humana es dañina y, por otro, a la gestión de los impactos, propia de la modernización ecológica.

Por el contrario, planteo que mirar la relación dialéctica entre seres humanos y naturalezas como una relación de mutua producción puede tener mayor aplicabilidad política. Si la actual formación capitalista es un modo de producción de naturaleza nocivo para la supervivencia de las especies que habitan el planeta, incluida la humana, las actividades creativas de producción no capitalista de naturaleza, de origen indígena, y englobadas en lo que se ha descrito como *racionalidad ambiental*, emergen como posibilidades liberadoras.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, Alberto y Martínez, Esperanza (2010). El buen vivir. Una vía para el desarrollo. *Polis*, 9(25), 557-561.

Apostolopoulou Evangelia, Greco, Eliza y Adams, William M. (2018). Biodiversity Offsetting and the Production of ‘Equivalent Natures’: A Marxist Critique. *ACME: An International Journal for Critical Geographies*, 17(3), 861-892.

Arruzza, Cinzia y Bhattacharya, Tithi (2020). Teoría de la Reproducción Social. Elementos fundamentales para un feminismo marxista. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 16, 37-69.

Asambleas del Feminismo Comunitario (2010). Pronunciamento del feminismo comunitario latinoamericano en la Conferencia de los Pueblos sobre Cambio Climático. <http://www>.

biodiversidadla.org/Documentos/Pronunciamiento_del_Feminismo_Comunitario_latinoamericano_en_la_Conferencia_de_los_pueblos_sobre_Cambio_Climatico.

Biersack, Aletta y Greenberg, James B. (2006). *Reimagining political ecology*. Cambridge: Cambridge University Press.

Castree, Noel (2001). *Socializing nature: Theory, practice, and politics*. En Castree, Noel y Braun, Bruce (eds.), *Social nature: Theory, practice, and politics* (pp. 1-21). Oxford: Blackwell Publishers.

Castree, Noel (2013). *Making Sense of Nature: Representation, Politics and Democracy*. New York: Routledge.

Eckers, Markus y Loftus, Alex (2012). Revitalizing the production of nature thesis: A Gramscian turn? *Progress in Human Geography*, 37(2), 234–252.

Escobar, Arturo (2003). Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano. *Tabula Rasa*, (1), 51-86.

Giraldo, Omar F. (2012). El discurso moderno frente al “pachamamismo”: La metáfora de la naturaleza como recurso y el de la Tierra como madre. *Polis*, 11(33), 219-233.

Greenleaf, Maron (2019). The value of the untenured forest: land rights, green labor, and forest carbon in the Brazilian Amazon. *The Journal of Peasant Studies*, 1-20. doi: 10.1080/03066150.2019.1579197.

Gudynas, Eduardo (2016). Beyond varieties of development: disputes and alternatives. *Third World Quarterly*, 37(4), 721-732. doi: 10.1080/01436597.2015.1126504.

Henderson, George (2009). Marxist political economy and the environment. En Castree, Noel, Demeritt, David, Liverman, Diana y Rhoads, Bruce (eds.), *A Companion to Environmental Geography* (pp. 266-293). Oxford: Wiley-Blackwell.

Jenkins, Kathy (2015). Unearthing Women’s Anti-Mining. Activism in the Andes: Pachamama and the “Mad Old Women”. *Antipode*, 47(2), 442-460.

Lohmann, Larry (2012). Financialization, commodification and carbon: the contradictions of neoliberal climate policy. *Socialist Register*, 48, 85-107.

Macas, Luis (2010). Sumak kawsay: la vida en plenitud. *América Latina en Movimiento*, (452), 14-16.

Machado Aráoz, Horacio (2015). Marx, (los) marxismo(s) y la ecología. Notas para un alegato ecosocialista. *GEOgraphia*, 17(34), 9-38.

Martinez-Alier, Joan (2002). *The environmentalism of the poor: a study of ecological conflicts and valuation*. Cheltenham y Northampton: Edward Elgar.

McAfee, Kathleen (1999). Selling nature to save it? Biodiversity and green developmentalism. *Environment and Planning*, 17, 133-154.

Sabbatella, Ignacio (2010). Crisis ecológica y subsunción real de la naturaleza al capital. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 36, 69-80.

Sánchez-Parga, José (2011). Discursos retroevolucionarios: sumak kawsay, derechos de la naturaleza y otros pachamamismos. *Ecuador Debate*, (84), 31-50.

Sánchez-Parga, José (2014). *Alternativas virtuales vs. cambios reales. Derechos de la Naturaleza, Buen Vivir, Economía Solidaria*. Quito: Centro Andino de Acción Popular.

Smith, Neil (2010). *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space*. 3era Ed. London y New York: Verso.

Smith, Neil (2007). Nature as accumulation strategy. *Socialist Register*, 19-41.

Swyngedouw, Eryk (2006). Circulations and metabolisms: (hybrid) natures and (cyborg) cities. *Science as Culture*, 15(2), 105-121.

Swyngedouw, Eryk (2015). Depoliticized environments and the promises of the Anthropocene. En Bryant, Raymond L. (ed.), *The International Handbook of Political Ecology* (pp. 31-145). Cheltenham y Northampton: Edward Elgar.

Varea, Ana María y Barrera, Carmen (1997). *Ecologismo ecuatorial. Conflictos sociambientales y movimiento ecologista en el Ecuador*. Quito: Abya-Yala y CEDEP.

Watts, Michael (2015). Now and then: the origins of political ecology and the rebirth of adaptation as a form of thought. En

Perreault, Tom, Bridge, Gavin y McCarthy, James (eds.), *The Routledge Handbook of Political Ecology* (pp. 19- 49). New York: Routledge.

SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

Tomás Quevedo

Docente de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas - UCE.

Miembro del Observatorio del Trabajo y el Pensamiento Crítico - UCE.

Ricardo Melgar Bao

Docente, historiador y antropólogo. Su trabajo se enfocó en la historia del movimiento obrero en América Latina, izquierdas y movimientos sociales en los siglos XIX y XX. Entre otras obras destaca El movimiento obrero latinoamericano: historia de una clase subalterna.

David Chávez

Docente de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Central del Ecuador (Quito). Actualmente realiza estudios doctorales en el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Andrés Tzeiman

Doctor en Ciencias Sociales (UBA) y autor del libro Agustín Cueva: marxismo y política en América Latina.

Victor Hugo Pacheco

Candidato a doctor en Estudios Latinoamericanos de la UNAM.
Autor del libro Rompiendo la jaula de la dominación. Ensayos en torno a la obra de Aníbal Quijano

Sofía Lanchimba Velastegui

Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM.
Socióloga y abogada por la Universidad Central del Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo Herencias y perspectivas del marxismo.

Andrés Madrid

Docente universitario. Es autor del libro En busca de la chispa en la pradera. El sujeto revolucionario en la intelectualidad orgánica de izquierda en Ecuador y coautor de Estallido. La Rebelión de Octubre en Ecuador.

Melissa Moreano Venegas

Docente universitaria. Integrante del Colectivo de Geografía Crítica del Ecuador.

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO

La salud del marxismo es tan vital como la pléyade de familias que lo componen. Los espectros de Marx siguen rondando el presente, basta echar un vistazo a las consignas de la derecha o leer los títulos que lo identifican como su principal enemigo: marxismo por aquí y marxismo por allá. No vamos aquí a discutir la arbitrariedad de su uso, pero sí tomarlo como un indicio. A pesar de las múltiples declaratorias de muerte de Marx y del impulso por aseptizar sus ideas, su fantasma sigue entre nosotros y es nuestra tarea, desde el presente, recuperar su herencia. En esa línea, este libro constituye un primer ejercicio de reconstrucción general, aunque no exhaustivo, de la tradición marxista en Ecuador. La que aún es un campo por explorar y descubrir.

De la Introducción.

Patrocinado por



Agencia Sueca
de Desarrollo Internacional



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

